

Diego del Alcázar

LA
GENÉTICA
DEL
TIEMPO


ESPASA

Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
AÑO 2018	
I	
II	
III	
IV	
V	
AÑO 2072	
VI	
VII	
VIII	
IX	
X	
AÑO 2022	
XI	
XII	
XIII	
XIV	
XV	
AÑO 2073	
XVI	
XVII	
XVIII	
XIX	
XX	
AÑO 2022	
XXI	
XXII	

XXIII

XXIV

AÑO 2073

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

AÑO 2041

XXIX

AÑO 2022

XXX

NOTA DEL AUTOR

AGRADECIMIENTOS

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

- Primeros capítulos
- Fragmentos de próximas publicaciones
- Clubs de lectura con los autores
- Concursos, sorteos y promociones
- Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

En el año 2072, Sofía ha reconvertido la casa medieval de sus abuelos en la sede de GENE, un colegio para adolescentes genéticamente editados que tienen cocientes intelectuales superiores a la media. Uno de los objetivos fundamentales del centro es ayudarlos a resolver el mayor dilema ético que se plantea la sociedad de la época: ¿cuáles son las consecuencias de que seamos capaces de modificar el código de la vida, el ADN, a nuestro antojo?, ¿debemos jugar a ser Dios?

Cincuenta años antes, su abuela, Mercedes de Grijalba, una empresaria internacional fundadora de uno de los imperios farmacéuticos más importantes del siglo XXI, se convirtió en una de las protagonistas de la revolución que tuvo lugar como consecuencia de las cuestionables decisiones que tomó para ayudar a su hija enferma, Clara.

Sofía rememora los tiempos de su abuela hasta que empieza a recibir unas misteriosas cartas que abren una ventana a su verdadera historia y a los retos, algunos escalofriantes, que ha de afrontar la humanidad.

La genética del tiempo, primera novela de Diego del Alcázar Benjumea, es un *thriller* que nos sumerge en un mundo que no es tan utópico como parece con el fin de entretenernos y, a la vez, hacernos reflexionar sobre los dilemas que plantea y planteará el uso avanzado de la biotecnología.

LA GENÉTICA DEL TIEMPO

Diego del Alcázar Benjumea



A Isabela, Tilda, Rocío...
(y Diego)

AÑO 2018

Solo si dos organismos o especies de la misma raza se unen, la descendencia de estos será de raza pura, y las diferencias entre padres y descendencia serán más leves.

GREGOR MENDEL

I

Se lo encontró escuchando música clásica mientras escribía concentrado en su Mac. Era un vinilo de *Tristán e Isolda*; reconoció de inmediato la fuerza de Wagner. Aquella ópera le recordaba a su esposa por una razón que no acababa de comprender del todo, quizá incluso absurda: cuando Wagner la compuso se inspiró en su aventura con Mathilde Wesendonck y la basó en la filosofía de Arthur Schopenhauer, de la que su mujer era una conocida antagonista. Más de una vez, paseando por el campo o leyendo en su estudio, había reflexionado sobre la extraña relación que había forjado su memoria.

Mercedes colgó el teléfono y abrió la puerta del despacho de Carlos excitada. La expresión de sus ojos, muy abiertos, y una voz en la que vibraba cierta tensión anunciaban que algo importante había pasado. Él salió de su ensimismamiento para mirarla, no solía entrar sin avisar. El rostro de Mercedes estaba pálido, intranquilo.

—Carlos, ya ha sido anunciado el nacimiento de Lulu y Nana. El doctor Shu convocó esta mañana a los medios internacionales desde Shenzhen. —Mercedes llevaba el bolso colgado del hombro y la *blazer* en la mano como si fuera a salir en cualquier momento—. Dice que ha editado el gen CCR5 en ambas gemelas, que han nacido y están en perfecto estado.

Carlos se acercó al equipo de música, levantó con toda la calma que pudo la aguja del vinilo y acto seguido colocó la mano detrás de la oreja, incrédulo:

—¿Cómo dices?

Mercedes torció el gesto, que ya de por sí estaba bastante tenso. Su marido la enervaba: «La convivencia hace esto en las relaciones», se dijo con cierto disgusto. Carlos, por su parte, aparentaba no haberla escuchado, pero en realidad percibía por su gesto —casi podía respirarlo— que ella, irascible y nerviosa como se encontraba en ese momento, podía saltar por cualquier nimiedad que él le dijera.

—Las primeras niñas modificadas genéticamente en línea germinal acaban de nacer —zanjó Mercedes en un tono bastante desagradable y agrio—. Este año 2018 será recordado por editar a las primeras personas inmunes al VIH, tanto ellas como todos sus descendientes —suavizó el tono—. Tengo que irme a las oficinas de Hong Kong, vamos a tener mucho lío.

Carlos se levantó de la silla y se acercó a la puerta donde ella se mantenía muy erguida, como quien apenas desea permanecer el tiempo necesario para dar una noticia y luego desaparecer, reclamado por requerimientos de orden más perentorio. Sabía que para Mercedes todo aquello era importante, pero no quería dejar de ser sincero.

—No sé si te tengo que dar la enhorabuena, Mercedes... —empezó con cautela—. Entiendo que es un gran logro para la ciencia, pero os la estáis jugando. Tú, personalmente... ¿Qué consecuencias habrá por haberos saltado las convenciones internacionales?

—No creo que me salpique. —Mercedes mantuvo el tono sereno y levantó el mentón levemente, un gesto de orgullo por tener siempre controlados los pequeños detalles, «las nimiedades», como solía decir, que preocupaban a su marido—. Es cierto que hemos financiado a la Universidad SS Tech y seguro que nos van a echar mierda encima, pero estamos bastante cubiertos. El que lo va a tener más complicado es el propio Shu: es un negligente, aunque haya hecho historia.

Carlos se apoyó en el borde del escritorio y cruzó los brazos.

—Ya sabes que no comulgo con los riesgos que estáis asumiendo. Tiene que haber un debate ético profundo donde se equilibren beneficios y riesgos médicos y morales. En cualquier caso, me alegro por ti..., sé lo que esto significa. —Se acercó y abrazó a su mujer que, solo en ese momento, aparentó estar un poco más conmovida, aunque todavía rígida—. ¿Qué quieres que haga?

Le dio la sensación de que ella estaba esperando esa pregunta.

—Quédate con Clara en Navaluenga. No vayáis a Madrid hasta que las cosas se tranquilicen. A nuestra hija le han vuelto los brotes. A ti al menos te respeta; que se quede tranquila.

Mercedes se apartó del abrazo de su marido.

—De acuerdo —suspiró él como si supiera lo que se le avecinaba. Luego sonrió—. Lo intentaré.

Cuando subió a su habitación para coger una pequeña maleta que siempre tenía preparada para estos viajes exprés, Mercedes se sintió atrapada por una sensación agri dulce, más bien incómoda, tuvo que admitir. Por fin disfrutaba de unos breves días tranquilos con su hija y su marido en el campo y, de pronto, la llegada de la noticia había pulverizado todos sus planes. En realidad, nunca se le pasó por la cabeza que Shu fuera a moverse tan rápido; lo que había hecho era realmente una locura. «Aunque para cambiar el mundo necesitábamos locos», pensó. En su cabeza también admitía que Carlos tenía razón, pero se justificaba a sí misma: «¿Cómo ignorar que teníamos la herramienta capaz de aliviar tanto sufrimiento?».

Estaba irritada con su marido por su tendencia a la moralina y sus monsergas: que si los valores, que si la ética... «Es un curita disfrazado de intelectual», pensó carcomida mientras metía el neceser en el equipaje. Su marido solía cuestionar todo lo que ella hacía con una superioridad moral inaguantable, como si él hubiera hecho algo más en la vida que recibir la mensualidad que ella le pasaba por el singular hecho de que estaban casados y a ella le iba muy bien gracias a su olfato y, sobre todo, a su audacia y su valor. Respiró profundamente, sabía que estaba nerviosa y que siempre lo pagaba con Carlos: aquello que había pensado era injusto. Cerró la cremallera de la maleta con un gesto enérgico y salió de la habitación.

Mientras repasaba las cosas que necesitaba hacer antes de volar, le asaltaron los recuerdos:

cuando fundó Gattaca, tenía como propósito utilizar la ciencia para curar enfermedades de origen genético, por eso dio fondos a la universidad de Shu. En cualquier caso, tenía que enterarse bien de qué riesgos había asumido con esa modificación, puesto que ella era muy consciente de que el doctor todavía estaba lejos de estar preparado científicamente para traer al mundo a esos dos bebés.

Escuchó unos pasos y se volvió. Era Gregorio, que subía a recoger su maleta. Lo hizo en silencio y después de una leve inclinación de cabeza. Luego bajaron a la puerta del palacio, donde la esperaba el Range Rover con el motor encendido. Mientras el chófer le abría la puerta del coche, Mercedes se puso los auriculares para llamar a Sam, su asistente personal, que organizaría el viaje y al equipo.

—Sam, estoy saliendo de Navaluenga. Necesito que preparen el avión, me tengo que ir a Hong Kong. Localiza a Anne y al equipo científico.

—Dalo por hecho, Mercedes —contestó el bueno de Sam mientras se escuchaban de fondo los llantos de su bebé.

—Ah, otra cosa, ¿me pasas con Idoia, de Comunicación? —siguió Mercedes sin darse por enterada de los berridos de la criatura, hasta que por fin reparó en ellos—. Escucho a Sarita con hambre... Perdona el lío en domingo, por cierto.

Mientras hablaba con su asistente miraba por la ventana el atardecer en Navaluenga, con el cielo índigo que afloraba por el este tras los tonos rojizos, ya desaparecidos hacía unos minutos por el oeste. El pasto conservaba la luz de las últimas briznas del sol y brillaba anaranjado. Aquel bello paisaje le producía una honda e inexplicable melancolía, no quería volver a marcharse de allí. «Otra vez», pensó.

Estaba deseando pasar algún tiempo con Clara porque tenía la certeza de que había recaído. Había regresado la incomunicación a la que se sometía en su cuarto, de donde no salía en días y apenas comía. Luego, de repente, a la semana siguiente volvía en sí y se descontrolaba, zafándose quién sabe cómo para escaparse a quién sabe qué antros donde solo consumía drogas de cualquier tipo... Para que Mercedes no interviniera, Carlos le quitaba importancia y no le contaba la verdad, pero sabía que su hija había vuelto a padecer esos terribles brotes, que tanto la enajenaban, como consecuencia de su enfermedad y del desajuste terrible que las drogas le producían. Ahora era cuando más la necesitaba y, como siempre, no lograba encontrar tiempo para ella en medio de sus frenéticas ocupaciones. Debía trabajar menos, delegar, lo tenía que hacer por su hija. «Me necesita», se dijo mirando por la ventanilla.

Mercedes se sabía prisionera de su trabajo. Su vida era la ciencia, Gattaca. El éxito y el fracaso, en su caso, no eran «grandes impostores», como en aquel poema de Kipling que tanto le gustaba. La imagen que proyectaba hacia Clara y el poco tiempo que le había dedicado —y que la martirizaba— le habían generado una enorme frustración. La joven nunca había sido suficiente para ella. Quiso convertirla en una mujer fuerte, independiente, exitosa..., pero no reparó en sus necesidades más profundas, no trató de comprender quién era su hija en realidad. La corroía

pensar que no se había percatado de su constante necesidad de ser querida y protegida. Clara ya era una joven adulta y escapaba a su control irremediabilmente. El tiempo que nunca le brindó perdido estaba, como la niebla que desaparece al irrumpir el sol. La mataba pensar que cuando esnifaba una raya lo hacía pensando inconscientemente en el daño que le haría a su madre, en cómo con ese polvillo venenoso era capaz de olvidarla, y mientras creía que la olvidaba, la tenía más presente que nunca. Su cerebro era un enjambre, un avispero. Cerró los ojos hasta que llegaron al aeropuerto.

—Hola, Óscar, gracias por organizar el vuelo tan rápido. Tenemos un fuego importante —comentó Mercedes mientras el comandante la ayudaba a subir la escalerilla.

—Por supuesto, ningún problema, jefa. —Sonrió con profesionalidad—. Para eso estamos.

Óscar era su hombre de confianza, llevaba diez años pilotando el avión privado que Gattaca ponía a disposición de su presidenta y fundadora para la infinidad de viajes que realizaba. Ya instalada en su cómodo asiento, revisando unos documentos de trabajo en su iPad, Mercedes trató de desconectar un momento. Cerró los ojos y reclinó la cabeza contra el mullido respaldo. Óscar encaró la pista de despegue con su habilidad habitual y el avión no tardó en tomar altura con suavidad. Mercedes abrió los ojos y contempló un momento el paisaje cambiante por la ventanilla.

—¿Desea algo de beber?

La asistente de vuelo se acercó con una sonrisa. Era una chica esbelta, de ojos grandes y facciones delicadas, a la que nunca había visto antes y no sabía su nombre. Detestaba no saber el nombre de alguien que trabajaba para ella pues, a pesar de tener miles de empleados por todo el mundo, Mercedes había desarrollado una memoria especial y llamaba por su nombre de pila a gran parte del personal, a los que incluso felicitaba por sus cumpleaños.

—Tomaré champán para que no se me atragante el Valium —sentenció hurgando fijamente en los ojos de la asistente, que por algún motivo le llamaban la atención.

Mercedes detestaba volar y lo compensaba con alcohol y barbitúricos. La chica se quedó un poco extrañada con la contestación, pero rio con disimulo y cierta adulación mientras le tendía la copa de champán. Era aún joven, tendría la edad de Clara, treinta y tantos, lo que volvió a hacerle resbalar como por un tobogán hacia su hija.

Hasta hacía muy poco, Clara había estado, de nuevo, demasiados meses internada en ese dichoso centro de salud mental. Después de una dura lucha, parecía haber doblegado parte de sus brotes y alcanzado poco a poco cierto equilibrio. Fue Carlos quien la convenció para que se fuera a vivir al campo, donde estaría mucho más tranquila y donde podría disfrutar sobre todo de lo que más le gustaba desde niña: sus caballos. «Montar cada día es la mejor terapia», solía decir Carlos. Con sus piernas fuertes, sus manos suaves y su cabeza estable y despejada. Celta, su caballo de siempre, era un pura raza español de movimientos sutiles, elevados y cadentes. En el piafar de Celta, el tiempo se detenía, y en su trote en extensión, parecía que despegaba, que volaba al disparar los cascos de las manos. Y Clara, quieta, erguida, como si juntos, animal y

persona, formaran una asociación total, biológica, un verdadero centauro. También se había lanzado a montar a Zalamero, un potro de cuatro años... «Buena morfología, pero mal temperamento», se dijo Mercedes y bebió un sorbo del champán que le habían servido. De algún modo, su hija siempre había doblegado a esos jóvenes potros temperamentales. Quizá era su forma de autodisciplinarse, de controlar su carácter, su enajenación. Pasaba todo el día a su lado interpretando sus respiraciones y relinchos. Puro susurro, pura magia.

—¿Otro champán? En breve estará lista la cena. —La azafata ensanchó su sonrisa y enseñó una preciosa dentadura, alineada y blanca.

—¿Cómo te llamas, niña? Creo que es la primera vez que vuelas con nosotros —preguntó Mercedes con un leve desliz en la lengua.

—Carlota, doña Mercedes.

—Me recuerdas mucho a mi hija, ¿sabes?

—Seguro que su hija es estupenda, doña Mercedes, por lo que muchas gracias por el piropo.

—Así es —asintió satisfecha—, estupenda y luchadora. En realidad no lo ha tenido fácil, pero hace esfuerzos por superarse.

—Seguro que sí, con esta madre como modelo: será usted un magnífico ejemplo.

—Uy, no, no. Ella no se parece nada a mí. Lo que le gusta son los caballos, ¿sabes? ¿Tú montas? —Carlota se extrañó enormemente de la pregunta, pues la equitación no es, que digamos, un deporte común, pero agradeció el tono cercano de Mercedes; esperaba una señora muy distante y ocupada.

—La verdad es que no; una vez con amigos de mis padres, en el pueblo de mi abuelo...

—Ella es una gran amazona, ¿sabes? —interrumpió Mercedes sin escucharla.

—Estoy segura. —La joven la miró un poco incómoda.

Y ella empezó a contarle atropelladamente la historia del amor de Clara por los caballos... y por su maestro, Manolo Cebrián. A Manolo lo había conocido Carlos hacía unos años en el transcurso de un campeonato ecuestre. Era un adolescente que le pegó un repaso al caballo que presentaba Carlos y con el que se proclamó campeón nacional. Entonces Clara era todavía una niña, pero cuando Manolo se fue a vivir a Navaluenga para montar los ejemplares de la yeguada, se volvieron inseparables. La asistente de vuelo la escuchaba atentamente, un poco forzada por la situación, y decidió apoyarse en el respaldo del asiento que la jefa tenía delante.

Tanto Carlos como Mercedes coincidían en que Manolo, además de un gran jinete, era un pedazo de pan, bueno y noble, que dedicó horas a enseñar a Clara a montar y también a cuidar de los caballos, a cepillarlos, a ducharles los tendones después de trabajar, a vendarlos para la pista y para el descanso, a aparejarlos y a cuidar los cueros de los aparejos, a saber cómo sosegarlos cuando estaban inquietos...; en definitiva, le enseñó a conocerlos y a quererlos. A Mercedes le hacía gracia esa relación tan especial con los animales, esa afición que tenían padre e hija.

Tampoco se le escapó a Mercedes cómo empezó Manolo a mirar a su hija cuando esta dejó de ser una niña. Al fin y al cabo no se llevaban muchos años: cuando ella cumplió dieciséis, Manolo

tenía veintitantos, de manera que no podía evitar mirar a Clara de otra forma, comportarse de manera rara con ella, dedicarle más tiempo y atención, si cabía, aunque una atención diferente, no exenta de ciertos momentos de rubor. Clara lo percibió de inmediato y se dejó querer, o más bien usó su influencia sobre Manolo para pedirle cosas que le podían meter en un aprieto, como cuando le rogó que la acompañara a Madrid a la fiesta de una amiga en la que luego no le hizo ni caso, y él tuvo que aguantar el ninguneo tratando de entablar conversación con niños que lo miraban con indiferencia, con desdén. Aun así, Manolo siempre cumplía sus deseos, estoico, callado, con una sonrisa en los labios y los ojos brillantes de arrobó.

—¿Le parece que le traiga la cena, señora De Grijalba? —Carlota notó el olor de las chalotas que había dejado calentándose en el hornillo y aprovechó para interrumpir aquella conversación un poco incómoda.

—Claro, niña, tráeme una copa de tinto también, por favor.

Mientras Carlota desaparecía en la cocina de popa de la nave, Mercedes se quedó con los ojos entrecerrados sumergida en sus recuerdos. Desde pequeña su hija había mostrado un carácter bastante temperamental, con reacciones muy fuertes e inesperadas, aunque también tenía una sensibilidad delicada que manifestaba en cada ocasión que tenía, además de con sus caballos. Mercedes se reconocía preocupada por la virulencia de sus prontos. «Vaya pollos monta», le decía a Carlos cuando a Clara se le iba la cabeza, aunque se mostraba impertérrita delante de su marido, pues de ella no desaparecía ese semblante de mujer dura y que lo tiene todo controlado. Pero lo cierto era que a Mercedes esas reacciones la preocupaban. Y mucho. Al principio creía que eran fruto de una mimada, y alguna vez le había dado un guantazo para que se le cortara la tontería de raíz. No es que ella fuera una mujer violenta, ni que lo hubieran sido con ella, pero no toleraba que su hija fuera una niña caprichosa. Bien era cierto que entonces vivía muy estresada, pues Gattaca estaba empezando a expandirse de una forma inesperadamente exitosa y ella se pasaba la vida en el avión, viajando de Londres a Hong Kong y de Ginebra a Estocolmo o a Sídney, por lo que su carácter seguramente no era el mejor.

Carlos, por otro lado, estaba siempre en Madrid y le dedicaba mucho tiempo a Clara, aunque era un blando y la niña hacía lo que quería con él, según le recordaba Mercedes cuando discutían. Además, entonces le gustaba salir a tomar una copa con los amigos a esos intensos coloquios donde se recitaban poesías y se debatía sobre lo divino y lo humano, con lo que la educación de Clara quedaba realmente en manos de la Tata, su *nanny*, que ya tenía más de sesenta años y pasaba de imponer disciplina. El caso es que la niña hacía lo que quería y ella, madre primeriza, estresada y con una fuerte personalidad, a veces llegaba a destiempo y le pegaba un grito o sacaba la mano a pasear.

Carlota le trajo la cena: solomillo Wellington con chalotas al horno y unas judías verdes Bobby.

—Espero que esté a su gusto. —Una vez depositada la bandeja en la mesa plegable de su asiento, Carlota le presentó ceremonialmente una botella de Gran Reserva 904 de la Rioja Alta.

—Debemos de tener alguna botella de Valbuena del último viaje con mi marido. Ábreme una de esas mejor.

Cuando volvió, descorchó el vino de la segunda marca de Vega Sicilia y le sirvió una gota en una gran copa Riedel.

—Hasta arriba, que estos vinos no hace falta probarlos. —Carlota llenó la mitad porque le parecía más fino, pero Mercedes hizo un gesto enérgico para que llenara la copa hasta casi rebosar.

—¿Necesita alguna cosa más? —Carlota, sin duda, era una persona agradable, pensó Mercedes.

—Sí. ¿Por qué no te sientas un rato aquí conmigo? No me gusta cenar sola.

II

Las corrientes de aire al atravesar el Himalaya generaron unas turbulencias apenas apreciables, pero que a Mercedes le hicieron agarrar violentamente el brazo de Carlota, que se había sentado a su lado. La joven se percató de que apenas le había hecho efecto la mezcla de champán y vino abundante con la pastilla, quizá incluso se la veía más sobria y seria que antes. En cualquier caso, estaba ilusionada por intimar con ella y por servir de apoyo a esa señora todopoderosa, que en ese instante se hacía un ovillo con cada mínima vibración de la nave.

—Carlota, querida, ¿me traerías un whisky? —La botella de vino había tocado fondo a base de llenar las copas al «estilo cordobés».

—Por supuesto, señora. —La joven no caería en la trampa de tutearla, aunque Mercedes sí lo hiciera con ella—. ¿Cómo lo tomará?

No era sencillo, pero la joven Carlota le trajo la copa bien servida a la primera: muy corta de alcohol, con una montaña de hielo y abundante agua con gas, rematada con una gotita de Coca-Cola. «Un manchadito», lo llamaba Mercedes. Antes de que la asistente pudiera zafarse para ir a descansar, Mercedes la asaltó.

—Deberías tomarte tú uno de estos, niña —alzó la copa—, te sentaría fenomenal.

—No, muchas gracias, doña Mercedes, estoy trabajando. —Las mejillas se le habían puesto totalmente coloradas; no es que no bebiera cuando salía con sus amigos, pero ¿cómo decirle que no a la todopoderosa jefa?

—Es una orden, niña. —Mercedes reía con su ironía como si Carlota la entendiera—. Ponte un vino por lo menos, anda.

Con una cara de apuro blancuzca y temerosa, la joven descorchó una botella de champán y se puso una copita muy corta, prometiéndose falazmente que no probaría más que un sorbo. Tan embustero había sido su pensamiento que, nada más sentarse, empezó a debatir internamente sobre qué hacer, si probarla por respeto o dejarla sin tocar. Sumergida en aquella reflexión, de pronto se percató de que Mercedes ya estaba otra vez hablando de su hija: aquella mujer parecía tener mucha necesidad de ser escuchada.

—Mi hija Clara empezó a tener problemas en el colegio con once años, ¿sabes? Un día me llamó la directora del British Council School para decirme que teníamos que hablar urgentemente. En ese momento estaba cerrando el lanzamiento de un nuevo tratamiento en Nueva York (un aerosol para el asma, creo que era) y le pedí que me lo contara por teléfono,

o que esperara al martes siguiente, en que ya estaría de vuelta, a lo que la directora se negó en redondo.

Carlota asintió mostrando un enorme interés pero también cierta distancia. En realidad no sabía qué pensar ni cómo comportarse. ¿De verdad iba a confesarle una historia tan íntima? ¿A ella? ¿A santo de qué? Antes de que tuviera tiempo de elaborar la más sencilla de las réplicas, Mercedes volvió a tomar la palabra.

—La directora me dijo en tono serio que teníamos que ir mi marido o yo en persona. «Es importante», zanjó. —Mercedes bebió un trago con la mirada algo melancólica—. El caso es que, a pesar de que podría haberle dicho a Carlos que se ocupara él y luego me lo contara, el tono nervioso e inquieto, jadeante incluso, de miss Alford me preocupó sobremanera, de tal forma que al día siguiente volví a Madrid y dejé que Anne, mi socia, se ocupara sola del lanzamiento.

—¿Qué podía ser tan importante, doña Mercedes? ¿Le había pasado algo a su hija?

—Sí, la verdad. Según ella, Clara, que siempre fue una niña bastante espabilada y con un amplio grupo de amigos, llevaba un tiempo desdibujada, «totalmente irreconocible», según me dijo miss Alford con un marcado acento *british* y calándose las gafas al sentarse con Carlos y conmigo frente a ella en su despacho.

Mercedes parodiaba los gestos y el acento de la profesora, aunque en el fondo se percibía un rumor de tristeza en cada palabra que pronunciaba. Carlota no sabía si reírse de su forzado teatro o mantener el ceño fruncido, por lo que decidió mirar de nuevo la copa llena de champán y se imaginó ahogada en ella.

—En un primer momento —prosiguió la empresaria rascándose suavemente la frente—, la directora no le dio importancia a pesar de la advertencia de varios profesores, que la veían muy apática y desconectada de sus compañeros de clase. Según ellos, ya no salía al patio a jugar al voleibol con las chicas del equipo del cole, ni siquiera se burlaba de alguna pobre a la que había cogido manía; muy al contrario, hacía ya algunos meses que pasaba de todo el mundo, siempre sola, sin hablar con nadie.

—Estaría pasando una fase, son muy comunes entre las jóvenes de esas edades.

—Ojalá hubiera sido tan fácil. Los síntomas, según ella, eran bastante extraños, más bien preocupantes...

—¿Cuáles? —Carlota trataba de mostrarse participativa, aunque se sentía tremendamente desacertada cada vez que escuchaba su voz aventurarse en una conversación tan trascendental. Aprovechó esa sensación de desasosiego para darle un pequeño buche a su copita.

—Según me contó —prosiguió Mercedes—, Clara no solo se automarginaba y defraudaba sus expectativas académicas desde hacía meses, sino que también mostraba un comportamiento extraño: sospechaba de algunos compañeros y profesores, mentía vehementemente sobre hechos fácilmente desmontables, ¡incluso me dijo que estaba muy desaliñada y llegaba a menudo con un tufillo regular! Imagínate que le digan eso a una madre... Aunque lo peor eran esas dichosas reacciones agresivas.

Mercedes tenía el pelo castaño y recogido, con alguna cana en las raíces que todavía no había tenido tiempo de teñirse, la frente despejada, aunque al hablar de aquel tema le salían ciertas arrugas sobre sus colmadas cejas. Sus ojos eran color miel y miraban como luceros fijamente a la joven Carlota, mientras sus labios se movían a gran velocidad, adivinándose cierto temblor en la comisura. Vestía impecable, aunque con el tiempo que ya llevaban de vuelo se le había formado alguna arruga en la blusa, en la que se había enganchado, además, alguna miga de pan del almuerzo. Desvió la mirada hacia la ventanilla.

—Me dijo que mi hija tenía unas ojeras muy marcadas para ser una niña tan joven, que comía desganada y mal, y en general que sus emociones eran poco predecibles, erráticas, como si estuviera sufriendo una transformación inexplicable y oscura.

Mercedes enunció nítidamente, casi deletreando cada letra, la palabra «oscura». La azafata abrió los ojos pasmada y no pudo evitar el impulso de dar un buen trago a su copa. «Un poco ordinario quizá», se reconvino.

—¿Qué demonios había hecho su pobre hija? —preguntó tan ansiosa como natural, pues se estaba imaginando cualquier cosa y no pudo contener el exabrupto.

—Demonios eran los que le recorrían el cuerpo, al parecer —rio entre dientes Mercedes—. Clara había acusado a una compañera de clase, Carlota de nombre, como tú, de entrar en nuestra casa y robarle una pulsera que le había regalado yo hace siglos. Pero, claro, todo era mentira, y cuando la chica se quedó a cuadros por la acusación (pues no eran amigas ni jamás había sido invitada a casa), mi hija actuó como una loca y empezó a golpearla con un bate de críquet, causándole numerosas heridas en la cara y rompiéndole varias costillas. Parecía que estaba poseída por Satanás, tanto, que cuando llegó la profesora que vigilaba el recreo no fue capaz de detenerla y se llevó varios mandobles con el bate, hasta que intervino el vigilante de seguridad de la garita, quien, al ver el alboroto, se acercó corriendo y casi se tiró encima de la niña para detenerla.

—Joder.

En cuanto soltó el taco, Carlota se arrepintió. ¿Cómo podía habersele escapado? Se recordó a sí misma que no podía volver a usar aquel lenguaje delante de doña Mercedes, y menos en un tema tan sensible como el que le estaba confesando, quién sabía por qué. Afortunadamente, su interlocutora parecía indiferente a sus pequeños deslices, quizá fruto del alcohol. ¿Una niña a la que se le va la cabeza pegándole una paliza con un bate de críquet a otra que era totalmente inocente? «Sin duda —pensó Carlota en aquel instante—, Mercedes tiene una hija *oscura*».

—Tendrías que haber visto a miss Alford cuando me lo contaba, tenía la cara malva. — Mercedes hizo tintinear los hielos de su vaso—. Nos dijo que, en sus quince años de directora, nunca había visto una situación tan complicada con una alumna tan pequeña. La verdad es que me asustó, con ese gesto torcido y los ojos perdidos mientras nos hablaba. Según me enteré después, los niños que habían sido testigos directos de la paliza, así como los profesores que

intervinieron, estaban completamente en *shock*; llegaron incluso a maniatarla para que cesaran los estertores violentos que le recorrían el cuerpo, como si de verdad estuviese endemoniada.

—¿Y qué le paso a Carlota, a la víctima?

—Pues tu tocaya —Mercedes levantó levemente la copa señalándola— fue ingresada en el hospital... *Thank God*, las lesiones eran superficiales y se recuperó relativamente pronto, porque el ensañamiento del ataque podría haberla matado.

—¿Y la denunciaron o algo?

—Sí, sí, por supuesto. Los padres de la pobre niña agredida tomaron medidas legales contra nosotros. Bueno, contra Clara más bien, pero no llegaron a ninguna parte, ni siquiera a darle un buen susto a mi hija, que le hubiera venido muy bien. Lo que sí tuvo consecuencias fue lo que pasó después.

Mercedes hizo una pausa para dar un sorbo largo a su whisky que hizo que los hielos todavía enteros sonaran secos. Retornó la copa vacía a la mesilla y se volvió a mirar a la asistente, que también había aprovechado el silencio para darle un sutil sorbo a su flautín de champán, ya casi vacío.

—Por un lado, la directora nos recomendó que la mandáramos a un psicólogo, incluso nos mencionó algunos nombres. Los apuntó, con teléfonos y direcciones, en un papelito de tonos verdosos que arrancó de su cuaderno. Y, por otro lado, con un discurso un poco ñoño y victimista, se lamentó del enorme fracaso que suponía para una directora abandonar la educación de una niña, pero no le quedaba más remedio que expulsarla fulminantemente del British Council.

Cuando recordó ese preciso instante, Mercedes se mantuvo unos segundos en silencio, sin parpadear, como si todavía, después de tantos años, no se creyera que su hija pudiera haber hecho aquello, pues una cosa es que fuera un poco mimada y otra muy distinta que tuviera un brote de naturaleza casi psicótica.

—Aquello fue un duro golpe, niña —continuó y miró por la ventanilla el algodonoso manto de nubes que dejaban atrás—. Murmuré unas palabras de las que ya ni me acuerdo y me levanté de aquel cochambroso despacho cogiendo el brazo de Carlos para poder mantenerme erguida. Estaba devastada.

Carlota se había dejado llevar por el clima íntimo y la confianza que esa única copa de champán le daba y decidió coger la mano de Mercedes para consolarla, cosa que incomodó visiblemente a esta, pues arqueó las cejas y el brazo se le agarró como si le hubieran puesto una enorme carga encima. La joven no se dio por enterada y se mantuvo agarrada, orgullosa por fin de tener la confianza en sí misma para romper la barrera invisible que existía entre una poderosa empresaria y la simple asistente de vuelo que la atendía en su avión privado.

—¿Y su marido? Entiendo que estaría también descompuesto...

—También, aunque Carlos es como es. —El asiento crujió un poco al buscar ella acomodo—. Le pregunté, casi retóricamente, pues ya me imaginaba la respuesta, si había notado algo en casa,

y, como esperaba, mi marido le quitó hierro al asunto diciendo algo del tipo «Todos los niños son un poco traviesos». Aquello, lamentablemente, acabó en una agria disputa, porque después de la reunión que acabábamos de tener, donde nos habían contado cómo nuestra pequeña Clara se había transformado en Belcebú, la respuesta de él no podía ser que todos los niños eran unos pícaros... Una niña de once años no podía tener ese tipo de prontos.

—Sin duda resulta obvio que aquello no era una simple travesura...

Mercedes la miró de reojo y luego fugazmente su reloj pensando cuánto faltaría aún mientras tomaba conciencia del mundo exterior, del que se había evadido en el vuelo.

—Eso está claro —dijo al cabo de un rato, mirando su vaso—. Aunque no es menos cierto que él tenía buenos argumentos para atacarme a mí, pues nunca estaba en casa, y aunque intentó contener un gesto de enfado, me miró con los ojos llenos de rabia y, acto seguido, me lo echó todo en cara, pues, según su versión, Clara había conseguido que su madre volviera de Nueva York gracias a todo aquel desagradable asunto... «¡Por una vez!», dijo.

Aquella pulla envenenada de Carlos debió de ser muy dura para Mercedes, pensó Carlota, pues la mujer resopló como si estuviera discutiendo con su marido allí mismo.

Mercedes miró de nuevo por la ventanilla del avión mordiéndose el labio inferior, como tratando de apagar el fuego que se había encendido en lo más profundo de su ser. Los pensamientos eran tan vivos que Carlota casi podía escucharla decirse a sí misma que la solución no solamente pasaba porque ella estuviera más tiempo en casa; por supuesto que Clara la necesitaba más cerca, pero eso no justificaba su reacción. En lo que transcurrió un segundo se recompuso y se volvió hacia Carlota para retomar el hilo de lo que estaba contando.

—Luego empezamos a pensar de dónde sacábamos un psicólogo infantil y Carlos propuso que habláramos con Pilar, amiga y psiquiatra; nunca supe por qué no me quiso decir que él iba a terapia, como si me hubiera importado... —Mercedes tenía la mandíbula rígida—. Por supuesto, le dije que me parecía muy bien que ella nos recomendara a alguien.

«En aquella España de finales de los noventa —pensó Mercedes—, llevar a los niños al psicólogo infantil empezaba a ser algo más o menos normal. Es decir, no era tan común como en 2018, pero entonces ya no parecía como que llevabas a tu hija a un loquero». Decidió no decir nada, pues le pareció irrelevante y continuó con la historia.

—Así fue como fuimos a ver a la doctora María Araoz. Por lo que me pude enterar, tenía gran prestigio y me pareció una persona muy agradable. Dejamos ahí a la niña que, al parecer, enseguida cogió confianza con la doctora, mientras Carlos y yo nos íbamos a tomar un chocolate con churros al California de la calle Goya, que estaba enfrente de la consulta, quizá no lo llegaste a conocer, pues cerró hace mucho... —Carlota negó con la cabeza—. Cuando volvimos al finalizar la sesión, una hora después, nos quedamos un rato hablando a solas con la psicóloga mientras Clara esperaba leyendo en una sala de juegos contigua al despacho. La consulta de la doctora Araoz era muy acogedora, estaba decorada con cuadritos infantiles de Peter Rabbit y con ilustraciones de animales africanos.

—¿Y qué les dijo la doctora? En una sesión poco podría concluir, me imagino.

—Sí, poco, la verdad —prosiguió Mercedes acomodando la cabeza en el mullido reposacabezas de su asiento—. Nos contó que Clara era una niña encantadora, que tenía una enorme sensibilidad y que mostraba una inteligencia emocional muy superior a la de otros niños de su edad. Lo que más gracia me hizo es que sobre una mesa de despacho amplia vi varios dibujos que mi hija había pintado durante la sesión, donde, fundamentalmente, se podían distinguir las caras de algunos compañeros de clase y una caricatura de una señora que parecía un monstruo... ¿Sabes quién era esa señora? —Mercedes soltó una breve y agria carcajada y Carlota volvió a encontrarse sin saber qué responder.

—¿Usted, quizá?

—Así es. Todavía tengo guardado el dibujo; lo miro con cierta frecuencia; de hecho, me baja mucho los humos.

Carlota trató de hacer un comentario de consuelo, de adulación, más bien, algo como que su hija no sería muy habilidosa con los retratos a esa edad, pues Mercedes debía de ser muy guapa entonces, por lo que el retrato no era intencionadamente feo, pero decidió no hacerlo.

—Lo cierto es que el cambio que Clara experimentó fue magnífico. —Levantó el dedo índice bruscamente y derramó sin querer un poco de su copa sobre el pantalón blanco de pana que llevaba puesto—. Tanto por la terapia con la doctora Araoz como por su inmersión en el colegio Ramiro de Maeztu, que era un instituto público de mucho prestigio que había cerca de nuestra casa de entonces en Madrid —zanjó percatándose de la mancha que se acababa de formar sobre su pierna derecha.

Echó mano de una servilleta de tela que había usado de posavasos y la colocó encima del pantalón tratando de empapar el líquido sin restregarlo, para que la mancha no se extendiera. Una vez seco, frotó rápidamente la servilleta mientras su cabeza continuaba ensimismada en aquel recuerdo positivo, en aquella enorme mejora del carácter de su hija, pues resultó sorprendente e indudablemente benéfica. Clara dejó atrás muchas de sus exigencias y reacciones caprichosas. Por otro lado, al pasar más tiempo en casa, ella redescubrió la relación con su hija, pues había estado tan imbuida en Gattaca que se le había olvidado lo importante que era pasar tiempo juntas. No es que la niña hubiera empezado a mostrar por ella ningún afecto o cariño, aclaró bebiendo un sorbo de su vaso, ni que fuera más disciplinada o respetuosa, pero el hecho de estar, de observarla reaccionar, de interactuar, de ver su cara cuando volvía del colegio, de cenar con su hija y hablar de cualquier nadería le hizo sentir e intuir las cosas que se le pasaban por la cabeza a través de sus gestos, de su expresión al levantarse por la mañana o al ver la tele juntas por la noche.

El problema es que ella se consideraba una mujer de brega, de pelea —cerró un puño y miró a Carlota, que escuchaba con atención—. Era ambiciosa, tenaz y, admitió, con una capacidad de manipulación tal que se permitía retorcer sus propios instintos maternos en detrimento de pasiones profesionales más épicas. Siempre fue así, y en aquel momento ella estaba en mitad de

una guerra de patentes que iban a ser trascendentales para Gattaca, que podían cambiar su empresa para siempre. Ante tal reto, las decisiones que tomó entonces, razonadamente y bajo una estricta coartada emocional, puesto que lo que el corazón quiere la cabeza siempre lo justifica, fueron en favor de su carrera profesional y en contra de lo, teóricamente, más importante para una madre: su hija, su pequeña Clara. Volvió a mirar a la joven como si la descubriera repentinamente, luego miró su vaso y suspiró. Se sentía extrañamente liberada y quizá un poco ebria.

—Bueno, esta conversación se ha puesto muy intensa, ¿no crees? —dijo con una voz neutra—. Igual nos hace falta rellenar las copas.

—Uy, no, no... Ya no más para mí, gracias. —La joven Carlota abrió mucho los ojos al temer que la situación se fuera de las manos.

—No hay excusas, niña. —Sonrió Mercedes pensando vagamente que ella también debía controlar lo que bebía; sin embargo, dijo—: Ponme otra copa y rellena la tuya, que ya está seca.

III

Algún whisky después, el culo de la botella de champán que la azafata había abierto ante la insistencia de su jefa asomaba vacío por la cubitera. Mercedes mantenía su semblante impertérrito mientras la joven Carlota hacía verdaderos esfuerzos porque no se le notara su incipiente borrachera. En ese momento el avión atravesó un lecho de nubes y ante sus ojos apareció la abigarrada arquitectura de cientos de edificios modernos. El mar de China se abrió paso imponente, la joven miró por la ventanilla y observó cómo lo surcaban navíos inmensos y pequeños: cargueros y barcos de pesca dibujaban estelas a su paso. Estaban llegando a Hong Kong. Óscar se acercó a Mercedes para avisarle de que iba a comenzar el aterrizaje.

—Señora, parece que tendremos tormenta y vamos a atravesar bastantes turbulencias, va a ser movidito.

Al escucharlo, Mercedes agarró el brazo de la joven y miró al piloto asintiendo, como si aquella extremidad y la persona a la que pertenecía fueran su antídoto. Óscar miró a Carlota con cierto desdén, aunque no llegó a notar su ligero estado de embriaguez.

De sus temores cuando volaba, el aterrizaje era sin duda el que a Mercedes le generaba un desagradable retorcimiento de estómago. A pesar de haberse pasado las últimas décadas subida a un avión, ser propietaria de uno de los mejores *jets* privados del mercado y tener a Óscar, un piloto con infinidad de horas de vuelo a su entera disposición, no acababa de sentirse cómoda hasta que el tren de aterrizaje estaba encarrilado en la pista. Hasta ese momento permanecía completamente en tensión, con las manos empapadas en sudor. El avión comenzó a moverse y a temblar. Se recostó en el asiento y comenzó a calmar su respiración. Carlota se percató rápidamente y trató de tranquilizarla haciéndole más preguntas.

—¿Y tu hija se quedó muchos años en el Ramiro de Maeztu, Mercedes? —A pesar de haberse negado en un principio, la joven empezó a tutearla espontáneamente después de aquella conversación llena de confidencias—. Yo tenía un primo allí, ¿sabes? Jugaba muy bien al baloncesto.

—Bueno... En realidad, con trece años, Clara se fue a vivir a Le Rosey, un colegio suizo un poco elitista. —Mercedes mantenía su mirada fija en la ventana y agarró fuerte el brazo de la joven al notar el primer temblor de la nave.

—¿La mandaste a Suiza? Qué suerte para Clara, deben de ser unos colegios increíbles.

Carlota disimuló lo que realmente pensaba de los colegios suizos, pues en las películas los ponían como centros para niños ricos donde los padres desterraban a sus hijos delegando con

alivio y sin muchos remordimientos la responsabilidad de su educación para dedicarse a expresar sus carreras profesionales o a disfrutar de sus fortunas. Carlota había escuchado hablar de Le Rosey; aquel impoluto colegio con campus de invierno en Gstaad era conocido por ser uno de los centros educativos más avanzados del mundo. Intentó hurgar en aquella historia para mantener a Mercedes distraída de las turbulencias.

—Cuando tomé la decisión de enviarla allí, tuve una gran discusión con Carlos, como te puedes imaginar, porque no era partidario de sacarla del Ramiro, y mucho menos de llevarla a Suiza a confraternizar con jóvenes que podrían desestabilizar el tembloroso equilibrio emocional de Clara. A él no le gusta la confrontación cara a cara conmigo porque se me da mejor debatir, y como me puse muy testaruda, acabó por ceder, de muy mala leche, eso sí, pues salió del cuarto dando un portazo.

Mercedes defendía aquella decisión pensando más en el desarrollo personal de su hija y en las oportunidades que aquel cambio conllevaba, y Carlota no dudó en darle la razón *ipso facto*.

—Claro, te entiendo perfectamente, Mercedes. Una niña que se estaba convirtiendo en mujer, a punto de descubrir el mundo, que, aunque haya tenido algún problemilla, ya parecía recuperada, necesitaba algo más que un instituto de barrio.

—Así es. Aunque he de decir que le dio una magnífica educación durante un tiempo y que le estaré eternamente agradecida por hacerle pisar la realidad de un mundo muy alejado de sus privilegios. —Parecían dos amigas que se daban la razón la una a la otra.

—Y el colegio ¿qué tal era? El suizo, digo...

—Le Rosey es un colegio elitista, sí, pero complejines al margen, tiene una gran filosofía que sustenta un modelo educativo con muchos valores y un gran espíritu innovador. —Había un deje de pasión en la voz de Mercedes y parecía distraída de las turbulencias—. A principios del siglo XXI era de los pocos que ofrecía una experiencia verdaderamente global en la que la diversidad jugaba un rol clave, pues había conseguido tener más de sesenta nacionalidades entre unos mil estudiantes, con el añadido de que no había más de un diez por ciento de una sola nacionalidad.

La riqueza cultural que permitía este diseño era enorme, pensaba Mercedes, y sin duda Clara podría entender la infinidad de situaciones a las que se enfrentaban los niños de su edad con orígenes geográficos y culturales dispares, muy útil en un mundo cada vez más interconectado. Además, el colegio recientemente había iniciado un fondo de becas que aseguraba que habría un porcentaje significativo, en torno a un treinta por ciento, de niños brillantes de estratos socioeconómicos poco favorables, a los que la Fundación Le Rosey pagaría matrícula y gastos.

—Tomaste una decisión extraordinaria —siguió Carlota, decidida a animarla—. Además de un colegio de prestigio, era solidario.

—¿Sabes que yo puse medio millón en el fondo de becas? —Levantó un dedo índice inquisitivo ante la mirada abrumada de Carlota, para la que aquella cantidad era enorme.

—¿Medio millón? —tartamudeó.

—Así es. Me convertí en benefactora de ese fondo por solidaridad, por supuesto, aunque

tengo que confesar que también lo hice por el temor a que Clara pudiera liar una de las suyas. E hice bien —puntualizó alzando la barbilla orgullosa—, pues el aterrizaje, como cabía esperar, no fue bueno. Como Clara había estado muy protegida desde que nació y ahora tenía que sacarse las castañas del fuego, pasó sus primeros dos meses llorando por las esquinas.

—Estaba *homesick*, ¿no? Echaba de menos su casa, yo la entendería, Mercedes.

—Era comprensible, y aunque trataron de llenarla de actividades que le pudieran divertir, nada funcionaba y mi hija deambulaba como un alma en pena..., hasta que por fin algo la sacó de su letargo.

—¿Una amiga?

—¡Qué va! Los caballos, niña. Mi hija siempre ha preferido esos animales a la más bondadosa y divertida de las personas. Le Rosey está dotado de unas cuabras magníficas que le han granjeado cierta fama en el mundo de la hípica, también por sus jóvenes jinetes, que compiten fundamentalmente en la modalidad de salto —continuó explicando la empresaria a la joven—. Con ese ímpetu que heredó sin duda de mí —señaló, orgullosa—, Clara se obsesionó con los equinos, con su cuidado, con montarlos, con pasar todo el tiempo que podía con ellos... Era feliz siempre y cuando estuviera junto a ellos, y viceversa.

Un enorme estruendo provocado por un trueno envolvió la nave y a los pocos segundos un rayo se asomó por la ventana de Mercedes, como si quisiera entrar, furioso, por el ala de estribor. El avión parecía deslizar su panza por una pista de hielo, resbalando de derecha a izquierda, como tratando de enderezar el rumbo. A Mercedes el susto pareció hacerle un nudo en el estómago que se le hubiera subido a la nuez, pues, como por arte de magia, perdió el habla y solo conservó su habilidad para emitir sonidos, ya que los labios se seguían moviendo sin éxito vocal. Carlota, que estaba muy acostumbrada a volar, también se encogió levemente, y cuando Mercedes agarró su brazo, se estremeció y apretó su mano en respuesta. Óscar sonó tranquilizador por la megafonía del *jet*. Todo parecía estar bajo control, según él, aunque a juzgar por los tonos blanquecinos de la cara de la asistente de vuelo y los verdosos del rostro de Mercedes, nadie lo hubiera dicho.

—¿Qué diablos ha sido eso, niña? Ve a preguntarle a Óscar, hazme el favor.

—Ya le has escuchado, parece que lo tiene todo controlado, son turbulencias normales y corrientes. —Carlota disimulaba como podía el susto que también llevaba en el cuerpo, y enseguida volvió a refugiarse en la conversación como quien se dirige a un oasis que se abre en el desierto de sobresalto que la tormenta acababa de generar—. ¿Entonces los caballos le hicieron volver a estar bien?, a tu hija en Suiza, digo... —Era obvio que ambas habían perdido el hilo de la conversación.

—Para nada. —Mercedes vivía tan intensamente aquellos recuerdos que recuperó milagrosamente el habla a pesar del susto—. Mi hija tenía muchos problemas en el colegio, su desempeño académico, por ejemplo, era pésimo, por no hablar de las irascibilidades, el aislamiento y, sobre todo, la agresividad. No es un colegio que se ande con demasiadas tonterías

—precisó—, por lo que la primera vez que Clara se pegó con un compañero de su clase (¡un chico que ya casi era un hombre!) le retiraron cualquier acceso a las cuerdas. A ella no se la chantajeaba fácilmente... pero, por alguna mosca que le había picado, sucumbió y aquel castigo la domesticó. Comenzó a ir a clase con normalidad, sacaba adelante, raspadas, todas sus asignaturas, y hacía los mínimos esfuerzos por tener amigos; estaba un poco aislada, pero siempre se sentía acompañada por sus caballos.

Terminó de hablar a duras penas y echó mano del whisky, que había sobrevivido sin que se derramara una sola gota, para darle un buen trago y entregárselo vacío a Carlota en señal de necesitar uno nuevo urgentemente.

—De los polvos cuando era una niña en el British Council, llegaron los lodos premonitorios de la adolescencia en Le Rosey —continuó narrando, mientras la joven la escuchaba desde el minibar que tenían justo al lado—. El problema de mi hija tuvo nombre propio, su primer noviete cuando tenía diecisiete, se llamaba Ian. —Miró a la joven recuperando una sonrisa pícaro—. Tú, con lo guapa que eres, seguro que habrás sucumbido a uno de esos malotes por los que haces cosas de las que luego te arrepientes toda la vida, ¿verdad?

—Uy, no, no. Yo, desde los quince años, estoy con mi Juanma, que es un pedazo de pan. A ver si ya se decide a hincar rodilla, que vamos a hacer diez años juntos. —Mercedes rio porque la chica tenía una vis cómica, mezcla de inocencia y bondad, a veces hasta ridícula, pero sin duda muy auténtica.

—Bueno, pues imagínate al típico malote, carismático y dominador. Un chulo, en definitiva. En fin, que mi pobre Clara, con la mala cabeza que tenía, era carne de cañón para un tipo así y, como era previsible, se enamoró locamente de él.

—Pues vaya lío, ¿no? —A Carlota se le escapó un salivazo directo al whisky de Mercedes, aunque ninguna de las dos se dio cuenta.

—Y tanto... Él tenía como veintitantos cuando empezaron a salir. Mi hija solo dieciséis, imagínate lo vulnerable que era, con todos sus follones psicológicos, además —prosiguió y le dio un pequeño sorbo a la copa rebosante que la chica le acababa de entregar.

—Sería muy guapo, por lo menos...

—Nunca lo llegué a conocer en persona, ¿te puedes creer? Lo que sé es que Ian era suizo, antiguo alumno de Le Rosey, y todavía estaba vinculado al colegio porque montaba los caballos de competición del centro. Pronto empezaron a salir juntos y mi hija se sumergió en un tobogán de nuevas emociones. Nuevas emociones aliñadas con sustancias de lo más desestabilizadoras. Comenzó a salir por la noche y a escaparse del colegio los fines de semana con Ian. Así fue como se metió en el mundo de las drogas.

—Qué horror, Mercedes. Cuánto lo siento, pobre Clara.

—Yo no soy tonta y me percaté muy pronto de que mi hija estaba empezando a tontear con las drogas... Curiosamente, en su último año, su desempeño académico fue magnífico, destacó por encima de la mayoría de sus compañeros y sin dedicar apenas esfuerzo, puesto que, aunque

salía de fiesta a diario, a veces hasta llegando a clase sin dormir, se encontraba enérgica, efervescente. «Estaba, obviamente, dopada», recordó sin mencionarlo.

Mercedes enmudeció repentinamente, atrapada por aquel pensamiento que le cruzó la mente como un rayo. Ella supo entonces que las drogas interrumpirían para siempre la inocencia de la cortísima adolescencia de Clara, y también cómo acababan esas historias, sobre todo en una personalidad como la de su hija.

—Según me pude enterar —continuó rompiendo el breve lapso de silencio—, la primera vez que a Clara le dieron un porro ella lo rechazó porque le daba mucho asco el humo, pero preguntó a Ian si tenía coca. Así, doblando la apuesta para no dar la impresión de que era la primera vez que lo hacía... El efecto de la coca le produjo una sensación de felicidad irreal pero única. Se sentía en absoluto control de su cuerpo, de sus sensaciones y de sus fantasmas, siendo capaz de desplegar todos sus encantos, de seducir a quien fuera. Se aceptaba a sí misma y aceptaba con fascinación a personas a las que antes no hubiera mirado a la cara. Había encontrado la llave que permitía al mundo entrar en su laberinto y a ella entrar en la sala de mandos de su propia felicidad. Ese año se graduó de Le Rosey y, nada más terminar los estudios, aquel mismo verano, decidió viajar por el mundo con Ian.

—¿Y la dejaste ir, a pesar de todo? —Carlota jugaba con el abridor del vino haciéndolo girar sobre su dedo pulgar.

—¿Qué podía hacer si no? —Se encogió de hombros Mercedes, algo a la defensiva, lo cual era muy desconcertante en una mujer que se jactaba de tenerlo siempre todo controlado—. Querían ir a Filipinas, donde trabajarían en un hotel de lujo situado en un pequeño islote cerca de la isla de Corón.

—Qué difícil es ser madre... Hablaste con ella antes, ¿no?

—Así es, tuvimos una de esas conversaciones sinceras que una madre y una hija tienen en ciertos momentos. —Carlota asintió como si entendiera perfectamente a qué se refería—. Le advertí de que, según en qué ríos, meter los dos pies de golpe puede ser peligroso.

—Le dijiste que cuidado con las drogas, entiendo...

—No solo eso, me parecía importante mostrarle mi confianza, a pesar de lo cual la avisé de que, además de las drogas, estaba expuesta a un riesgo emocional importante al ser Ian su primer amor, y que sería una bomba mezclar drogas con ese sentimiento. Por supuesto, mi hija negó que consumiera nada y me habló de él como de un joven bueno y honesto, poco dado a los excesos.

Mercedes miró su iPhone un momento. No había mensajes ni llamadas, por alguna razón el wifi del avión no estaba funcionando. Pareció reflexionar mientras lo miraba. Cuando su hija se fue a Filipinas, usaba otro dispositivo que desapareció del mercado arrollado por el éxito de Apple. Era una BlackBerry. Recordó perfectamente el fatídico día que recibió una llamada de Ian mientras leía informes en su habitación de Navaluenga. Aquel teléfono vibró y ella solo tuvo que apretar la ruedecita central que tenía el aparato para contestar al número oculto que aparecía en la pantalla.

—Cuando contesté, escuché la voz de un chico con un terrible acento francés que parecía de lo más alterado.

—¿Era Ian el que estaba al otro lado? —Carlota parecía estar sumergida en una novela rosa.

—Así es. Se presentó, se disculpó por que nos tuviéramos que conocer de esa forma tan poco convencional, y luego empezó a vomitar cosas sobre mi hija.

Mercedes se agachó a coger de su bolso un pañuelo y de nuevo notó un fuerte golpe del avión contra una bolsa de aire, por lo que se refugió veloz en el brazo de la asistente, agarrándolo con fuerza. Su mirada se clavó en la ventanilla mientras se sentaba muy erguida y nerviosa. La nave había sido golpeada por el choque de las corrientes de aire frías y calientes, y en la oscuridad del ventanuco se iluminaban esporádicamente los relámpagos, que mostraban la silueta de unas nubes grises y cargadas.

—No te preocupes, Mercedes. De nuevo es solo una turbulencia, sigue contándome, que me vas a dejar con la intriga...

Hubo un silencio mientras Mercedes, asustada, pegaba la cabeza a la ventanilla creando un leve vaho.

—Pues... —La empresaria le dio un trago a su whisky para despejar el nuevo nudo en la garganta que se le había formado del susto—. Me dijo, muy melodramático, que mi hija no estaba bien en absoluto. Que tenía serios problemas, que era una mentirosa compulsiva y que incluso le preocupaba su salud mental.

—¿Habían discutido? ¿Qué les había pasado? —Carlota estaba ansiosa por saber qué había ocurrido.

—Me vino a decir —continuó recordando, agarrada a la joven azafata— que mi hija tenía una doble vida, que seguramente todo lo que sabíamos Carlos y yo era mentira. Para él, aunque confesó no tener ni idea de medicina, tenía una enfermedad de algún tipo porque se pasaba el día contando historias que él, al principio, daba por ciertas, pero que con el tiempo dejaron de encajarle.

Carlota usó el silencio que se produjo en ese instante para pensar bien adónde podría llegar la historia y cuánto quería ella meterse. Aunque no lo pareciera, se estaba enterando de muchas cosas muy sensibles de la señora De Grijalba, la dueña del avión donde trabajaba, y eso tenía una parte de responsabilidad: tenía que andarse con cierto cuidado.

—Me dijo que, cuando se conocieron, Clara le confesó que yo le hacía la vida imposible, que sentía un odio enfermizo hacia ella, que la había maltratado psicológicamente, e incluso que, cuando era niña, había sufrido malos tratos físicos: guantazos, baños de agua congelada, que le obligaba a comerse su propio vómito...

En aquel momento, Mercedes describía la historia con la piel pálida y no era debido a las turbulencias. Carlota, por su parte, también palideció: después de todo el vuelo hablando del tema, no entendía a dónde quería llegar Mercedes con aquello: ¿por qué la estaba utilizando a ella para desahogarse? ¿Qué pretendía contarle ahora?

—Pero eso era mentira... —titubeó Carlota ligeramente, aunque le hubiera gustado que su afirmación fuera más contundente.

—No te imaginas lo duro que es eso para una madre, niña. —La empresaria, que tenía un aspecto rudo e impenetrable, deslizó su pañuelo muy discretamente por la carúncula de su ojo izquierdo.

Carlota dio por negadas las acusaciones con ese comentario, aunque no sin ciertas dudas, algo fantasiosas, quizá.

—Luego, Ian me explicó que, cuando supo de aquello, él estaba muy enervado y trató de convencer a Clara para que me denunciara, ofreciéndole incluso que hablara con su padre, un conocido abogado suizo, pero Clara siempre se negó, pues argumentaba que yo tenía demasiado poder y que no conseguirían nada, que la única forma era esperar a que fuera mayor de edad para escaparse con él a algún lugar remoto donde yo no volvería jamás a verla.

—¿Qué tal se llevaba usted con su hija entonces? ¿Hablaban? ¿Se veían algo? —Carlota iba y volvía del tú al usted, y la miraba buscando pistas que revelaran alguna señal de raciocinio en la forma de actuar de su hija.

Mercedes tenía la voz algo rota, permanecía muy recta en su asiento y con las manos sudorosas, como si le costara verdaderamente procesar aquello.

—Yo con mi hija me llevaba bastante bien por aquel entonces. Ella me había puesto al corriente de todos los detalles del viaje y hablábamos casi a diario, la notaba contentísima.

—No entiendo nada... ¿Por qué le contó esa milonga a su novio entonces?

—Comprendes que yo me quedara también a cuadros, como se suele decir. Estaba muy confusa porque, aunque mi relación con Clara no era perfecta, en ese momento sí podía decir que era bastante buena. Al poco de llegar a Corón, Ian se fue dando cuenta de que todo lo que contaba Clara sobre mí era probablemente mentira. Lo descubrió un día que escuchó casualmente una conversación entre nosotras sin que Clara supiera que estaba ahí, pues se encontraba en el cuarto de baño cuando ella entró en el bungalow. Tanto el tono como el contenido de la conversación no podían ser más cariñosos y cordiales. Él la escuchó hablar de su día, de él, de su padre, de Navaluenga, de sus caballos... Y se debió de quedar tremendamente extrañado, nada tenía que ver lo que escuchaba con la imagen terrorífica que ella le había pintado de mí y de las insoportables conversaciones que teníamos cada vez que nos enfrascábamos en una discusión, según fantaseaba Clara. Cuando salió del cuarto de baño, mi hija se debió de quedar pasmada al verlo, pues se le cayó el castillo de naipes que había construido con sus mentiras.

El iPhone comenzó a recibir decenas de mensajes y emails, lo que desvió la atención de Mercedes de nuevo hacia el dispositivo. El wifi todavía no funcionaba, pero ya estaban tan cerca de tierra que la cobertura de datos empezó a funcionar con normalidad. Mientras revisaba en diagonal los mensajes importantes (casi todos relacionados con el anuncio del doctor Shu), se quedó imaginando el momento en qué Ian descubrió las mentiras de su hija. Ella empezó a gritar al novio, acusándolo de espiarla, incluso de estar a sueldo de la propia Mercedes para tenerla

controlada... Mientras tanto fue Clara, con ese genio violento que tenía, quien le propinó guantazos y lo mordió. Incluso le tiró un cenicero de cristal a la cabeza que acabó por hacerle una brecha, según se enteró Mercedes después. Tras aquella discusión, Clara desapareció, y el exnovio se fue enterando de aspectos cada vez más oscuros de ella, pues Francesca, la dueña del hotel que los acogía, le confesó que las reacciones de Clara eran muy viscerales, a veces hasta violentas, con otros empleados del hotel. Además, parecía que Francesca le habría contado al novio que era un cornudo, puesto que Clara se había acostado tanto con el barman como con el socorrista. Ian advirtió a Mercedes, para su mayor preocupación, de que una chica que trabaja en un restaurante cercano dio la voz de alarma cuando vio a su hija en una playa de Corón en toples teniendo una discusión muy agresiva con la dueña de un restaurante, pues se negaba en redondo a taparse. Mercedes levantó la mirada de su móvil ante la pregunta de la azafata, que aguardaba impaciente el fin de la historia.

—¿Ian no podría haberte contado una mentira típica del desamor? —Carlota hizo la pregunta lógica para cuya respuesta consideró que Mercedes tendría una respuesta rápida.

—Desde luego. Tuve mucho cuidado en dar por ciertas sus acusaciones. Yo, al chico, ni siquiera lo conocía... ¡Imagínate! Podrían haber discutido y que él se hubiera vuelto majara llamando a la madre de su novia para verter sobre ella toda clase de infundios quién sabe con qué propósito.

—Y ¿qué hiciste? La llamaste de inmediato, entiendo.

—Correcto.

No dijo más, volvió a mirar su móvil como si repentinamente estuviera evitando conversar con la chica a la que llevaba varias horas confesando una parte íntima de su vida. Mientras parecía embobada leyendo todos aquellos correos, con la cabeza en piloto automático, recordó lo sucedido. Cuando Ian le contó esta historia, Mercedes simplemente no dio crédito. Llamó corriendo a su hija, como por instinto. Extrañamente —no se lo esperaba, sin duda— respondió a la primera, con un tono amable y normal, quizá un poco forzado, pensó en aquel momento. Tuvieron una conversación de lo más cordial; ella le contó con mucha efusividad que estaba paseando por Coron Island, adonde había ido a pasar unos días... sola. Cuando su madre le preguntó por qué Ian no estaba, ella no dudó en decirle, con una naturalidad pasmosa, que lo habían dejado, que el joven se había vuelto loco y que era un mentiroso compulsivo.

—Veo que ya te llegan los mensajes, seguro que estarás muy liada, Mercedes. Te voy a dejar tranquila contestando. —Carlota fijó la mirada en el exterior, donde ya se veían los edificios muy cercanos: estaban a punto de tomar tierra—. Solo una pregunta, ¿qué le dijiste a tu hija cuando la llamaste?

—Me cogió el teléfono como si nada fuera con ella... y, claro, conociéndola, rápidamente supe que aquella efusividad era bastante forzada, que Clara estaba huyendo de algo... Aunque le di la razón y le quite hierro a la llamada de Ian, enseguida le organicé el viaje de vuelta, necesitaba tener una conversación mirándola a los ojos para saber qué había ocurrido realmente.

El tren delantero del avión tocó violentamente la pista de aterrizaje del aeropuerto de Hong Kong. El avión se detuvo delante de un radiante BMW X5 con los cristales tintados. En la escalerilla la esperaban Óscar, de quien se despidió cordialmente, y Carlota, a la que le dio un pellizco cariñoso en la mejilla y después le plantó un beso ante la mirada algo extrañada del piloto.

—Gracias, niña.

Carlota bajó levemente la cara algo ruborizada y Mercedes desapareció con una frialdad irreconocible después de aquel vuelo lleno de confidencias, como si hubiera vuelto a entrar en la infranqueable coraza de la que solo la altura de las nubes la hubiera liberado.

Le esperaban unos días duros con la crisis de Shu.

IV

El camino que separa Navaluenga de Fuentebuena, un pueblo muy cercano, se hace fácilmente en veinte minutos a pie. Es un sendero de tierra que bordea amplios prados donde pasta el ganado, y que durante la primavera tiene una hierba alta, color verde clorofila. A mitad de camino se atraviesa un pequeño arroyo cubierto de zarzas que no permiten ver el agua correr, aunque se escucha el murmullo del torrente, especialmente en esa época del año, cuando el deshielo ensancha generosamente el cauce. Mercedes solía parar a coger un puñado de moras para comérselas durante el resto del paseo, pero aquel día las había sustituido por hondas caladas a su Marlboro. Encendió un nuevo pitillo con la colilla del que estaba terminando. No le gustaba fumar mientras andaba, pero sabía que en la casa nueva que su amiga Anne se había hecho en Fuentebuena no se permitían malos humos. Además, estaba nerviosa: aparte de su íntima, Anne era también su socia en Gattaca y había una disculpa importante pendiente por su parte. Pedir perdón le producía una bola en el estómago... y en el orgullo.

Entró sin llamar al timbre, siempre estaba abierta la puerta. Se quitó los zapatos para no ensuciar las elegantes alfombras blancas con las que Anne había vestido los suelos de madera de su casa. Aunque conservaba el recio estilo castellano en la fachada y en los tejados —con las tejas boca arriba, más típicas de Segovia que de Ávila—, el diseño interior parecía sacado de un aséptico catálogo de Ikea. Los suelos, las paredes y los techos eran todos de roble, y la decoración, minimalista y muy limpia, de una austeridad nórdica. Mercedes torció el gesto: «Qué mal gusto», se dijo. Al doblar el recibidor y entrar en el salón, se la encontró en su mesa de despacho, rodeada de una montaña de papeles y libros.

—Hola, querida —saludó Anne con su habitual tono dulce y amable—, ¿te apetece un té?

—Hola; me tomaría un pacharán, pero si no hay otra cosa que té, pues té.

—Claro, acompáñame a la cocina. —Se levantó fingiendo no haber escuchado el comentario de Mercedes.

Ambas salieron del salón principal y atravesaron un gran comedor con una mesa de mármol blanco, redonda, de estilo modernista. Las sillas eran de tejido *bouclé* blanco y las patas de madera. Entraron en la cocina, que era amplia y abierta, de una luminosidad sedante, con una encimera en isla, la mitad dedicada a los fuegos y la otra mitad, a una mesa de comedor con taburetes altos de madera. Anne era aficionada a cocinar y le gustaba hacerlo cuando invitaba a sus amigos. Eran reuniones distendidas y amenas en las que la anfitriona solía lucirse con alguna receta nueva.

—¿Cómo va todo, Mercedes? —le preguntó mientras llenaba la *kettle* de agua, como si no esperara una respuesta relevante.

—Todo bien, querida. —Mercedes usó un tono profesional, reacia a mostrar debilidad—. Tenemos que preparar el consejo de administración del trimestre. Me gustaría que presentáramos todas las patentes que hemos registrado y los resultados de los ensayos que tenemos en marcha.

Anne dejó la *kettle* en un lado de la mesa y suspiró como si no supiera cómo decir lo que iba a decir.

—Mercedes, ¿no podemos esperar a la semana que viene, que estamos las dos en Nueva York con el resto del equipo? Llevo todo el mes montada en un avión y nada más llegar a Navaluenga para descansar me dices que me ponga a preparar el consejo... ¡Dame un respiro, por favor! —Anne no estaba molesta porque conocía a su amiga, pero fingió cierto hartazgo.

Mercedes notó que le subían los colores a las mejillas. La *kettle* empezó a borbotear.

—Joder, perdón. Tienes razón..., ya sabes cómo soy. Esta semana descansas, no me hagas ni caso. Si no te importa, yo seguiré preparando cosas. Solo cuéntame... Estuviste con el secretario general de la OMS, ¿no? —su tono se normalizó, aunque se notaba que quería evitar el tema espinoso.

—Sí. La verdad es que los veo despistados, son una organización lentísima. Le informé sobre nuestras últimas averiguaciones de las niñas modificadas por Shu y se quedó atónito. —Anne miró de reojo la reacción de Mercedes al mencionar al chino y vio cómo bajaba lentamente la mirada al suelo—. Todo lo que ha hecho es una chapuza, su objetivo era proporcionarles una versión del CCR5 que está naturalmente presente en alrededor del uno por ciento de los europeos del norte y que impide que el VIH se cuele dentro de las células cuando hay exposición al virus. Pretendía implementar esa versión concreta en las niñas para hacerlas inmunes, pero tanto Lula como Nana portan genes CCR5 que son completamente nuevos, y, al tener dos copias del gen, una heredada de cada padre, no se editaron de manera uniforme. CRISPR ¹ falló y se unió a una secuencia que resultó ser similar a la que quería anular. Al parecer es un problema común: un estudio que acaba de publicar *Lancet* ha descubierto que la edición causa cambios no deseados más de la mitad de las veces.

Mercedes, que la había estado escuchando en silencio, se mordió el labio inferior, como cada vez que algo le preocupaba.

—Nos ha ralentizado mucho esta negligencia de Shu —dijo al fin aprovechando que Anne había sacado el tema sin recriminarle nada, y trató de normalizar la conversación esquivando su disculpa—. Gracias a tu intervención, hemos conseguido calmar a las autoridades sanitarias internacionales después de la crisis y nuestras acciones en el NASDAQ se están empezando a recuperar. Ya sabes que hemos cortado cualquier conexión con Shu.

Anne frunció el ceño. Levantó una ceja apartando la mirada, como si estuviera contemplado una inesperada mancha en la encimera. Su gesto era contrariado, esperaba algo más de su amiga

que una excusa tan ruin. Le había ofrecido una vía amistosa de resolver una discusión muy pesada, pero no quería que Mercedes utilizara esa oferta de paz para evitar la conversación.

—La cagué. —Mercedes alzó los brazos al darse cuenta de que la disculpa era imprescindible, aunque detestaba pedir perdón—. No hay más explicación. Siento no haberte avisado de que estábamos financiando a su universidad: siempre me alertaste del peligro.

Entonces Anne, que había sacado la *kettle* del fuego, se volvió a mirarla sin poder evitar que la severidad oscureciera sus pupilas.

—Sí, te avisé, y eso casi nos cuesta nuestra relación de años, pero ya está superado. Aunque quedó claro que eres responsable, la falta de ética de Shu podría provocar en las niñas numerosas enfermedades inesperadas. Recientemente se está descubriendo que las proteínas del CCR5 provocan problemas desconocidos en el desarrollo del cerebro, dificulta la recuperación de accidentes cardiovasculares, la enfermedad de Alzheimer, la propagación de ciertos cánceres e infecciones de otros patógenos... En fin, la lista es larga y preocupante.

Mercedes se apoyó en el borde de la mesa y sintió su textura cálida, como si eso pudiera tranquilizarla.

—Sabes que nunca le permití experimentar con fetos humanos, nos engañó a todos los que decidimos confiar en su investigación.

—Lo sé, Mercedes. En cualquier caso, no todo son malas noticias. También le comenté al secretario general nuestros avances... Específicamente le conté que estábamos progresando muy rápido y que podríamos erradicar el sida trasplantando células madre con el ADN editado para eliminar el gen CCR5.

—¿Le contaste los resultados que estamos consiguiendo en el laboratorio?

—Sí, lo hice. Le dije que todo era confidencial, pero necesitaba saltarme los temas de *compliance* para convencerlo de que nos apoyara.

—¿Y cómo reaccionó?

Anne sonrió y su rostro se dulcificó nuevamente.

—Pues se quedó sorprendido, no da crédito a la magnitud de los resultados. Le conté el caso de la paciente con leucemia linfoblástica aguda infectada con VIH a la que trasplantamos células madre con ADN editado. No solo conseguimos tratar la leucemia con las células madre trasplantadas, sino que también desactivamos el gen CCR5 en las células de la sangre para hacer frente a la infección por VIH. Le conté que estábamos trabajando con las autoridades sanitarias americanas y que, probablemente, en dos años podríamos estar en condiciones de sacar un producto al mercado.

—Enhorabuena, querida. Quién sabe lo que te aguarda tras tantos éxitos... Cada vez son más las voces que te colocan en la *short list* del Nobel.

Anne hizo un gesto, como quien se espanta de algo.

—Calla, calla. Suficiente tengo con aguantarte como para que encima me tengan en el ojo del huracán mediático. Yo lo que quiero es que me dejen aplicar la ciencia para mejorar la vida de la

gente.

—¿Cómo que aguantarme? —Mercedes fingió escandalizarse.

Ambas rieron, la tensión entre ellas parecía haberse disipado, ahora sí.

—¡Mujer, me tienes todo el día currando para Gattaca por encima de todas las responsabilidades investigadoras que tengo! —Su tono era irónico, pero enseguida lo suavizó—. Aun así, me encanta mi trabajo... Si he conseguido llegar hasta aquí es en gran parte gracias a ti.

—¡De eso nada! Tú solita. Déjate de sensiblerías, que ya sabes que no me van... Por cierto, voy a necesitar que me hagas ese favor del que hablamos: tengo que conseguir ganarme la confianza de Anderson, ya sabes, el premio Nobel que está buscando una terapia génica para la esquizofrenia de su hijo.

Anne pasó un paño por la encimera y se quedó pensativa. Seguía teniendo el mismo aspecto de chica estudiosa y ensimismada que cuando Mercedes la conoció.

—No te preocupes —dijo al fin—, lo tengo todo preparado para su viaje, tú solo tienes que encargarte de conquistarlo. Seguro que conseguimos que ayude a Clara.

Después de abordada la cuestión espinosa de su metedura de pata con Shu, ambas amigas se relajaron y decidieron tomarse ese pacharán que Mercedes había mencionado antes para celebrar. Tras el primero, vino un segundo y un tercero, y en algún momento salieron a la terraza para que Mercedes pudiera fumar sin restricción disfrutando de las vistas a la iglesia gótica de Fuentebuena, que se recortaba contra un cielo limpio, mientras se sentaban en las butacas de ratán que allí habían colocado y Anne le contaba cómo Pablo la iba a visitar cada día desde que estaba instalada en Fuentebuena. Lo hacía con excusas de lo más curiosas, río como una niña que cuenta una confidencia: que si un paseo por el campo, que si una visita a Segovia, que si estrenan *Aida* en el Teatro Real de Madrid... Pero Anne, como siempre, ni caso: nunca le gustó, aunque Graham estuviera completamente pillado.

—Pobre Pablo —se compadeció Mercedes y dio una última calada a su cigarrillo.

Al salir de la casa ya era de noche y Anne insistió en llevarla —o, por lo menos, propuso que alguien fuera a buscarla—, pero Mercedes negó con la cabeza, testaruda: prefería regresar dando un paseo. La noche era calma y fresca, había tres cuartos de luna creciente que proporcionaban una luz muy razonable para poder caminar sin linterna. Estaba borracha. «Dichosas endrinas», se dijo obviando que se había tomado seis o siete copas. Salió de la casa dando algún tropiezo del que ambas se rieron, cómplices. Comenzó a caminar sola en la oscuridad, aunque no tardó en escuchar a su amiga por detrás.

—¡Espera, Mercedes! Te acompaño hasta la cancela y así me doy un paseo yo también, que la noche está preciosa.

Andaban por el camino haciendo eses, sumergidas en recuerdos tortuosos. La inestimable compañía de Anne, a la que quería como una hermana, le trajo a la memoria la de su propio

hermano.

—¿Sabes? Te hubieras llevado tan bien con Isidro... —se notaba un nudo en la garganta de Mercedes.

—Me hubiera encantado conocerlo. Te acuerdas mucho de él, ¿verdad? —Anne era pura dulzura.

Isidro, el mellizo de Mercedes, era alguien a quien estuvo muy unida y que murió en un accidente al viajar en el coche que ella conducía cuando ambos contaban con unos escasos veinticinco años, de camino a una fiesta en Bilbao. Se precipitaron más de treinta metros por un puente en una carretera comarcal. Aquello fue una verdadera tragedia de la que nunca pudo reponerse del todo. En su momento más duro, según le confesó a Anne muchos años después, planeó provocar un accidente de coche que le permitiera aliviar su dolor al tiempo que experimentar el fin que tendría que haberle tocado a ella también, cuando su hermano la dejó tirada en aquel arroyo, viva.

—Sí. Yo tenía en él mi núcleo de confianza más fuerte, era quien me apoyaba siempre. Lo único por lo que discutimos fue cuando le conté que estaba empezando a ligar con Carlos.

—¿Qué tenía Isidro contra el pobre Carlos? —Anne desconocía la historia y preguntó inocentemente, pues Carlos se había hecho muy amigo suyo con el tiempo.

—¿Nunca te lo he contado? —Mercedes rio algo nerviosa—. Bueno, Carlos me dejó embarazada cuando salíamos juntos... y, claro, eso a mi hermano no le hizo ninguna gracia. La vida está llena de ironías, ¿no crees? Mi relación con Carlos siempre ha sido una de ellas. Aunque, en aquella época, Franco había estrenado ataúd recientemente y la libertad de elegir ser una madre soltera era una posibilidad que no encontraba demasiadas barreras, lo cierto es que yo entonces me moría por los huesos de Carlos, por lo que decidí tener el bebé de la forma tradicional y le pedí que nos casáramos.

—¿Se lo pediste tú? —Anne se rio—. Qué típico tuyo...

Mercedes recordaba con cierta nostalgia cómo eran entonces, cuando ella tenía veintiuno y Carlos, con esas fútiles amistades y su fama de extravagante, se empezaba a consolidar como escritor de éxito, pues acababa de publicar su novela más conocida, un *best seller* distópico, *Time Capsule*, que se tradujo a más de veinte idiomas.

—Total... ¡que tuviste a Clara de penalti! —Anne se partía—. ¡Y yo que pensaba que lo sabía todo de ti!

—Así es, querida. Me casé de penalti y aquí mismo, en Navaluenga —confesó Mercedes con una contenida emoción en la voz—. Te puedes imaginar que todo fue muy discreto para que no se hablara demasiado de la tripa que ya lucía. No es que a mí me importe demasiado el qué dirán —aclaró—, pero al ser mi familia aristocrática y muy bien avenida, aquello se convirtió en un gran reclamo para prestigiosas revistas del corazón, pues la sociedad española era, y es, muy dada al chismorreó. Además, en aquel momento todavía no existían las redes sociales y, por lo tanto, se controlaba mejor la exposición pública sin necesidad de tener que soportar el acoso y la

persecución constantes, lo cual permitía que la vanidad, siempre un asunto enojoso, fuera algo más llevadera que ahora.

Mercedes tenía un pasado de cierta relevancia local, averiguó Anne cuando empezó a frecuentar más nuestro país. Además de ser una «niña bien» y muy rica, casada con un intelectual, se agigantó gracias a su atractivo físico. De joven tenía un rostro perfilado, con unos pómulos muy marcados, unos enormes ojos color miel a los que acompañaban unas cejas colmadas y unas pestañas largas que daban mucha candidez a su mirada. Era un tipo de belleza muy española, algo gitana, con un marcado carácter. Mostraba una figura espléndida donde destacaban unos pechos medianos y redondos que realzaban su cuerpo delgado y, a pesar de no ser alta, sí destacaban en ella unas piernas largas y esbeltas. Ya en su edad adulta fue perdiendo la gracilidad de su mirada y tendiendo a un aspecto cada vez más rudo, a medida que bregaba con los obstáculos espinosos que la vida y sus ambiciones fueron sembrando en su camino.

Se hizo un silencio después de las risas y Mercedes pareció torcer el gesto, resoplando, espontánea, como lamentándose.

—No hay nada peor que el olvido, Anne. Me acuerdo mucho de Isidro, aunque su imagen es cada vez más borrosa y confusa.

—Pobre Isidro. Sin duda la memoria nos mantiene vivos, pero no te tortures, no tienes que esforzarte cada día por traer su imagen a tu mente.

—No es tan sencillo. Empiezo pensando en él y enseguida acabo pensando en ya sabes quién.

—Sí, en Clara —Anne no dudó ni un segundo en responder.

Su hija siempre le dio muchos dolores de cabeza porque fue una niña rebelde, bruta y rara, que no hacía más que salir de un lío para meterse en otro. Con Anne, que era de las pocas personas con quien a veces se le bajaban los humos, se confesaba sobre su incapacidad para imponerse a la niña, el hecho de no haber estado presente en sus primeros años, o de la incapacidad de Carlos al ser siempre tan benevolente con su hija. Con los años, y muy especialmente a partir de aquel dichoso viaje que Clara realizó con Ian a Filipinas, empezó a entender que había algo más en su forma de ser, algo *oscuro* (esa palabra que se le quedó grabada de la directora del British Council), que crecía imparable dentro de ella y que parecía devorarla. Era algo que la asustaba, porque desde que llegó de ese viaje, no reconocía la conducta de su hija, sus reacciones. Temía cuál pudiera ser la explicación.

—Fuiste tú la que hace años me recomendó que visitara al doctor Guzmán. Yo no fui capaz de ver que había una enfermedad seria dentro de su mollera. —Mercedes esbozó una sonrisa de agradecimiento que servía de fachada a su pesadumbre interior.

—Yo solo te recomendé al doctor Guzmán porque colaboraba con el departamento de Psiquiatría de mi universidad de San Francisco. Pero tú ya sabías claramente lo que pasaba, *darling*. —Anne tocó levemente el hombro de su amiga mientras paseaban—. No habían sido pocas las veces que pensaste que Clara tenía problemas mentales, ni pocas las que fuiste a

consultar al especialista, tanto durante su niñez, con María, la psicóloga infantil después del incidente violento en el colegio, como en su adolescencia con otros especialistas en Suiza.

—Eso es cierto. El diagnóstico siempre era desalentador porque nadie atinaba: que si era una niña especial, con mucha sensibilidad; que si necesitaba ser escuchada pero no sentirse el centro del universo... Aun así, la alarma saltó tras la vuelta de Filipinas y la conversación con Ian. Realmente fueron las conversaciones, así, en plural, aunque a Clara nunca le confesé que había seguido hablando con él.

—Sí, ese regreso fue lo más duro, lo recuerdo muy bien. —Anne pisó un charco que no había visto y saltó espontáneamente.

—Sí, cuando Clara volvió de Filipinas fue imposible convencerla para que fuera a ver al doctor. Estaba en uno de esos momentos eufóricos y expansivos de su carácter: todo en ella era felicidad y alegría, todo forzado y agotador —continuó Mercedes agarrando la mano de su amiga para que saliera del charco—. ¿Te mojaste?

—No, parece que el calcetín sigue seco. —Anne se había agachado a tocarse el pie, y, al escuchar su respuesta, Mercedes continuó.

—Fue la temporada más alocada suya. Aunque pasaba algo de tiempo en el campo con sus caballos, vivía prácticamente en Madrid hecha una crápula. Se vestía como una fulana y salía a tope, se hablaba de que era muy golfa... Se sentía, según me contaba ella misma, liberada de un noviazgo que la había tenido prisionera, pero era una huida hacia delante, su espíritu no encontraba sosiego en los excesos.

Mercedes y Anne recordaban muy bien aquellos momentos, pues hablaron casi a diario de qué hacer en aquella época.

Una mañana, Mercedes, después de coordinarlo todo de antemano con su amiga, y aparentando no tener segundas intenciones, le dijo a Clara que un médico muy simpático iba a ir a comer a casa de tía Anne, y que por qué no se apuntaba... Su hija, que en ese momento estaba en la cocina, arrojó con inesperada violencia una taza al suelo y se volvió llena de furia hacia ella para reprocharle que intentara organizarle engañosamente una consulta con un psiquiatra y, sobre todo, que no entendiera lo que había sufrido con su ex y que quisiera defenderlo, pues el que estaba loco era Ian, no ella. «¿Entiendes, mamá?», dijo, y se llevó un dedo a la sien, como si su madre fuera incapaz de comprenderla.

—Fue una temporada muy difícil, recuerdo que me llamabas desolada cuando no aparecía en días. Pero bueno, al final conseguiste que lo viera.

—Así es. Pasó casi un mes hasta que un día, como por arte de magia, la personalidad de Clara volvió a virar como una vela mientras flamea. Perdió su energía y de la noche a la mañana se apagó. Entonces pasó a arrastrarse convaleciente por la casa, apenas salía de la cama y no quería saber nada de nadie. «Qué volatilidad», pensaba yo entonces alarmada, un tiempo de suprema felicidad, de fiesta todo el día y con una energía agotadora, e inmediatamente otro de profundo decaimiento donde no se la veía apenas salir del cuarto, siempre a oscuras y sin apenas comer.

—Pero no hay mal que por bien no venga... —Anne se percató de que no era precisamente la expresión adecuada—. Perdón, no quería decir eso...

—No te disculpes, entiendo perfectamente a qué te refieres. Lo único positivo que tuvo su depresión fue que amilanó su voluntad y que, por fin, una tarde en que se encontraba tirada en el sofá de espaldas a la televisión, que emitía un documental de animales, me acerqué a ella, le pasé una mano sedante por los cabellos y empecé, muy cautamente, a hablarle de la necesidad de que Guzmán la viera.

—Hasta que conseguisteis que os diera el diagnóstico, que resultó tan preocupante como revelador.

V

Las amigas se despidieron en la portera que separaba Fuentebuena de Navaluenga, a mitad de camino, tal como habían acordado. Mercedes avanzó sola por el campo iluminado apenas por la luz de la luna. Murmullos, ruidos, gruñidos y el ulular de algún ave nocturna la acompañaban en su ruta. Su languideciente embriaguez evitó que se asustara cuando escuchó el violento chapoteo de un animal al entrar en el arroyo. Un cochino, pensó, por la manera en que se revolcaba, aunque las zarzas impedían la visión. El lance la despistó brevemente de sus recuerdos, de aquella escena donde madre e hija se sentaron con el doctor Guzmán a escuchar ese diagnóstico tan esperado.

Habían llegado, recordó Mercedes absolutamente sumergida en aquella escena, a la consulta de Guzmán en la calle Infanta Mercedes, un despacho mortecino y con una decoración anticuada que parecía que llevara décadas sin cambios. Se sentaron en la sala de espera, donde había algunas revistas del corazón antiguas y manoseadas por el uso. No había pasado un minuto cuando apareció la enfermera para decirles que ya podían pasar a la consulta. Entraron al despacho del doctor. Allí, sentado a su mesa con la cabeza sumergida en los papeles, se encontraron a Guzmán, quien ni siquiera hizo el gesto de levantarse cuando franquearon la puerta.

—Siéntense, por favor —les indicó sin mirarlas, concentrado aparentemente en tomar unas notas en un cuaderno negro.

Una vez sentadas en unas sillas de madera con una tela de espiga gastada, el doctor les concedió por fin una mirada y se quitó las gafas de pasta que utilizaba para leer.

—Clara, tiene usted un trastorno bipolar —dijo el doctor entonces, sin más preámbulos, levantando sus ojos grises hacia ella—. Esta afección del estado de ánimo provoca que, en ocasiones, como ha podido comprobar, se sienta extremadamente animada y eufórica y, de repente, aparezcan momentos de una gran irritabilidad. Esto se conoce como episodio maníaco. Otras veces, como le está pasando ahora, puede sentirse triste y decaída. A esto se le llama episodio depresivo...

El médico describía los síntomas como si un camarero les estuviera ofreciendo el menú del día, sin cambiar el tono de voz ni mover un solo músculo de la cara. Clara escuchaba atenta cada tecnicismo del doctor asintiendo con la cabeza, impertérrita, como si agradeciera aliviada aquella

revelación que serviría como punto de partida para calmar sus males. Mercedes, por el contrario, tenía el rostro lívido y desencajado, como si sufriera una repentina sensación de náusea. Pensó incluso que le iba a dar un parrús, según la expresión que utilizó después, como si la diagnosticada de una enfermedad mental fuera ella y no su hija.

El médico se acomodó mejor las gafas y las miró cruzando ambas manos sobre el escritorio.

—Señorita Clara, doña Mercedes: es importante que entiendan muy bien las consecuencias de esta enfermedad. La fase maníaca puede durar de días a meses. Puede incluir algunos de los síntomas que usted y su familia ya me han descrito. Es importante —repitió jugueteando con el bolígrafo— que ustedes sean capaces de reconocerlos porque Clara no siempre podrá discernir. Entre ellos se encuentran: facilidad para distraerse, participación excesiva en sus actividades, poco sueño, capacidad de discernimiento deficiente, mal temperamento, comportamientos imprudentes como beber o consumir drogas en exceso, aumento de relaciones sexuales de riesgo...

«¿Y cómo coño voy a saber cuándo o con quién se acuesta mi hija?», pensó entonces Mercedes mientras escuchaba. En ese momento estaba luchando por deslegitimar al médico, por quitarle credibilidad a toda costa para buscar una segunda opinión que se inclinara por un diagnóstico diferente, que el loco fuera el doctor Guzmán... Cualquier cosa menos lo que estaba escuchando. Pero en el fondo sabía que lo que explicaba con tono impasible era cierto...; si no, no la hubiera llevado a la consulta.

Guzmán hizo una pausa y respiró, como si quisiera darle importancia a algo que iba a decir a continuación. Era una escena que claramente había vivido muchas veces porque su ejecución fue tan rutinaria como medida. Dejó de mirarla y se fijó en sus papeles moviendo ligeramente la cabeza de lado a lado, luego levantó la vista de nuevo y se volvió a quitar las gafas de pasta para clavar sus ojos pequeños y sin brillo en los ojos atentos y envalentonados de Clara.

—Clara, las personas con trastorno bipolar tenéis un alto riesgo de cometer suicidio. ¿Has sentido alguna vez esa llamada?

Clara se removió en la silla y miró con el rabillo del ojo hacia su madre, que estaba sentada justo al lado, como si estuviera incómoda con su presencia.

—Es importante que confíes en tu madre, Clara, y sobre todo que seas muy sincera conmigo —intervino el doctor ante el desasosiego de la joven.

Entonces Mercedes vio cómo Clara se giraba para mirarla, como solo había hecho cuando se encontraba al límite. Era una mirada de disculpa y de auxilio, una mirada franca, noble, temerosa y un poco descarada, y, sin apartar los ojos de los suyos, contestó al doctor como si le estuviera revelando un secreto inconfesable a su madre.

—Doctor, siento esa llamada muchas veces al cabo del día, a cada hora y cada minuto. Pienso en hacerme daño y en quitarme de en medio obsesivamente. Es casi un pasatiempo contemplar las diferentes formas con las que podría desaparecer sin dejar huella, o que pareciera fortuito, natural... ¿Un accidente de coche?, ¿fingir un asesinato?, ¿envenenarme? Pero mis padres no se

merecen pasar el trago de perder a una hija de esa forma tan horrible aunque, si por mí fuera, habría dejado de sufrir hace tiempo, doctor.

A Clara, que todavía miraba a Mercedes fijamente, se le habían encharcado los ojos y le temblaban la cabeza y las manos. Su madre tenía el ceño fruncido y una arruga en la frente producida por una vena que en las situaciones más tensas se le hinchaba. Sorprendía, por su rudeza habitual, que también a ella se le hubieran llenado los ojos de lágrimas, aunque no alcanzaba todavía a pestañear, absolutamente en *shock* por la declaración de su hija.

—Entiendo, Clara. Puedes estar tranquila. Sé por lo que estás pasando y lo que nos acabas de confesar es un gran avance —dijo el doctor sin ninguna emoción, como si hubiera escuchado eso mismo miles de veces y fuera solo un síntoma más de los muchos que había inventariado frente a madre e hija.

Entonces Clara dejó de mirar a su madre para limpiarse las lágrimas de los ojos y dedicar su atención a Guzmán.

—Hemos discutido bien tus adicciones, pero es importante que entiendas que el consumo de alcohol y de otras sustancias estupefacientes, como la cocaína, podrían empeorar los síntomas y aumentar el riesgo de suicidio. Tenemos que controlar tu drogadicción porque puede resultar fatal.

Clara asintió cabizbaja, derrotada. El doctor retomó su narración robótica, como si sus palabras no hubieran sido el detonante que derruía el edificio que ellas aún creían que era su vida.

—Los episodios depresivos son más frecuentes que los maníacos. El patrón no es el mismo en todas las personas con trastorno bipolar: los síntomas de depresión y manía pueden ocurrir juntos. A esto se le llama «estado mixto». También pueden ocurrir inmediatamente uno después de otro. Esto se denomina «ciclo rápido».

—¿Cuál es el tratamiento, doctor? —lo interrumpió Mercedes, impaciente y molesta por la sequedad del doctor en un tema tan espinoso para ellas.

Guzmán se volvió despacio hacia la madre, se quitó las gafas, las miró un momento y volvió a ponérselas.

—El objetivo principal del tratamiento es hacer que los episodios sean menos frecuentes e intensos. Esta enfermedad no tiene cura de momento, así que el objetivo es ayudarla a que desempeñe sus funciones cotidianas esenciales bien y disfrute de la vida en casa y en el trabajo en la medida que podamos reintroducirla. Para que eso pase, es importante armarse de paciencia y ser muy disciplinado; tienen que entender que padece una enfermedad grave que podría desembocar en la autoagresión.

—¿Y algún tratamiento farmacológico? —insistió Mercedes con un tono de cierta exigencia. El médico movió suavemente la cabeza.

—Sin duda tenemos que apoyarnos en la química para ayudar a su hija, señora De Grijalba. Con medicamentos es posible que empiece a sentirse mejor. Sin embargo, es importante que sea

consciente de que algunas personas no presentan síntomas negativos durante sus periodos maníacos y, además, sufren efectos secundarios muy adversos a los medicamentos. Como resultado de esto, Clara podría verse tentada a dejar de tomar sus medicinas. Y si eso pasara —movió el bolígrafo como si quisiera enfatizar el pernicioso ciclo que describía—, sería muy dañino, porque no tomarlas o hacerlo incorrectamente puede provocar que los síntomas reaparezcan o que empeoren mucho.

Entonces el doctor dejó de mirar a Mercedes y se volvió hacia Clara, aunque lo que iba a decir iba dirigido a la madre.

—Es importante que les pidas a los miembros de la familia, es decir, tu madre, tu padre o tus amigos más cercanos, que te ayuden a tomar los medicamentos de la manera correcta. Clara, aunque todavía no te lo puedes imaginar, no vas a querer seguir con la medicación porque te va a generar un fuerte rechazo.

Clara seguía mirándolo envalentonada, obediente y temblorosa.

—Además, necesitarás hacerme visitas semanales para hablar de la medicación y de sus posibles efectos secundarios. Los análisis de sangre serán constantes. Es probable que, durante episodios maníacos o depresivos muy largos, tengamos que ingresarte en nuestra clínica, e incluso podríamos llegar a emplear tratamientos más agresivos, como la terapia electroconvulsiva.

Ambas palidecieron aún más, pero no dijeron nada.

Llegada a Navaluenga después de su largo paseo nocturno, a Mercedes ya se le había pasado el efecto de los pacharanes. Decidió darse un baño antes de bajar a cenar con Carlos. Sus pensamientos durante la caminata desde la casa de Anne le habían dejado mal cuerpo. No podía quitarse de la cabeza aquel lance en la consulta, cuando el médico les anunció la enfermedad. Y es que ese día supuso un punto de inflexión para Clara y para toda la familia.

Tras su baño reparador, Mercedes bajó a cenar. A la mesa la esperaba Carlos, que ya se había servido el primer plato y disfrutaba de una taza de consomé ardiente mientras miraba su móvil. Levantó las cejas al verla llegar, pero no tardó en posar la mirada de nuevo en el terminal tras pronunciar un exiguo «Hola». Mercedes se sentó y en seguida le llevaron la sopera para que se sirviera.

—¿Qué tal te fue con Anne? —preguntó Carlos, todavía mirando su iPhone.

—Bien, la verdad. Hemos disipado las rencillas que había después de lo de Shu. Aunque acabamos hablando de nuestra hija...

—Como siempre.

—Me he acordado de muchas cosas volviendo a casa. De aquel día que nos dieron la noticia de su enfermedad, cuando vinimos directas aquí a contártelo. De eso hace ya diez años... —Solo en ese momento Carlos fijó la mirada en la de Mercedes—. Diez años de lucha, Clara contra

Clara. ¿Cuántas tormentas habrá pasado? He perdido la cuenta. Y a pesar de estar prevenidos, nunca pensamos que se manifestaran con tanta virulencia. Una detrás de otra, todas las advertencias del doctor se han convertido en pesadillas muy reales. Durante estos años la hemos visto rechazar la medicación en infinidad de ocasiones, ha estado meses ingresada en un centro psiquiátrico para recibir los más duros tratamientos, se ha drogado hasta rozar la sobredosis mortal, ha desaparecido de casa y vuelto a aparecer en un estado calamitoso, febril, intoxicada, casi muerta a veces; y lo que es peor: se ha intentado suicidar en dos ocasiones, la última casi con fatídico éxito.

El aire pareció cortarse. Carlos no estaba preparado para procesar tan de sopetón lo que su mujer le contaba. Trató de mantener la calma. ¿A qué venía todo aquello? Se llevó la taza a los labios e hizo algo de ruido al sorber, cosa que enervaba enormemente a Mercedes y de lo que él era muy consciente, aunque le compensaba por tomar el caldo ardiendo. Se bajó ligeramente las gafas para mirarla a los ojos.

—Diez años, así es. ¿Se puede saber qué ha pasado en casa de Anne?

—No ha pasado nada, Carlos. Es solo que tengo un día difícil; después de una década no he sido capaz de hacer nada por nuestra hija y empiezo a ser consciente. Me siento inútil. No solo me corroe ver el sufrimiento de Clara en cada brote, también sufro por no saber cómo rescatarla de ese pozo oscuro, y al parecer sin fondo, donde ha caído. ¿Sabes lo difícil que es para mí vivir la enfermedad de mi hija y no poder hacer nada por ella; no poder proteger a la criatura a la que he dado la vida? Además, su enfermedad es en parte nuestra culpa, pues son tus genes o los míos, o la terrible combinación de ambos, los que la predestinaron al sufrimiento. Y encima yo..., que teóricamente tengo todos los recursos a mi disposición en Gattaca para tratarla, tanto económicos como científicos, con el talento más puntero, soy incapaz de hacer nada por ella.

AÑO 2072

La verdadera patria del hombre es la infancia.

RAINER MARIA RILKE

VI

El ruido del tacón de una bota contra el suelo de mármol generaba un eco molesto. Shui tenía ese tic nervioso en la pierna y no se daba cuenta de lo incómodo que resultaba. Ese sonido metálico rompía el ambiente reconcentrado del aula, emplazada en la que un día fuera una ermita románica, y hacía de su espasmo un incordio para el resto de sus compañeros, que la miraban mosqueados. Clac, clac, clac... La niña parecía ajena a su traqueteo. Su pierna se movía con tal ímpetu que el pupitre y la silla acompañaban rítmicamente aquel sonido crispante.

La clase la formaba un grupo de mentes inquietas que solo rompían el silencio para compartir agudas preguntas y comentarios llenos de curiosidad, de manera que aquel taconeo nervioso desconcentraba a todos, especialmente a Sofía, que, como profesora, tenía que marcar el son de esa orquesta de talentos. Se levantó enervada de la silla para quitarse el fular de seda que llevaba alrededor del cuello y colgarlo en el perchero que tenía a su espalda. Aunque hacía frío entre esas robustas paredes de granito, con casi un metro de espesor, a medida que avanzaba la clase solían subirle los calores. El baile de San Vito de Shui de repente cesó, una señal inequívoca de que la joven se disponía a formular una pregunta. Sofía se puso en guardia y suspiró: «¿Qué soltaré ahora?», pensó...

—Miss Sofía, el otro día estuvimos hablando de las personas con nuestra condición, se esforzaba por convencernos de que, a pesar de nuestras genéticas manipuladas, éramos únicos, tanto como cualquier otra persona. Nos decía que la sociedad no tenía por qué recelar de nuestras circunstancias, aunque estas fueran tan desafiantes como que nuestras inteligencias hubieran sido editadas.

—Bueno —Sofía juntó las yemas de los dedos y avanzó unos pasos hacia su auditorio—, lo que trataba de deciros era eso, sí, pero también que teníais una responsabilidad con la sociedad y, sobre todo, que el hecho de que seáis más inteligentes no debería suponer una amenaza, pero tampoco un precedente para que la tecnología se utilice de una forma descontrolada e irresponsable. Sé que puede resultar complicado.

La voz aflautada de la niña replicó:

—No es complicado, pero creo que tenemos que entender quiénes somos con cierta perspectiva. Nos empeñamos en hablar de nuestra genética, de nuestro código de vida... pero obviamos variables más poderosas, como el código del tiempo: «la genética del tiempo», la podríamos llamar. Creo que tenemos que cambiar el enfoque, tomar perspectiva.

—Suenas sugerente, eso sin duda. —Sofía tenía un rostro serio no exento de cierto orgullo.

—A ver si soy capaz de explicarme, que no es fácil. ¿Qué pasaría si hubiera un número de copias idénticas de cada uno de nosotros? De mí, por ejemplo...

—¿Cómo? Espero que solo contemos con una copia tuya, de lo contrario acabaríamos agotados. —Entre los compañeros de clase se escucharon risas.

—Estoy tratando de plantear un dilema, miss Sofía... —Shui frunció el ceño, aunque su rostro no perdió por ello su condición casi infantil—. Diga un número: ¿tres, cuatro, cien Shuis?

—A ver. No vayas por ahí... El hecho de que estéis todos editados genéticamente no os convierte en una copia de nadie, o viceversa... Tenemos inteligencias mejoradas, pero somos tan humanos como cualquier otra persona. —Sofía se apoyó en su mesa, se cruzó de brazos y se giró para mirar fijamente a la niña y descifrar hacia dónde quería llevarlos.

—Necesito que tenga un poco de paciencia, pues lo que pretendo, justamente, es profundizar en esa perspectiva. No busco abordar la cuestión desde un punto de vista psicológico (cómo nos debemos de sentir), ni siquiera desde un punto de vista biológico, sino desde una perspectiva matemática, física... incluso hasta existencial, si me apura. ¿Usted cree en algún dios, miss Sofía?

—¿A qué viene eso ahora? ¿Qué crees tú que yo creo sobre dios? —La profesora buscaba hurgar en la forma de pensar de la niña.

Ella se mordió un dedo, bajó la cabeza pensativa y después la alzó. En sus ojos brillaba la suspicacia.

—Déjeme que piense... Lo que creo es que no puede responder a la mayoría de las preguntas que nos hace en clase. Son preguntas esenciales, pero lo son en la medida en que nadie sabe la respuesta. Cada vez que obtenemos respuestas a preguntas trascendentales surgen nuevas preguntas. Cuando no se tienen respuestas, creer en un dios nos alivia la existencia. —Sofía rio, orgullosa.

—Y tú... ¿crees en algún dios, Shui? ¿Adónde nos quieres llevar?

—Yo creo que Dios es infinito. —Tras un breve silencio, se escucharon algunas risas y la niña continuó explicándose—. No os riais, no se trata del estribillo de una canción ultracatólica o de una plegaria que se diga en misa. Tiene una explicación matemática. —Y trazó con un dedo el símbolo de igual en el aire—: Dios igual a infinito. Si me dejáis algo de tiempo, os lo explico.

Shui tenía solo once años. De origen chino, la niña era traviesa, inquieta y sensible. A Sofía no le gustaba mostrar favoritismos entre sus alumnos, pero aquella niña de ojos rasgados era especial para ella, a pesar de lo cual, o precisamente por eso, se mostraba más exigente. Era entrañable que una criatura tuviera la pasmosa perspicacia de abordar la mayor pregunta de la humanidad de una forma tan clarividente. Sin duda, pensó Sofía, tener fe en un dios nos atempera la existencia.

Shui, recordaba mientras la escuchaba hablar, era una niña con una historia peculiar. Nacida en China en el año 2061, su padre era un empresario de éxito, uno de los hombres más ricos de China, que se había hecho a sí mismo invirtiendo en activos de tecnología *blockchain*. El señor Zhang —así se llamaba— nunca se casó ni se le conocía amante o pareja estable. A pesar de ello,

su sueño era tener una hija a la que criaría solo, la nieta que nunca pudo darle a su madre, fallecida trágicamente cuando él tan solo era un adolescente. Para tal empeño acudió a una de las mejores clínicas de ingeniería genética de Shanghái, donde escogió, con escrupuloso detalle, a una madre de alquiler que diera a luz a su bebé a la carta. En China la edición humana estaba mucho más normalizada que en el resto del mundo, puesto que para aquel país era una cuestión práctica: si la tecnología permitía mejorar a su población y dotarla de oportunidades, ¿por qué no deberían hacerlo? A pesar de que tenían que cumplir las innumerables y severas restricciones internacionales de edición genética, que limitaba el uso de aquella tecnología a la cura de enfermedades potenciales, lo cierto es que se podía justificar casi cualquier enfermedad con una astucia legal y la complicidad del Gobierno, y por eso la gente, sobre todo si tenían poder y dinero, como el señor Zhang, se saltaba la regulación con impunidad.

Cuando el padre de Shui se sentó con el ingeniero genético a rellenar el menú de rasgos que quería para su hija, le enseñó la foto de su madre y le pidió que hiciera a la futura nieta exactamente igual físicamente, y sin duda la clavarón: tenía la nariz alta, los ojos grandes y largos de color avellana, la tez nívea, una cara pequeña de forma ovalada con un mentón puntiagudo y una boca de cereza. Era un calco de la foto de su abuela que la niña guardaba en la mesilla de su habitación del colegio en Navaluenga, junto a la de su padre, como si sintiera veneración por ambos, cosa que le producía una infinita tristeza a Sofía, pues sabía que su padre la había abandonado en aquel centro y que jamás se interesaba por ella, aunque la profesora se hiciera pasar por él de vez en cuando para que ella se sintiera querida. Además, el señor Zhang no quiso dejar nada al azar y le pidió al ingeniero genético que dotara a la niña con un cociente por encima de doscientos mostrando muy pocos escrúpulos, pues lo avisaron de que aquello podría ser peligroso para la salud de Shui a medida que fuera cumpliendo años. Sofía abandonó sus recuerdos para devolver su atención a lo que Shui trataba de contar tan tozudamente.

—Venga, Shui, cuéntanos tu teoría sobre Dios y el infinito, pero hazlo rapidito. —Sofía intuía que la reflexión sería interesante.

—Supongamos una caja —continuó la niña rascándose la cabeza—. Esa caja está totalmente aislada, un aislamiento perfecto. Imagínese que metemos en ella una pera, por ejemplo, o una manzana, da igual... Bien cerrada, para que nada pueda entrar o salir.

—¿Por qué vamos a meter una pera en una caja? —Tom, el joven americano que se sentaba al lado de Shui, intervino, bastante confuso.

—Déjame terminar, pesado. —Shui levantó un brazo recriminatorio.

—Déjala terminar, Tom. ¡Pero al grano, Shui! —Sofía trató de poner algo de paz.

—En un mes, la pera empezará a tener una textura algodonosa y putrefacta, se irá poco a poco descomponiendo. En un año, la pera solo será polvo de la descomposición, materia orgánica que pronto se acabará convirtiendo en energía química... Si nada puede salir o entrar de la caja, esa energía acabará por calentarse mucho, hasta alcanzar potencialmente miles de grados si dejamos pasar el tiempo suficiente, como mil años, por ejemplo. Si fuéramos capaces de esperar miles de

años más, veríamos que esa energía se habría convertido en partículas fusionadas nuclearmente, aunque esta fusión es lentísima cuando se produce a miles de grados. Lo que un día fue una pera en una caja se habrá transformado en un plasma de partículas fundamentales, que crean elementos superiores, y que daría como resultado núcleos de hierro y un montón de fotones. Miles y miles de millones de años después, los neutrones se desintegrarían en protones y otras partículas fundamentales. Estas darían vueltas y vueltas, y si se cumplen las leyes de la física, lo que un día fue una pera iría cambiando de un estado a otro y a otro y a otro, convirtiéndose en multitud de estados diferentes.

—Al grano, Shui... ¿Vas a abordar un enfoque relativista, cuántico, la teoría del caos? —Édouard intervenía desde un holograma pues se encontraba en Shanghái.

—Calla, anda, y escucha. Si hay como 10 a la 24 partículas en una pera, esas partículas pueden estar en 10 a la 10 a la 24 estados diferentes... Eso es un número gigantesco, pero no es infinito. Aquí llega lo más interesante: si dejamos la caja en paz un tiempo infinito, esas partículas fundamentales pasarán por todos los estados posibles, pasarán por todos de forma infinita, además. Y si eso se cumple, en algún momento conseguirás, como por arte de magia, tener de nuevo tu pera dentro de la caja, como si nada hubiera pasado.

—¿Cómo que «como si nada hubiera pasado»? ¿Te parece poco un número infinito de años? —Tom se rascaba la cabeza intentado seguir a su compañera y, aunque su comentario era sincero, sonó irónico y despertó las risas de los otros alumnos.

—Aguanta, Tom, que ya termino... Esto ilustra el poder de lo infinito frente a lo finito. De hecho, no solo veremos la pera dentro de la caja, sino que todo objeto posible que pueda existir, existirá dentro de la caja. ¿Lo entendéis?

—¿Y por qué nos tiene que importar eso? ¿De qué nos sirve tener a la pera de vuelta? —El tono de Édouard había crecido en displicencia.

—Pues, muy sencillo, porque cualquiera de nosotros podríamos estar dentro de esa caja —intervino Sofía, que había entendido perfectamente adónde quería llegar la pequeña Shui.

—Exacto —zanjó la niña.

—Pero no has respondido al dilema: ¿por qué Dios es igual a infinito? —Tom empezaba a seguir el hilo pero ansiaba saber más.

—Pues porque si tenemos un espacio finito, tendremos un número finito de partículas que solo pueden organizarse en una cantidad finita de formas. Pero en el momento en el que el espacio es infinito, la organización infinita de partículas deberá repetirse en algún momento.

—Lo cual quiere decir que, si se repite todo lo que hay en la caja, y en la caja puede haber de todo, incluidos nosotros, pues también habrá otra Shui por ahí... Bueno, existirán un número infinito de copias de Shui. De todos nosotros, en realidad. —Tom por fin entendía.

—¡Correcto! —exclamó Shui, exultante—. Conclusión: Dios igual a infinito.

—Conclusión: Dios es una pera —bromeó Édouard, que acababa de entender el dilema.

Sofía sonrió, sin duda estaba orgullosa de la niña, estaba llevando a todos sus compañeros a

un lugar de reflexión totalmente desconocido, y eso que estaban casi igual de bien dotados que ella, pues, además de la pequeña Shui, aquella clase, aquel centro educativo que Sofía había levantado desde sus cimientos, estaba lleno de jóvenes con inteligencias retocadas, mejoradas genéticamente, como la propia Sofía. Ella dedicaba su vida a formar a esos chavales, que eran como hijos para ella, para que se enfrentaran a las dificultades no calculadas de esa nueva variante de la especie humana, para que entendieran mejor quiénes eran y cómo debían comportarse en un mundo que, en realidad, los temía.

Sofía era muy consciente de su responsabilidad. Había que equipar a los chicos de recursos para que tuvieran una visión completa del mundo en el que vivían, para que comprendieran las consecuencias de las acciones bienintencionadas de unos pocos. Ya hacía más de un siglo que Albert Camus escribiera en *La peste*: «El mal que hay en nuestro mundo viene casi siempre de la ignorancia, y la buena voluntad puede causar tantos desastres como la maldad. Los hombres son más bien buenos que malos y, a decir verdad, esa no es la cuestión». Con la mejor de las intenciones, la ingeniería genética se iba poco a poco aplicando no solo para curar enfermedades, sino para modificar caprichosamente las vidas de cada vez más personas, con los retos éticos que aquello planteaba. Por ese motivo Sofía creía en lo que hacía en Navaluenga, donde fundó la red global con la que educaba a personas editadas: GENE, Global Education Network for the Enhanced.

Sofía se paseó entre las mesas de sus estudiantes, capturando su atención. Shui había dejado un ambiente reconcentrado, erudito. Tras unos largos segundos, se lanzó de nuevo.

—Pero, Shui, todavía no has desarrollado tu hipótesis inicial, esa que has llamado «la genética del tiempo». —Había resuelto un dilema, pero todavía no se sabía qué perseguía al resolverlo.

—Ah, cierto. —El rostro de la niña se iluminó con una sonrisa candorosa—. Es muy sencillo: si el infinito existe, entonces podríamos decir que la entidad que postulamos como Dios sería igual a infinito —Shui solía hablar con una propiedad que a veces asombraba a la misma profesora—, lo cual asumiría que Dios existe. Si dicha entidad ha querido que existan infinitas copias de cada uno de nosotros, aunque esas copias estén en universos desconocidos e inexplorables, yo me podría hacer muchas preguntas sobre nosotros mismos, pero me quiero hacer fundamentalmente una: ¿por qué tenemos que hacernos tantas preguntas sobre quiénes somos y sobre el lugar que ocupamos en este mundo si al final existen infinitas copias de cada uno de nosotros en infinitos mundos?

—Lo que quiere decir esta renacuaja —el holograma de Édouard miró a la niña, que tendría tres o cuatro años menos que él—, si la estoy siguiendo bien, es que nos preocupamos demasiado de aspectos que con una perspectiva más grande (tan grande como lo es el infinito) son absolutamente irrelevantes, como, por ejemplo, qué demonios importa que estemos editados. —Sonrió desahogado, le había costado seguir el hilo, pero sin duda había llegado a donde la niña les había señalado a todos.

Sofía suspiró, soltó cierta tensión después de una reflexión tan pura, aunque no compartía

para nada la conclusión. Se preparó para dar una replica necesaria a ese resultado tan desapegado, tan bohemio, mientras contemplaba el paisaje castellano por la ventana. Aunque la ciencia física demostrara que lo que Shui decía era cierto, ella se negaba a que aquella naturaleza, la que tenía ante sus ojos, fuera replicable. En cuanto a su impecable argumentación sobre la infinitud del universo, solo fallaba por la arbitraria conclusión sobre la existencia de Dios, pensó, pero de todas maneras aquellas reflexiones le parecieron brillantes y todo un estímulo para la clase.

Aquel mes de marzo el torrente del río Voltoya rugía con fuerza. Las nevadas habían sido más intensas y el deshielo de la sierra llenaba los arroyos, que se deslizaban con ímpetu, aunque unos meses más tarde estarían prácticamente secos. La primavera había llegado gris y nubosa, apenas como un acecho. El invierno, perezoso, no quería despedirse y las cañadas amanecían heladas varios días a la semana. Castilla era árida, austera y fría. La metamorfosis en esa tierra solía llegar mucho más tarde, bien entrado el mes de mayo. Las lluvias de abril dejaban algo de agua, poca, lo que permitía al terreno beber lo justo para dejar que crecieran los pastos y florecieran las amapolas. El verde del pasto se vestiría del blanco de las margaritas, luego el amarillo del jaramago se mezclaría con el morado de las viboreras, y, antes de espigarse, del rojo intenso de las adormideras, esa flor tan especial que crecía algunas temporadas en la zona. El viento siempre estaba presente. Entre la fauna, el aire castellano, fuerte y áspero, tenía muchos detractores para los que resultaba molesto y en ocasiones hasta perturbador. Era el caso de las perdices, o de los conejos, que no percibían la presencia del peligro a tiempo. Por el contrario, también tenía muchos simpatizantes, como los milanos, las águilas o los buitres, para quienes resultaba placentero y divertido tomar altura y dejarse llevar por corrientes de aire tan predecibles para ellos. El monte entraba y salía de la dehesa, los chaparros pasaban de estar embutidos a desconcentrarse y dar paso a centenarias encinas, con robustos troncos, que brotaban espaciadas en las eras que las rodeaban. Las rocas ocupaban un papel protagonista. Sus contornos se asemejaban a formas cotidianas y dispares: una cara, una ola, una casa... La imaginación era tan sencilla y tramposa a la vez...

Pero la naturaleza, que todo lo abarca —continuó reflexionando Sofía mientras contemplaba el paisaje, melancólica—, no está esculpida exclusivamente por las manos del Todopoderoso, sino también por la inspiración que este daba a los hombres. La arquitectura y la historia de aquella tierra estaba unida de manera inapelable a sus rocas. Eran muchas y diversas las piedras naturales de Castilla: areniscas, calizas, mármoles, pizarras y granitos salpicaban de colores ocre, rosados, blancos, grises, verdosos o azulados el paisaje. En esa zona de Ávila, el granito y los canteros eran tan castellanos como la morcilla de Burgos o como el cochinillo segoviano. Desde antiguo se habían empleado esas rocas en construcciones y tallas, tal era el caso de los castros célticos, de los toros de Guisando o de los verracos abulenses, ambos anteriores al año 200 a. C. Y aunque el acueducto de Segovia se elevaba estoico más de dos mil años gracias a las piedras graníticas de la sierra de Guadarrama, lo cierto es que el verdadero auge de los trabajos

más importantes de construcción en esa tierra se produjo en los siglos XII y XIII, cuando eclosionó una enorme tradición cantera y se descubrieron importantes yacimientos graníticos en la zona sur del sistema Central. Era un tema que a ella le apasionaba de verdad. Recordó una reciente lectura: en esa época se desarrollaron en Ávila numerosas obras vinculadas a pequeñas fortificaciones para uso monacal. Durante los siglos venideros, especialmente durante el Renacimiento, dichas fortificaciones se fueron convirtiendo en pequeños palacios de la baja nobleza que se rodearon de un complejo urbano propiciado por la actividad económica generada por los señores. Ese era el caso de Navaluenga, donde Sofía alimentaba las curiosas mentes de aquellos jóvenes, que se habían quedado en un silencio respetuoso, observando a su profesora mirar por la ventana. Luego los miró a todos y sonrió, como si hubiera vuelto de un viaje remoto.

—Yo no estoy de acuerdo contigo, Shui. —Sofía por fin salió de su ensimismamiento, aunque para los chicos solo hubieran pasado unos segundos—. Pero tengo que reconocer que me ha gustado mucho tu explicación. Dejad que os haga una propuesta: ¿por qué no nos vamos a dar un paseo por el campo? Igual aprendemos algo de la naturaleza...

VII

Enfrente de aquella pequeña ermita que se había convertido en un aula se divisaba una torre de piedra que en el siglo XIII fue el núcleo original del palacio, formado por una muralla fortificada con múltiples y estrechos pasadizos secretos y galerías recónditas que traían a la cabeza alguna novela de Umberto Eco. En el siglo XVI se construyó el cuerpo fundamental, de planta rectangular y abierta. Esta intervención configuraba dos fachadas principales de proporción renacentista y abiertas en forma de galerías orientadas a mediodía y a poniente, explicó Sofía a sus alumnos, que escuchaban distraídos, sin prestar demasiada atención.

Habría unos diez niños presentes allí mismo y otros tantos, que al estar en otras partes del mundo, se habían conectado a las lentillas de sus compañeros para seguir el paseo por el campo en tiempo real. Navaluenga, como se llamaba el campo que incluía el palacio y los pueblos rurales que lo rodeaban, fue el lugar elegido con mimo por Sofía para asentar el primer campus de GENE. Navaluenga había sido un día la histórica casa de sus abuelos, donde ella se crio. Cincuenta años atrás, cuando aún era niña, recordaba jugar con su abuelo en un parque que entonces se encontraba donde hoy se asentaba el aeródromo del que salían y entraban algunos drones a diario. El abuelo, Carlos Vitruvio, era un personaje entrañable entregado a cuidar de su nieta con una dedicación fervorosa y esmerada. También su abuela, Mercedes de Grijalba. «Aunque menudo carácter», pensaba Sofía las veces que la recordaba. En cualquier caso, ambos fueron quienes la criaron, si bien a ella, llegado un momento, también le tocó cuidarlos, pues pronto llegaron las averías y altibajos propios de la edad.

Sin duda, todo había cambiado mucho desde la época de sus abuelos. Cuando ellos vivían, la casa tenía un uso exclusivamente doméstico, era su hogar. Contaba con una gran vivienda principal con más de tres mil metros cuadrados y varios salones y comedores, constelada de soberbias pinturas y esculturas tanto antiguas como contemporáneas, todas de exquisito gusto e incalculable valor, pesados tapices de la Real Fábrica y elegantes muebles estilo Luis XV, perfectamente restaurados y tapizados con paños de las mejores sedas. En el lateral de la casa principal se abría un pabellón de invitados con veinte habitaciones, todas amplias y luminosas, siempre inmaculadas, como a punto de recibir a sus huéspedes. El recinto de entonces también contaba con cuadras, almacenes, garajes y estancias varias. Todo parecía esculpido por la pluma de Jane Austen, salvo porque Navaluenga no se encontraba en la romántica campiña inglesa del XIX, sino en la «Castilla miserable, ayer dominadora» descrita por Machado en su poema «A orillas del Duero».

—¿Adónde nos lleva, miss Sofía? —El AF le mostró la cara del joven Édouard en su lentilla tan de sopetón que le hizo dar un respingo.

«No soporto estos dichosos aparatos», pensó Sofía, enfurruñada. Odiaba las lentes de contacto donde se insertaban esas inteligencias artificiales, aunque parecían inevitables, ya que todos se habían vuelto totalmente dependientes de los Artificial Friends, de donde venían las siglas, ya convertidas en acrónimo. Había que reconocer, sin embargo —especulaba Sofía—, que eran capaces de realizar virguerías para facilitar la existencia, tanto en el trabajo como en la vida cotidiana, aunque tales ventajas a ella no le terminaban de gustar porque eran a costa de que usurparan una parcela de su autonomía, de que tomaran decisiones por ella, en ocasiones de lo más originales, como ahora, cuando el joven Édouard, que estaba navegando en el espacio virtual común de la clase, se había colado de repente en la lentilla particular de la profesora.

—Édouard, esto me lo puedes preguntar en la conexión donde estamos todos juntos, no te hace falta entrar en mi AF. —Volvió a conectar al chico al espacio virtual común y le contestó donde todos pudieran escuchar la respuesta—. Vamos a ver a unas amigas mías que igual nos enseñan algo.

Era todavía temprano y algunos conejos asomaban la cabeza por sus majanos. No sería un paseo muy largo, a pesar de lo cual Sofía siempre andaba con sus habituales zancadas firmes y veloces, de depurado estilo, moviendo los brazos para equilibrarse y darse impulso. Los alumnos forzaban un trotecillo cochinero de cuando en cuando para seguir a duras penas su fugaz estela.

—¡Mire! ¡Allí, miss Sofía, una cierva! —Tom apuntaba a un animal mientras trataba de recuperar el aliento.

—Eso es una corza, hombre, ya deberías saber distinguirlos. ¿No ves que es mucho más pequeña de cuerpo y que va dando saltitos con su trasero blanco y respingón?

Los corzos frecuentaban las húmedas y frescas cañadas de las mañanas de Navaluenga y siempre miraban la estela de Sofía admirados, como si el jefe de la tribu pasara revista, respetuosa pero nunca ajena.

—Luego venga a hacerte el ecologista y no sabes distinguir un conejo de una liebre —remató la profesora ante la mirada algo avergonzada del niño.

—Pero ¿adónde vamos? —Era Shui la que saltó impaciente.

—Allí. —Sofía señaló un pequeño pueblo muy cercano a la casa.

—¿A Muñico? —preguntó la niña arqueando las cejas, extrañada.

—No exactamente: a la derecha, en ese pinar que está justo pegado.

—¿A las colmenas? —La voz de Shui se tornó temblorosa de repente.

Era extraño. Shui siempre había sentido una mezcla de fascinación por cómo aquellos insectos producían disciplinadamente la miel, y al mismo tiempo un miedo paralizante, hasta que hacía unos días había tenido un incidente francamente sobrecogedor, como bien recordaba Sofía.

—Así es. Sé que les tienes algo de respeto, pero no quiero que te quedes con el recuerdo de la última vez, la verdad es que me asustaste.

La niña enmudeció, como si algo punzante cruzara su mente. Los ojos se le abrieron, estrábicos; de repente parecía abducida, ausente. Sofía recordó, había sido el jueves o el viernes de la semana anterior, no estaba segura. Entonces andaban juntas por el campo y de repente Sofía la perdió de vista. Cuando se volvió a buscarla la encontró allí, a pocos metros de las colmenas, rodeada de infinidad de nobles obreras que parecían evitar picarla. Shui se había quedado paralizada mirándolas, como si estuviera sonámbula, mientras movía la comisura de los labios contando en silencio, su mano derecha a media altura con el dedo índice dibujando ochos en el aire. La escena había sido aterradora, pues una nube de abejas revolucionadas la rondaba, un enjambre que parecía un solo ser, un cuerpo extraño y cohesionado que se sabe más fuerte que su frágil oponente, pero que se mantiene respetuoso, expectante. Sofía gritó asustada y Shui volvió en sí, y, como si de repente despertara de una pesadilla, tomó consciencia de la situación y se separó bruscamente de los panales sin que los insectos tomaran represalias, cosa también sorprendente, pues no suelen reaccionar bien a los movimientos violentos.

Toda la clase se puso a su alrededor una vez que llegaron a las colmenas. Sofía se paseó a cierta distancia y contempló a los jóvenes, mirándolos uno a uno:

—¿Alguien sabe por qué os he traído aquí, a ver estos bichos? —preguntó.

—¿Nos va a enseñar cómo extraer la miel del panal? —soltó Shui con un gesto entre asustado e irónico.

—Creo que eso sería un desastre, Shui. Lo que yo quiero es haceros pensar sobre la naturaleza y la vida. ¿Qué es la naturaleza para vosotros?

Tom, con un dedo metido en la boca, levantó la mano con cara de empollón y la profesora hizo un gesto para darle la palabra.

—Si la adulteramos, ¿continúa siendo natural la naturaleza?

«Qué pedante», pensó Sofía, aunque nunca dejaba de sorprenderse con la perspicacia de sus estudiantes. Miró de reojo a los demás alumnos y se mordió el labio, como si no supiera bien por dónde avanzar. Tras unos segundos, vio que el joven Abasi, el nigeriano que jamás comentaba nada por su timidez paralizante, levantaba la mano.

—¿No sería un oxímoron el concepto de naturaleza manipulada?

Cuando el joven Abasi se puso a hablar, Sofía sintió una enorme sensación de orgullo, pero también de responsabilidad. Lo que ocurría, se había dicho a sí misma muchas veces, es que era una entusiasta de aquellos debates, se desvivía por esas jóvenes mentes, tan brillantes e inocentes, que plasmaban la realidad desde una perspectiva pura y apasionada. Tom y Abasi acababan de resaltar la contradicción que podría resultar de una naturaleza adulterada, la trascendencia y la clarividencia del comentario, al estar ellos manipulados, nunca dejaban de sorprenderla.

Sofía continuó alentando la discusión. Los jóvenes levantaban la mano allí mismo o en sus AF y ella iba construyendo el debate sobre más y más preguntas, poco a poco, como quien levanta un castillo de arena que, aunque la marea no tarde en desbaratarlo, aun así persistiría algo

en ellos, como una huella o un rescoldo de ese calor que producían los debates a los que se entregaban.

—¿Édouard? —El niño llevaba con la mano levantada desde que llegaron, pero Sofía hacía esfuerzos por que otros jóvenes participaran más activamente que aquel pequeño empollón.

—¿Dónde se pone el límite al editor de la naturaleza por excelencia? Me refiero a la ciencia...

Sin duda esa era la gran pregunta y se quedó dándole vueltas. Hacía cincuenta y cuatro años, en 2018, antes de que ella hubiera nacido, el doctor Wang Shu editó genéticamente a dos niñas para que fueran inmunes al virus del VIH. Su abuela había financiado aquella investigación y le tocó lidiar con el gran debate ético que aquello supuso, pues muchas personas con múltiples ideas complejas en evolución tenían infinidad de puntos de vista al parecer imposibles de conciliar.

—Es interesante, Édouard. Yo creo que los científicos no pueden sentarse tranquilamente en sus laboratorios con sus probetas a aplicar los descubrimientos científicos sin pensar en las consecuencias de lo que están haciendo. La ciencia se encarga de las cosas que podemos ver y medir, se encarga de desarrollar las tecnologías que una vez descubiertas son sencillas de aplicar, no cabe duda. Pero cuando metemos cuestiones éticas, cuando nos preguntamos sobre qué uso debemos dar a una u otra tecnología, si utilizarla o no, proyectando las consecuencias de su aplicación en la sociedad, ya no se trata de una mera cuestión científica porque esta se ha deslizado a otro ámbito más espinoso.

Sofía tomó aire mientras se quedaba pensando. Como muchos otros, ella era consciente de que la tecnología abría una y otra vez diferentes y temibles cajas de Pandora, pero la sociedad está obligada a persistir, abriendo más y más cajas, porque la forma de vida humana tal y como la conocemos no es sostenible, aunque corramos riesgos al abrir cada una de esas cajas, pues no siempre sabemos qué saldrá de ellas. «Ese es el verdadero reto», reflexionó.

Sofía y los alumnos tomaron el camino de vuelta acabada la discusión, que se había prolongado todavía un rato más cerca de los panales. Los chicos estaban relajados y tenían pocas ganas de seguir tratando temas trascendentales. Durante el retorno, Shui y Tom mantenían una animada conversación con Sofía sobre la familia de la profesora y los orígenes de Navaluenga. Cuando pasaron por el pueblo de Muñico, atravesaron unos enormes almacenes de piedra que todavía servían de residencia a unos emprendedores rurales. Se toparon con una escultura en acero Corten de un anciano, en cuya base una placa rezaba: «In gratitude to Pablo Graham». Como si estuvieran muy acostumbrados a ver aquella talla sin reparar demasiado en ella, los niños pasaron de largo hasta que a Tom, de repente, se le ocurrió preguntar:

—¿Quién fue Pablo Graham, profesora? Siempre que cruzamos por aquí vemos la escultura de este hombre, pero la verdad que yo nunca he sabido qué hizo...

—¿No sabes quién fue, Tom?

—Yo sí, lo sé perfectamente. —Shui, que parecía distraída, se incorporó a la conversación—. Me lo ha contado usted un millón de veces. Pablo Graham fue el primer rehabilitador de los pueblos despoblados de Navaluenga. Fue el socio de su abuela, ¿no es cierto?

—Así es —confirmó Sofía—. Hacia el año 2017, antes de que yo naciera, aquí floreció una nueva forma de vida que llevó a que, poco a poco, se fueran asentando en pequeñas aldeas abandonadas algunos científicos y empresarios. Ellos consiguieron revivir este pequeño ecosistema natural y cultural que se había quedado desolado. Mi abuelo lo llamaba «colonización tecnológica».

—¿Y qué hizo Graham exactamente? ¿Llegó aquí y se puso a rehabilitar almacenes sin ton ni son? —Tom no saciaba su curiosidad, aunque su tono era un poco impertinente.

—Fue un conocido emprendedor hispano-inglés, muy exitoso, como le gustaban a mi abuela sus amigos. —Sofía desplegó una media sonrisa muy calculada—. Acabó aterrizando aquí después de haber vendido varias de sus empresas y sin saber qué hacer con tanto dinero ganado durante años. Su proyecto se centró en ayudar a jóvenes emprendedores a desarrollar sus proyectos en el pueblo, con la única condición de que dichos proyectos se centraran en revivir esta estepa yerma. Después de superado el proceso de selección, Pablo financiaría sus aventuras empresariales y su manutención completa... Sin duda, fue muy generoso como filántropo de empresarios noveles y como precursor de los repoblados de Castilla.

—Cuénteles a Tom cómo llegó su abuela a conocer a Graham... —Shui se apresuraba para seguir el ritmo de Sofía.

—Fue su socio en Gattaca, la empresa de biotecnología que fundó. Aunque antes ya habían hecho varias cosas juntos... Si no me equivoco, la primera vez que se vieron fue cuando ella hizo su MBA en Stanford, mientras salían de copas en un bar de San Francisco. Ella tendría veinticinco años por entonces, antes había estudiado Biología en la Universidad Complutense de Madrid, donde se graduó con honores; era internacional, mujer, bien conectada... Su admisión en el programa no le costó demasiado, aportaba un perfil claramente diferencial.

En ese momento el sol iluminaba con fuerza las cañadas creando un vaho nebuloso en los secos arroyos que afloraban de los profundos manantiales. Los dos jóvenes y la profesora se habían adelantado al resto de estudiantes, que los seguían a unos metros de distancia conversando animadamente. Andaban por un camino habiendo ya dejado atrás Muñico. De repente, un dron los sobrevoló veloz y Sofía levantó la mirada con la esperanza de que fuera un paquete que aguardaba con impaciencia desde hacía días, unos zapatos de una exquisita marca italiana, pero la cegaron unos rayos de sol directos a los ojos y no pudo identificar qué llevaba. No le dio importancia y continuó con su historia, imperturbable.

—¿Por dónde iba? Ah, sí. Pablo Graham era el emprendedor de moda en el ambiente de San Francisco de la época, un fino experto en diseño de software que ya había acumulado una fortuna vendiendo una de sus empresas. A pesar de su éxito profesional, era un sobón cuando salía de copas, un verdadero petardo, solía decir mi abuela entre risas.

—¿Y quiso ligar con ella? —preguntó Shui con interés, a quien, aunque ya conocía la historia, le divertían ese tipo de chismes. «Muy típico de su edad», pensó Sofía.

—Correcto. Cuando trató de pasarle una mano por el hombro y deslizarla para rozar levemente su pecho, mi abuela le pegó un guantazo que lo dejó tiritando.

En efecto, una de las características de su abuela, recordó Sofía, era su carácter fuerte y, sobre todo, que no se dejaba chulear por nadie, aunque también tenía un sentido muy pragmático de la vida, por lo que cuando se dio cuenta de que, el que tenía la cara roja con la marca del tortazo, era un empresario del que podría sacar algo de partido, decidió abroncarlo por sobón para luego invitarlo a una copa y tratar de hacerse amiga suya. Sin duda, era una mujer que conocía muy bien sus virtudes, entre las que se contaba un carisma arrollador.

—¿Y así fue como montaron Gattaca? ¿Un día me pegas un guantazo y al día siguiente te hago mi socia? —Tom volvió a la carga bromeando.

—No, hombre, paciencia, que te tengo que dar un poco de contexto... Graham, por entonces, empezaba a invertir en cierta minúscula compañía que había fundado un amigo informático, California Computer Products, y Mercedes, poco a poco, se fue ganando su confianza y fue parte del pelotazo que más tarde pegó cuando él le vendió la empresa a Microsoft y ella lo ayudó en aquella negociación.

—¿Y después de ese pelotazo? —Ahora era Shui la que la interrumpió tratando de acortar la historia.

—¡Qué impaciente, Shui! No le estropees la historia a tu compañero. Ni siquiera le he hablado de Anne, que, como sabes, es esencial...

—¿Cuándo se conocieron ellas dos? —La niña no podía ocultar su devoción por la galardonada con el Nobel de Química.

—Lo de Anne fue después, aunque el sobón de Pablo y su mano larga también tuvieron su protagonismo... —Sofía miró a la joven y encontró en ella una sonrisa pícaro. Claramente estaba entrando en la edad del pavo, se dijo.

—Pero, ¿quién es Anne? Ahora sí que estoy perdido...

—¡Anne Cate, Tom! —Shui se indignó con el americano.

—¿La descubridora de CRISPR? ¿Y yo cómo puedo saber que ella también conocía al Graham este...?

—Sí, la misma, también socia de mi abuela, aunque eso me imagino que sí lo sabías. —Sofía tosió levemente para aclararse la garganta.

Anne Cate era un personaje relevante por entonces. Fue la descubridora de la tecnología que hacía posible que esos niños —y la propia Sofía— estuvieran editados.

—Ambas coincidieron en una fiesta de estudiantes en Pink Elephant, un conocido bar de la zona universitaria —continuó la profesora—, y un día mi abuela presentó Anne a Pablo porque este quería ligar con ella. Y, claro, en seguida Pablo empezó a asediarla: tan pronto venía con una copa como se sentaba muy cerca o dejaba resbalar una mano por el brazo de la chica... Todo

aquello empezaba a poner nerviosa a Anne, y fue mi abuela quien desde el otro lado del local se acercó para rescatarla antes de que le cruzara nuevamente la cara al entusiasta emprendedor.

—¡Qué sinvergüenza! —Shui se partía de risa.

—Luego resultó ser un tipo estupendo, aunque Pablo tenía sus complejos y por eso lo de la mano larga... Era otra época, por lo que no debemos juzgar. A partir de ese momento, Anne y Mercedes se hicieron inseparables —sentenció la profesora.

—Vaya historia —exclamó Tom.

—¿Sabíais que esa iglesia de Fuentebuena la reformó Anne? —Sofía señaló un lejano pueblo del que solo se veía una torre—. Así fue. La tía Anne, como la llamaba yo de niña, se compró una casa en Fuentebuena pocos años después de que Pablo montara su incubadora de *startups* en Muñico.

—¡Venga ya! ¿No se aburrían la una de la otra? Me alucina que después de toda la tensión de sus infinitas reuniones con inversores, científicos, comerciales y demás equipos, luego quisieran seguir compartiendo tiempo juntas, aquí, en Navaluenga. —Shui tenía toda la razón, pensó Sofía.

—Eso le decía yo a mi abuela; quizá por ello acabé perdiendo de vista a la tía Anne, aunque mi abuela nunca me contó las razones. El caso es que acometió con empeño la restauración de varias casas en Fuentebuena, incluida esa pequeña iglesia gótica que ves allí y que, por lo que me contaron, estaba vetusta y muy deteriorada. —Sofía seguía mirando el templo mientras hablaba con un deje de nostalgia en la voz.

Los niños parecían completamente absortos y disfrutaban escuchando cómo surgió todo aquello.

—Cuando Mercedes regresó a España, vino con ganas de comerse el mundo —continuó—, aunque después de las oportunidades que había visto en San Francisco, su país probablemente se le quedaba pequeño. Lo primero que hizo fue tomar las riendas de los negocios familiares que su padre había descuidado durante largo tiempo. En aquel momento eran fundamentalmente la gestión de las rentas de los casi cuatrocientos pisos que históricamente había ido acumulando la familia, además de un importante paquete de acciones en la empresa minera que los británicos adquirieron a finales del siglo XIX a su familia en la zona de Ríotinto, y otro en la empresa energética Sevillana de Electricidad.

—Su abuela estaba bastante forrada por lo que parece, ¿no? —Tom no tenía pelos en la lengua.

—Sí. Tenían mucho dinero, aunque la mala gestión estuvo a punto de hacer que lo perdieran todo... La inversión que la familia poseía en Río Tinto Company Limited llevaba unos años en declive después de haber sido la vaca lechera que aportaba pingües dividendos. El progresivo agotamiento de las minas y la brusca caída de precios de los minerales en el mercado internacional estaba pasando factura a la compañía a mediados de los ochenta del siglo pasado, y uno de esos días en que pudo tener una conversación larga con su padre, mi abuela le pidió

confianza para poder vender su paquete en cuanto tuvieran una oportunidad razonable de deshacerse de él.

—Entonces, ¿con ese dinero qué hicieron? Montaron la farmacéutica, ¿no? —Tom estaba impaciente por entrar en materia.

—Tranquilo, que todo llega. Al principio, Gattaca no se planteó como una empresa farmacéutica. Lo que hicieron fue montar un fondo de inversión que destinaría dinero a empresas de biotecnología, y ahí es cuando se asoció con Pablo, que en ese momento estaba invirtiendo en capital-riesgo, fundamentalmente en participaciones minoritarias en empresas de tecnología en fase de semilla y de crecimiento. Dado que ya era conocido como experto en tecnología e inversor de éxito no le costó levantar capital, aunque la llamada de Mercedes fue determinante para explorar juntos una nueva línea de inversión.

—¿Y qué pintaba Anne en todo aquello?

—Pues, Tom, mi abuela seguía muy en contacto con Anne tras su vuelta a España. De hecho —prosiguió Sofía, dueña ya de la total atención de los chicos—, Anne había pasado unos meses del último verano disfrutando de unas vacaciones en casa de su amiga española. Allí, la norteamericana le contó la infinidad de avances que tenían sus investigaciones sobre el ARN, pero también le habló de la cantidad de descubrimientos en forma de patentes que estaban planteando muchos de sus colegas científicos de las universidades con las que tenía un contacto más frecuente. Dado que había estudiado biología, Mercedes se sentía muy interesada por el sector *biotech*. Normalmente, le explicó Anne a mi abuela, eran las universidades quienes, con sus enormes fondos provenientes de las millonarias donaciones de sus antiguos alumnos, corrían con los gastos de esas patentes y se quedaban con la propiedad industrial.

—¿Y a las empresas farmacéuticas no les interesaban esas patentes entonces? Me parece de cajón... —Shui hizo el comentario conociendo de antemano la respuesta.

—Mi abuela se extrañó al saber que las empresas farmacéuticas no solían financiar a los investigadores en fases tan poco avanzadas, puesto que no querían correr con el riesgo de que los descubrimientos no tuvieran éxito, o con los tediosos procesos de conseguir las patentes. Así era en aquel campo entonces. —Suspiró.

—Ahora lo entiendo todo... —Tom se tocaba la barbilla, un gesto de que comprendía que fue aquello lo que los llevó a montar la empresa.

Así había sido. Como le contaría a su nieta muchos años después, fue en ese momento cuando a Mercedes se le encendió la bombilla y empezó a hacer lo que mejor se le daba: conectar ideas y personas. Llamó a Pablo y le ofreció levantar un fondo nuevo con el que invertir en investigadores que estuvieran detrás de aplicaciones biotecnológicas para quedarse con parte de los derechos industriales de sus patentes y también para ayudarlos a montar empresas que le dieran una utilidad lucrativa a sus descubrimientos, poniendo a su servicio un equipo de gestión que tanto Pablo como ella misma se encargarían de fichar y gestionar. Para tal fin reclutarían a los mejores estudiantes de MBA que quisieran buscar una forma diferente de aplicar sus

conocimientos y emprender. Pablo aportaría su experiencia, su fama y su capital; Mercedes también pondría su capital y sería la encargada de gestionar el fondo. Anne, por su parte, identificaría a científicos e investigaciones de futuro sin abandonar sus propias investigaciones...

Así fue como la abuela de Sofía se inició como empresaria. Pero lo que no podía ni imaginar en aquel momento era que el destino le depararía ser protagonista de la mayor revolución de la historia.

VIII

Ya por el camino principal que llevaba a la casa, un poco cansados del paseo, por fin llegaron al palacio donde estaban las aulas de GENE. Tom seguía haciendo preguntas a la profesora y Shui hacía tiempo que se había ido quedando atrás, pues siempre le costaba seguir el ritmo.

—¿Dónde se ha metido? —le preguntó confundida a Tom cuando llegaron.

Este se encogió de hombros y Sofía pensó que Shui se habría unido a los otros chicos que habían ido dejando atrás. No le dio demasiada importancia y se dirigió a su casa para darse una ducha de agua helada.

Ya vestida y perfumada, se dirigió al ala principal donde se encontraban, entre otras dependencias, las oficinas de dirección del centro. Todo el palacio principal se dedicaba al uso docente: en la primera planta había un gran recibidor que acostumbraba a ser, cuando la abuela Mercedes vivía, un salón de grandes dimensiones destinado a recibir a los invitados y a tomar el aperitivo en los meses de invierno, y que ahora se utilizaba como lugar de esparcimiento de los jóvenes.

Entró con energía en el vestíbulo que precedía al acceso al salón, se quitó el abrigo y se lo colgó del brazo mientras se abría paso con ímpetu por la sala. Una joven pareja de adolescentes enamorados la recibió haciéndose carantoñas en un sofá de seda que seguía impoluto después de haberlo retapizado hacía más de veinte años.

—*Where are your manners?* —les espetó con un impecable acento inglés y un tono áspero que hubiera puesto firme a cualquiera.

Hacía décadas que la educación no avanzaba en función de la edad, aunque casi todos los chavales de GENE eran adolescentes, salvo algunos especialmente brillantes como Shui, y necesitaban ser tratados como jóvenes adultos. Dejó atrás a la pareja y pasó por la sala de arte. Las escaleras que daban acceso a la segunda planta del palacio eran anchas y de piedra, los bordes de los escalones estaban desgastados por el paso de los siglos y habían llegado a provocar resbalones peligrosos. Mientras Sofía subía de dos en dos los peldaños, contemplaba un tapiz que colgaba de la altísima pared que hacía de entreplanta. Pasó por delante de un laboratorio donde los estudiantes atendían aburridos una clase de matemáticas. Miró a Ana, la profesora, por la mampara de cristal, y le hizo un gesto con la mano señalando a un joven sumergido en un placentero sueño. Ella reaccionó y Sofía decidió entrar a despertar al joven.

—¡Pero bueno, Karan! Que te has quedado seco con la computación cuántica. —El resto de la clase rompió en una carcajada casi unísona.

—Perdón, perdón... —El pobre Karan, que todavía no había salido de su letargo, palideció al ver a la directora despertándolo delante de toda la clase.

Sin más, Sofía se dio la vuelta y salió por la puerta. Volvió a subir a pares las escaleras que llegaban al tercer piso. Allí se encontraba la biblioteca virtual, siempre con algún estudiante concentrado en silencio. Desde aquel repositorio del saber accedían a plataformas de contenidos de las editoriales educativas e instituciones académicas más influyentes del mundo. Era un espacio abovedado y diáfano con frescos que ya tenían varios siglos, como siempre se encargaba de recordar la propia Sofía a los visitantes del centro. Unas salas contiguas a la biblioteca estaban insonorizadas y en ellas los estudiantes se conectaban a diferentes metaversos. Ella se había percatado de que los chicos se volvían muy ruidosos en esas experiencias tan inmersivas y por eso decidió acolcharlas.

Cruzó esa planta con la zancada larga y la respiración un poco entrecortada de tantos escalones a pares. Por fin llegó al departamento de Psicología para su primera reunión. Su amiga Monica, la profesora Ribbons, estaba últimamente muy beligerante pidiendo recursos para cosas imposibles, y, claro, a Sofía le resultaba muy pesado tener que decirle que no a su amiga y luego irse a comer como si nada: se le hacía un nudo en el estómago. Lo cierto es que no le gustaba nada esto de dirigir, pero no le quedaba más remedio.

—Sofía, querida, el año pasado, cuando negociamos los recursos, me dijiste que iba a tener un Teaching Assistant para las clases de apoyo y para corregir los exámenes. ¡No doy abasto yo sola! —Monica no podía ocultar cierta indignación, aunque sus formas fueran amables.

—Este año al final no ha podido ser, Monica, te pido comprensión. El año que viene volveré a tratar de cuadrar los presupuestos. —Mientras lo decía mascullaba entre dientes: «No se enter».a».

—Claro, lo de siempre, Sofía..., como conmigo tienes confianza, siempre me tratas como al último mono. —La inglesa por fin hizo notar su enfado.

—No me lo hagas más difícil, por favor... Hagamos una cosa, luego nos vamos juntas a tomar un café y hablamos. ¿Te parece? —Le dio un abrazo tranquilizador, mezclando intencionalmente su relación personal con la profesional.

En ese momento, Sofía vio por el ventanal del departamento a Paco, que caminaba con energía hacia aquella zona. Tenía cara de preocupación mientras consultaba de un vistazo su reloj: Paco siempre llevaba prisa, aunque fuera sobrado de tiempo. «Qué cañón», pensó al mirarlo con cierto disimulo. Paco era un hombretón alto, con la complexión de un boxeador y unas manos grandes de trabajar la piedra. Tenía un rostro sereno, con un mentón amplio, una boca de labios gruesos y dientes alineados y blancos. Sus ojos eran verdes y penetrantes.

Sofía continuó su reunión con Monica, pero, al poco rato, escuchó unas pisadas firmes y veloces por el pasillo y, al llegar a la altura de su puerta, las pisadas enmudecieron. El golpe impaciente de un puño contra la madera las interrumpió: toc, toc.

—Pase, pase. —dijo Monica. Sofía pensó que sería su asistente, con quien había quedado en que interrumpiera la reunión con Ribbons a la media hora, para que no se alargara demasiado.

El picaporte giró deprisa y apareció la figura imponente de Paco. A pesar de la sorpresa de su visita, se cruzaron miradas cómplices y él le dirigió una media sonrisa que era más que un simple gesto cordial. Había cierto nerviosismo en aquellos labios.

—¿Qué haces tú aquí? —Sofía era incapaz de ocultar su sorpresa y se alteró al leer el lenguaje corporal de Paco.

—Se trata de Shui, la hemos encontrado cerca de las colmenas.

Sofía se estremeció. En una micromilésima de segundo se hizo una composición mental diferente de cuando perdió de vista a la niña esa mañana. Mientras ella estaba hablando con Tom, Shui habría vuelto a las colmenas. «¿Qué diablos le pasaba a esa niña con las abejas?», se preguntó Sofía enfadada consigo misma.

—¡Ay, Dios! ¿Le ha pasado algo?

El cerebro humano es una máquina misteriosa. Estaba allí delante de Paco a punto de recibir una noticia que podría ser trágica sobre una niña que, además de su alumna, era casi una hija, y mientras, sus neuronas, o sus impulsos, o quién sabe qué misterioso estímulo, eran incapaces de reprimir cierta atracción hacia el hombretón que tenía información sobre la pequeña.

—Shui está bien. —La respuesta de Paco hizo que Sofía volviera repentinamente en sí—. La hemos metido en la enfermería de la mina porque tiene por lo menos veinte picaduras, alguna en el ojo y en la boca, pero de momento parece que no tiene reacción alérgica. Escucharon los gritos unos trabajadores que se encontraban cerca y de milagro fueron capaces de salvarla, estaba totalmente envuelta por un enjambre de abejas que la perseguían con un celo desbocado. La podrían haber matado.

Sofía respiró aliviada y al instante se echó a llorar. ¿Cómo podría haber evitado aquello?, se torturaba culpándose. Paco se acercó y deslizó sus enormes manos por encima de sus hombros, llevándola hacia su pecho y dándole consuelo con un abrazo amistoso. Sofía se ruborizó cuando, de nuevo (empezaba a resultarle bochornoso), las inoportunas emociones volvieron a transportarla a su pasado con él.

Aquel pensamiento duró lo que tarda en resplandecer un destello. Paco se había criado con ella en Navaluenga, siempre juntos; desde que aprendieron a nadar en el río cuando eran niños de pañal hasta que se fumaron su primer porro en la adolescencia. Tanto roce hizo que desde muy jóvenes surgiera entre ellos un cariño especial. Al principio fueron cosas de críos que juegan a ser adultos, víctimas de sus hormonas descontroladas, pero luego aquello se fue convirtiendo en algo más serio, si acaso se podía llamar así. Sofía y Paco habían sido novios. El primer amor que una y otro tuvieron, y, aunque aquello fue algo que los dos vivieron con una intensidad inmensa, cuando se acabó, siempre se mantuvo cierta tensión. Aquel noviazgo en sí no duró demasiado, tenían diecisiete años y aquel otoño, cuando Navaluenga estaba alfombrada de hojas y cardos secos, ella partiría a la Brown University, en Providence, para estudiar Humanidades. Sofía era una de esas mentes maravillosas que a su temprana edad ya había terminado la carrera de Ciencias Biológicas en IE University (gracias a un permiso especial que le concedieron por ser

menor de edad, una niña casi), y tenía claro que quería reflexionar y profundizar sobre temas que a ella la afectaban directamente, por lo que el programa de Humanidades de Brown le encajaba a la perfección en esa nueva fase. Cuando lo comentó con Paco, este apretó los puños y se mordió los labios, pero no dijo nada. Decidieron seguir juntos a sabiendas de que la realidad, más temprano que tarde, se impondría entre ellos y su incipiente relación.

Siempre se arrepintió de cómo había acabado todo entre ellos, pues pocos meses después de dejarlo, instalada ella en su nueva vida, apareció un francés que estudiaba con ella (Jean-Pierre de nombre, creía recordar), con su mirada de seductor y su verborrea adulatora. La distancia y las hormonas no perdonaron y la relación con Paco se rompió. Para él, tener noticia de aquello fue un golpe duro, aunque era un joven acostumbrado a sobreponerse a los palos en las ruedas que la vida le ponía. Criarse con Sofía, que era más inteligente que el resto, más rica, más guapa y tantos más «más», le ponía a uno las cosas muy difíciles pero le curtía la piel, solía pensar en sus largos paseos por el campo. Al poco tiempo, Paco se dio cuenta de que tampoco quería estar con una persona que no era la que conocía. Él se enamoró de su belleza campechana y natural, de su inteligencia aguda e inocente, pero entendió que ella evolucionara. Lo pasó mal un tiempo; sin embargo, a la primavera siguiente aquello ya estaba olvidado, y pasó página.

Sofía y Paco se montaron en un vehículo que subió a gran velocidad a la enfermería de la mina donde Shui se encontraba convaleciente. El paisaje de aquella sierra estaba repleto de cantos, pedruscos y guijarros que no eran piedras cualesquiera, sino muy productivas. En 2031 descubrieron en las sierras de Guadarrama y de Gredos lo que entonces llamaron «tierras raras». La zona montañosa de Navaluenga, que coincidía con el inicio del Guadarrama, era una región con un alto volumen de granito. Dentro de ese noble material, tan unido a esa tierra, existían minerales como la diotita o la mica negra que contenían altas proporciones de tierras raras, como el cerio y el lantano. Aunque no era difícil encontrarlos en otros lugares, en aquel territorio se daba una característica que disminuía enormemente los costes, puesto que en su extracción mostraban unos niveles muy bajos de radioactividad, lo cual era poco común en este tipo de yacimientos.

—Hacía tiempo que no subía a la mina. —Sofía había recuperado la tranquilidad pues sabía que la niña estaba bien—. Sin duda habéis abierto muchos más agujeros en la montaña de los que había hace unos meses.

—La robótica, la nanotecnología o la biotecnología nos han convertido en esclavos de este tipo de materias primas, ya lo sabes —explicó en tono muy profesional Paco.

La sierra donde se realizaban las excavaciones de tierras raras emergía del llano de una forma abrupta, tanto que llegaba a ascender más de quinientos metros de altura en apenas mil hectáreas de superficie. Desde lo alto del macizo, al norte, se divisaba el ensanche de los campos de Castilla, y, con excepción de algunos montes y de varias dehesas, se podía admirar desde allí una infinita llanura, con extensas siembras de cereales interrumpidas por pequeños huertos solares, que alargaba el horizonte visual casi hasta la ciudad de Segovia como una alfombra delicada y

vegetal. Tras varias décadas en explotación, la minería de las tierras raras había aclarado el horizonte de abetos de la sierra, pero todavía se conservaba la magia de aquel enclave montañoso en contraste con el paisaje de encinas y pastos que se formaba a su falda.

—«Las rocas de Castilla cuentan la historia de nuestras raíces», me explicaba repetitiva mi abuela cuando paseábamos por aquí. Si viviera para ver cómo ha cambiado el paisaje... —Se percibía un rumor de emoción en la voz de Sofía.

El vehículo se paró en lo alto de aquella sierra, donde se encontraban las oficinas de la mina y la enfermería. Desde aquel pico, la imaginación de Sofía la transportaba a las grandes cordilleras de los Pirineos o de los Alpes, aunque, al volverse, aquella fantasía desaparecía al contemplar a sus pies la gran llanura castellana con su vastedad desoladora.

—¡Miss Sofía!

Cuando abrió la puerta de la enfermería, la pobre Shui se abalanzó sobre su profesora llorando desconsolada por el susto que no se le quitaba del cuerpo. Su rostro estaba hinchado, su ojo derecho había desaparecido bajo un enorme párpado, el labio inferior deformaba el mentón y sus manos parecían de cartón piedra. La pobre niña estaba hecha un trapo.

—Pues menos mal que no tienes alergia —bromeó Sofía mirando a Paco al ver los bultos de la niña.

—Se le pasará enseguida —intervino la sanitaria—, le ha dado una reacción tardía pero no es muy fuerte.

La niña todavía temblaba, por lo que Sofía pidió permiso para llevársela a casa: esa noche dormiría con ella para asegurarse de que todo iba bien. Paco les abrió la puerta y ambas se sentaron cómodamente en el vehículo que las llevaría de vuelta a Navaluenga. Cuando se cerró la puerta, la niña, sin reprimir la emoción, alcanzó a susurrar.

—Lo siento, miss Sofía.

—¿Cómo que lo sientes, pequeña? No tienes nada por lo que disculparte. Más adelante hablaremos de lo que te pasa con esos bichos, pero todavía no es el momento. Ahora toca descansar.

De camino a casa atravesaron Muñopedro, donde vivían los trabajadores de la mina y que entonces era un pueblo boyante gracias al enorme desarrollo económico que el descubrimiento generó en la zona. Paco había nacido en aquel pequeño pueblo y provenía de familia de canteros, de los que trabajaron la piedra en siglos pasados y de los que la extrajeron de la sierra. Paco solía decirle a Sofía que no había castigo más terrible que el trabajo inútil y sin esperanza, como en el mito de Sísifo, al que los dioses condenaron a subir sin cesar una roca a lo alto de una montaña, desde donde la piedra volvía a caer por su propio peso. Aunque de origen humilde, puesto que la vida en aquella zona fue pobre, lo cierto es que Paco aprovechó sus oportunidades. Tuvo la suerte de nacer en una época en que la tecnología daba acceso a estudiantes brillantes como él a una educación de élite que le podría llevar a graduarse como ingeniero de minas, si tal era su deseo. Gracias a infinidad de horas en un cuartucho pegado al gallinero que había en casa de sus

padres, consiguió competir por las escasas posiciones totalmente becadas para estudiar en el prestigioso MIT, en Boston. Su tesón no decayó y Paco no desaprovechó el regalo de su destino. Fue número dos de su promoción y ahora dirigía aquella boyante mina descubierta en su tierra.

Shui se había quedado dormida en la cama de Sofía mientras esta apretaba su pequeño cuerpo contra su pecho. El AF de Sofía le anunció un mensaje de Paco:

—¿Cómo sigue la enferma?

—Descansando, ya mucho mejor. Vaya susto... te debo una —contestó.

—De eso nada. Aunque, si quieres, puedo cocinar para ti mañana a la hora de comer... —El mensaje contenía una mezcla de broma y seducción, un poco forzado después de la situación, pensó, pero a ella le divertía.

—¿Me invitas? Un vinito nos ayudará a relajarnos, eso sí nos haría falta.

—Está hecho, prepárate para la degustación.

IX

Paco contempló el brillo profundo de la botella de Sassicaia que sostenía en su mano. En muy contadas ocasiones descorchaba un vino italiano, pero cuando Sofía se pasaba por su casa hacía verdaderos esfuerzos para impresionarla. Nunca se bebían una sola cuando se sentaban a la mesa mano a mano, con lo que aquel despliegue le saldría caro, sonrió para sí. De los vinos italianos, Sassicaia era de los que mantenía un prestigio histórico, lo cual le daba a aquel caldo unas reminiscencias que lo enriquecían más allá del mero efecto en el paladar. Al parecer, a mediados del siglo XXI, la irrupción de las fortunas asiáticas y de Medio Oriente en Europa, que llegaron al viejo continente como si este fuera un parque de atracciones, arramplando con todo lo que una vez había tenido valor y solera —arte, edificios antiguos, museos, equipos de fútbol, marcas de lujo y un largo etcétera—, hizo que gran parte de las históricas bodegas de vino francesas y algunas de las españolas pasaran a manos del dinero fresco y caprichoso de Oriente. Naturalmente la calidad del vino se vio mermada, algunas cavas se enfocaron en crecimientos inabarcables y otras —y esto era más grave todavía— apostaron por alteraciones de las cepas originales hasta el punto de que quedaron seriamente dañadas, irrecuperables para el buen conocedor. Según pensaba Paco, las añadas de algunos de los grandes caldos de Borgoña, Burdeos o Champaña, por ejemplo, se vendían en los mostradores de comida rápida de algunas macrocadenas, embotellados en creativas garrafas con diseños horteras y aperturas cutres, que dieron al traste con siglos de cuidadoso *savoir faire*. En ese momento de desdoro del noble arte vitivinícola, los siempre temperamentales italianos hicieron una apuesta que solo se explicaba por su carácter dado al giro sorpresivo: decidieron ser muy restrictivos a la hora de permitir la transmisión de su patrimonio para evitar que cayera en manos extranjeras, especialmente aquellos que llevaban siglos de tradición. Los vinos de Toscana, de Piamonte, de Franciacorta y de otras tantas regiones vinícolas mantuvieron sus denominaciones de origen fuertes y se protegieron de la pandemia de mal gusto que crecía, como una plaga, por las cepas de las regiones tradicionales de países vecinos.

Haciendo uso de un sacacorchos de tirabuzón —Paco era un guardián de las esencias— torneaba con esmero la botella agarrándola con su mano grande y llena de durezas, como si fuera la cadera de una mujer a la que se desnuda con caricias y mimos. Había preparado *maccheroni alla norma* para no dejar solo a aquel expatriado líquido burdeos. Aunque quienes lo conocían lo consideraban gran aficionado y sabio de los vinos, Paco era un pésimo cocinero que había aprendido a hacer esa pasta en un vídeo *on line* para impresionar a su invitada de aquel día.

Sobre la vitrocerámica se encontraba una olla con agua borbotante a la que había echado un enorme puñado de sal gorda y nada más. Siempre había creído que había que añadir un chorrito de aceite a la pasta mientras se cocía, pero el italoamericano del vídeo fue lo primero que advirtió en contra. Sobre una gran sartén se cocinaban lentamente las jugosas berenjenas, las cebollas y los tomates de aroma fresco y dulce, y en dos cuencos estratégicamente colocados había puesto la albahaca y la viruta de *riccotta*. El perfume de estos envolvía la cocina como si sus ventanales se abrieran a la hermosa y noble Toscana que tanto lo impresionó la primera vez que viajó allí.

Su AF le advirtió de que tenía una llamada de Marcela, su exmujer, a la que vio a través de su lentilla inteligente. Aunque le habría gustado rechazarla, su inteligencia artificial aceptó la llamada y él se encontró sorpresivamente con su ex en tres dimensiones en la cocina.

—Uy, Paco, ese delantal de Minnie Mouse creo que es mío... Te queda muy bien. ¿Para quién cocinas? —Marcela tenía un acento mexicano muy marcado y hablaba con un tono un poco vacilón—. Te debe de gustar mucho tu cita porque a mí nunca me preparaste nada...

La relación entre él y su ex había sido una historia de amor útil. La utilidad aplicada al amor hace que el sentimiento pierda toda su fuerza, se dijo. Bebió un sorbo de vino para atemperar los nervios que le producía la inesperada situación.

—Una modelo noruega que ha venido a trabajar a la mina. Dejó la pasarela y los hoteles en playas paradisíacas por el glamur de la austeridad castellana y los cantos rodados —contestó Paco igualmente vacilón.

Se habían conocido estudiando la carrera en el MIT. Ella pertenecía a una rica familia regiomontana y seguía las ambiciones de su padre, que llegó a dirigir una pequeña mina de plata en México sin haberse formado para aquella hazaña, compensando su falta de conocimiento con tesón y grandes dosis de perspicacia. Su hija, que era hija única, recibió toda la atención imaginable, pues su padre la había preparado para ser su *alter ego*. Así fue como hizo buenos sus consejos y se formó como ingeniera en el MIT, donde conoció a Paco en uno de los periodos presenciales en Cambridge. Una mañana, mientras apuraba un café en el Bosworth's, la vio: era alta y tenía una elegancia natural. Ella también lo miró y sonrió, y luego resultó que estaban juntos en la misma clase, la del profesor Fitz. Ambos eran personas serias y estructuradas que no aparentaban grandes ambiciones, aunque eran muy conscientes de las dificultades que la vida les había puesto delante y de lo que estaban cosechando gracias a su enorme esfuerzo. El afán, el empeño y la constancia eran sus armas en un ambiente tan competitivo y apremiante como el que vivían, y esa aparente falta de aspiraciones no era más que una fachada que les evitaba zancadillas innecesarias en el camino; ellos agachaban la cabeza y hacían el trabajo sucio, sin manifestarse en exceso, no fuera que provocaran enemistad entre quienes ansiaban mayor protagonismo.

Así fue como un día, en una reunión de equipo de la universidad, se coordinaron para hacer un trabajo al que sus compañeros de clase no querían darle la importancia que ellos sabían que

podría tener cuando llegaran las notas finales. Después de horas de biblioteca sentados uno al lado del otro, sin apenas articular una frase que no contuviera una fórmula matemática en su sujeto, Marcela se ofreció a llevar a Paco a su residencia bien entrada la madrugada. El fenómeno que sucede cuando dos personas se atraen nunca tiene una explicación racional, salvo en muy contadas ocasiones. Marcela, que tenía los ojos verdes, pequeños y levemente achinados, con unas cejas finas y largas y una boca pequeña con unos labios delgados y siempre secos, aprovechó la parada en un semáforo para abalanzarse sobre él sin previo aviso —sin violencia tampoco— y darle un beso en los labios, con lengua incluida. En los escasos segundos que duró la escena, ninguno de los dos cerró los ojos, y durante los quince minutos hasta la llegada a la residencia de Paco, no se escuchó en aquel coche ni media palabra. A pesar de la extrañeza que hubiera provocado la escena en cualquier mortal, ninguno de los dos se sintió incómodo.

La relación se consolidó, forjada en innumerables horas de estudio juntos en la Barker Library, donde aprovechaban las pausas para hacer el amor en los sitios más arriesgados: el despacho de un estirado profesor, los baños de la cafetería, un seto del jardín.... No es que a Paco le encantaran esas aventuras amorosas, pero a Marcela la ponían enormemente cachonda, y él se sometía a sus ruegos resignado, aunque incuestionablemente disfrutón.

—Verás, güey —Marcela se comunicaba a través de su imagen en 3D sobre la encimera—, te llamo porque mi papá me pidió que te conectara con un chavo que está explorando tierras raras en Monterrey y le gustaría platicar contigo para pedirte consejo.

—Claro, Marcela, ningún problema. Nos puedes presentar y lo ayudo en lo que esté en mi mano. —El tono de Paco era cordial pero distante.

Tras graduarse —recordó—, mientras volaban en el avión de camino a México para que Paco conociera al padre de Marcela, en un acto impulsivo, ella le propuso (en realidad no fue una proposición, sino una imposición) que se casaran. Paco apenas tuvo tiempo de reaccionar; de hecho, dijo que era algo que tenían que pensarse un poco más, pero cuando aterrizaron en Monterrey, y cenando ya con su padre, un grupo de mariachis apareció, organizados por Marcela con el desconocimiento de quien debía hincar rodilla, para celebrar la buena noticia de su próximo enlace matrimonial delante de su padre, lo que oficializaba definitivamente la decisión.

Aquello no duró demasiado, la ambiciosa y controladora mexicana lo abandonó por un regiomontano a los seis meses de aquel casamiento, pues era más rico que Paco y, además, ella detestó la vida y el clima de Muñopedro, aunque ambos pudieran hacerse con el control de aquella mina de tierras raras recientemente descubierta. Y, colorín colorado, su fugaz matrimonio se extinguió casi antes de empezar.

—A toda madre, Paco. ¡Muchas gracias! Que te vaya bonito con tu *date*. Quítate el delantal, eso sí, si quieres tener *chances*.

—Gracias por tus consejos, querida.

—¿Paco, estás ahí? —Las ondas de la voz de Sofía circularon desde el salón hasta llegar a la cocina donde estaba él.

—¿Sofía? —Paco se volvió, aún con el cucharón de grafeno en la mano.

—Perdona, me encontré la puerta abierta y entré sin llamar. —Fijó una mirada llena de guasa en la encimera—. ¡Pero... bueno! ¡Si estás cocinando! Esto sí que es una sorpresa...

Sofía se paseaba por la casa con alegre despreocupación seguida por el mastín leonés de Paco, que la había acompañado desde la entrada. El tamaño del perro era tan desproporcionado que no conseguía moverse por la casa sin tirar algunos de los objetos situados encima de la mesa baja de café. Sofía entrecerró los ojos para disfrutar del aroma de la salsa que se cocinaba a fuego lento en la sartén, y percibió una fina esencia de albahaca fresca que rápidamente vio sobre la encimera. Si no hubiera conocido al personaje, se hubiera sorprendido de ver cómo un cocinero primerizo mantenía un orden tan escrupuloso en la cocina. Todo estaba reluciente, hasta los bordes de la sartén. Paco todavía llevaba puesto el delantal.

—Te queda fenomenal... —observó Sofía con una risa contenida.

—No te rías, que hoy vas a probar una *norma* mejor que la *catanese* —aseveró con sorna.

Ambos se fundieron en un abrazo a todas luces amistoso. Les gustaban esas comidas mano a mano, donde aflojaban sus labores cotidianas y se ahogaban en vino exclusivo y en conversaciones vanidosas.

—Pero, bueno, Paco, ¿qué celebramos hoy? —exclamó Sofía mientras el anfitrión le traía una copa de Sassicaia—. ¿A qué se debe el vinazo?

—Sé que te gusta. No siempre hay que celebrar algo..., aunque sin duda podemos celebrar que Shui está sana y salva.

—Brindemos por ello. —Ella levantó su copa y él la miró, galante.

—Tengo más, si eso es lo que te preocupa. —Ambos rieron algo nerviosos.

Sofía se llevó el plato de jamón y los picos, que estaba preparado tapado por un plástico que retiró. Dejó un pequeño bol con gildas y otro con aceitunas gordal sin hueso para que Paco los llevara a continuación: «No me caben todas las cosas en la mano, querido», le dijo. Se sentaron a la mesa a disfrutar del aperitivo.

—¿Te contó algo Shui de por qué estaba en las colmenas?

—Algo... El otro día le pasó algo parecido pero no fue a mayores. La verdad que esta mañana lo hemos hablado y me ha contado una historia rarísima, a ver si tú eres capaz de descifrar algo: dice que no entendía que las abejas batieran tantas veces las alas dado su volumen relativo. Según ella tienen más de doscientos aleteos por segundo, parecido a los insectos más pequeños..., y está tratando de entender por qué. Además, dice que cree poder demostrar todo un sistema de comunicación entre ellas basado en que, cuando una descubre alimento a una distancia larga, realiza unos sutiles movimientos en ocho para avisar a las demás, incluso cree que es capaz de calcular el ángulo y la distancia solo con la forma de sus movimientos.

—No entiendo nada, ¿se ha vuelto loca? —Paco estaba muy contrariado—. ¿Por qué no

pregunta eso a su AF en vez de exponerse a tal peligro?

—¡Pues eso es lo que le he dicho! Tiene que haber algo que no me está contando... Quizá ni ella misma sepa lo que es. Hablaré con el doctor Guterres, el psiquiatra que tenemos asignado para ella, por si ha notado algo raro últimamente. Son comunes en niños editados ciertos momentos de ansiedad con reacciones inexplicables y en su caso hay que prestar mucha atención pues está especialmente dotada.

Después de abordar el tema de Shui, comenzaron a comentar los cotilleos del pueblo mientras la primera botella tocaba fondo antes de lo previsto —tenían sed—: Margarete, la profesora de física, se había liado con uno de la mina..., que a su vez estaba casado con Raquel Robles, la veterinaria de la yeguada; una joven del centro se había agarrado una buena castaña con trabajadores del campo sin tener que lamentar males mayores; en Rioturbio estaban pasando cosas muy «turbias»..., y así otros tantos chismes que hacían de la velada algo ligero y amable.

Bien entrada la segunda botella, pareció que era el momento de atacar la pasta, anunció Paco con entusiasmo. Aunque sin hambre, Sofía quería poner a prueba las dotes de su amigo en la cocina. Mientras Paco se acercaba a los fogones para cocer los macarrones —no lo había hecho antes para servirlos *al dente*—, Sofía se dedicó a mirar por el ventanal que había en la pared contigua a la entrada del comedor. La casa de Paco se encontraba en una zona alta de Muñopedro que dominaba las casas vecinas. Los tejados eran un cotidiano espectáculo que no por sencillo dejaba de sorprenderla. Las chimeneas vomitaban un humo gris oscuro de madera de encina cuyo olor acogedor y familiar la sumía en una nostalgia liviana. Algunas gotas se marcaban en el cristal, haciendo que la sensación de frío exterior le diera un toque más agradable si cabe a aquel plan, a aquella casa. El vino era un aliado que reforzaba aun más esa sensación. Ensimismada en el exterior, aunque sin la mirada enfocada en nada en concreto, vio aparecer a Paco con la fuente de pasta humeante.

—¡Por cierto! Tengo que contarte otra cosa rarísima que me pasó la semana pasada —comentó ella, a quien ya comenzaba a patinarle la lengua por el vino.

—¡No me asustes! ¿Qué pasó? —El anuncio de Sofía había sido exagerado y Paco contestó intrigado.

—Resulta que al llegar a casa el otro día, empapada por el diluvio que estaba cayendo aquella tarde de sábado gris y fría —empezó Sofía—, vi debajo de la puerta de atrás de mi casa, dañado por un pisotón de mi propia bota, un sobre de papel estucado donde se adivinaba mi nombre en una tinta corrida por la huella, con una impecable caligrafía inglesa escrita con una pluma de las que apenas recuerdo.

—¿Una carta de las antiguas?

—Así es. Me quedé tan sorprendida por aquel misterioso sobre que me quité el chubasquero, lo colgué en el perchero de la puerta y me agaché a recogerlo para secarlo con esmero con la manga del jersey, y soplé luego la tinta para asegurarme de que las letras corridas no se siguieran desdibujando. «Para mi querida Sofía», rezaba aquel conjunto de letras con una inclinación hacia

delante casi perfecta y unos rasgos tanto ascendentes como descendentes armoniosos y bien ligados entre unos caracteres y otros. —Sofía hacía esfuerzos por darle cierto dramatismo a su narración, para acentuar el misterio—. Mi nombre como único destinatario, con la introducción cariñosa «Para mi querida...», y con la ausencia absoluta de cualquier remitente, daban a aquel sobre un halo enigmático e intrigante, al tiempo que me generaba cercanía y seguridad. En todo caso, era una sensación extraña, Paco, muy extraña diría yo.

—Claro, claro. Casi temerosa...

—Me llevé el sobre a la mesa redonda de madera, la que tengo en el *office*, ¿te acuerdas? —Paco asintió—. Y me senté a mirar, e incluso a oler, aquella cuidada envoltura, arcaica en los tiempos que corren.

Guardó un momento de silencio, como buscando las palabras para continuar, mientras Paco la miraba con atención. No recordaba la última vez que había recibido una carta —se quedó pensando—, a decir verdad no recordaba si había llegado a recibir una carta de papel escrita con tinta. A pesar de que era una amante de las letras, y de la armonía necesaria para conjugarlas y componer palabras y frases que no siempre tenían por qué tener sentido, en su época ya no se hacía de la forma tradicional. Instrumentos como los AF habían cambiado mucho la forma de comunicarse. Aquel sobre, ese conjunto de letras tatuadas con tinta sobre el papel, con ese olor a viruta de madera recién cortada que desprendía la celulosa humedecida por el pisotón, le producía un respeto casi paralizante, tanto que se sintió bloqueada para abrir aquella carta imantada, y se quedó mirando el envoltorio sin querer descubrir lo que había en su interior.

El ladrido potente y amenazador de Thor interrumpió la animada conversación en torno a aquel misterio. No era un perro agresivo, más bien todo lo contrario, pero tenía muy clara su misión de guardián, aunque su aspecto gigantón y peludo, y ese ladrido seco y altivo, intimidarían a cualquiera.

—¡Calla, Thor! —exclamó Paco. Estaba obnubilado tanto por la historia de Sofía como por su mirada, su boca y sus gestos al contarla.

El perro siguió ladrando y Paco se levantó a ver qué pasaba. Al abrir la puerta, la noche ya era casi cerrada y la oscuridad densa. No había un alma en la calle y solo algún ruido de las ramas de los árboles movidas por caprichosas ráfagas de viento rompían la calma rotunda.

—¿Qué pasa, chico? —preguntó Paco acariciando el lomo del perro—. Métete en casa, que a estas horas te imaginas cualquier cosa con tal de ladrar.

El inciso fue la excusa perfecta para que ambos recogieran los platos de la mesa y se pusieran un *gin tonic* en el salón, al calor de la chimenea que Paco acababa de encender. No lo había hecho hasta ese momento porque prefería que ambos ya estuvieran sentados —y entonados— y así vivir el espectáculo que surge cuando la lumbre recién encendida hace crepitar las astillas de leña y la viva aparición de la llama se eleva hasta casi entrar en el tiro. Aquel era un día nublado y lluvioso de abril que hizo que Sofía se arrebuajara un poco en el sofá, seductora y un tanto

abandonada. «El olor del humo de encina cuando prende es un gran afrodisíaco», pensó mirando las llamas.

—¿Me vas a contar que todavía no has abierto el sobre? Porque, si es así, nos vamos a tu casa y lo abro por ti —comentó él en broma a una Sofía que se recostaba sobre la esquina de un sofá en ele con una manta sobre los muslos y la camisa estudiadamente abierta hasta el tercer botón.

Un dedo ensimismado frotaba la corteza de limón por el borde de la copa no sin cierta coquetería. Después de unos segundos se metió la mano en el bolsillo y sacó el sobre. Levantó la mirada y lo observó fijamente.

—El sobre contenía una carta pequeña y rectangular, doblada en dos mitades... —prosiguió.

En la primera mitad había un pequeño retrato —hecho a pluma— de una niña que se parecía mucho a ella cuando tenía seis o siete años. La técnica utilizada era de una sutileza y cuidado majestuosos, con pequeñas líneas en la misma dirección que iban poco a poco avanzando para definir su cara inocente y que no se cruzaban entre sí salvo para acentuar el sombreado que resaltaba sus facciones. Cuanto más cerca estaban las líneas, más sombra, y viceversa. La mirada de aquella niña era pura y distraída, en el brillo de sus pupilas se vislumbraban viveza e inteligencia, aunque aquellos ojos claros escondían una veta melancólica. Algo añoraba esa mirada, algo había perdido. Los mofletes grandes y carnosos acrecentaban su aura angelical, y los pómulos sombreados por la traza de la pluma sustentaban los mechones traviesos del flequillo. En la comisura de unos labios gruesos se entreveía una mueca seria y contrariada. Aquella niña era ella, no había duda. No tenía el recuerdo exacto de dónde le había asaltado esa imagen antes: no solo se reconocía por el parecido, sino que en alguna parte había una foto de ella en la que se había inspirado ese dibujo, pero su memoria se negaba a ofrecerle más información que su simple existencia en algún lugar.

Bebió despacio un sorbo de su *gin tonic*. Al desdoblar la hoja, encontró una carta que cubría una cara entera del reducido folio y la mitad del reverso donde estaba el dibujo. La tinta era negra como la oscuridad que prometía; la caligrafía, inclinada, limpia y puntiaguda, y los renglones rectilíneos con interlineados casi perfectos. Sofía tenía el corazón palpitante y el estómago enredado antes siquiera de empezar a leer.

Mi querida Sofía:

Qué misterio, ¿verdad? Sí, la niña del dibujo eres tú. Mi trazo ya no es tan firme y siento no haber captado tu inocencia como debía.

El arte nos hace inmortales, ¿no crees? Bueno, no lo sé. Solo sé que esta musa, tú, este esbozo pobretón que he hecho de aquella niña que un día fuiste, es eterno. Mi querida Sofía..., protegida de algunos y esperanza de otros; hija de la tierra, inocencia existencial. Tenemos tanto que contarnos y tan poco tiempo para hacerlo... El lapso infinito que llevo invertido en armar estas palabras y en ligar cada letra, junto con el valor amontonado

durante años, no hace justicia a este mensaje difuso. Pero es un primer paso, seguiré trabajando en ello, te lo mereces.

Mientras tanto, déjame que te transmita el orgullo que siento al verte triunfar. Ese centro educativo es una bendición para tantos jóvenes que necesitan guía y consejo, que necesitan un faro que los ilumine en su condición tan extraordinaria; ese faro solo puede ser el conocimiento, el sosiego y la humildad. Tus publicaciones deontológicas sobre la naturaleza humana merecen aplauso. Vivimos en un enjambre existencial, como abejas confusas que no saben para lo que existen, aunque no dejan de trabajar. Vivimos en un oleaje convulso. Solo la sabiduría de las mentes notorias será capaz de templar estas aguas agitadas.

Luego está Navaluenga... Entre esos árboles y edificios añosos donde parece que se para el tiempo... Ese paraíso es el escenario donde todo acontece. Todo pasa en un lugar, en un espacio físico que hace que los sueños sean materiales. Navaluenga estará siempre viva en mi memoria, aunque nunca vaya a volver.

Dame tiempo.

Mientras tanto, recibe un abrazo cariñoso.

X

Sofía levantó la mirada que tenía fija en la carta y se encontró con los ojos sorprendidos, casi perplejos, de Paco.

—Parece obvio que tienes un pretendiente secreto, además de mí —afirmó guiñando un ojo para romper el hielo.

—¿Cómo te quedas? —Ella evitó sonreír a su comentario y acercó su mano a la mesa para darle un trago a su copa, aunque solo tintinearan los hielos en el fondo.

—Trae, te pongo otra.

Paco se acercó al mueble bar y le preparó otro *gin tonic* bien cargado. Removió la mezcla con una cucharilla y se acercó, copa en mano, como si llevara una ofrenda, hasta Sofía. Luego preguntó, sentándose frente a ella:

—¿Tienes alguna idea de quién puede ser?

—Alguna sospecha. —Sofía bebió un sorbo, lo paladeó—. Claramente alguien que me conoce desde pequeña, o que ha tenido acceso a esa foto y quiere jugar conmigo. —El tono de Sofía era casi jocoso, no se correspondía con el ambiente enigmático que se había generado—. Venga ya, Paco, no juegues conmigo, has sido tú, ¿verdad?

Después de unos segundos de desconcierto, Paco soltó una carcajada sonora y sincera. Se autodescartó, él nunca había sabido pintar, qué va, no se le habría ocurrido una genialidad tal, agregó acomodándose en el sofá, ya le habría gustado. Luego bromeó sobre la posibilidad de apuntarse a un curso de pintura para mandarle dibujos anónimamente en el futuro, si eso a ella le iba a gustar.

—Déjate de coñas, Paco, que esto es serio. —La sonrisa amplia de Sofía daba a entender la falta de severidad que el asunto tenía para ella.

Paco cambió el tono y la miró con intriga.

—¿Quién dejaría la carta debajo de la puerta? No tiene remitente, ni sello..., ¿no?

—No. A decir verdad, tendría que preguntarle a mi AF si los sellos todavía existen. Claramente un mensajero anónimo me ha visitado en Navaluenga.

La llovizna que caía en el exterior como un manto sigiloso al que apenas habían prestado atención se convirtió repentinamente en una violenta tromba de agua cuyo estruendo sobre las ventanas interrumpió la charla. Enseguida se formaron charcos en las calles adoquinadas de Muñopedro que convergían unos con otros hasta crear pequeños riachuelos que se deslizaban por los canalillos situados a cada lado de las aceras. El rumor del agua golpeando contra las ventanas

y las vigas de madera, junto con el ruido de la riada exterior, crearon un ambiente hipnótico y al mismo tiempo excitante. De repente se fue la luz. Las subidas de tensión causadas por los picos de consumo de la mina en ocasiones excedían la capacidad eléctrica del pueblo. Se hizo un silencio pastoso solo roto por las condiciones climáticas. El susurro del agua, la luz tenue y rojiza de las brasas incandescentes, sumados a la ligera desinhibición creada por el alcohol, aumentó una tensión sexual que ambos se esforzaban por ocultar... Se miraron fijamente. Estaban pidiendo a gritos que el otro se moviera, que dijera algo para que aquel clima se diluyera como el agua que corría por las calles, que alguien lanzara una broma que licuara aquella tirantez erótica. Sofía descruzó una pierna para cruzar la otra. Paco se quedó mirándola, decidido a que aquello durara eternamente. «Que diga algo estúpido ya o que levante ese trasero para abalanzarse sobre mí», pensó ella. La lluvia cesó caprichosamente y ambos se recompusieron, limpiaron sus miradas cargadas de pensamientos lascivos y retomaron artificialmente la normalidad perdida por un instante eterno.

—¿Recuerdas aquella conversación que tuve con tu abuela, cuando me dijo que te dejara ir?
—nada más soltar la frase, Paco se arrepintió.

El rostro de Sofía pareció distenderse como desencantado. La química que había surgido fugazmente se acababa de esfumar de golpe. Le miró fijamente y en seguida echó mano de su vapeador. Quería evitar a toda costa la conversación que Paco había abierto, como una partida de ajedrez en la que no le apetecía enfrascarse. El tiempo lo cura todo, pensaba ella a menudo. Nunca se sintió culpable por lo que pasó entre los dos, la verdad. Ella entonces era apenas una cría, demasiado joven como para tomarse en serio aquella relación surgida al calor de la amistad y los juegos de la adolescencia. Y Paco..., bueno, Paco era demasiado serio como para poder tener una relación de ningún tipo. Es cierto que esa estabilidad emocional de la que ambos habían carecido siempre tuvo un momento dulce mientras estaban juntos. Eran dos personas atormentadas, cada una a su manera, y cuando estaban el uno con el otro, eran capaces de hacer uso de la química para diluir lo que Sofía llamaba «sus taras anímicas». Ella gozaba de una inteligencia superior, eso era de sobra conocido, pero precisamente era lo que mermaba su autoestima. Paco, por contra, no se sentía para nada en desventaja con respecto a ella, puesto que, aunque su sesera no estaba ni remotamente dotada como la suya, Sofía le ofrecía camaradería y él estaba sobrado de confianza en sí mismo. Fue Mercedes, la abuela de Sofía, quien ya mayor y lejos de la tenacidad que un día tuvo, en el entierro de su marido, Carlos, le dijo a Paco que su relación no podría nunca funcionar: «No estás hecho para ella, aunque nada me hubiera gustado más». Esa fue su lapidaria frase y la soltó sin mirarlo a los ojos, mientras volvían caminando desde el cementerio a petición de la propia Mercedes, que prácticamente no habló en todo el camino.

—¿Quieres fumarte un cartucho de la risa? Recientemente he probado una variación de marihuana francamente divertida. —Ella se sacó del bolsillo una bolsa negra de tela llena de pequeñas cargas de colores.

—¿Quieres que nos fumemos un porro? Sabes que me sientan fatal..., pero a tus órdenes. — Su tono era forzado después de que su pregunta anterior se quedara sin respuesta, por mucho que se hubiera arrepentido de hacerla.

La oferta de Sofía pilló descolocado a Paco, aunque entendió rápidamente su paso en falso: ella no quería abordar aquella conversación espinosa y la cápsula de marihuana procesada era la oferta para mantener el buen rollo que habían tenido hasta ese momento. Aunque él nunca había pasado página del todo, comprendía que aquella conversación solo estaba enrocada en su interior. Probablemente ella nunca había sufrido su ruptura como la sufrió él, pensó no sin cierto malestar. Ella apretó el botón que calentaría la resistencia para que el vapor de hierba fuera inhalado por sus labios ansiosos. Con los ojos cerrados, como si quisiera borrar una imagen amarga que le cruzara inesperada por la mente, Sofía aspiró hondo aquel humo. Cuando volvió a abrirlos, sus pupilas ya estaban levemente dilatadas y su mirada se había templado. Miró a Paco con forzada coquetería y cierta nostalgia, y le ofreció el vapeador.

—No seas tonto, Paco, vamos a reírnos. Olvida el pasado, anda...

«Olvida el pasado, anda...». Aquella fue la única mención que hizo a lo vivido. A Paco le impresionaba la capacidad de Sofía de aislarse de cualquier situación incómoda. Era algo que había aprendido con la edad, puesto que tanto de niña como de joven había sido reflexiva y dubitativa. Entonces ella se inclinó hacia delante para pasarle el cigarrillo electrónico, que él cogió mirándola fijamente a los ojos, como si quisiera descifrar qué pasaba por aquella cabeza. Desvió la vista hacia el aparato y se lo llevó a los labios, cerró fugazmente los ojos y los volvió a abrir para clavarlos en los de Sofía, mientras el humo hacía de cortina que impedía descifrar las intenciones de aquellas pupilas entregadas. Los ojos de Sofía parecían haberse humedecido ligeramente. Paco pensó que se debía al humo, al vapor del porro, pero no lo tenía claro.

—¿Se te metió en los ojos? —preguntó inocente, pasándole de nuevo el vapeador.

Ella se incorporó para cogerlo y, al acercarse, Paco entendió que no, que aquella acuosidad que era cada vez más notoria eran lágrimas acumulándose por la emoción, listas para desprenderse en cuanto Sofía pestañeara.

—Perdón. Sin querer me he acordado de aquel día... Cuando murió mi abuelo.

Ambos se quedaron recordando en silencio aquel día soleado y caluroso de enero de 2043. Aquella mañana con el cielo azul raso que solo la altura del sistema Central y el invierno confiere a los días claros. Esa mañana fue, contrariamente al clima, muy triste. Carlos había sido el último compañero que le quedaba a Mercedes, pues ella llevaba tiempo alejada de todo lo que un día la motivó y movió; es decir, de su carrera profesional, de Gattaca. Lo cierto es que Carlos y ella nunca tuvieron una buena relación, pero, al contrario de lo que pudiera parecer, se hacían compañía, añoraban sus propios recelos y riñas cotidianas.

Su abuela, esa mujer de carácter temperamental y enérgico, que era pura pasión y lucha, se había extinguido hacía ya algunos años, Sofía casi no llegó a conocerla tal y como un día supo que fue. De repente expiraron sus fuerzas, su cabeza dijo basta. El entorno de Mercedes no supo

encajar su transformación, no estaban acostumbrados a ver a aquella diosa Atenea sin el vigor de dar la batalla a la enfermedad —o a cualquier dificultad que se le interpusiera—. Fue duro su declive, pero más dura fue la incompreensión a su alrededor. Tanto que una de las razones que movió a Sofía a marcharse fuera de España fue su incapacidad de gestionar a esa abuela melancólica y dócil en que se había convertido Mercedes, y más aún teniendo en cuenta que lo mejor para su abuelo Carlos hubiera sido tener de su lado a alguien con el carácter que su mujer había mostrado siempre.

—Es normal que te emociones, Sofía, fue un momento duro para ti. Eras muy joven y asumiste mucha responsabilidad.

Paco se había recostado en el sofá al empezar a notar los efectos de la marihuana, y, aunque sentía un hormigueo relajante en su interior, trató de forzar cierta severidad en su rostro.

Sofía seguía algo ida, reconcentrada, pensando. Al estar Mercedes ausente, fue Sofía quien, cumplida cierta edad, la suplió en prácticamente todas las tareas, incluidas las empresariales, aunque solo en un rol de accionista no ejecutivo. La sombra que un ciprés como Mercedes proyectaba sobre su nieta era alargada. Ella sabía que tenía cualidades suficientes para aquella responsabilidad, pero no quería hacerlo, le generaba un auténtico rechazo. Su abuelo enfermo era prioritario ante cualquier otra cosa. Sus abuelos en plural, se corrigió, puesto que Mercedes en ese momento era para Sofía recuperable, alguien a quien la vida había puesto temporalmente en un plano de realidad diferente. Así fue como afrontó uno de sus momentos más difíciles, sin quienes hasta ese momento habían sido su luz y su guía. A falta de tales referentes, Sofía pronto se refugió en su Paco como si este fuera una atalaya. Su novio era noble y sabio, la quería bien y además era de su entera confianza. La inexperiencia de ambos funcionaba como revulsivo energizante. El amor jugaba en paralelo a aquella amistad tan necesaria para ella. Por el contrario, Paco no avistaba dos caminos, solo uno en forma de entrega absoluta, pues estaba dispuesto a todo por ella, eso siempre lo supo.

—Es cierto —rompió el silencio en el que se había metido—. Cuando me acuerdo de lo joven que era, me sorprende la madurez con la que lidié con aquello. Me tocaba acompañar al abuelo a todas y cada una de sus visitas al hospital, hasta que los médicos decidieron que era necesario internarlo definitivamente. Pese a su cada vez más evidente deterioro, mi abuelo era muy consciente de que no saldría de aquella situación y me pedía, más bien me suplicaba, que lo dejara volver a Navaluenga. Su excusa, irónicamente, era que tenía que cuidar de mi abuela. «Enana (siempre me llamaba así), Mercedes no está bien y yo soy el único que puede ayudarla», me decía con obstinación.

—Lo recuerdo perfectamente. Y tú venga a decirle que tenía que reposar y estar cerca del personal sanitario. ¿Te acuerdas de su enfermero? El Gordo, lo llamaban..., tenía un acento francés terrorífico del que solíamos hacer bastantes bromas.

Paco acusó el efecto de la marihuana y se partió de risa, exageradamente, lo cual contagió a Sofía, que ya había dado alguna calada más que él, tornando su melancólica emoción en risa

lacrimógena. Poco a poco se recompusieron del ataque y se escuchó un momento de silencio, ambos con sus miradas perdidas, la de Paco todavía achinada recordando el acento del Gordo, y la de Sofía inmersa en el recuerdo de su abuelo y en su insistencia en volver a Navaluenga.

Al principio, Sofía dobló sus esfuerzos por mantenerlo ingresado mientras lo sometían a un duro tratamiento de choque, pero, pasados algunos meses sin resultados esperanzadores, y ante el empeoramiento que su abuela sufría en paralelo, decidió ceder y volver a Navaluenga con él. Durante ese periodo Mercedes se negó a ir al hospital para visitar a su marido. Es más, incluso se negó a levantar el teléfono para hablar con él. Fue tal el estado de ausencia que ni siquiera quiso mover la infinidad de hilos que tenía para tratar de ayudar a Carlos. Desde que fundó Gattaca, Mercedes se había labrado una influencia todopoderosa, fundamentalmente en el ámbito médico y farmacológico, por lo que su ausencia era incomprensible. A lo que sí accedió Mercedes fue a verse con un equipo psiquiátrico y neurológico que la ayudara a detectar su afección. Le diagnosticaron una depresión y le prescribieron una batería de medicamentos que, sin embargo, no surtieron ningún efecto.

Pronto se dieron cuenta de que la enfermedad de Carlos era incurable. Se trataba de una rara distrofia muscular espinal que había brotado como consecuencia de la vejez, cosa excepcional al tratarse de un trastorno que solía aparecer en niños. Como consecuencia, Carlos vio cómo, poco a poco, iba perdiendo la movilidad de los brazos, las piernas y la cara. Este tipo de variante genética genera que el cuerpo dañe y mate las neuronas motoras y, a medida que estas mueren, los músculos comienzan a debilitarse y atrofiarse por no recibir estímulo.

—También recuerdo la relación tan rara que tenían tus abuelos entonces..., apenas se hablaban. ¿Descubriste alguna vez qué pasó entre ellos? —Paco trataba de recuperar la atención de Sofía, que parecía abstraída en sus pensamientos, quizá fuera el efecto del porro.

Sofía nunca entendió por qué su abuela se mostró tan dura con su marido enfermo en un momento tan extremadamente difícil. Fue Carlos quien se lo explicó, dado el hermetismo de Mercedes.

—Sí. —Sofía conservaba su mirada perdida en el techo—. Al parecer ellos ya conocían a qué se debían las dolencias de mi abuelo desde hacía años y en su momento mi abuela se movió para darle una solución a través de una terapia génica que estaban testando por aquel entonces en Gattaca. La técnica que habían desarrollado permitía restaurar células humanas en un momento anterior, como si de un viaje en el tiempo se tratara. El equipo descubrió que las células madre de los músculos deteriorados por la atrofia muscular degenerativa podían restaurarse recuperando así su plena capacidad primigenia. Los buenos resultados de la investigación los motivaron a crear un proyecto de investigación dedicado a desarrollar tratamientos innovadores para las patologías relacionadas con la edad. Es decir, que mi abuela ya se había movido para ayudar a su marido, pero este rechazó su ayuda.

—Pero ¿por qué no quiso que lo ayudara? No era de los que tirara la toalla... Tú lo necesitabas y sin duda eras lo más importante —preguntó entonces Paco, extrañado.

—Al parecer, las discusiones entre mis abuelos fueron intensas durante años, llegando incluso a retirarse la palabra largos periodos de tiempo. A mí tampoco me cabía en la cabeza que mi abuelo no quisiera aceptar la ayuda de la ciencia para darle una cura a su enfermedad, y también yo me enfadé con él. Poco a poco me enteré de sus razones: el tratamiento que Gattaca quería poner en práctica estaba enfocado a modificar su ADN para que esas células rejuvenecieran, cosa que era motivo de enormes dilemas éticos para mi abuelo, como al parecer expuso a su mujer desde un primer momento.

A Paco le vino a la memoria aquel proceso tan complicado. Él se encargó de ir a Madrid cada día para cenar con Sofía, acompañarla en aquellas horas bajas y servirle de desahogo. Para ella Paco fue fundamental en aquellos tiempos difíciles, se sentía protegida, cuidada. Notaba el respaldo al tiempo que también advertía una enorme presión, sobre ella y sobre su relación. En cierta forma se sentía egoísta porque la paz que aquel vínculo le daba estaba descompensada en relación con la entrega de Paco. Aunque Sofía estaba enamorada, realmente lo estaba como una chica de dieciocho años que todavía no sabe qué quiere hacer con su vida. Mercedes —acabó Paco por darse cuenta con el tiempo— era muy consciente de las cosas que pasaban a su alrededor y nunca le quitó el ojo de encima a su nieta. No se sentía culpable por dejarla afrontar sola la situación, pero eso no quería decir que no se ocupara de Sofía como su prioridad máxima. Su nieta seguía siendo para ella lo más importante. Así fue como empezó a observar, además de a ella, al propio Paco.

En el camino de vuelta de aquel cementerio improvisado en lo alto de un monte donde se esparcieron las cenizas de Carlos, Mercedes cogió a Paco por banda y le pidió que la acompañara andando a la casa, que estaba a un escaso kilómetro de allí. Lo cierto es que Mercedes no abrió demasiado la boca durante todo aquel paseo, haciendo la situación para Paco muy incómoda, puesto que acababa de perder a su marido y no sabía cómo abordarla. No hizo falta. Ella de repente le soltó aquella frase que lo dejó marcado: «Paco, no estás hecho para ella, aunque nada me hubiera gustado más». Después trató de convencerlo de que la dejara él antes de que se fuera a Boston porque acabaría sufriendo las consecuencias. Cuando Paco y Mercedes llegaron a la casa, él fue a contárselo inmediatamente a Sofía, y ella le dijo que su abuela no estaba muy cuerda, que no le diera importancia. Sin embargo, aquella visión premonitoria se cumplió. Durante los siguientes años, ya rota la relación muy a su pesar, Paco no dejó de pensar obsesivamente en aquello, aunque nunca permitió que se le notara. Lo tenía grabado como una herida en su corazón. Después de casarse con Marcela, consiguió normalizar su relación con Sofía y se convirtieron en buenos amigos. Amigos con pasado, claro estaba.

AÑO 2022

No veo que la genética ofenda a los dioses porque no pienso que haya dioses de ningún tipo allá arriba.

JAMES D. WATSON

XI

Cuando a Clara le diagnosticaron bipolaridad, Mercedes se volcó en la búsqueda de soluciones, algunas verdaderamente desesperadas, tuvo que reconocerlo. Anne, que por su condición de prominente personaje científico tenía acceso a las mejores mentes del momento, le puso en contacto con el padre del ADN, el premio Nobel John Anderson, quien en 1968 había escrito *The Helix*, un libro que para Mercedes —antes de conocer a tal celebridad científica— había sido una fuente de inspiración cuando decidió estudiar Biología. Aunque el motivo de esta conexión no se debía solo al calibre del científico, sino al hecho cierto y contundente de que, además, John tenía un hijo con esquizofrenia y había dedicado su vida a buscar con ahínco una cura para dicha enfermedad. Estaba al tanto de todos los avances que la ciencia ponía a su disposición y también de las innumerables barreras que todavía quedaban por derribar.

Una mañana, Mercedes recibió una llamada de Anne. Esta la puso rápidamente al corriente de sus averiguaciones y le anticipó que John podría encontrarse en una fase muy avanzada en sus investigaciones sobre cómo aplicar la tecnología CRISPR en enfermedades mentales y que estaba alcanzando resultados prometedores en ratones. Luego hubo una pausa vacilante que mantuvo a Mercedes en vilo, hasta que por fin escuchó a su amiga advirtiéndola de que aquella era información estrictamente confidencial y que la debían tratar con mucho cuidado «porque Anderson es muy celoso con las filtraciones, querida». Todo lo dicho debía quedar entre ellas y nadie más. «Por supuesto», contestó rápidamente. Esta revelación supuso una inyección de ánimo para Mercedes, pues llevaba unos años, desde que conocía el diagnóstico de su hija, que no levantaba cabeza.

Mercedes se encontraba trabajando en su despacho de Navaluenga, concentrada en unos informes sobre un nuevo fármaco, mientras acariciaba el borde de madera de su escritorio. Aquella mesa era una fuente de inspiración para ella, se trataba de una pieza magistral que Pierre Jeanneret había diseñado en los años cincuenta en la Universidad de Chandigarh, y que a ella le había entusiasmado desde que la vio. Mucho tiempo había pasado desde entonces y la vida ya no le proporcionaba aquellos entusiasmos, se dijo con melancolía. De repente, en su Mac apareció la llamada de Anne. «Por fin», pensó mientras descolgaba.

—Acabo de tener una videoconferencia con él, Mercedes. —Anne sonaba entusiasta al otro lado del teléfono; era la encargada de pedirle que aceptase la visita.

—¿Y bien? ¿Tendré el gusto de conocer al escurridizo y misterioso doctor Anderson? — Mercedes empezó a jugar con un lápiz, pese a que su voz pretendía sonar tranquila.

—Sí... Dice que estará encantado de visitar España y de conocerte, obviamente ha escuchado hablar mucho de ti. —Anne, en cambio, no podía ocultar su euforia—. Ya sabes que es un tipo raro y que puede ser muy desagradable... Tendrás que tratarlo con tacto. En realidad, es como un niño, pero es fundamental que no escatimes elogios hacia su figura —advirtió—, y, sobre todo, que no sepa que tienes segundas intenciones, aunque sean tan nobles como lo es curar a tu hija.

Ambas comenzaron a comentar las rarezas —por llamarlas de alguna manera— del doctor Anderson, pues era cierto que, poco a poco, habían descubierto que tenía un carácter miserable y que, además, le gustaba hacerlo patente. Siendo aún muy joven, había ganado el Premio Nobel de Medicina junto con otros dos científicos «por sus descubrimientos sobre la estructura molecular de los ácidos nucleicos y su importancia para la transferencia de información en la materia viva», según rezaba el comunicado de la Real Academia Sueca.

—Impresionante, Anne, cómo te lo agradezco. No me creo que vayamos a tener de nuestro lado a quien consiguió descifrar la doble hélice que da la estructura al ADN, esencial para descifrar el genoma humano. Aunque el personaje es muy peculiar, como dices... Empezando por cómo trató a la doctora Frank en el reconocimiento de su contribución al descubrimiento.

Al rebufo de aquella aportación científica se había levantado mucha polémica, según se informó Mercedes todos esos días mientras esperaba impaciente la respuesta de Anderson. En la contribución emergía la figura de otra persona que resultó fundamental en el descubrimiento, pero cuya participación no se reconoció hasta varias décadas después. Se trataba de Rosa Frank, una prestigiosa científica que trabajaba en el laboratorio contiguo al que Anderson tenía en los años cincuenta en King's College. Frank, como luego se demostró, fue fundamental en el descubrimiento de la forma helicoidal de la molécula, puesto que había conseguido una imagen borrosa de esta gracias a la tecnología de rayos X, y Anderson, que hablaba a menudo con ella sobre sus investigaciones, se enteró del avance con las imágenes de su compañera y las obtuvo sin su permiso. Frank, además, le dijo a Anderson que la columna vertebral tenía que estar en el exterior; antes de eso, tenían modelos erróneos con las cadenas dentro y las bases apuntando hacia fuera. Su identificación del grupo especial para los cristales de ADN le reveló que las dos cadenas no eran paralelas, y, por tanto, que su forma debería de ser como una doble hélice.

—Sin duda, Anderson merece todo el reconocimiento en la parte estrictamente científica —continuó Mercedes, que seguía acariciando el perfil de madera de su escritorio—, pero no es menos cierto que no reconoció justamente las aportaciones de sus colegas en un descubrimiento tan significativo.

—Se ha dicho, incluso, que es misógino y en aquellos años se portó como tal. —Anne bajo el tono de voz como si alguien pudiera escuchar su conversación—. Al parecer, menospreciaba a Rosa solo por el hecho de ser mujer. Tengo entendido que luego salieron a la luz numerosos intercambios que así lo demostraron.

—Acuérdate de lo que pasó en 1997...

—Sí..., vaya pájaro. Menudo lío montó con aquel artículo donde daba a entender que si se

descubría el gen de la sexualidad y una mujer decidiera no querer tener un hijo homosexual, pues habría que dejarla que lo hiciera. Ni siquiera trató de defenderse, sino que mandó a un colega cercano que matizó sus palabras, con poco éxito, diciendo que John se refería a que estaba a favor «de la libertad de elección de cualquier mujer sobre su hijo». —El tono de Anne había ido subiendo poco a poco, como si se sintiera muy enervada.

—Unos años después le tocó el turno a los obesos; no dejaba títere con cabeza —apuntó Mercedes.

—No recuerdo esa anécdota. ¿Qué pasó?

Mercedes se había levantado de su mesa y se dispuso a mirar por la ventana mientras chismorreaba con Anne. Por el prado de Doña María vio la figura de Carlos, que había salido con los perros a coger unas setas. Chispeaba levemente, aunque no llovería mucho, pues el viento hacía de las suyas, como siempre.

—Seguro que lo has visto —prosiguió Mercedes—: cuando en una entrevista, sin inmutarse, le espetó al periodista que siempre que le tocaba entrevistar para un puesto de investigador en su laboratorio a un gordo, se sentía mal, porque sabía de antemano que no lo iba a contratar de ninguna manera.

Ambas se rieron de la desfachatez de Anderson y Mercedes se animó a ponerse una copa del amontillado que tenía en su minibar; también abrió la cajita de tabaco donde guardaba su Marlboro y su mechero Dupont.

—Anderson —continuó Anne—, que siempre había defendido la modificación genética cuando esta fuera posible, volvió a hacer de su capa un sayo en el año 2003. En aquella oportunidad se le ocurrió soltar en una conferencia pública que la estupidez era una enfermedad y que el diez por ciento del grupo de mayores estúpidos debía de ser curado.

—En eso estoy bastante de acuerdo... —Mercedes reía paseándose por el despacho con su catavino.

—En esa misma conferencia —prosiguió Anne entre risas—, también volvió a hacer gala de su misoginia cuando soltó: «La gente piensa que sería terrible si consiguiéramos mejorar genéticamente a todas las mujeres para que fueran guapas; yo pienso que sería genial».

—Pues querida, si yo pudiera hacerme algunos retoques genéticos para estar un poco mejor, no me importaría nada... —Se escucharon carcajadas de nuevo, aunque Mercedes hablaba muy en serio.

—Por muy genio que hubiese sido en su descubrimiento de la forma de doble hélice del ADN —le confió Anne—, no deja de sorprenderme que Anderson pueda ser tan inteligente y a la vez tan completamente estúpido.

—Por no hablar de la metedura de pata del año 2007... —recordó Mercedes dando rienda suelta al chismorreó.

—¡Qué horror!

Aquel año, en una entrevista en *prime time* —recordaron—, se le ocurrió explicarle a un

presentador de una cadena de televisión británica que él se sentía muy escéptico respecto a las medidas que se adoptaban para corregir las desigualdades en África porque no atacaban la raíz del problema, puesto que, en su opinión, todas las políticas que se intentaban implementar partían de la base de que la inteligencia de los negros era igual que la de los blancos, cuando «se había demostrado» —«Nunca se demostró tal cosa, solo el hecho de tener que aclararlo resulta francamente incómodo», apuntó Anne— que su inteligencia era muy inferior. Esta vez las críticas cayeron sobre él como un verdadero aluvión mediático, pero Anderson, fiel a su costumbre, se mostró absolutamente impávido ante ellas. Cuando Mercedes supo de aquello se quedó petrificada.

—Vaya estómago deberé tener para adular a este señor y que ayude a mi hija —confesó con cierta pesadumbre.

Las risas se habían esfumado.

—Te entiendo... Sin duda es un sacrificio que merecerá la pena pero..., ¡vaya sacrificio! —aseveró Anne dándole la razón a su amiga.

El caso es que Anne, se dijo Mercedes, a pesar de lo insufrible del personaje y de sus innumerables exabruptos, había mantenido una relación bastante fluida con el doctor Anderson, ya que era una mujer pragmática a la hora de aguantar la estupidez humana si, a cambio, recibía un botín intelectual. Dada su buena relación, acababa de conseguir que aceptara la invitación para visitar España junto con su mujer, Elisabeth, con la excusa de enseñarle el pueblo que pretendía reconstruir y su nueva casa en Fuentebuena, recientemente estrenada. Entre sus innumerables erudiciones, se contaba la pasión del doctor por la historia de España, el arte y la cultura sacra —a pesar de su declarado ateísmo—, por lo que visitar Ávila y Segovia, y las otras provincias castellanas, con todos los tesoros artísticos que albergaban, resultaría para él un plan de lo más apetecible.

Anne se guardó mucho de contarle al Nobel para qué quería realmente que viniera a España, porque temía que si intuía un interés concreto —y más en un asunto que llevaba con tanto secretismo—, se replegaría sobre sí mismo, hermético y desconfiado como un puercoespín, aunque sus motivos fueran tan nobles como los que tenía Mercedes entre manos, además de que la conexión era beneficiosa para ambos, ya que ella estaba decidida a invertir lo que hiciera falta —y tenía muchos recursos— a fin de curar una enfermedad íntimamente relacionada con la de Rufus, el hijo de Anderson.

Una vez aterrizado en España, Mercedes le envió un coche a recogerlo al aeropuerto Adolfo Suárez de Madrid que lo llevó directamente a cenar a su casa en Navaluenga. Dado el nivel de esnobismo de Anderson, Mercedes decidió poner en marcha toda la pompa y el lustre que tenía, que obviamente eran muchos, con el despliegue de cuadros, tapices, muebles, alfombras, vajillas, cuberterías, mantelerías y demás ajuar.

Para agradarle, a esa cena Mercedes invitó a un selecto grupo de personas que ofrecieran una conversación interesante y distendida al *quest of honor*, entre los que se encontraba María Jesús Olmedilla, catedrática de Historia del Arte y presidenta de la Fundación Las Edades del Hombre, cuya finalidad era la conservación, la investigación y la difusión de la cultura sacra en Castilla y León. María Jesús era buena amiga de Mercedes y estaba advertida de las peculiaridades del personaje.

—Chus, por lo que me dice Anne, el tipo te puede saltar con cualquier cosa. Desde ignorarte olímpicamente hasta insultarte. Sé que puede ser un favor extraordinario el que te estoy pidiendo..., pero créeme que es por la mejor de las causas.

—Descuida, que a estos tipos los meto yo en vereda rápido. —María Jesús parecía divertida de antemano.

Además de a María Jesús, la propia Anne y el marido de Mercedes, asistirían a la cena dos amigos que le pareció podían avivar la conversación y conseguir que el doctor Anderson se sintiera relajado y acabara cogiendo confianza. Por un lado, Pablo, que también conocía al científico y se había instalado en una casa que se estaba reconstruyendo en el pueblo de Muñico para incubar *startups* rurales, y por otro, a Ramón Maroto, un diseñador de muebles afincado en Pedraza. Ramón era perfecto para darle conversación a la señora Anderson, una apasionada del diseño de interiores, según la información que Mercedes recabó exhaustivamente de aquella singular y notoria pareja.

A su llegada a Navaluenga, la anfitriona recibió al premio Nobel en la puerta del patio donde habían colgado dos obras de la Real Fábrica de Tapices de finales del siglo XVIII, confeccionados con lana merina de oveja española, que en la época era la más cotizada del mundo. De la escalera de entrada de la casa, de sillares de granito, ancha e imponente, colgaba un tercer tapiz flamenco del siglo XVI, y Mercedes contó a los invitados que dicha pieza era una de las noventa y seis que Carlos V llevaba consigo en sus viajes desde la península a las lejanas tierras bávaras. Todos lo contemplaron extasiados, murmurando palabras de admiración, y Anderson el que más. En el salón principal, donde les esperaba el aperitivo, les mostró su obra de arte más valiosa: un cuadro que un antepasado suyo compró a un consolidado pintor español a principios del siglo XIX. Aquel pintor era Francisco de Goya, y en el cuadro el maestro había representado de una forma magistral el sufrimiento e indefensión de las mujeres al mostrar cómo, tras el asesinato de unos prisioneros, algunas habían sido arrastradas por los bandidos a una cueva en la que se presencia una terrible escena. En el centro de la composición, una mujer está siendo despojada de sus ropas por un viejo, mientras que ella gira la cabeza y se cubre el rostro con la mano, como no queriendo ver la violación que parece imposible evitar, más aún teniendo presente la desgarradora deshonra a la que un hombre joven está sometiendo a otra mujer, completamente desnuda, que aparece en el extremo izquierdo del lienzo. Ambos están tumbados en el suelo y el joven mira a su próxima víctima con una expresión burlesca. A la entrada de la cueva, otro bandido vigila. La luz que se filtra por una grieta había sido realizada con gruesas y furiosas

pinceladas y el resto de la composición incluía diferentes gradaciones de colores terrosos y grises, junto con algún toque rojizo que, en conjunto, generaban un ambiente siniestro y lúgubre. Anderson y su mujer, igual que el resto de invitados, se quedaron estupefactos ante aquella obra de Goya, al que, por otro lado, habían estudiado en profundidad como buenos amantes de la historia del arte.

Sentados ya a la mesa, que habían montado en el jardín de poniente para disfrutar del espectacular atardecer de los septiembres en Navaluenga, la conversación discurrió animada y, en un momento de esta, el interés se centró en la figura de Teresa de Ávila, a quien Anderson había leído en profundidad y admiraba sin reservas, puesto que la consideraba «una rebelde de dimensión universal», afirmó volviéndose a los demás invitados con un gesto ufano.

—A mi edad —el doctor Anderson parecía regodearse escuchándose a sí mismo, solemne—, después de una vida entregada a descifrar las preguntas más trascendentales y a descubrir el misterio de la vida, la estructura del Santo Grial, el ADN, no puedo más que sentirme tan ignorante como si no hubiera hecho nada, como si no supiera nada. Por ello, cada vez que leo los poemas de Teresa de Ávila me entrego a su misticismo y a su camino a la perfección. La práctica de la meditación y del reposo del alma es la única salvación para la especie humana. Yo no creo en Dios, pero tampoco tengo las respuestas. —El tono se había tornado casi melancólico y humilde, lo cual no casaba con el aspecto altivo y prepotente que proyectaba desde que llegó.

Unos camareros comenzaron a desfilar y la señora Anderson cogió otra copa de champán, de la que bebió con evidente sed.

—Los tiempos de santa Teresa de Jesús fueron tiempos recios —dijo María Jesús, que había escuchado con exquisita atención al invitado de honor.

Mercedes pensó rápidamente que había sido un acierto invitarla a ella y al selecto grupo. Anderson parecía disfrutar de la velada, pavoneándose y prestando una cortés atención a quien le dirigía la palabra, satisfecho en su traje a medida, probablemente de Savile Row.

María Jesús continuó su animada exposición:

—En esos tiempos en Castilla había ciertamente crisis de fe, inquietudes religiosas que se orientaban al luteranismo y muchos judíos conversos, como la propia familia de santa Teresa, seguían siendo una amenaza para la religión católica impuesta a la fuerza. El Santo Oficio, la Inquisición, estaban muy alerta. Además —la experta se había ganado la absoluta atención de los invitados—, aquí y allá se encontraban muchos iluminados que fingían apariciones místicas y ataques de éxtasis. Pero lo de Teresa era otra cosa. Nunca relató contactos corpóreos, sus visiones siempre tenían un filtro racional y aún hoy somos incapaces de explicarlas. La primera de estas experiencias se trataba solo de una imagen mental intensa y precisa. Ocurrió en 1541 cuando contaba veintiséis años. Aquella aparición de Cristo solo sucedió en su mente, aunque la relataba como una sensación de felicidad y de paz infinita, un placer completo de su cuerpo y de su alma que sucedió con toda naturalidad, y que no era exclusivo de la mística espiritual propia

de todas las religiones contemplativas, sino que también se daba en otras experiencias trascendentes, como en las abstracciones musicales, artísticas o filosóficas.

—«Es preciso someter la vida espiritual al control de la inteligencia sin por ello sofocarla», decía Teresa de Ávila —puntualizó Anderson abstraído por la conversación, paladeando la copa de Sauternes que se había servido tras el postre.

Era evidente que estaba relajado, disfrutando del vino, las atenciones y la conversación. Tenía las mejillas levemente enrojecidas y se mantenía en un talante cordial y liviano, como un monarca condescendiendo a tratar con sus súbditos.

—Además —intervino Mercedes—, es justo mencionar el feminismo activo y declarado de Teresa. Fue una mujer excepcional, indomable, que dejó huella en la historia de la humanidad, incluidos los que no creen en su dios o en ningún dios. Es, sin duda, una española insigne.

Luego bebió un sorbo de su copa y miró a Anderson de reojo. Pudo advertir que tenía los ojos en ebullición, colmados de interés por la charla. Sin duda, había conseguido ganarse su confianza.

XII

Estaba enervada. No le gustaba que le hicieran perder el tiempo en una sala de espera y menos si era tan cutre como aquella. Las universidades inglesas eran cochambrosas, tanto como sus casas, donde todo era minúsculo y desprendían un olor permanente a rancio, a moqueta y a humedad. Se palpaban el desorden y el polvo. Además, las calefacciones no tenían medida y pasabas un frío helador o un calor soporífero. Una secretaria pelirroja y oronda fue a buscar a Mercedes. Esta se levantó y entró como un torbellino en el despacho del doctor Anderson.

—Por fin te has dignado a recibirme.

Él la miró un poco desconcertado.

—Perdón, estaba al teléfono. No podía colgar. —No daba la impresión de estar muy preocupado.

—Anderson: llevo dos meses financiando tu investigación, hemos estudiado a más de 250.000 personas, me estoy jugando mucho y todavía no me das ningún resultado. ¿Tenemos algún avance?

Aquella pregunta al doctor Anderson, del que se había conseguido hacer bastante cercana gracias al interés científico y personal que los unía, se refería al estudio que estaba realizando junto con las universidades de Harvard, Southampton y Edimburgo en el que, además de invertir una decena de millones de euros de su patrimonio, también había tenido que pedir favores al más alto nivel en el Ministry for Science, Research and Innovation para utilizar el biobanco de datos genéticos del Reino Unido.

—El estudio que hemos hecho es un tesoro, Mercedes. —Anderson le acercó un vaso de agua y bebió un sorbo del suyo—. Hemos encontrado varios genes que no solo nos podrían dar una solución para curar enfermedades mentales, sino que nos permitirían identificar los factores que influyen en la inteligencia de las personas. Aun así, no podemos hacernos demasiadas ilusiones, todavía estamos muy lejos.

Su voz sonaba demasiado didáctica, con su característico tono prepotente, lo cual impacientaba a Mercedes.

—Concreta, John —le pidió mirándolo a los ojos.

Anderson suspiró mirando al techo. Llevaba el nudo de la corbata un poco flojo.

—De momento, lo que sabemos seguro es que hay más de quinientos genes que influyen en la inteligencia humana; 538, concretamente, son los que utilizamos para resolver problemas.

También hemos identificado 187 regiones del genoma que están relacionadas con habilidades del pensamiento. Nunca se habían identificado tantos marcadores genéticos usados a nivel cognitivo.

Mercedes no quiso demostrar demasiado entusiasmo.

—¿Y crees que eso nos puede llevar a descifrar el tráfico de las conexiones neuronales? —preguntó ligeramente exigente, para contrarrestar la chulería del científico—. La clave es que sepamos cómo se mandan señales las neuronas entre ellas.

—Paciencia —Anderson se volvió más conciliador, aunque no se le diera demasiado bien—, los resultados son muy buenos y es un paso de gigante. En cualquier caso, no hemos ido todo lo lejos que nos hubiera gustado a la hora de predecir la inteligencia en unas personas u otras.

—¿Cómo es eso?

—Pues que predecir la inteligencia a partir del genoma va a ser una tarea más complicada de lo que pensábamos. Después de crear diferentes grupos aleatoriamente para hacer el ejercicio inverso de pronosticar su inteligencia a partir de sus ADN, solo hemos sido capaces de identificar el siete por ciento de diferencias entre ellas.

—¿Un siete por ciento solamente? Eso quiere decir que otros factores exógenos están jugando un rol fundamental en el desarrollo intelectual de las personas.

—Evidentemente, Mercedes —dijo el otro volviendo a su tono altivo, como si estuviera perdiendo el tiempo con una simple estudiante despistada—. A veces me sorprende cómo has llegado a ser quien eres. —Mercedes asumió que ese comentario era irónico para no verse obligada a abandonar de un portazo aquel despacho mugriento—. Efectivamente, parece que la genética es fundamental, pero el entorno y, sobre todo, la educación son la clave. Si un niño está bien alimentado y se desarrolla en un ambiente seguro y estimulante, esto tendrá un impacto mucho más positivo en su inteligencia que aquellos que tienen privaciones o viven en contextos inadecuados. La educación, en cualquier caso, es lo más importante; la correlación entre el cociente intelectual y la educación es elevadísima.

—Anderson —suspiró Mercedes—. Soy quien soy porque me deshago de la gente que no da los resultados que busco. —Lo vio palidecer, contrariado, de manera que suavizó el tono—. Estos son magníficos datos, enhorabuena, pero tenemos que concentrar nuestros esfuerzos, ya que corremos el riesgo de querer encontrar el Santo Grial de la inteligencia humana en vez de resolver el mal funcionamiento neuronal en personas con enfermedades mentales como las de nuestros hijos.

Como casi todas las personas altaneras, Anderson era, en realidad un cobarde poco dado a enfrentamientos, y en cuanto vio que Mercedes enseñaba los colmillos para después tenderle la mano en son de paz, pareció hacer lo mismo. Jugueteaba nervioso con el vaso. Al fin, después de pensar un rato, dijo:

—Tranquila, Mercedes. Sabes que la ciencia tiene sus tiempos. He dedicado mi vida a que la ingeniería genética resuelva enfermedades como la esquizofrenia o la bipolaridad, y puedo asegurarte que estamos más cerca de lo que parece.

—Lo sé, Anderson. —Le dio una palmadita condescendiente en el hombro—. Te gusta parecer un capullo, pero después de estos meses he llegado a ver que ahí dentro hay una buena persona.

«Una buena persona que no va a conseguir a tiempo los resultados que quiero», agregó para sí.

—Lo conseguiremos, ya verás.

Mercedes asintió como si confiara en sus palabras, aunque estaba perdiendo la fe en aquel individuo que ahora la miraba sonriente.

—Bueno, me voy a Blackbushe, que me espera el avión para asistir a la ceremonia privada que le hacen a Anne en su casa de Fuentebuena. Sigue informándome. —Recogió su bolso, las llaves y las gafas.

Entonces, él pareció vacilar. Carraspeó antes de hablar.

—Lo haré. Estoy muy orgulloso de Anne... y de lo que ha conseguido. —Tenía la mirada disimuladamente emocionada.

Ya con la mano en el pomo de la puerta, Mercedes se detuvo, ladeando la cabeza.

—¿Ves como en realidad eres un blando?

—*Piss off* —le espetó el científico con su elegante acento oxoniense.

El Audi negro corría silencioso surcando la impecable campiña inglesa donde de vez en cuando se divisaban la torre de una mansión de siglos pasados, algunas vacas y escasas personas. Mercedes miró su reloj. El Gulfstream ya estaría esperándola con Óscar y el resto de la pequeña tripulación que la llevaría a Navalunga. Se dirigía a Blackbushe, el aeropuerto de vuelos privados más cercano a la City londinense.

No podía ocultar su emoción. Su amiga del alma, su socia, recibía el mayor reconocimiento que se le puede hacer a un científico. Y es que Anne, descubridora de CRISPR, las tijeras que permitían modificar el ADN, había sido galardonada con el Premio Nobel de Química. El reconocimiento no resultaba ninguna sorpresa para nadie, pues era un secreto a voces que lo ganaría dada la revolución que suponía su descubrimiento. La única persona que se sorprendió fue la propia Anne, siempre ajena a los premios y reconocimientos, enfrascada en sus investigaciones.

Tal fue su nivel de desinterés que cuando se anunció la noticia, mientras dormía plácidamente en su casa de Berkeley, en San Francisco, recibió la llamada del editor europeo de la revista *Nature*. Atendió el teléfono a la tercera, ya cansada de la insistencia, y cuando él la informó de que había sido galardonada con el Premio Nobel de Química, Anne, sin hacer una sola mueca al respecto, le dijo en tono dulce y amable —eso siempre—: «No son horas para llamar a una persona que vive en la costa oeste», pues allí eran las tres de la madrugada. Acto seguido le colgó y apagó su iPhone para seguir durmiendo a pierna suelta, como si no quisiera darse por

galardonada hasta la mañana siguiente. Pudiera parecer que Anne resultaba un poco soberbia, pero en realidad lo que le pasaba es que sufría de una timidez paralizante, se decía Mercedes recordando a su amiga. En cuanto se enteró del premio, Mercedes trató de llamarla aun a sabiendas de que no eran horas... Se estrelló una y otra vez contra su buzón de voz, como era de esperar.

Se acurrucó en su asiento e intentó dormitar un poco durante el vuelo. Óscar posó con suavidad el Gulfstream en el aeropuerto de Torrejón de Ardoz. La mañana era fría y con bastante niebla, observó Mercedes. De ahí, Gregorio la llevó directamente a Navaluenga, donde Carlos la estaba esperando ya vestido de gala.

—Estas muy guapo —le dijo ella al verlo con un traje azul marino de tres piezas que a ella le encantaba.

—¿Cómo te fue en Londres? —Carlos obvió el piropo de su mujer.

—Mal —su tono era seco, pues hubiera esperado cierta reciprocidad a su cumplido, pero claramente en su matrimonio hacía tiempo que habían dejado de importar las formas.

La ceremonia del Nobel de ese año era virtual y por lo tanto tendría lugar en casa de Anne. La devastadora pandemia global que atravesaba el mundo desde hacía algo menos de un año había obligado a los organizadores de la Fundación Nobel a celebrar en los lugares de residencia de los premiados la entrega de las preciadas medallas doradas. La presidenta del jurado, que había fallado a favor de entregar el premio a Anne, se había desplazado a su casa en Fuentebuená, donde la recibiría un grupo muy reducido y selecto de invitados.

—¿Quién asistirá hoy, te ha dicho algo Anne? —preguntó Carlos para cambiar de tema.

—No he tenido tiempo de hablar con ella, pero no podemos juntarnos muchos, eso seguro. Habrán viajado sus dos hermanas; y sus dos *post docs*, que han sido cruciales en el descubrimiento de CRISPR. Por otro lado, los sospechosos habituales: Pablo, que lleva ya unos meses viviendo en Múnic dándole un empujón a su incubadora de *startups*, y nuestro Ramón, que se ha hecho inseparable de Anne en los últimos tiempos, como seguramente sabrás, y que no se si traerá a su nuevo novio, Henri, ese fotógrafo parisino tan famoso, ¿te lo dije, no? Al parecer, ambos están pensando en hacerse una casa en Rióturbio, por lo que parece que su relación va bastante en serio.

Anne había ganado el Nobel por crear la tecnología que permitía manipular el código de la vida, un logro disruptivo, único. «Estas tijeras genéticas llevan las ciencias de la vida a una nueva época», dijo el presidente de la Real Academia sueca desde una enorme pantalla instalada en el salón cuando hizo el anuncio; quien parecía que, más que reconocer un descubrimiento relevante como en cada edición, auguraba el inicio de una nueva era para la vida en la Tierra. De entre los hechos relevantes de la concesión del título, cabe señalar que el premio se entregaba, no a una, sino a dos mujeres, puesto que la codescubridora de CRISPR era la doctora Charlotte Blaz, quien obviamente fue también cogalardonada, aunque ella se conectó desde París, donde vivía.

Debido a la pandemia, un número limitado de medios de comunicación se habían presentado en Fuentebuena para cubrir la ceremonia. Además, Fuentebuena era un pueblo lo bastante pequeño y tranquilo como para que resultara el acontecimiento más importante de todos los tiempos. El caso es que se habían concentrado en la plaza del pueblo sus pocos y envejecidos habitantes, que asistían al revuelo entre perplejos y orgullosos, y un compendio de curiosos de las provincias de alrededor que habían asumido el riesgo de saltarse el estricto confinamiento todavía en vigor para acercarse desde Ávila, Segovia, y hasta desde Madrid, a aquella minúscula aldea formada por casuchas de piedra en estado de descomposición y de trigales austeros y poco productivos, para ver si por suerte una cámara de televisión les daba una infinitésima parte de protagonismo mientras enfocaban los *looks* de los escasísimos invitados que acudían a la entrega del galardón. Todo ello con un frío recio que hacía que la gente se frotara las manos con vigor. Sin duda, un mérito enorme que sería recompensado por la cantidad de charlas que tendrían lugar en los corrillos de vecinos de los pueblos de donde venían, sin entender ni una palabra de química, por no mencionar CRISPR.

Mercedes caminaba del brazo de Carlos por el pasillo humano que se había formado para dar la entrada a los invitados del evento. Se había vestido con un traje corto con chaqueta. En la misma mano con la que Carlos la sujetaba del brazo llevaba un bolso de Hermès. En el jardín de la casa de Anne, estaban ya esperando a la galardonada con todos los invitados reunidos e impacientes.

En aquella fría mañana, mientras Mercedes esperaba a que su amiga recibiera el Nobel de Química, experimentaba un gran orgullo al tiempo que iba torciendo el gesto, que cada vez parecía más severo. Mientras Carlos y ella aguardaban a Anne en el salón comedor que habían habilitado para que recibiera el diploma y la medalla de oro verde de 24 quilates, él observó sorprendido cómo Mercedes se iba sintiendo cada vez más incómoda, con una mezcla de emociones que era incapaz de reconciliar.

—Estás muy seria, Mercedes, y hoy debería ser un día muy feliz. ¿Te preocupa algo?

Así era, aunque no se lo reconocería ni a su marido. A pesar de aquel baño de felicidad, una pena inundaba el corazón de Mercedes. Esa pena tenía nombre propio: Clara. Entre las grandes ausencias de la recepción estaba su hija, a la que hacía ya unos meses habían tenido que internar una vez más. Las razones del ingreso en el psiquiátrico Guzmán Ibor eran ya casi rutinarias. Esta vez el trastorno era depresivo. Clara había estado durante mucho tiempo encerrada en su cuarto de Navaluenga, apenas picoteaba desgana del plato que le ofrecían, deambulaba cada noche dando tumbos por la casa, como un fantasma que no encuentra expiación, no hablaba con nadie, no leía ni una revista ni le interesaba la televisión. En su rostro pálido, como si lo hubieran cubierto de talco, solo se marcaban unas moradas y enormes ojeras tenebrosas, los ojos habían

perdido su brillo natural y se habían agrisado anunciando la tormenta que su alma sufría; su color era opaco, en línea con las cuencas oculares... y con su corazón.

—No me pasa nada, querido. El cóctel es malísimo, eso sí... Qué mal gusto, ¿no te parece? — Mercedes era una coraza.

—Entiendo que te preocupa nuestra hija, yo también la estoy echando de menos —respondió él, indiferente a los mecanismos de defensa de su mujer.

Mercedes agarró una copa de champán y le dio un trago largo mientras miraba el montaje que habían hecho para aquella entrega del Nobel tan poco convencional.

—Es cierto. Pensé que iba a aislarme mejor, pero, al llegar aquí, no he podido evitar acordarme de ella. Ojalá no hubiera vuelto a recaer.

—Pensé que esta vez se iba a librar. Los caballos la tenían muy activa, apenas tenía oscilaciones, parecía más estable, ¿no crees? —Carlos buscaba desesperadamente el apoyo de su mujer.

La única esperanza que albergaban los padres de Clara los meses que había estado en Navaluenga antes de volver a ingresarla en la Guzman Ibor era que algunas mañanas la veían subir a la cuadra, donde invertía algún tiempo en montar. Clara siempre había encontrado un refugio natural en los equinos, a los que cuidaba con todo tipo de mimos. Muchas veces, pensaba Mercedes, le hubiera gustado ser uno de ellos, incluso el menos querido para Clara, y así recibir una décima parte de ese amor que les profesaba y que le negaba a ella como madre. Aunque había estado muy débil debido a la falta de alimentos y al nulo sueño, además de la sobredosis de medicación que la mantenía robotizada, sin apenas expresión, seguía haciendo un esfuerzo físico sobrehumano cuando se subía a sus caballos.

—Sí. Yo también pensé que esta vez se iba a librar... —Mercedes contestó algo ausente—. ¿Cómo está Manolo?

Los padres de Clara eran muy conscientes de que, además de su pasión por los caballos, su hija también subía a la cuadra para ver a Manolo Cebrián, el director de la yeguada de Carlos, y quien había enseñado a su hija todo lo que sabía del mundo ecuestre. Manolo había visto a Clara desarrollarse como amazona y, aunque la conocía desde casi la infancia, había una conexión entre ambos que, desde que Clara empezó a convertirse en mujer, siempre pareció que podía llegar a algo más que una amistad. Si bien Manolo tenía quince años más que su hija y hubiera aspirado a tener un yerno de más postín —Mercedes no lo negaba—, lo cierto es que, con las circunstancias actuales, nada le hubiera hecho más ilusión que aquella relación tornara en un romance que diera alguna alegría a su hija. Ver a esa alma en pena paseando su rostro blancuzco por las esquinas de Navaluenga y, de repente, llegar a la cuadra una mañana cualquiera y encontrarla riendo a carcajada limpia de la primera nimiedad que se le ocurría al onubense, significaba que claramente este le hacía gracia. Lo cierto es que Manolo era muy simpático y con mucho sentido del humor —«*musho* arte», como él decía—. Además, la química era correspondida, pero diferente en cada uno, y eso Mercedes lo tenía muy claro. Si bien a su hija le

hacía gracia Manolo, se reía y lo pasaba en grande con él, Manolo sentía algo más profundo por Clara... Estaba genuinamente enamorado. Amor del bueno. Por ello sufría su enfermedad con impotencia y resignación, sabiendo no solo que su historia platónica nunca llegaría a buen puerto, sino que su amada sufría. No hay un amor más duro que el amor imposible, cuando, además, la persona por quien se sacrificaría todo parecía químicamente predestinada a la desdicha. Así, un Manolo abnegado aprendió a darle lo poquito bueno que el alma turbulenta de Clara podía disfrutar.

—Mal —respondió Carlos—. Ver a nuestra hija con Manolo es una bendición.

Así era, pues esos eran los únicos buenos ratos que Clara pasaba en el transcurso del día, y los atesoraba como la única energía del corazón, su única fuerza, pensaba ensimismado.

—Bah —bufó Mercedes mostrando cierto hartazgo de tanta recaída que había visto los últimos años—. La enfermedad no distingue de momentos ni de personas ni del amor, ni de ninguna otra cosa. Después de seis meses sumida en una terrorífica depresión a pesar de hacer el esfuerzo de tomar el camino hacia la cuadra con las botas puestas, un día de repente dejó de subir, como siempre.

Así es como se refugió en su cuarto, con las persianas cerradas, metida en la cama durante el día y dando paseos sin rumbo por la casa cada noche. Ahí fue cuando Mercedes se dio cuenta de que era necesario volver a internar a Clara. Hacía meses que el doctor Guzmán les había recomendado ingresarla nuevamente, los había avisado de que, a la larga, estaría mejor cuidada allí y de que el tratamiento que debía seguir tenía que ser estricto y muy riguroso. Aunque Mercedes, como buena madre, se agarró a un clavo ardiendo y convenció a Carlos —sin demasiado esfuerzo— de que estaría mejor con ellos, con Manolo y con sus caballos en Navaluenga. Pero en el momento en que Clara dejó de subir a la cuadra se dio cuenta de su error, se dio cuenta de que debía estar de nuevo bajo el atento cuidado de especialistas cuanto antes si no querían que la enfermedad se la llevara por delante como un vendaval terrorífico.

El matrimonio cuchicheaba sus cuitas en una esquina cuando un rumor de voces les hizo volverse: su amiga Anne apareció junto con la directora de la Academia sueca, muy solemnes ambas. La docena de invitados rompió a aplaudir y ambas se quedaron de pie, cada una a un lado de la humilde mesa de madera donde esperaba una caja azul marino que contenía la medalla del Nobel. Anne estaba elegantísima, pensó Mercedes, con un vestido negro por encima de las rodillas y una chaqueta gris jaspeada que no supo reconocer de quién sería, aunque le recordaba mucho a la línea de Armani.

Anne terminó su breve y emotivo discurso y todos rompieron a aplaudir. Mercedes se rompía las palmas de las manos, con los ojos brillantes de entusiasmo, aunque su corazón estaba en la clínica donde Clara habitaba, sedada y sola. ¿Cómo pudo llegar todo a complicarse tanto? Una enfermedad que no había hecho más que dar más y más señales..., ¿cómo no había sido capaz de ayudarla a tiempo?, se preguntaba Mercedes tortuosamente. Cuando la vida te daba tanto como le había dado a ella, reflexionaba, siempre tenía una forma de buscarte las vueltas y ponerte a

prueba, de equilibrar la suerte con retos extraordinarios. Cuando Mercedes era una joven bella y frívola, pensaba que pertenecía a una clase de privilegiados por el mero hecho de haber nacido. Tal soberbia se cortó de raíz el día que, borracha, se precipitó por el puente con Isidro, matándolo a él y matando con él, para siempre, su arrogancia vital. El día en que su querido hermano murió se dio cuenta de que no era nadie, solo un refugio minúsculo en un planeta que en sí mismo solo era una casualidad, y del que los hombres no eran más que un accidente casi imposible, pues estaban en el punto de mira no solo la especie, sino la galaxia entera.

Ese accidente le abrió brutalmente los ojos. Desde entonces, tal había sido el choque con la realidad que Mercedes se dedicó en cuerpo y alma a trabajar, no tanto para cambiar las cosas, sino para no prestar atención a lo insignificante que se sentía por no querer afrontar su realidad individual ni la existencia colectiva, pues no éramos nada, no éramos nadie, se repetía. No había una sola mente maravillosa que hubiera mantenido que la Tierra fuera repugnante; nadie se había atrevido a decir que los animales, por ejemplo, no fueran perfectos o que las plantas tuvieran que ser rehechas; ningún poeta había hablado del amor como algo que... bah. Todas las grandes mentes coincidían en la perfección y en la majestuosidad de la creación, lo cual en realidad era una suerte, dado que, cuando uno se daba cuenta, como Mercedes lo hizo entonces, de lo poco que éramos —de lo nada que somos—, se alegraba de que la inmensa mayoría de los mortales pensasen de sí mismos y de nuestro entorno en términos tan esperanzadores y sublimes.

Desde que murió su hermano su vía de escape fue el trabajo y, sin quererlo, o queriéndolo inconscientemente —¿qué más daba el orden?, pensaba Mercedes—, se había desocupado de lo que era más importante para una madre: su hija. Cuando se dio de bruces con la realidad, había sido tal su huida y su refugio en el trabajo que no solo invirtió sus esfuerzos en ser alguien excepcionalmente importante, sino que llegó a creerse que la vida era una epidemia a la que no seríamos capaces de sobrevivir. Ahora, cada vez que visitaba a Clara en la clínica y la veía sedada hasta las cejas, ajena a cualquier sentimiento o emoción, sin apenas capacidad para reconocerla, le sobrevenía una angustia pavorosa porque se daba cuenta de lo equivocada que había vivido todos aquellos años.

XIII

El mérito del premio, además de por la investigación de Anne y Charlotte, era que se concedió el año en el que el mundo conoció la pandemia que trasformaría nuestra forma de vida para siempre. En enero del año 2020, un coronavirus conocido como SARS-CoV-2, que finalmente adoptó el nombre de COVID-19, comenzó a expandirse lenta pero incombustiblemente desde la ciudad china de Wuhan. Siempre resulta difícil creer que una gran desgracia como una plaga, por ejemplo, vaya a suceder, y, sin embargo, cuando la tenemos delante, no entendemos cómo llega a sobrepasarnos, la inesperada fuerza con que nos sorprende y trastoca nuestro orden. «Siempre estamos tan reconcentrados en nosotros mismos que somos incapaces de anticiparnos a situaciones tan extraordinarias como esta», reflexionaba Mercedes. La pandemia nos atacó como un tsunami que ya había dado algunos avisos con formas similares de coronavirus.

A finales de febrero 2020, recordaba Mercedes, Anne y ella estaban volando de San Francisco a Nueva York, donde tenían que atender varias reuniones en las oficinas centrales de Gattaca. La vida en Estados Unidos y en el resto del mundo todavía no había cambiado drásticamente, a pesar de que en China ya se contaban por miles los muertos por el COVID-19. Aun con el volcán en erupción, en el resto del mundo solo se percibió que la nube de pavesas recorrería cada rincón del planeta ese día, el 27 de febrero, cuando saltaron todas las alarmas. En realidad, fue una la alarma que hizo que todas las demás se activasen, esa que en estos tiempos mide la temperatura de todo lo que acontece...

Ambas estaban sentadas una al lado de la otra en el avión; Mercedes miraba compulsivamente su teléfono mientras que Anne, recostada en el asiento de cuero, tenía los ojos entreabiertos y miraba por la ventana.

—El Dow Jones está en caída libre, lleva perdidos mil puntos. —Daba igual dónde estuviera: actualizaba obsesivamente su aplicación de Bloomberg del iPhone.

—¿Y nuestra acción? —preguntó Anne con cierto desinterés mal disimulado. Ella, en cambio, rara vez solía interesarse por esos temas.

En ese momento, Mercedes se estremeció, se quedó paralizada pensando. El COVID-19 estaba en boca de todos desde hacía semanas. Se hablaba de las malas políticas que iban aplicando unos y otros gobiernos, sobre todo los de los países asiáticos; de lo exagerado de las medidas de los líderes chinos, quienes parecían hacer uso de la circunstancia para restringir, más si cabe, las libertades de sus ciudadanos. Resultaba hilarante la eventualidad de que, en Europa, en España o en Italia, concretamente —ambos poco disciplinados por latinos, según el tópico—,

la gente tuviera que llevar una mascarilla para salir a la calle. Todo parecía imposible porque, en realidad, lo era para unas sociedades ensimismadas e inocentes que no concebían que pudiera existir una disrupción de ese calibre ni aun teniéndola delante veinticuatro horas al día como si se tratara de un *reality show*. De repente los inversores entendieron que las consecuencias de, literalmente, parar el mundo eran tan devastadoras que había que deshacer posiciones en las industrias más boyantes y pronosticar qué empresas saldrían ganando durante una crisis de semejante magnitud.

—Como nunca... —respondió Mercedes con el aliento entrecortado por la responsabilidad que aquello suponía—. Están apostando porque solucionemos este lío.

Aunque su corazón latía taquicárdico y asustado, apesadumbrada por semejante caída de las bolsas de todo el mundo a la vez que temerosa y culpable del mal mayor que la propagación descontrolada de esa peste negra de consecuencias desconocidas tendría para la humanidad, mientras todo se desplomaba, Mercedes se dio cuenta de que, sorprendentemente, la acción de Gattaca subía a doble dígito en una sola sesión. Los fondos internacionales habían deshecho posiciones para depositar su confianza fundamentalmente en las *bigtech*, que se beneficiarían mucho si llegara a haber un confinamiento duro, como algunos expertos llevaban tiempo considerando imprescindible, y en las empresas biotecnológicas, pues estas tendrían un rol crucial en la elaboración de una vacuna contra aquel virus desconocido.

—Te lo dije, querida... —Anne se había incorporado en su asiento y se disponía a dar un trago de agua de la botella que tenía delante mientras el avión iba poco a poco perdiendo altura para aterrizar en el aeródromo de Teterboro.

Esa señal que los inversores estaban mandando a Gattaca era toda una responsabilidad y solo entonces Mercedes estaba empezando a notarlo. A decir verdad, durante todo ese tiempo, Anne y ella habían estado discutiendo mucho sobre la posibilidad de aplicar su tecnología para obtener urgentemente una vacuna que diera solución, aunque fuera temporal, al virus que crecía imparable, extendiéndose por cada rincón del mundo. A pesar de los avisos de la propia Anne y del resto del equipo científico, Mercedes nunca imaginó que podrían enfrentar una pandemia de las dimensiones que tenía en aquel momento y que ya parecía imparable. El caso es que allí estaban, señalados por la mano profética de los inversores bursátiles, como los únicos capaces de salvar el mundo, que desfallecía ante el avance de aquel monstruoso tsunami.

—¿Qué coño hacemos? —preguntó Mercedes nada más aterrizar en Nueva York ese fatídico día.

—He intentado advertiros de la importancia de este tema —insistió Anne ante el semblante impertérrito de Mercedes, que no parecía querer darse por prevenida—. No estabais dispuestos a escuchar que esto iba en serio —agregó en tono seco.

—Ya, ya... —Mercedes no estaba para sermones—. Dime una cosa: ¿cómo de rápido podríamos actuar? Nadie ha conseguido una vacuna en un tiempo tan limitado.

Efectivamente, Anne era famosa por su conocimiento de los mecanismos moleculares que se

podrían usar en los humanos para detectar y aniquilar los virus pero, sobre todo, se había convertido en una maestra de la colaboración, lo cual resultaba esencial en un momento de tanta presión como el que tenían delante. Ya se había puesto en contacto con varios investigadores de prestigio, entre los que se encontraban científicos de diferentes disciplinas, como bioquímicos, microbiólogos o biomédicos de todo el mundo.

—Llevo un tiempo trabajando con algunos colegas en las pruebas diagnósticas del virus, para que sean rápidas y fiables. Eso en sí, por cierto, será un buen negocio para Gattaca. —Mercedes inclinó levemente la cabeza; su socia iba muy por delante de ella en ese tema, lo cual no era tan habitual.

—Sin duda, Anne, ese primer paso es fundamental.

—Así es, completamente esencial ante la pandemia que tenemos encima. Ahora habrá que hacer lo de siempre, querida: tú dedícate a organizarlo todo para que yo me pueda dedicar a investigar —le contestó tratando de suavizar un tono brusco que ocultaba la cantidad de veces que habían discutido sobre las consecuencias potenciales de un virus como aquel, y que Mercedes y otros de su equipo se negaban a aceptar.

Y así fue cómo, en menos de una semana, Mercedes conseguiría concentrar en el Centro de Ingeniería Genética de la Universidad de Berkeley a una docena de científicos, mientras que otra cincuentena larga se conectaba por teleconferencia. Sería una labor titánica, pensaban mientras volaban hacia Nueva York, pues Anne no creía realmente que Mercedes lo fuera a lograr debido a que la comunidad científica suele dudar respecto de los intereses reales de una empresa como Gattaca en un proceso como el que tenían que enfrentar.

—El reto, querida Mercedes, es convencerlos de que Gattaca está ahí para ser un facilitador... Esto no va de hacer dinero. —Mercedes se quedó pensando.

—La única fórmula es ser transparentes con ellos —respondió rotunda—. Déjame a mí. Aunque no debemos renunciar a patentar parte de los descubrimientos que se obtengan como resultado de este ejercicio, hay que decirles que no haremos un uso exclusivo de los mismos y abriremos el acceso de forma gratuita a todo aquel que quiera utilizar el conocimiento generado. Con eso deberían de estar todos muy cómodos.

—Sí. Además, es cierto que Gattaca va a invertir una enorme cantidad de capital en esta investigación a contrarreloj —añadió Anne.

Poco tiempo después, acabaría formando parte del grupo un matrimonio alemán muy pintoresco. Deniz e Isra eran germanos, aunque ambos de origen turco. El primero había nacido en Iskenderun y su familia emigró a Alemania cuando él tenía cuatro años, como le explicaría el propio Deniz a Mercedes cuando se conocieron, mientras que su mujer había nacido en la Baja Sajonia, aunque su padre era de Estambul. Ambos habían estudiado en la Facultad de Medicina de la Universidad Gutenberg, en Maguncia, y desde entonces se hicieron inseparables, tanto en los laboratorios como en el lecho.

El caso es que habían fundado en el año 2008 una empresa que tenía por objetivo desarrollar

tratamientos que estimulaban el sistema inmune para luchar contra las células cancerígenas. Además de esta noble causa, su empresa también era especialista en diseñar vacunas que utilizaban mRNA o ARN mensajero contra cualquier tipo de virus. De hecho, Gattaca había llegado a algunos acuerdos con ellos para comercializar algunas de sus vacunas basadas en la tecnología mRNA, aunque, como habían sido acuerdos pequeños, Mercedes nunca los había conocido personalmente, puesto que siempre trataban con su responsable de investigación en vacunas. Eran de los pocos que acabarían atendiendo en persona las sesiones de trabajo que Mercedes organizó en San Francisco y entablarían una relación magnífica aprovechando los descansos y las comidas para hablar de cosas dispares, como de España —pues resultaron ser unos amantes del país y, como buenos alemanes, especialmente de Mallorca— o como el devenir de la enfermedad.

A alguna de sus comidas se apuntaría Anne, quien también había detectado algo especial en ese matrimonio de científicos, y durante la conversación surgiría la oportunidad de colaborar en la búsqueda de una vacuna basada en el mRNA contra el virus causante de la COVID-19. Mercedes entendía que a Anne le gustaba la idea y, en menos de dos semanas, cerraron un acuerdo para financiar su investigación y ayudarlos a producir y comercializar su vacuna en caso de que consiguieran llegar a tener un resultado satisfactorio.

De vuelta a casa, después de la ceremonia de aquel Nobel en remoto, tan extraña, con Carlos ya en la cama y ella en su despacho, repasando temas en el iPad, le llegó un email de Anderson.

Querida Mercedes, espero que hayáis disfrutado de la ceremonia, tuve ocasión de hablar con Anne, a quien vi muy contenta. Me alegro de haber repasado temas contigo. Ten paciencia, conseguiremos resultados, no sé si nuestros hijos los verán, pero nuestra contribución será recordada. Un abrazo, John

Desesperante. Sus conversaciones con Anderson eran tan poco esperanzadoras que se le revolvían las tripas de pensar que no llegaría a tiempo para salvar a Clara de sí misma. Las conexiones de las neuronas entre sí y el componente genético de las enfermedades mentales eran un laberinto imposible de descifrar. Tenía que huir de los medios convencionales si no quería quedarse estancada durante décadas. Sentía la necesidad de acelerar el proceso porque a su hija le debía todo lo que le había negado, con todas las limitaciones de la jaula de oro que había forjado ella misma, pensaba. Daba igual que tuviera que asumir riesgos, estaba acostumbrada.

Durante el proceso de investigación de la vacuna contra el COVID-19, en una de sus infinitas conversaciones con Deniz e Isra, estos le hablaron de un *biohacker* que estaba probando en sí mismo vacunas contra el virus sin ningún tipo de control ni las mínimas medidas de rigor médico o científico. Ambos parecían tan intrigados como escandalizados. En una conversación a solas con Deniz, este le contó que él, efectivamente, era escéptico respecto a los caminos que estaban

tomando este tipo de piratas de la biomedicina, pero que al mismo tiempo le gustaban parte de sus ideales.

Al ver el interés que mostraba Mercedes, le explicó los contactos que había estado teniendo con Josiah Zimmer, el líder de un movimiento de *biohackers* que ya era muy conocido por haber salido en diferentes eventos en redes sociales inyectándose ADN editado con CRISPR para aumentar el tamaño de sus músculos anulando el gen que produce miostatina. Al ver el desconcierto dibujarse en el rostro de Mercedes, Deniz le explicó que era la proteína que inhibe el crecimiento del músculo. Luego continuó contando. Al parecer, en su aparición en redes sociales, Josiah se inyectaba sin asistencia ni supervisión de nadie y, además, lo hacía en una habitación algo sucia y bastante desordenada, mientras afirmaba con cierta soberbia: «Este pinchacito hará que mis genes se modifiquen para darme músculos más grandes». La pinta del pirata encajaba bastante con la de los bucaneros del siglo XVI, pensaba Mercedes, y era idéntica a la de los *hackers* informáticos: muchos pendientes, el pelo de color blanco y una camiseta hortera y con mensaje.

Deniz le contó con una sonrisa que ese tipo de *biohackers* eran investigadores renegados o simplemente aficionados a la ciencia que afirmaban democratizar la biología a través de la participación ciudadana en el movimiento científico. Según los *biohackers* como Josiah, empresarios del mundo biotecnológico e investigadores científicos de las universidades se preocupaban de las patentes y a veces, conscientemente, retrasaban productos que podían salvar vidas por intereses económicos. Deniz, que era un idealista, insistió en que él no comulgaba con sus principios, pero que sus planteamientos sobre patentes gratis y sobre el avance lento de la ciencia para plegarse a los convenios internacionales le parecían más o menos razonables.

A pesar de la hora —eran las nueve de la noche pasadas—, Mercedes cogió su iPhone impulsivamente y marcó el teléfono de Deniz. Sonaron varios tonos hasta que cogió...

—Hola... ¿Mercedes? ¿Eres tú?

—Sí, sí. Perdón, ya sé que no son horas, Deniz. ¿Cómo estás? No estarás cenando, ¿verdad?

—La pregunta sonó retórica al otro lado del teléfono, por lo inesperado de que quisiera hablar con él... justo ese día y en ese momento.

—No te preocupes. No, mujer, aquí somos más tempraneros que en España, terminé de cenar a las seis. —Mercedes imaginó su amplia sonrisa al otro lado del teléfono mientras Deniz hablaba—. Qué ilusión tu llamada en un día tan señalado para Anne y para ti. ¿Cómo ha ido la ceremonia?

—Muy bien, Deniz, os hemos echado mucho de menos a Isra y a ti. Anne estaba radiante, emocionadísima.

—Mándale un abrazo enorme de nuestra parte —contestó.

—Deniz, te llamo por un tema que una vez me ofreciste. Lo que te voy a pedir no puede salir de aquí: me gustaría aceptar tu oferta de conocer a Josiah.

Hubo un momentáneo silencio, no era capaz de ubicar a quién se refería.

—¿Josiah Zimmer?

—El *biohacker*, sí.

Mercedes pudo percibir la vacilación y el desconcierto del científico al otro lado de la línea.

—Sin duda es una petición sorprendente.

XIV

El Gulfstream sobrevolaba una hermosa campiña de viñedos que se mezclaba con espesos bosques continentales. La bruma matutina solo dejaba entrever los colores terrosos, ocre, verdes y rojizos del campo, y a medida que se aproximaban al gran río, aquel velo húmedo se convertía en una niebla cada vez más espesa. El Rin se abría paso por el paisaje imponente y elegante. La mentalidad alemana se concibió inspirada en aquellas corrientes, con su vigoroso caudal y su robustez estructurada, incansable y obstinado, serio y disciplinado, como un húsar. Aquel torrente aportaba a Europa tanta agua como bienestar al país que le daba cobijo. Los bosques que se acumulaban en las vegas como islotes, ricos en hayas, robles y abedules, alternaban con las viñas de uva riesling. El sol, que a esa hora solo era perceptible desde el avión que se aproximaba para aterrizar, pronto calentaría la tierra y evaporaría las nubes dejando un día soleado y reluciente.

—Mercedes, estamos llegando. —Carlota, la asistente de vuelo, ya había cogido mucha confianza con su jefa y en los viajes largos aprovechaban para tener largas conversaciones que a veces se deslizaban hacia confidencias de lo más íntimas.

—Espero que tengamos un aterrizaje tranquilo.

El tren delantero tocó la pista. Mercedes, que se encontraba con los ojos cerrados y agarrada a los reposabrazos de cuero —humedecidos por la tensión de sus manos—, respiró aliviada cuando el *jet* empezó a carretear. Era tan irracional su miedo... Como mujer metódica, había estudiado en profundidad aquella turbación, pues le generaba desasosiego, zozobra. A pesar de trabajar con su psicólogo y con su piloto, nunca consiguió el remedio a su enfermedad, pues ninguno entendió que aquello no era un trauma aislado, sino la esencia misma de su personalidad.

Abrió los ojos y contempló el paisaje de la región alemana de Renania. Llegada al aeródromo donde aterrizaban los pocos vuelos privados que llegaban a la zona, vio aparecer un Tesla negro con los cristales tintados. El avión se detuvo por fin, al tiempo que ella se desabrochaba el cinturón y se recomponía bajo la mirada tranquilizadora de Carlota. Sacó de su bolso un pequeño espejo y una brocha de maquillaje y se empolvó las ojeras que sombreaban sus cuencas oculares.

Vio a Deniz salir del asiento trasero del coche. Muy erguido y con una sonrisa reluciente, aunque un poco artificial, la esperó a los pies de la escalera por donde ella descendía. Llevaba una camisa azul clara y un pantalón gris, su complexión era bastante atlética a pesar de sus cincuenta y muchos años. La piel tostada y el pelo muy corto dejaban al descubierto unas entradas discretas, bastantes arrugas en la frente y unas marcadas patas de gallo en los ojos. En

sus pómulos afilados aparecía un gracioso hoyuelo en el lado derecho cuando estiraba los labios con su sonrisa postiza.

—Bienvenida a Maguncia, querida. —No se le movió ni una facción de la cara, como si estuviera conservado en formol, la sonrisa impasible y sintética.

Ella le extendió una mano cordial y firme que el científico se apresuró a estrechar.

—¿Cómo estás? Muchas gracias por venir a buscarme, no hacía ninguna falta. —Aunque parecía soberbia, se alegraba de verlo allí.

Se subieron al coche que los llevaría directamente a los laboratorios de Biotech. Mercedes fingió interés cuando escuchaba a Deniz responder sobre cómo habían pasado los últimos meses su mujer y él desde aquella época trabajando juntos para la vacuna contra el coronavirus en San Francisco, y todas las cosas que les habían ocurrido desde entonces, en parte gracias al empuje de Gattaca. En solo unos meses —«parece un siglo y apenas son un centenar de días», se asombró él mismo— habían conseguido enderezar un mundo que desde que llegó el virus parecía otro, desconocido, distópico. ¿Quién —pensaba Mercedes— hubiera imaginado a los ciudadanos andando por las calles con la cara tapada, como si llevaran un velo que pretendiera esconder el rostro, solitarios y esquivos, dóciles y serviles, lejos de la vida gregaria y armónica acostumbrada? El mundo era diferente no porque una pandemia hubiera arramplado con todo, sino porque la especie humana se percató de lo que la hacía vulnerable, y mostró fragilidad en cada escena cotidiana al no poder compartir el aire que da la vida, ni poder mirar y ver en los demás, como en un espejo, sus propios rostros, esos que narran lo que en realidad la define: temores, alegrías, amores... En aquel ambiente apocalíptico poco a poco fueron apareciendo los villanos y los héroes, los solidarios y los egoístas, los arrojados y los pusilánimes.

Como si fueran una versión moderna de aquellos dos dioses de la *Ilíada*, Palas Atenea y Hefesto, Mercedes y Deniz viajaban en la parte de atrás de aquel vehículo eléctrico y silencioso que circulaba por una carretera casi desierta en medio de las vides germánicas. Era justo reconocer que de aquella simbiosis nació el antídoto del mal, y que la idea de Deniz, con su genial receta al utilizar el ARN mensajero para elaborar la vacuna, se hizo realidad gracias al todopoderoso mando de Mercedes, que, como Atenea, representaba la sabiduría, la estrategia, la justicia y la habilidad. Sonrió para sus adentros al pensar que no estaba allí para regocijarse de su heroicidad ni mucho menos de su éxito, mientras miraba distraída por la ventanilla y atendía a medias a la charla de Deniz. A ella le interesaban aventuras nuevas y desconocidas, peligros inexplorados que se agazapan al margen de la realidad, trances que la llevarían al lado oscuro y frío del universo, al submundo que se sitúa entre la corteza y el manto, al oscuro purgatorio donde se van a buscar fórmulas milagrosas mientras se vende el alma a precio de saldillo.

Lo recordaba con nitidez: todo había empezado con una conversación anecdótica en San Francisco, insignificante para Deniz, mientras se tomaban despacio la tercera cerveza en una sala de reuniones de la Universidad de Berkeley. Sonaba de fondo una melodía de Miles Davis, y la noche y el confinamiento hacían del campus un paisaje de batalla arrasado hacía horas, incluidas

las vidas que se iban agotando cada segundo por las heridas que demoraban el salto a la nada, mientras los dioses descansaban de la ardua labor de diseñar el arma secreta que acabaría con la guerra y la hecatombe final. Aunque él no lo sabía, ¡cómo lo podía saber!, aquella conversación había sido transformadora para Mercedes, tanto que desde entonces aquel nombre se repetía en su cerebro obsesivamente, asaltándola en cualquier momento o desvelándola por las noches: Josiah Zimmer, Josiah Zimmer, Josiah Zimmer...

Al cabo de un rato Deniz señaló con el dedo por la ventana en dirección a Maguncia, que asomaba por el horizonte.

—Mi ciudad, querida Mercedes —vibró su voz.

—Este sitio es único —dijo ella, repentinamente entusiasmada—, tengo que pensar en comprar un viñedo por aquí cerca; como sabes, me encantan vuestros vinos de riesling.

Maguncia era pequeña, medieval y pintoresca. La silueta del pórtico de la iglesia de San Agustín resaltaba con su estilo rococó a medida que se acercaban. Circulando por la orilla del Rin, se desviaron hacia una pequeña calle donde aparecieron, imponentes, unas casas blancas con un entramado desordenado de madera roja y tejados altos y afilados de pizarra negra, de porte vagamente gótico.

—La esquina del Jardín de los Cerezos, por si luego quieres hacerte una foto para el recuerdo —señaló Deniz mientras Mercedes observaba con condescendencia y cierta desdeñosa repulsión a los turistas haciéndose selfis y mirándolo todo con expresión ingenua.

—Sin duda es una ciudad con mucha simbología. Parece que está predestinada a grandes genios —comentó Mercedes cuando pasaron por delante del Museo Gutenberg, donde se guardaban desde principios del siglo xx, en una sala blindada, las dos primeras biblias impresas y otros tesoros bibliográficos de mediados del siglo xv.

Así había sido, pues Maguncia no solo había dado al mundo al Hefesto de nuestra era: otro dios también había hecho historia para la humanidad dejando su impronta, o más bien, su imprenta, sonrió Mercedes. Conocía bastante bien la historia porque desde pequeña le apasionaba el personaje. En el año 1400 nació allí un bebé a quien pusieron de nombre Juan —Johannes Geinsfleisch zur Laden zum Gutenberg era su nombre completo, si mal no recordaba—. Hijo de un comerciante, pronto destacó como herrero especializado en el arte de la fundición del oro. El orfebre —de ojos negros y nariz prominente, cara angulosa y soberbio mentón, que no conseguía disimular su larga barba negra, tal y como lo mostraban los grabados— había vivido en una época oscura de grandes revoluciones existenciales, como el protestantismo.

—Eso de los grandes genios no lo dirás por mí... —respondió el turco con falsa modestia y cierta timidez—. Gutenberg estaba lleno de misterios... Te cuento la historia si quieres.

—Sí, nada me gustaría más —dijo ella para no arruinarle el entusiasmo a su anfitrión.

Deniz se acomodó en el asiento, al parecer encantando de glosar para ella sus conocimientos del célebre personaje.

—En sus inicios —empezó—, constituyó con su socio una empresa ficticia que se dedicaba

en apariencia a enseñar el oficio de pulir gemas y tallar espejos, si bien algo distinto tramaba que no podía ser descubierto. Cuando su socio principal murió y los hermanos de este heredaron su participación, se descubrió que algo raro se cocía allí. Entonces —prosiguió didáctico, enfático— los hermanos Dritzenh, que así se llamaban los herederos, tiraron del hilo y, cuando Gutenberg se negó a dar información más detallada, le exigieron una indemnización. Ante la falta de acuerdo, los hermanos demandaron a la sociedad al año siguiente y, aunque finalmente los tribunales de Estrasburgo fallaron a favor de Gutenberg, durante el proceso judicial se hizo público que su proyecto secreto era la invención de la imprenta, ya que los testigos que una y otra parte utilizaron aseguraron haber visto a Gutenberg con altas cantidades de plomo y de prensas que los impresores de la época identificaron como elementos claves para una imprenta que cambiaría el mundo. A pesar del declarado catolicismo del inventor —especuló Deniz con los ojos entrecerrados—, las ironías del destino hicieron que aquella herramienta fuera la daga que hiriera a la iglesia de Roma para, poco a poco, desangrarla.

—Tengo entendido —interrumpió Mercedes en ese punto— que la imprenta era una adaptación de las prensas que se utilizaban para exprimir el jugo de las uvas que luego serían manantial del vino de la época. —Se quedó un segundo reflexionando—. Esta ciudad de gentes honradas y trabajadoras había visto entonces, igual que ahora, cómo nacía entre sus calles un genio.

—No compares, querida Mercedes. —Deniz sonreía orgulloso; sin duda la empresaria sabía cómo ganarse a la gente.

Los maguntinos, madrugadores y disciplinados, no exentos de cierto libertinaje de espíritu, se entregaban a una gran actividad a esa temprana hora. Mientras, el Tesla los llevaba a la sede de Biotech en el número 12 de la calle Goldgrube.

—¿Vuestra sede está en la calle «Mina de Oro»? —rio Mercedes traduciendo el nombre de la calle al inglés con sus escasos conocimientos de alemán mientras miraba a Deniz con los ojos abiertos, las cejas levantadas y una gran sonrisa en la boca.

—Qué ironía ¿verdad? —la acompañó el turco-germano riendo—. Ya llegamos.

Nada más aparcar, el chófer se apresuró a abrir la puerta y Mercedes bajó con los ojos entornados, cegada por la intensa luz de los rayos que vencían la niebla matinal. Sacó de su bolso unas gafas de sol y se las puso mientras Deniz le mostraba la puerta de entrada de los laboratorios. Dos hombres de mediana edad, con sus batas blancas abiertas y sus elegantes corbatas perfectamente encajadas en el cuello de la camisa, adornados con varias estilográficas en un bolsillo a la altura del pecho, los esperaban con aspecto circunspecto y una mueca forzada en la comisura de los labios que pretendía representar una sonrisa.

El edificio era fundamentalmente feo, con tonos verdes pastel que daban una apariencia remilgada a una estructura más pequeña de lo que ella hubiera imaginado y que, por lo demás, podría haberse construido en la Alemania nazi. El turco presentó a las dos personas que habían ido a buscarlos.

—David Boehm y Erik Bach, nuestros jefes de investigación genética e inmunológica.

—*Guten Morgen*. —El doctor Bach intentó esbozar una sonrisa que, sin embargo, pareció más bien una mueca.

Después de dedicarse algunas fórmulas de cortesía, los cuatro entraron en el edificio, donde un pequeño séquito los esperaba para dar una vuelta por las instalaciones. A diferencia del exterior, los espacios interiores eran limpios y sofisticados, con acabados futuristas que teletransportaban a una nave espacial en misión interestelar, con astronautas vestidos de un blanco imaculado, con los rostros cubiertos por capuchas y los ojos herméticamente resguardados tras unas gafas de cristales negros de espejo, manipulando sus probetas y microscopios. La amplitud reforzaba espacios abiertos distribuidos por grandes mamparas de cristal blindado, a los que solo se accedía por puertas con dispositivos de seguridad de código y detector de voz que daban al recinto una apariencia de férrea seguridad.

—Sabes bien la razón por la que he venido. —Mercedes tenía el gesto serio y jugaba con una pluma que Deniz tenía en su escritorio.

Tras la breve visita, ambos se sentaron solos en el despacho de Deniz a conversar. Era un cuarto austero y bastante pequeño, lleno de libros que tapaban la mesa de cristal del despacho y solo dejaban espacio para un *desktop* y un teclado inalámbrico.

—Está todo previsto. —Deniz consultó su reloj—. Llegaré para comer con nosotros. Yo me quedaré el tiempo justo para presentaros; luego me iré. —La miró con un atisbo de seriedad—. Dos advertencias, querida: Josiah no se va a dejar seducir por tu posición ni por tu dinero, cree que es un Robin Hood del futuro, así que no te lo pondrá fácil, tendrás que ganártelo; por otro lado, no quiero tener nada que ver con esto. Ni mi mujer, ni Anne, ni nadie debe saber que soy vuestro enlace. Puedo confiar en ti, ¿verdad?

Mercedes asintió con la cabeza sin abrir la boca, seria y confiada.

—Quiero escucharte decir «sí» —insistió el otro, muy serio.

—Por supuesto, Deniz, yo solo he estado aquí de visita, nadie sabrá nada.

Después, Mercedes y Deniz sostuvieron varias reuniones con el equipo científico de Biotech, donde hablaron de extender su alianza, que ya había permitido que la ultraprometedora empresa alemana pudiera producir en masa su vacuna y distribuirla a cualquier rincón del globo. La empresa había contado durante la tercera parte de los ensayos con más de cincuenta mil personas trabajando en el éxito del proyecto, que lograron una efectividad del noventa por ciento contra el coronavirus en la segunda dosis, explicó uno de los científicos. La lluvia de encargos hacía imprescindible que ambas compañías firmaran una nueva *joint venture* que siguiera investigando para paliar los estragos de aquel virus todavía vivo y para lanzar nuevas líneas que pudieran acabar con otras pandemias futuras.

XV

Tras las intensas reuniones, ya a mediodía, el Tesla pasó a recogerlos para llevarlos al lujoso restaurante con estrella Michelin de nombre Ente en la Kaiser Friedrerich Platz. Una agradable terraza en la entrada, con un gran ciruelo de hojas moradas y varios tilos de troncos esculturales que daban sombra a las mesas rodeadas de elegantes maceteros, le pareció a Mercedes el lugar idóneo para sentarse, pero Deniz, ante los recelos de ser vistos en público, le explicó que había preferido cerrar la primera planta del interior del local para almorzar en un sitio más discreto. El restaurante tenía un diseño sencillo pero acogedor y muy elegante; las paredes estaban vestidas con fotos de personajes locales e internacionales ilustres, que posaban alegremente con el recientemente estrellado chef —primera estrella para el joven cocinero de cada vez mayor fama—.

Mercedes pidió una cerveza bien fría —insistió mucho en este punto, pues los alemanes tenían fama de tomarla tibia— y Deniz, un zumo de tomate preparado mientras aguardaban al enigmático comensal a quien, al parecer, le gustaba hacerse esperar. Ella consultó discretamente su reloj, no sin cierta impaciencia y nerviosismo.

—¿Cómo llegó Josiah a ser quien es hoy? —Aunque Mercedes se había informado bien, quiso escucharlo de Deniz mientras hacían tiempo.

—Es una larga historia —dijo el científico partiendo un trocito de pan—. Josiah era un joven brillante y convencional. De joven, había trabajado para Deutsche Telekom y fue despedido a causa de la burbuja de internet del 2000. Aunque era reacio al rigor académico, pues parecía lento y poco enfocado a generar impactos reales, se vio sin trabajo de pronto y decidió doctorarse en Biofísica en la Universidad de Chicago, donde se centró en las proteínas activadas por la luz. En vez de seguir una carrera normal como investigador, pasó de la pompa de la toga y de los rigurosos *journals* de investigación, y decidió publicar sus trabajos *online* para compartir masivamente en las redes sociales su visión sobre cómo utilizar biología sintética para colonizar Marte, por ejemplo, sin el rigor que acostumbraban temas de tanto calado como aquel.

—¿Para colonizar Marte?

Eso no lo había leído Mercedes en ninguna parte.

—Así es. Y algo tuvo que hacer bien porque, para su sorpresa, tras el éxito de la publicación, le contactó la NASA para ofrecerle un puesto. Perfiles anárquicos como el suyo no encajan bien en estructuras formales como las de la Agencia Espacial y pronto se aburrió de recibir órdenes y de esperar a que las cosas ocurrieran a la velocidad que su impaciente voluntad requería. Fue

entonces cuando centró su carrera en ser *biohacker*. Pronto descubrió los avances que una tecnología como CRISPR ofrecía para un tipo como él, que empezaba a demostrar no tener mayores escrúpulos y sí, en cambio, enormes dosis de ambición y protagonismo. Así fue como empezó a llevar a cabo experimentos de biología sintética en su propio cuerpo y a retransmitirlos por las redes sociales, comenzando por curar sus problemas gastrointestinales con un trasplante fecal.

—Sí, sí..., eso lo vi. Se inoculó una defecación de un amigo en su propio intestino para transformar su microbiota.

Mercedes había contemplado con atención el escatológico vídeo donde Zimber se mostraba a sí mismo manipulándose y, por paradójico que suene, no se había perdido nada de lo que el bufón había publicado desde sus inicios en las redes, solo explicable por la obsesión que ella profesaba por el pirata —o por lo que él podía ofrecerle, para ser más precisos— desde que supo de su existencia.

Nada más aparecer ante ellos el metre, oyeron unos pasos firmes subir de dos en dos los temblorosos escalones de madera que desembocaban en la sala privada donde se encontraban. Mercedes anticipó que su invitado estaba a punto de aparecer, corpulento y de aspecto desgarrado, como lo había visto en infinidad de vídeos de YouTube durante los últimos meses. El ruido de unas botas militares se detuvo ante la puerta que daba acceso al salón y Mercedes observó el picaporte modernista girar despacio.

En el drama shakespeariano de la modificación genética, Josiah Zimber haría el rol de Puck en *Sueño de una noche de verano*, arquetipo de bufón hábil, duendecillo burlón, capaz de crear los más grandes enredos envuelto en un aura de bondad y de buena intención. Como recordaba Mercedes, en aquella obra, el escritor inglés describía un querubín mentiroso y bromista a quien se le encargaba ofrecer el jugo de una flor para que quien aspirase su aroma se enamorase al despertar de la primera persona que viera, si bien Puck no ofreció el jugo a quien debía y montó un auténtico lío tanto en el mundo de los hombres como en el de las hadas.

La puerta donde terminaban las escaleras de madera finalmente se abrió y un joven con aspecto descuidado miró a su alrededor con asombro y falsa indulgencia. Con una camiseta negra rasgada a la altura del cuello y diez pendientes de tachuela en la oreja derecha, Josiah entró con semblante altivo y se sentó a la mesa saludando displicente a Deniz y sin ni siquiera mirar a Mercedes a la cara. Tenía los ojos color azul cielo y la mirada como un trozo de hielo, su flequillo punki y ochentero era largo y plateado, y el resto de la cabellera estaba rapada al cero. Llevaba una perilla descuidada y un *piercing* a la izquierda de su carnoso labio inferior. Aunque era de complexión corpulenta, Josiah era un tapón que no llegaba al metro sesenta, calibró Mercedes.

—Qué antro tan refinado —dijo mirando todo con sorna—. Se ve que te ha ido bien en los últimos tiempos, Turco.

Al parecer, observó Mercedes, Deniz tenía una vida paralela en la *deep web* donde se lo

conocía por ese mote.

El aludido apenas sonrió con nerviosismo y, volviéndose hacia su invitada, dijo:

—Josiah, te presento a Mercedes, la empresaria de la que te hablé. —Ella leyó las formas soberbias del *hacker* y quiso mantener las distancias saludando levemente con la cabeza y frunciendo el ceño sin apenas permitirse sonreír.

—Hola, ¿qué hay? —El *hacker* trató de aguantarle la mirada a aquella mujer de belleza antigua y mandíbula apretada, pero imponía más de lo que imaginó y la apartó en un acto reflejo.

Zimber, especuló Mercedes, representaba a una nueva raza de investigadores científicos renegados que querían «democratizar la biología a través de la participación ciudadana en la ciencia para devolver el poder a los individuos y alejarlo de las grandes multinacionales y los Estados» —como rezaba el manifiesto que el propio Josiah lideraba y que ya habían firmado miles de personas en el mundo—. Mientras empresas como la de Mercedes tenían en las patentes y en sus jugosos *royalties* su máximo incentivo, los *biohackers* querían mantenerse fuera de la regulación y de las grandes multinacionales. Solían trabajar en cochambrosos talleres con herramientas de lo más rudimentarias y pertenecían a la cultura del «Hazlo tú mismo y en ti mismo», siempre observados por las cámaras de sus móviles, que emitían incansablemente en las redes sociales cada uno de sus avances, con el morbo añadido de que no solo preparaban sus pócimas, sino que las probaban en sus propios cuerpos, siendo habituales los jeringazos en condiciones precarias que ellos mismos se dispensaban en sus venas ya horadadas y maltrechas de tantas pruebas.

El propio Josiah era una auténtica sensación en YouTube, con cientos de miles de seguidores que se incrementaban exponencialmente a cada anuncio de una nueva modificación en su cuerpo. Entre las más sonadas se encontraba la que una vez protagonizó en una conferencia en San Francisco, cuando delante de docenas de personas se inclinó ante una mesa que había puesto en el estrado, cogió una jeringuilla, se bajó los pantalones y unos horteras calzoncillos negros de braga para dejar al descubierto su nalga izquierda, y se pinchó el líquido de la cánula. Tras subirse los calzones, afirmó con suficiencia: «Esta dosis cambiará mis músculos para que crezcan más». El caso es que había modificado un inhibidor que limita el crecimiento de las fibras musculares y con eso, según él, crecerían más fuertes y más rápido. Era la primera vez en la historia que «la especie no sería esclava de su genética» —frase que utilizaba él con frecuencia, casi como un mantra—, pues ya no era necesario vivir con la impronta que la naturaleza nos otorgaba al nacer. Tecnologías como CRISPR permitían a los humanos adultos modificar las células de su cuerpo de forma libre.

—Josiah, como sabes, Mercedes está interesada en conocerte, ha visto tu trabajo y cree que podéis emprender proyectos juntos. Y como he hablado con ambos, he decido estar únicamente en esta comida para presentaros. Os dejo a solas.

Diciendo esto, se levantó con cierta solemnidad, para que no cupiera duda alguna de que hablaba en serio. Miró luego a Mercedes e hizo una ligera venia con la cabeza.

—Gracias, Deniz. —Mercedes sonrió abiertamente al científico turco para demostrarle que podía hacerlo cuando quería.

Cuando se cerró la puerta, el camarero que llevaba las bebidas de aperitivo depositó las copas y alargó un silencio incómodo entre los comensales. Una vez que se hubo marchado y se quedaron a solas, Mercedes miró fijamente a Josiah y adoptó un tono serio y profundo para empezar la conversación.

—Sé que no le gusto, señor Zimmer —aseveró, seca.

Zimmer retrocedió unos centímetros en su asiento y alzó las manos dramáticamente.

—Tampoco es eso... No me gusta lo que representa... y me repudia lo que pueda proponerme. No creo que vaya a querer ayudarla, somos dos polos que no se atraen.

Josiah no la miró a los ojos mientras decía aquello, más bien se concentró en jugar con un gran anillo satánico que portaba en el meñique.

Mercedes cogió su copa y se la llevó a los labios, pero antes de beber un sorbo, preguntó:

—¿Por qué cree eso?

—Usted representa todo aquello contra lo que lucho.

Mercedes bebió un sorbo de vino y dejó despacio la copa sobre la mesa.

—No tengo claro que sea así...

Él cruzó los brazos y la miró.

—Yo defiendo el derecho a decidir de cada persona; si alguien quiere modificar sus propios genes para salvar o mejorar su vida, debería de ser libre de poder hacerlo. Además, así aceleraremos la curva de aprendizaje de nuevas terapias, para que sean accesibles cuanto antes y a cuantas más personas, mejor. Usted se escuda en sus patentes y en la capacidad de presionar a los reguladores para ralentizar los procesos y limitar el acceso a los tratamientos a una élite que las pueda pagar, haciéndola más rica y poderosa por el camino.

Los ojos de Mercedes destellaron como si la luz del mediodía hubiera dado en ellos momentáneamente. Un efecto óptico, sin duda, pensó Zimmer, pero no por ello dejó de sentirse incómodo.

—Respóndame una cosa, ya que parece que tiene todas las respuestas —se animó a decir Mercedes aprovechando el leve desconcierto del *hacker*—: ¿No le parece peligroso que todo el mundo tenga acceso a una tecnología que todavía no sabemos qué riesgos conlleva para la salud?

El otro sonrió con desdén y miró hacia un lado, como buscando al camarero.

—Ustedes están ocultando los beneficios de algo que está científicamente demostrado que funciona y es seguro —resopló—, pero nos hacen creer que no se puede usar, todo por sus intereses y...

Mercedes no lo dejó terminar.

—Imáginese, como dice, que la tecnología es segura para la salud: ¿no le parece peligroso que todo el mundo tenga acceso a programar sus propios genes?

—Por supuesto que no: me parece jodidamente excitante. Verá, ustedes venden una narrativa

que lo que pretende es alertar de riesgos que no existen, o que, si existen, son asumibles y necesarios para que la tecnología se desarrolle para todos de una forma gratuita y abierta.

En ese momento el camarero se acercó. El *hacker* pidió bruscamente un poco de agua y, después de beber un sorbo, pareció más calmado o quizá solo menos nervioso, observó Mercedes, que por un momento se sintió dueña de la situación.

Josiah prosiguió explicando cómo en la reciente revolución digital algunos emprendedores como Linus Torvalds, que, como ella seguramente sabía, creó un sistema operativo de *open source* en Linux, o *hackers* como Steve Wozniak —más tarde cofundador de Apple— hablaban de la necesidad de liberar los ordenadores del control de las empresas y los gobiernos. La ingeniería genética no era más complicada que la programación digital, y su ambición era que se tuviera la oportunidad de «programar la vida» de forma libre y abierta. No había ninguna tecnología que fuera capaz de florecer sin que se utilizara de una forma masiva. Es lo que había sucedido cuando Isaac Merritt Singer puso una máquina de coser en cada hogar, o Henry Ford, un coche en manos de todo el mundo, o cuando el ordenador personal fue accesible a todos a partir del año 2000 con la aparición de los primeros *smartphones*. Los usuarios empezaron a jugar con sus máquinas personales y a producir contenido digital. Fue una verdadera revolución cuyo alcance e impacto aún se desconocía.

—Una vez que tengamos a la gente corriente jugando con la biotecnología en sus casas, como pasó con la programación computacional, conseguiremos que ocurran cosas maravillosas —sentenció, excitado por su discurso, a pesar de que lo repetía a menudo, como Mercedes sabía.

El camarero, con su impecable chaqueta blanca de botones dorados, retiró el primer plato que Mercedes apenas había probado, pero que Josiah había engullido con pésimos modales mientras hablaba con la boca llena.

El *biohacker*, tenía que admitirlo, provocaba en ella cierto asco; le generaba repulsión aquel ser tan alejado de sus costumbres y, sobre todo, de sus principios. Mientras él se metía la larga uña del meñique en la boca para escarbar entre sus dientes a la caza de algún resto de las semillas que aliñaban la ensalada de langosta, Mercedes se quedó pensando en cómo abordar a aquel ser caprichoso, inaccesible y obstinado.

—Asumiendo, como argumenta, que yo tengo el poder para hacer eso que dice..., ¿no cree que podría serle de alguna ayuda?

Josiah pareció no entender la pregunta, la miraba desconcertado. Estaba allí haciendo un favor a su amigo Deniz y se había preparado a conciencia para mantener su postura, defensiva y chulesca. Detestaba a aquella mujer y la soberbia que irradiaba. «¿Cómo puedo serle de ayuda?», le acababa de preguntar condescendiente mientras él pensaba para sí: «Pues desapareciendo del mapa, donando sus patentes para que puedan ser utilizadas en *open source*, donando su empresa al Estado para que sus científicos trabajen para una sociedad abierta, presionando a los reguladores, gobiernos y organizaciones multilaterales para que levanten las restricciones a las pruebas de tecnologías de edición genética, dejando de volar en el avión privado que utiliza hasta

para ir a comprar el pan y que produce una intolerable, estúpida y caprichosa huella de carbono solo para tener una reunión conmigo —de la que nada va a sacar—, evitando ese pegajoso perfume caro que me provoca un mareo intoxicante...».

Mientras seguía pensando en la cantidad de razones que se le venían a la cabeza, Mercedes le clavaba la mirada impasible, esperando una respuesta.

—No me mire así —reclamó al fin con un resoplido—. No tiene usted nada que ofrecerme. Aunque me gustaría saber una cosa: es una mujer ambiciosa y acostumbrada a conseguir lo que quiere. Asumo que no le ha pedido a Deniz que intercediera por usted para nada, sobre todo sabiendo que él no solo se juega su reputación como profesional, sino también su matrimonio, pues la mujer del Turco no quiere ni verme. Con esto en mente, me pregunto: ¿qué quiere usted de mí exactamente?

Mercedes bajó la mirada que hasta ese momento era dominadora y cortante, las cejas dejaron de estar fruncidas para arquearse levemente dando a los párpados mayor protagonismo y haciendo visibles unos leves temblores en las arrugas de la frente. Cerró los ojos para ocultar lo que sus indomables facciones manifestaban, que no era otra cosa que debilidad. «Qué poca disciplina», pensó. No estaba acostumbrada a no controlar cada músculo de su semblante, pero aquella conversación, aquella pregunta, «¿Qué quiere usted de mí?», era el punto de no retorno al que sabía que llegaría, y ese instante preciso que tanto había añorado los últimos meses estaba delante de sus narices.

—No me voy a andar con rodeos, Josiah. —Levantó la mirada con los ojos suplicantes que intentaba irremediablemente contener—. Puedo ayudarlo a conseguir lo que ambiciona, aunque no precisamente con mi poder o mi dinero, que usted desprecia, aunque bien empleados siempre ayudan. ¿Usted tiene familia?

—Dos bebés, gemelas. —Se replegó mientras asentía con la cabeza, contrariado e intentando adivinar hacia dónde se dirigía la conversación.

La madre de las niñas estaba muy enferma de cáncer, por culpa, según decía él, de empresas como Gattaca que hacían imposible que pudiera acceder al tratamiento que necesitaba, aunque Josiah prefirió omitir ese dato en su respuesta.

—Entonces sabe muy bien que hay cosas más importantes que los valores, más importantes que uno mismo. Los hijos son una fuente infinita de sacrificios que nos lleva a perder la razón, sea lo que sea eso. ¿Usted sabe que tengo una hija bipolar?

—No lo sabía. —En su respuesta asomó un atisbo de asombro o de sorpresa, levemente descolocado por aquella abrupta confesión, como si comenzara a intuir por dónde iban los tiros.

—Mi hija ha intentado quitarse la vida tantas veces ya..., ¿sabe? —La mirada de Mercedes se desvió hacia el techo, como si no fuera capaz de enumerarlas—. ¿Se imagina cómo me siento? Más aún si, como usted dice, tengo a mi disposición todo el poder y el dinero para pagar psiquiatras y cualquier recurso necesario. Pero todo el dinero del mundo no conseguiría hacer nada... Lo peor es que yo, Mercedes de Grijalba, tengo además en mi poder un arma que podría,

hipotéticamente, curarla para siempre. Pero con una enorme limitación..., y es que, a pesar de que poca gente es capaz de utilizar esa tecnología a su máximo potencial —quizá soy de las únicas—, la realidad es que no puedo hacer uso de ella. No puedo jugar a reprogramar a mi hija para que deje de estar loca, por así decirlo. Y no porque la ciencia no lo permita, ni porque mis valores estén a favor o en contra —con los hijos, como usted sabe, los fines y los medios son mucho más moldeables—, sino porque el mundo en el que vivimos, ese del que usted dice que soy juez y parte, no me lo permite.

Josiah se quedó callado, pensativo. Había escuchado cada palabra que pronunciaba con una empatía desconocida. Lo mortificaba admitir que una parte de él comprendía la frustración que Mercedes le había expuesto, si bien la otra, su diablo interior —igual era su ángel, quién sabe, se dijo—, le exigía distancia respecto al mal reencarnado.

En ese momento el metre entró para preguntarles cómo había sido su experiencia gastronómica, si estaba todo a su gusto o si el señor querría un poco más de vino —ya no quedaba nada y Mercedes apenas había probado el suyo—. Aquel inciso permitió descargar cierta densidad que la conversación había adquirido, aunque no tardó demasiado en volver una vez el metre se hubo ido.

—Aunque no lo parezca, estoy mucho más de acuerdo con usted de lo que le gustaría —prosiguió ella—. La esquizofrenia, la depresión profunda o la bipolaridad son enfermedades que la naturaleza, o Dios, o quien fuera que las diseñara creó de una forma completamente equivocada, despiadada incluso, y si a cualquiera de nosotros nos hubieran dicho antes de que concibiéramos a nuestros hijos que tendríamos la posibilidad de liberarlos con una simple modificación del genoma, no habríamos tenido ninguna duda, lo habríamos hecho sin pestañear. —Pareció que él iba a hablar, pero Mercedes lo detuvo levantando una mano y continuó—: Pero cuando nació Clara, mi hija, esa posibilidad ni siquiera existía, aunque hoy sí, como sabe usted mejor que nadie. En los últimos años, desde que Anne Cate diseñó la tecnología CRISPR para editar genes humanos, he intentado relacionarme con los mayores expertos en el campo y he invertido cientos de millones en el desarrollo de terapias génicas para curar enfermedades como estas, sin avances concretos que puedan ser aplicables en un plazo realista. Financié al doctor Shu, que ahora está en una cárcel china; me alié con el doctor Anderson, cuyo hijo Rufus padece esquizofrenia y, por lo tanto, era una eminencia extraordinariamente motivada, pero solo vemos lentos y burocráticos progresos de laboratorio, ni remotamente vislumbramos la posibilidad de empezar a testear en personas.

El *hacker* contempló su copa casi vacía un momento, aparentemente distraído.

—No puedo negar, señora De Grijalba, que me ha sorprendido usted —tomó entonces la palabra depositando la copa de vino en la mesa y sin deshacerse de su tono condescendiente—. Lamento profundamente la situación que están viviendo, especialmente su hija. Como bien sabe, ante la pregunta que usted me acaba de hacer y cuya respuesta parece tan obvia, esa de si modificaríamos a nuestros hijos para que no desarrollen enfermedades mentales, las respuestas

de nuestra sociedad serían mucho más dispares de lo que cree. Un escritor que me consta que usted conoce porque está enfrascado en una biografía de su socia, la doctora Cate, el señor Isaac Walteson, me interpeló en una conferencia sobre las implicaciones éticas de este tipo de modificaciones arguyendo que si todos estuviéramos sanos mentalmente eso podría tener un coste para nuestra sociedad, incluso lo hubiera tenido para la civilización tal y como la conocemos. Según él, desde Van Gogh a Beethoven, pasando por Abraham Lincoln, Isaac Newton, Edgar Allan Poe, Kafka, Dalí, Hemingway, Miguel Ángel, Churchill, Tolstói, Schumann, Dickens y tantos otros cientos de genios que nos han configurado como sociedad o como seres humanos, cada uno en su disciplina, eran, al fin y al cabo, enfermos mentales. Aun así, y la entiendo, usted como madre daría lo que fuera por que su hija estuviera sana, y si hubiera tenido la capacidad de elegir, hubiera preferido que Clara (se llama Clara, ¿verdad?) — Mercedes asintió levemente con la cabeza— hubiera tenido la posibilidad de no sufrir, aunque el mundo se perdiera a la próxima Virginia Woolf, ¿me equivoco?

Mientras hablaba, ella pensaba en la cantidad de discusiones que había tenido sobre ese tema, sobre todo con su querida Anne, que era muy apasionada en aquellos debates, pues, pensaba Mercedes, sentía cierta culpabilidad al abordar las consecuencias éticas de una tecnología que ella había descubierto y de la que desconocía hasta dónde podría cambiarnos como especie. En contraste con el dulce hilo de voz que acostumbraba en cualquier conversación, Anne solía subir el volumen y debatía apasionada, con las mejillas arrojadas, diciendo: «Mercedes, ¿cuál es nuestro propósito vital? ¿Ser felices? ¿Siempre riéndonos y en equilibrio? ¿Ignorando el significado de lo que es sufrir? Si ese fuera el caso, viviríamos adormecidos y domesticados, todos aborregados y ausentes, ignorantes de lo bello de las aflicciones y las penas, de los padecimientos y la turbación, porque lo bueno de la vida no son las risas, sino los vínculos férreos que construimos al compartir amarguras y alegrías, al compartir amores. Porque el amor es la esencia misma de lo que somos, la razón única de nuestra existencia», insistía Anne, para luego rematar que era necesario exponerse a los retos, al dolor, a la frustración, a la angustia, al fracaso y al éxito: impostores que nos hacían más duros y humildes. Debíamos obligarnos a tener experiencias reales, auténticas, y a perseguir nuestras metas disfrutando de lo difícil de lograr alcanzarlas, haciendo del esfuerzo la recompensa, renegando de cualquier simulación artificial del concepto prostituido de la nueva felicidad. Mercedes escuchaba a su amiga con atención en aquellos debates, asintiendo a sus preguntas retóricas, como si le diera la razón a un tonto, mientras pensaba para sí: «Qué bonito, claro que sí, querida, pero si alguien es capaz de aniquilar de un pinchazo el diablo que mi hija lleva dentro, no dudaría ni un segundo».

También Carlos, recordaba Mercedes, era muy de cuestionar la ética de las ediciones de cualquier índole, pues consideraba que estaban agotando los pilares sobre los que se asentaba la naturaleza humana, aunque, con él, Mercedes sí que entraba al trapo y provocaba unas grandes broncas que la llevaban a acusarlo despóticamente de no querer curar a su hija, lo que desembocaba en que no se dirigieran la palabra durante días.

Aquel pensamiento no había durado más de una milésima de segundo y Josiah acababa de terminar su forzado discurso sobre lo divino y lo humano sin presentir siquiera lo que ella estaba a punto de pedirle. Para Mercedes, aquel hombre y su opinión sobre el bien y el mal eran del todo indiferentes, ajenos. No buscaba causarle lástima ni tener una conversación deontológica, aunque, si tenía que hacerlo, lo haría de buena gana, siempre y cuando consiguiera lo que quería y pudiera ausentarse mentalmente mientras él divagaba sobre sus chorradas pretenciosas, llenas de jactancia moral.

—Señor Zimmer. Josiah —Mercedes por fin se lanzó al precipicio al que llevaba asomada toda aquella comida—: He venido hoy aquí a hacerle una proposición del todo indecente. Tengo la posibilidad de ofrecerle un gran laboratorio en Arizona para que experimente con Clara. Quiero que modifique su genoma, quiero que la cure. Nadie puede enterarse de lo que estamos haciendo, desde luego, nadie puede enterarse de que yo estoy detrás. Será solo usted... A cambio, tendrá todos los recursos y... —hizo una pausa para tragar saliva, asustada— un conejillo de Indias con el que experimentar. Ese conejillo, como queda dicho, será mi hija. Luego podrá colgar los datos en sus redes para compartirlos en abierto con el mundo, tal y como usted sueña, siempre que la identidad de Clara permanezca anónima. Sé que mi tecnología es capaz de curarla y no puedo esperar el resultado del debate científico, mucho menos el del ético... Pasarán décadas hasta que esto se resuelva y ella no tiene tiempo. No quiero que me conteste ahora mismo. Piénselo.

El *biohacker*, cruzado de brazos, se quedó mirándola sin decir palabra.

AÑO 2073

Algunas cosas es mejor hacerlas que describirlas.

THOMAS HUNT MORGAN

XVI

Coqueta, con los ojos muy abiertos, se miraba en el espejo mientras perfilaba sus pestañas con un fino lápiz de ojos y rímel. Como luceros pardos claros, que variaban del verde al amarillo o al marrón, dependiendo del ángulo de la luz, sus ojos eran grandes y magnéticos. Las pestañas eran largas y firmes, a pesar de lo cual Sofía nunca renunciaba a retocarlas con cosméticos. Sus cejas, pobladas y negras, le conferían una sensación rotunda de carisma. Esas cejas venían de familia: su abuela presumía orgullosa de las suyas y, en las pocas fotos que había visto de su madre, esta las lucía enigmática, como una princesa asiria. Se dio la vuelta hacia el enorme vestidor que tenía a su espalda. Llevaba puesto un sugerente conjunto de ropa interior que resaltaba unos pechos sorprendentemente firmes para su edad y una figura esbelta y bien cuidada. Estuvo un buen rato eligiendo el atuendo para ese día. Aunque siempre invertía horas en acicalarse, aquel era un día especial y quería estar radiante. Miró su AF; si no se daba prisa no llegaría a tiempo a su cita con la periodista. Descolgó de la percha el conjunto de pantalón y chaqueta verde oscuro de Andrea Moragues —su diseñadora favorita— y se lo probó por encima mientras se miraba en el espejo de cuerpo entero que tenía en la puerta del armario, primero de frente, luego en un coqueto escorzo, finalmente de perfil. Era perfecto.

Había amanecido un día radiante de enero. Las fiestas navideñas habían dejado nevadas intensas en toda la provincia y, a pesar de que el tiempo había cambiado en los últimos días, las heladas nocturnas consolidaban los montones de nieve que todavía dominaban el paisaje de la dehesa. El monte sufrió las consecuencias de la acumulación del manto blanco en las copas de los árboles. No estando acostumbradas a recibir tal cantidad, al contrario que los pinos o los robles, que se deshacían ágilmente de la nieve simplemente curvando exhaustos sus ramas y vertiéndola al suelo —para volver, flexibles, a su posición inicial—, las torpes encinas, que no eran tan elásticas, partían muchas de sus carrascas en el intento. Como consecuencia, el paisaje era devastador, con grandes superficies colmadas de leños moribundos que se deshacían a los pies del árbol que un día les dio la vida.

Aquel día visitaban GENE una periodista y su equipo para rodar un documental sobre el centro. Revisó el perfil de Clarisse, la directora de investigación de *The Wall Street Journal* que preparaba este tipo de contenidos para el «rotativo». Sofía se preguntó por qué se seguía utilizando ese término que traía a la memoria viejas imprentas con su inconfundible olor a tinta y a papel cuando hacía décadas que estas habían desaparecido del planeta como un resto de otra

civilización. «¿Es esta, realmente, otra civilización?», se preguntó arqueando una ceja ante la imagen que le devolvía el espejo.

Clarisse había sido recientemente galardonada con el Premio Pulitzer en la categoría de investigación y aunque su sonrisa era afable y sus maneras simpáticas y distendidas, en realidad se trataba de un lobo con piel de cordero. De origen haitiano, aunque sus padres ya se habían nacionalizado estadounidenses, era negra, grande y con una sonrisa enorme de labios gruesos y ojos oscuros y redondos, como de alquitrán. Su aspecto imponente de mujer fornida y corpulenta contrastaba con su afabilidad y, sobre todo, con el dulce y tímido tono de voz que emitía su boca siempre sonriente. Clarisse había comenzado su carrera profesional como directora de cine —llegó a ser finalista en el festival de cine alternativo más significativo, Sofía nunca recordaba si era el de Pekín o el de Seúl— y, tras un par de películas y un fracaso sentimental sonado con una conocida actriz, decidió dedicarse al cine documental para la cabecera de referencia en Estados Unidos, cosechando éxitos tan relevantes como el que le valió el mencionado Pulitzer sobre el fraude de Coincase, la mayor agencia de valoración de riesgos en criptomonedas. «Menudo lío se montó», recordó Sofía.

Su dron aterrizó puntual a las ocho y media de la mañana y Sofía ya la estaba esperando en la puerta del aeródromo junto con Mark, responsable de comunicación de GENE. Del vehículo bajó Clarisse, sonriente y arrolladora, saludando desde lejos a Sofía como si hubieran compartido juntas habitación en un campus de Minnesota, dos amigas que hacía siglos que no se veían. Transmitía una cercanía y una humildad corporal formidables. Tres o cuatro metros antes de llegar adonde la recibían, Clarisse extendió su enorme brazo y abrió la zarpa que tenía como mano en señal clara de estar ilusionada por el encuentro.

—Es un auténtico honor, señora De Grijalba. —La mezcla de su leve tono de voz, apenas perceptible, con un acento español pavoroso, hacía el entendimiento casi imposible, aunque consiguió enmudecer a los que estaban a su alrededor.

A Sofía le extrañó que la tratara de usted y la utilización del apellido familiar le trajo a la mente los tiempos en que todo el mundo llamaba así a su abuela. Le agradeció el gesto de hablar en español, pero le contestó en inglés con un acento británico impoluto.

—¡Llámame Sofía, por favor! —Intentaba ponerse a la altura de la energía que irradiaba la norteamericana, con cierta sobreactuación tanto en su tono como en sus gestos decididos, enérgicos, aunque dentro del estricto campo de la corrección.

Recorrieron paseando lentamente los escasos quinientos metros que distaba el aeródromo de la ermita mientras Sofía señalaba a uno y otro lado los sitios que consideraba singulares. Una ermita humilde cuyas paredes acumulaban el musgo del tiempo, aquella torre de siglos atrás, erguida y aún desafiante... Por fin detuvieron sus pasos un momento y centraron la vista en el conjunto monumental que ofrecía el palacio.

—Sofía, había visto mil imágenes, pero en vivo es más impresionante, sin duda. —Clarisse era un poco cursi en sus formas y en su manera alambicada de expresarse—. Para los que lo

vemos por primera vez, el desabrigo austero de la piedra desnuda, sin apenas vegetación que la aderece, suscita una enorme impresión. —Extendió los brazos como si quisiera abarcarlo por entero.

Llegaron a la clase, que todavía estaba vacía. Los prominentes techos de aquel templo hacían que la voz resonara solemne a causa del eco.

—¡Hoolaaa! —Clarisse jugueteaba con su voz para comprobar cómo retumbaba el sonido.

—Cuando esté llena, apenas se notará —le dijo Sofía riéndole forzosamente la gracia.

La invitó a sentarse y le advirtió de que en pocos minutos empezarían a llegar sus alumnos, a quienes no había advertido de que aquel era un día especial, y la invitó a que participara en la clase como una más.

—¿Cómo son? —Clarisse arqueó las cejas con genuina curiosidad.

—¿Los estudiantes? Son normales y corrientes. Espabilados. —Guiñó un ojo cómplice y Clarisse le correspondió ampliando más si cabe su sonrisa—. Pero de lo más ordinarios.

—Qué responsabilidad...

La frase fue interrumpida por la súbita irrupción en clase de Tom y Abasi riendo, al tiempo que aparecía el holograma de Édouard que se conectaba de nuevo a través de su avatar desde Shanghái. Sofía agitó la mano entusiasta mientras Clarisse les hacía una mueca amistosa. Como si de un espectáculo de luces se tratara, aparecieron de la nada diez o doce hologramas diferentes al tiempo que se amontonaban a la entrada el resto de estudiantes que asistían presencialmente y que fueron ocupando sus asientos charlando despreocupados. En menos de cinco minutos se reunieron unos veinte adolescentes desgarbados, con sus camisetas holgadas y sus rostros dispares, de edades comprendidas entre los once y los dieciséis años. En algunos aún persistían rasgos infantiles y en otros ya se adivinaban rasgos de los adultos que comenzaban a ser. Con un casi imperceptible zumbido, la iluminación se redujo levemente para crear un ambiente más inmersivo. Sofía reclamó la atención de los chicos y las voces poco a poco se fueron apagando.

—Hoy tenemos una invitada —dijo al fin—. Se trata de Clarisse Archambaud. Veo por vuestras caras que algunos ya la habéis reconocido... Para los que no caigan, es la creadora del documental *The crypto scam*, que estoy segura de que todos habéis visto, entre otras cosas porque era obligatorio en el curso anterior y, si no, no estaríais hoy aquí sentados. —Se escucharon algunas risas.

Siguió narrando la fulgurante carrera de investigación y denuncia social de Clarisse mientras en las paredes de la antigua ermita se proyectaban imágenes de algunos de sus documentales. La escenografía era una parte importante de la experiencia educativa, aunque eran pocas las instituciones que lo valoraban, por lo que la periodista se quedó sorprendida del ambiente. La luz se apagó de repente y el aula quedó sumida en una oscuridad sosegada, académica. La invitada estaba boquiabierta. En un gran holograma proyectado desde la cúpula de la ermita hacia los bancos, apareció la imagen de un niño negro a trescientos sesenta grados. Estaba desnudo, tenía el gesto serio, afligido, la mirada febril y perdida; su aspecto era frágil, un saco de huesos,

aunque mostraba una panza hinchada. Llamaban la atención los ronchones claros que contrastaban con el tono de su piel, tanto en la parte superior de la cabeza —donde no se observaba rastro alguno de pelo— como en su cuello, como si hubiera sido atacado por una víbora que se hubiera ensañado con su yugular.

—¿Alguien me puede decir por qué estamos viendo la foto de este pobre chico?

—*Gene drive*. —Una voz al fondo de la clase, de tono casual e indeterminado, se alzó con una naturalidad pasmosa.

—Correcto. —Sofía ni siquiera se paró a preguntar quién había hecho el comentario, como si por el tono lo reconociera—. Despertemos la curiosidad de nuestra invitada, démosle herramientas para que nos interpele, que se le da muy bien. —La miró con complicidad—. ¿Quién quiere seguir?

Édouard carraspeó antes de tomar la palabra con su fuerte acento francés y su tono chulesco.

—Este año se celebra el cincuenta aniversario del levantamiento de restricciones al *gene drive* que permitió implementar la ingeniería genética para modificar una población entera a través de la introducción de mosquitos mejorados con genes inmunes. —La voz de Édouard rebosaba aplomo—. Lo que fue particularmente revolucionario de esta tecnología es que por primera vez los insectos editados fueron transmitiendo sus variaciones *inmonologiques* a sus descendientes. —Se oyeron algunas risas por el desliz en francés—. Los mosquitos nacidos de otros que no tenían la enfermedad tampoco la transmitían, casi milagroso, pensaban entonces.

El holograma de Édouard se entrecortaba por algún fallo de conexión, por lo que Sofía dio la palabra a Tom.

—Así es —afirmó este, al hilo de lo que había dicho su compañero—. En 2022 se modificaron genéticamente varios de estos insectos y se consiguió que las nuevas larvas ya no transmitieran la enfermedad. En tan solo diez años se acabó con los sujetos transmisores, evitando así que niños como el que aparece en la imagen volvieran a sufrir de malaria al acabar con esta terrible enfermedad para siempre. —Tom tenía un tono didáctico, con un deje sabelotodo, y miraba a la invitada con bastante respeto, pues admiraba su trabajo—. La comunidad internacional había dado un paso de gigante al levantar la moratoria a las terapias genéticas con fines médicos, aunque lo más relevante es que se abrió la caja de... —Miró a Sofía tratando de buscar la palabra en su memoria—. ¡De Pandora! Éramos capaces de alterar la naturaleza, la vida, a nuestro antojo.

—¿Dónde está la barrera entre curar enfermedades o abolir plagas y aumentar artificialmente las capacidades físicas o cognitivas de las personas?

La voz dulce y menguada, pero firme y directa, provenía de Clarisse, que miraba fijamente a Sofía sin perder la sonrisa. La mirada era retadora, había sacado a la periodista inquisitiva que llevaba dentro. Sofía, que hasta ese momento había mostrado una actitud más o menos aduladora hacia ella, no pareció alterarse demasiado y con mucha calma le cedió el testigo a los miembros de su clase para que fueran ellos quienes contestaran.

—Señora Archambaud —Shui tomó la palabra por sorpresa, provocadora, peleona—, esa, efectivamente, es una de las grandes preguntas de nuestra era. ¿Dónde está la fina línea entre curar y mejorar?

—¿Tú sabrías contestarme? ¿Cuál es tu nombre? No me quedé con él, perdón.

—Me llamo Shui, tengo once años y estoy mejorada. No me acompleja afirmarlo, aunque pueda causar un problema a mi querida profesora.

Al escuchar esto, Sofía se tapó la cara dramáticamente, como si se tomara a broma los males que pudieran caerle encima.

—Se la ve preocupada... —bromeó la haitiana y le hizo un gesto con la mano a Shui para que prosiguiera.

—Hace cincuenta años las modificaciones genéticas en humanos eran un tabú, pero hoy ya estamos, los aquí presentes, mejorados. ¿No deberíamos plantearnos que la sociedad ya ha superado el estigma del perfeccionamiento genético? ¿Por qué no pueden las personas elegir cómo quieren que sean sus hijos, si niños o niñas, el color de sus ojos, el tono de su piel o su cociente intelectual? ¿Por qué a nosotros sí nos autorizaron a existir dotados con inteligencias aumentadas y, aunque se haya demostrado que no somos bichos raros, esto no se pueda hacer de una forma generalizada y libre?

Sin duda, la modificación directa de los límites impuestos por el cuerpo invitaba a nuevas preguntas sobre lo que era la vida. Sofía miraba a Clarisse hurona e inquisitiva. Buscaba una reacción en el semblante de la periodista, aunque se estrelló contra su media sonrisa, como si estuviera escuchando algo que le interesara, impertérrita. La profesora miró hacia el resto de estudiantes.

—¿Alguien quiere añadir algo?

Max, un niño brasileño de doce años, rubio y de ojos azules, tomó la palabra con un tono angelical e inocente. Pero sus intervenciones siempre eran precisas, puntillosas.

—Nosotros estamos editados porque corríamos el riesgo de desarrollar enfermedades mentales por los genes incompatibles de nuestros padres, pues la posibilidad probada de desarrollar enfermedades es la única forma permitida por las convenciones internacionales de editar a las personas.

Shui rio airada y se hizo un murmullo en el resto de la clase, como siguiendo la carcajada de la china, que prosiguió.

—Queremos dejar de ser conejillos de Indias para el mundo. —Su actitud reivindicativa era más propia de alguno de sus compañeros en edad adolescente—. No puede ser que seamos una excepción a las normativas internacionales porque nuestros padres, que forman parte de una élite, justificaran ¡con pinzas! que pudiéramos desarrollar ciertas enfermedades mentales por incompatibilidades genéticas cuando nos concibieron. No se entiende que entráramos en la cuota de «enfermos» corregidos.

La mirada de Clarisse Archambaud ahora sí era reveladora y el nerviosismo de Sofía ante

aquella confesión había aumentado.

Si se puede mejorar la especie, ¿por qué no hacerlo? Esa era la pregunta fundamental, la pregunta que tenía que abordar en su investigación, y aquellos niños, que pertenecían al selecto club de los que ya estaban del otro lado, del lado de los afortunados, de los superiores, de los editados, estaban cuestionando por qué ellos sí y los demás no.

XVII

—¿No piensas que estamos jugando a ser Dios? —le había preguntado Clarisse a Sofía nada más sentarse a comer. Colocó con elegancia su servilleta en el regazo y quedó esperando respuesta a su pregunta directa.

Después de aquella clase habían salido a dar una vuelta. El sol y la ausencia de viento elevaban la sensación térmica a pesar de que el termómetro solo marcaba tres grados. Repicaba con fuerza el agua contra el suelo debido al deshielo de la nieve en los tejados. Aquel rato en la ermita había sido una ruleta de opiniones y de emociones de lo más provechosa para la haitiana. Habían dado un paseo recorriendo todas las instalaciones del centro, desde las clases a las oficinas, pasando por laboratorios y otros talleres, incluidos, por supuesto, las cuadras y los corrales, para contemplar la bella estampa de los caballos y el alborotado cacareo de las gallinas. Clarisse Archambaud había hecho infinidad de preguntas, todas de lo más minuciosas, interesándose por cada detalle y hechizando a cada persona que le presentaban. Sin duda transmitía una energía especial e irradiaba un aura poderosa.

Sentadas las dos en la enorme mesa de comedor que habían preparado en el salón de poniente, mientras disfrutaban de unos garbanzos con níscalos y de un vino de La Rioja, la conversación entró en un estado trascendente, aunque en cierta forma también vacío, pensó Sofía.

—A menudo me dicen mis colegas que, si los científicos no juegan a ser Dios, ¿quién lo hará? —contestó después de pensarlo unos segundos, confrontado su postura contraria a la mejora genética en humanos, ya que, aunque la compartía, no era una cuestión de blanco o negro.

—¿A qué nos referimos con estar *editado*? —insistió la periodista con su amplia sonrisa inmovible... y peligrosa.

En ese momento, Tim, el robot doméstico que servía la mesa, interrumpió la conversación al asomar la bandeja por el lado izquierdo de la invitada para ofrecerla repetir del guiso que acababan de degustar. «No, gracias», dijo esta. Acto seguido se la ofreció a la anfitriona, quien sí se sirvió un poco más: los garbanzos con níscalos eran una de las pocas debilidades gastronómicas que se permitía. Mientras miraba la bandeja, siguió con su respuesta adoptando un tono doctrinal y preciso.

—Digamos que la palabra *editado* tiene aquí dos significados: el primero es el concepto transhumanista, en el que se plantea un aumento de nuestras capacidades funcionales gracias a los avances de la biotecnología. En mi caso, por ejemplo, la mejora de mis capacidades intelectuales: en vez de 120 tengo 200 de cociente intelectual porque me dotaron de manera

extraordinaria de los genes que más correlacionados están con las capacidades analíticas. —Se llevó la cuchara a la boca y masticó tranquila haciendo un inciso que aumentó la atención de la invitada—. El segundo concepto de mejora es la noción de crecimiento personal...

—No estoy segura de que te esté entendiendo. —Clarisse había dejado los cubiertos apoyados en el plato para acomodar los codos encima de la mesa e inclinarse levemente hacia delante—. ¿Puedes ser un poco más específica?

—Pues creo yo que el hecho de que sea una persona dotada de una gran capacidad de análisis o de comprensión no me convierte en alguien que no tenga inquietud por «mejorar» en un sentido humano no cuantificable. Hay un camino diferente al de las mejoras físicas o cognitivas. —Dejó ella también los cubiertos en el borde del plato—. Ante todo soy una persona, y como tal, el crecimiento me ofrece un horizonte sin límites, sin más barreras que las establecidas por mí misma.

—Ya entiendo... El mejoramiento no es un concepto científico, sino una actitud.

Sofía encajó la precisión con una sonrisa.

—Así es. Lo más importante en el crecimiento personal es el paso siguiente, no quiero que mi condición de *editada* me impida aspirar a seguir descubriendo los universos infinitos de mis emociones, que son comunes a toda nuestra especie. El ser humano necesita el desarrollo del espíritu y nunca podrá decir que ha llegado a su cima. Siempre tendremos la ambición, motivada por nuestro innato instinto de supervivencia, de superar el umbral de lo que podemos hacer. Siempre negaremos que ya no queda nada por descubrir, por mejorar, porque, de llegar ese momento, la vida perdería el sentido. —Se dio cuenta de que estaba hablando con un punto de vehemencia, pues sentía las mejillas sonrojadas—. El ser humano siempre quiere ir a más porque nunca acaba de ser todo lo que quiere ser y, por ello, cualquier momento de nuestra vida es propicio para llegar a ser más: más sabios, más generosos, más felices, más libres... y así muchos más «más».

Había un vigor y una emoción nuevos en las palabras de Sofía, que hasta entonces no se había salido de su tono encofrado y técnico. Se hizo un silencio después de aquellas palabras, lo que permitía escuchar a los cuervos que merodeaban la casa en una riña con un milano que cazaba los topillos del jardín. La periodista la miró fijamente, con los ojos brillantes, apasionada con lo que escuchaba.

—¿Y cuáles son los límites de la edición genética a nuestra ambición? Porque hoy podemos hacer ya bastantes cosas, pero ¿dónde ponemos la barrera?

Sofía contempló su plato, como dudando de si llevarse otra cucharada a la boca. Levantó la vista hacia su invitada y explicó:

—Bueno, el límite existe, eso está claro... —Sofía sonrió y guiñó un ojo a la periodista—. La naturaleza nos establece una barrera infranqueable que nadie ha conseguido hasta ahora transgredir, que sepamos: esa barrera es la muerte.

—Sí, eso lo tengo claro yo también... Pero ¿hasta dónde llegaremos editando a nuestra especie

sin estar limitados por la muerte?

—Para mí —prosiguió Sofía— lo importante es definir en qué consiste la naturaleza humana y si la definición actual puede cambiarse por otra nueva una vez introducidas las mejoras que la biotecnología nos permite.

—¿Acaso existe una condición de humanidad intocable o inalterable?

—Vuelvo a lo que te comentaba antes: yo puedo estar editada intelectualmente, pero sigo teniendo inquietudes tan humanas como cualquier otra persona, no siento que tenga una naturaleza ni en lo más mínimo diferente.

Ladeó la cabeza y la periodista le devolvió una sonrisa meditativa. La conversación proseguía seria y sosegada. El vino bajaba más rápido de lo que Sofía había previsto, y eso que ella había decidido controlarse, pero la charla y la compañía invitaban a beber y Tim rellenaba una y otra vez las copas de ambas, que parecían pimplar como si fuera agua fresca en un día de calor, pensó, aunque Clarisse no daba síntomas de estar ni remotamente ebria: ese corpachón, acostumbrado al buen whisky de centeno y a los *dry martinis*, aguantaba cualquier cosa.

—Otro límite, este temporal —declaró Sofía ligeramente desafiante para invitar a la reflexión—, es la tecnología, pero a medida que la biotecnología nos permita mejorar indefinidamente, difícilmente el ser humano, curioso e individualista por naturaleza, podrá permanecer un tiempo ilimitado sin caer en la tentación de no usar las herramientas a su disposición y de mejorarse artificialmente; de ahí la necesidad de regular la situación actual.

Las cuatro paredes del comedor estaban decoradas confrontando el arte digital más vanguardista y el arte antiguo y clásico. Un díptico de pantallas rectangulares y estrechas ofrecía la imagen en directo de sendos paisajes rurales: en una pantalla, un desierto árido e infinito del hemisferio sur, y en la otra, un bosque continental y frondoso del hemisferio norte. Ambas imágenes recogían en vivo cada segundo de aquellos estáticos parajes, uno remoto y el otro más cercano. A su lado, un óleo sobre lienzo del siglo *xvi* de un autor anónimo reflejaba la plaza de San Marcos de Venecia, serena de noche y bulliciosa de día. La conversación estaba llena de hondura y matices, y el aire que se respiraba rezumaba propósito, sensatez e incertidumbre. Los jóvenes de ese centro, pensaba Clarisse, pisaban el terreno de los que en ese momento eran los temas más apremiantes para la sociedad, temas que a ellos les afectaban de una forma directa, y Sofía se esforzaba por explicar por qué no podíamos ponernos de perfil ante la realidad ni permitir que esta nos llevara por delante. Ya pasadas dos terceras partes del siglo *xxi*, se podía afirmar sin especulación que el mundo había experimentado cambios profundos. Estos cambios habían abierto la caja de Pandora de la propia naturaleza humana.

—¿Quiénes somos, entonces? —Clarisse hacía preguntas retóricas para reflexionar—. ¿Seguimos siendo *Homo sapiens* o algunos ya sois una especie diferente? ¿Debemos permitir que todos puedan acceder en igualdad de condiciones a esta nueva versión mejorada de los hombres? En cualquier caso, esa especie, bien sea nueva o solo una evolución, representa un paradigma inédito hasta el momento.

El crepúsculo se desvanecía en tonalidades rojizas y azules tras el cristal de la galería que tenían delante. La noche oscura llegaría a su máxima negrura pronto, aunque el brillo de una luna tardía y menguante sobre la nieve proporcionaría más luz de la acostumbrada en noches como aquella. Sofía sabía que a Clarisse se le hacía tarde, pero no veía en su contertulia ningún atisbo de prisa, más bien al contrario. No quiso entrar a las preguntas, pues entendía que no tenía las respuestas.

—¿Te puedo ofrecer otro café? Quizá quieras probar un licor de endrinas, muy típico de la zona.

—Uy, no, no. Muchas gracias. —Por primera vez miró su reloj de pulsera—. Que burrada, se nos ha hecho tardísimo. ¡Me quedaría aquí horas hablando! Pero tendrás muchas cosas que hacer...

—Yo tengo tiempo. A las siete debo conectarme a una clase en un metaverso, pero solo me llevará una hora. Si quieres te ofrezco que te quedes a dormir —decidió sobre la marcha—. Esta noche hay una cena en Rioturbio con varios artistas y gente del mundo de la cultura que creo que te puede divertir y, sobre todo, resultar interesante. Podemos imprimirte la ropa que necesites si tienes acceso a tu armario digital.

—No quiero ser un incordio, de verdad... Suficiente tiempo me has dedicado ya.

Sofía espantó aquellas palabras moviendo una mano severa.

—No es ninguna molestia. Lo hago encantada, me divierte que conozcas a la gente de esta noche.

—En ese caso, aceptaré el licor que me has ofrecido. —Clarisse rio con la mirada cómplice—. Millones de gracias.

—Se llama pacharán, es un clásico.

Poco después subían al salón por la escalera de granito de barandilla gruesa y firme del mismo material. Al palparla mientras ascendían, la invitada experimentó una sensación de robustez muy en línea con todo lo que había percibido ese día. Como el resto de la casa, el salón mostraba un magnífico gusto decorativo, asumiendo una esencia de tradición palaciega castellana rota con toques de la modernidad más disruptiva. Se sentaron en unos cómodos sofás del XIX tapizados en seda azul alba con estampados en hilo de algodón del mismo tono. Como si estuviera ansiosa por seguir la conversación, Clarisse retomó el hilo haciendo la misma pregunta con la que iniciaron la comida, como si estuviera igual de perdida que al principio.

—Entonces, ¿estamos o no jugando a ser Dios?

Sofía sacó de su bolso el vapeador e insertó ansiosa un cartucho. Señaló con el pitillo electrónico hacia su invitada, que negó con la cabeza, «Sé que es sano, pero no fumo, gracias». Se llevó la boquilla a los labios e inhaló con fuerza, llevaba tiempo deseosa de darle una calada. La miró un instante en silencio, como pensando su respuesta.

—Es una forma de verlo —contestó por fin—. Sin duda, el hecho de poder decidir tanto los rasgos físicos como psicológicos de una persona a la carta es lo más parecido al papel existencial

que hemos asignado a la entidad que llamamos Dios.

Aunque dicha pregunta —reflexionó para sí— estaba formulada para que el documental tuviera un gran título, lo que a Sofía más le importaba era entender cómo aprovechar esa oportunidad para crear un marco de convivencia posible.

—Es necesario abordar las cuestiones una a una —prosiguió—. La regla de oro de la convivencia, «La libertad de uno termina donde empieza la de los demás», adquiere una nueva y más compleja dimensión con la edición genética, porque podríamos obtener seres más dotados que otros, y esa dotación desigual generaría una desigualdad incremental que no sabemos adónde conduciría a la sociedad.

—¿Como en la novela distópica de Aldous Huxley, *Un mundo feliz*?

—Más o menos. Científicamente es perfectamente posible que las mejoras genéticas sean hereditarias; es decir, que Shui, esa niña de once años que ha sido tan vehemente hoy en clase y que atesora una de las mentes más dotadas del globo, podría, si así lo hubieran querido los ingenieros genéticos que la editaron, transmitir sus mejoras a sus descendientes, creando de esta manera todo un frondoso árbol genealógico de personas que heredarían sus ediciones en sucesivas generaciones. Estos nuevos editados se establecerían como clase social, como élite, y acabarían por mezclarse solo entre ellos, ocasionando una brecha insalvable respecto a la clase de personas que consideramos *normales*.

Tim entró en el salón portando una bandeja con una hielera, dos copas y un decantador que contenía un líquido de intenso color bermellón. Su porte era de humanoide y se movía fluido y ligero. La haitiana acercó su nariz grande y chata a la copa que acababan de entregarle para olerlo. Le dio un pequeño sorbo y sonrió gustosa. El sabor dulce y gelatinoso del pacharán la fascinó.

—Lo malo de estos licores es que puedes tomarte unos cuantos y no te das ni cuenta —dijo distendida—. ¿Qué crees tú que podemos hacer como sociedad para dar una respuesta a esta cuestión tan delicada?

—La única respuesta posible, como siempre, es la educación —contestó la anfitriona, reclinada en el esquinero de un sofá con forma de ele mientras le daba un trago largo al licor sujetando su cigarrillo electrónico con la otra mano—. La educación es el pilar básico a través del cual se sensibiliza a la sociedad. Se necesita formar individuos que no cometan errores irremediables —declaró.

—¿La educación en las aulas? ¿Educación solo para mejorados como los de GENE?

—No, educación en un sentido mucho más amplio. Cada uno (tú con tus documentales, yo en el centro, los padres con sus hijos en casa, etcétera) detentamos un rol fundamental, porque el nivel de cambio en el que estamos instalados es inmanejable.

—El nivel de cambio siempre es inmanejable... —Clarisse hacía muchas preguntas, pero se sentía cómoda con la conversación; la entendía y había reflexionado en profundidad sobre aquello.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que la especie humana nunca ha sido capaz de predecir el futuro con precisión. Piénsalo: hace algo menos de mil años, cuando comenzó el Renacimiento, nadie pensó que estaban ante el fin de una época, la Edad Media.

—Cierto...

—A pesar de lo relevante que fue ese momento histórico —prosiguió la haitiana después de dar un sorbo—, no percibieron que entraban en una nueva era, pero lo que seguro que sí sabrían era que, en cincuenta años, el hijo y nieto de un zapatero de Londres seguiría confeccionando zapatos; el agricultor seguiría trabajando la tierra; el cantero, tallando la piedra para construir catedrales, y el mercader, importando especies de los confines más remotos del mundo. Todo a pesar de que, delante de sus narices, el mundo ya era completamente diferente y desconocido, lleno de insospechadas posibilidades.

Sofía asintió, reflexiva y contenta de que la conversación hubiera empezado a ir en dos direcciones.

—Mi abuelo —dijo Sofía alzando levemente el tono de voz—, en los años veinte del siglo XXI, siendo una persona perfectamente madura, culta y magníficamente relacionada, no era capaz ni de intuir cómo sería el mundo cincuenta años más adelante, ese mundo en el que su nieta se desenvolvería, y eso que él pensó y escribió en profundidad sobre el futuro, pues fue un reconocido escritor. Aunque trató el complejo tema de las inteligencias artificiales en sus libros, nunca se preguntó si estas harían el trabajo de la mayor parte de la fuerza laboral dejando en una situación precaria a millones, ni se le ocurrió que fuera realmente posible vivir en un mundo donde los seres humanos pudieran modificarse a la carta, ni si, gracias a dichas mejoras, el ser humano podría vivir mucho más tiempo y, por lo tanto, qué sería del estado del bienestar tal y como lo conocían entonces... Todo esto a pesar de que estaba casado con mi abuela, la todopoderosa Mercedes de Grijalba, que manejaba los hilos de la biotecnología manipuladora del ADN. Tenían infinidad de discusiones éticas sobre las consecuencias de sus actos, pero no intuyeron ni remotamente el cambio que se les venía encima.

Sofía le dio una larga calada a su vapeador y se acercó a coger la copa de pacharán para darle un buen buche, recreándose en aquel silencio erudito. Fijó los ojos en los de Clarisse y prosiguió.

—Este nivel de incertidumbre debe, necesariamente, traducirse en nuevas preguntas sobre cómo educar a las nuevas generaciones.

—Entonces, ¿cómo sugieres que eduquemos a nuestros jóvenes?

Sofía no lo pensó mucho.

—Hay que educar en el amor al cambio. Si conseguimos que no le tengan miedo, acabarán por enfrentarse a él y se entenderán más rápido las oportunidades que nos ofrece, pero también las reglas que hay que establecer para evitar las amenazas. Para ello —continuó—, el concepto de respeto es clave. Un respeto en el sentido más amplio del término, pues comienza en uno

mismo: respeto por nuestro cuerpo, por nuestra mente y también, aunque suene ambiguo, respeto por nuestra alma, por nuestro propósito, la razón de ser de nuestra existencia en este mundo.

—El concepto de respeto suena de lo más atractivo..., pero bastante vago, perdona que te diga.

—Depende... Si nos respetáramos a nosotros mismos, nos sería más fácil respetar a los demás: a la gente que nos rodea, a nuestra comunidad o a la sociedad en general...

Haciendo uso de no se sabía qué algoritmo, Tim entendió que aquella conversación necesitaba otra copa, pues las actuales estaban aguadas. Se lanzó a servir un poco más sin que ninguna de las mujeres pidiera nada.

—¡Sin duda este robot entiende lo que tú y yo necesitamos ahora mismo! —exclamó Clarisse bromeando.

Sofía reaccionó con una risa franca, aunque perfectamente sobria a pesar del licor. Siguió con sus explicaciones.

—Esta pasión por el cambio y por la innovación debería permitir que nuestra sociedad entendiera que las disrupciones biotecnológicas pueden tener enormes riesgos, pero también resultar una fuente infinita de oportunidades, aunque haya que desarrollar la sensibilidad sobre qué debemos hacer o no con estos avances. Educamos en la era biotecnológica y a nativos editados genéticamente. Pero también educamos para la era biotecnológica, por lo que debemos invitarlos a reflexionar sobre las implicaciones de sus modificaciones para nuestra sociedad —remató antes de darle un sorbo cauto a su bebida.

XVIII

El AF de Sofía la avisó de que tenía que llegar a la clase en un metaverso programada en los próximos minutos. Se espabiló de aquel ambiente denso y hondo lleno de pasión y entusiasmo, aunque también de incertidumbre y desasosiego. Clarisse se incorporó al ver a la anfitriona con prisa y le agradeció sinceramente el tiempo invertido y que la invitara a quedarse a dormir.

—Tim te acompañará a tu habitación. Quedamos dentro de una hora para ir a Rioturbio. ¡Van a estar encantados de que te apuntes! Por aquí somos todos grandes admiradores tuyos. Solo quiero advertirte de una cosa: aunque se montan grandes coloquios sobre temas trascendentales, normalmente aquello acaba como el rosario de la aurora... Al fin y al cabo, los bohemios son incorregibles. —Sofía buscó en la mirada de Clarisse cierta complicidad, temerosa de que se llevara una sorpresa por la panda de locos con los que cenaría esa noche.

—Conozco bien cómo son estas cenas, haré lo que pueda por estar a la altura. —Sonrió al entender la mirada de Sofía.

Esta cogió sus gafas y se fue con prisa para llegar a tiempo a la clase. Tim le indicó el camino a la invitada con un gesto elegante de su brazo de espuma de titanio, mientras su voz metálica le decía: «Sígueme por aquí, señora Archambaud». Al llegar a su habitación, amplia y luminosa, se quedó fascinada con unos frescos que había en la pared. Tim le indicó que habían sido restaurados hacía cincuenta años, pero que eran originales del siglo XVII. En lo alto de un zaguán que se abría a un gran ventanal estaba inscrita en latín, con unas letras recargadas y barrocas en cursiva, la siguiente cita: «Mira, no sueñes despierto, que a mi ver, no hay peor enloquecer».

Se quedó pensando qué significaría aquello para quien lo escribió hacía cuatro siglos. Todo era tan misterioso y lleno de matices en aquella casa... Tim abrió un enorme vestidor donde se encontraban las prendas que había escogido Clarisse un rato antes de su armario digital, y que el robot se había ocupado de imprimir en la impresora 3D textil que tenían en el centro. Luego solo tuvo que plancharlas y colgarlas. El robot se aventuró a sacar un vestido provocador y llamativo que Clarisse nunca se atrevería a ponerse. «Este look le irá muy bien esta noche», dijo con su voz metálica. Ella le sonrió cariñosamente, aceptando el reto.

A las ocho en punto de la tarde Sofía esperaba a su invitada a la puerta de la casa. La periodista quedó fascinada al ver que un precioso landó inglés tirado por una collera de caballos de pura raza española, tordos rodados, las llevaría a Rioturbio.

—Una sorpresa para que el plan sea más auténtico. —La anfitriona extendió una mano hacia ella.

El sendero a oscuras, con el relente de la luna menguante en los neveros, ofrecía la luz justa para que se aventuraran las sombras de las encinas y dieran la oportunidad de imaginarse el resto, sumido en la densa noche. El carruaje era cómodo y, a pesar de que la temperatura apenas superaba los cero grados, el acurrucarse sentadas muy juntas, con una manta de piel de conejo por encima, obraba el efecto de que la sensación térmica no fuera demasiado desagradable. Al final de la larga pista forestal, como a unos tres kilómetros, se veían las luces de su destino acercarse al son del trote de los caballos.

Llegados al pueblo, el coche atravesó el pequeño pórtico de una muralla medieval. Subieron por una calle estrecha y adoquinada. Los cascos de los animales golpeaban el empedrado y creaban un sonido rítmico que llamaba lo bastante la atención como para que de un portón de madera salieran algunas personas a recibirles.

—¡Querida Sofía! ¿A quién nos has traído...? ¡Qué honor! —trinó una voz de pito, refinada y esnob.

—Querido Marco. Te presento a Clarisse Archambaud. Creo que no hace falta decir nada más...

—Un placer, querida. Pasad, pasad..., la cena ya ha comenzado.

En el vestíbulo de entrada había un par de bancos de piedra, uno a cada lado. En ellos, dos maniquíes de madera se exhibían sentados, sus cabezas desnudas y redondas tenían unas narices largas y picudas, como si Pinocho y su hermano hubieran sido abandonados allí por Geppetto, harto de sus mentiras. Cruzando el vestíbulo, entraron en un gran salón lleno de esculturas de metal con formas abstractas. Los muebles eran de madera y se alcanzaba a distinguir varios sofás tapizados con telas de lana y formas singulares alrededor del crepitar de una gran chimenea que desprendía un acogedor y rústico calor. El techo, también de madera de roble, invitaba a respirar aquel placentero aroma. Al fondo del salón vacío se escuchaban las voces de los invitados en el comedor. Marco les indicó el camino y, llegadas allí, se sentaron directamente sin saludar, para no interrumpir a quien recitaba una hermosa poesía.

*Heráclito camina por la tarde
de Éfeso. La tarde lo ha dejado,
sin que su voluntad lo decidiera,
en la margen de un río silencioso
cuyo destino y cuyo nombre ignora.*

Las caras de los invitados estaban concentradas en la señora mayor que recitaba dramáticamente aquel poema, gesticulando mucho con las manos y con los ojos cerrados,

meciéndose ligeramente. Daba la impresión de estar totalmente borracha, o drogada, o las dos cosas. Continuaron escuchando en respetuoso silencio:

*... Su voz declara:
nadie baja dos veces a las aguas
del mismo río. Se detiene. Siente
con el asombro de un horror sagrado
que él también es un río y una fuga.
Quiere recuperar esa mañana
y su noche y la víspera. No puede.*

La mujer se inclinó para mirar a Sofía cuando acabó de recitar.

—Un poema de Jorge Luis Borges que le encantaba a tu abuelo, ¿verdad, Sofía?

—Así es, Edma. Representa la imagen líquida de un mundo en constante cambio, tan influyente para otros intelectuales como el mismísimo Platón, o el poeta español del siglo xv, Jorge Manrique.

Mientras hablaba, Sofía vio cómo Clarisse se levantaba inesperadamente de la silla que parecía minúscula en comparación con su porte. «¿Qué va a contar esta loca ahora?», se preguntó Sofía alucinada. Lucía su eterna sonrisa, afectuosa y cálida. Miró uno a uno los rostros de los comensales a quienes todavía no le había dado tiempo de saludar. Un señor alto y atractivo, a pesar de su edad, la miraba con admiración y curiosidad. A su derecha, una joven rubia de mirada templada, con un vestido muy ajustado y un pecho prominente, llamó la atención de la haitiana. Sin pensárselo demasiado, empezó a recitar en su macarrónico español al poeta español del siglo xv:

*Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar...*

Tosió y bebió un poco de vino para aclararse la voz. Resultaba terrorífica su pronunciación de las eses y las erres, pensó Sofía.

*que es el morir;
allí van los señoríos
derechos a se acabar
y consumir;
allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
y más chicos,
y llegados, son iguales
los que viven por sus manos
y los ricos.*

Mientras recitaba, miraba las caras de todos los allí presentes, especialmente la de la rubia que le había gustado. Al finalizar se giró hacia Sofía, a quien sonrió y, una vez sentada, vio al resto de los comensales, todos pálidos, desconcertados por una mezcla de orgullo y bochorno ante lo que la estadounidense había hecho con la obra del poeta medieval.

—Perdón. Encima de colarme en vuestra magnífica cena, he destrozado los preciosos versos de Manrique que aprendí en la universidad. Me llamo Clarisse. —Escuchó los aplausos y algunas risas amistosas.

Sofía estaba boquiabierta. Se levantó para intervenir, sentía que debía a los comensales unas palabras de disculpa por llegar tarde o por no haber presentado debidamente a aquella enorme mujer que acababa de destrozarse la poesía medieval castellana, con mucho mérito, eso sí. Eran todas caras amigas, salvo por un señor con un extravagante bigote que se sentaba al lado de Marco, a quien Sofía no tenía el gusto de conocer.

—Impresionante, Clarisse, me has dejado estupefacta al recitar esos versos de Jorge Manrique —dijo sonriéndole; luego, miró al resto de comensales—. Borges era el escritor predilecto de mi abuelo y Manrique, mi poeta más querido. Ambos comparten su amor por el cambio constante. Como sabéis, el máximo exponente del concepto filosófico de la liquidez es Zygmunt Bauman y su modernidad líquida. En un momento donde las realidades sólidas, fundamentalmente asumidas durante generaciones —como el trabajo o el matrimonio para toda la vida—, se habían desvanecido, este filósofo, que desarrolló su obra a finales del siglo xx, explicó que todo era cambiante, incierto, precario, ansioso..., agotador. En aquel momento de la historia, al igual que ahora, casi cien años después, la mayor preocupación de los hombres era que las cosas se quedaran fijas, no nos gusta que haya soluciones definitivas. Nos aterra el cambio por si no nos sentimos capaces de subirnos a su ola y nos encorsetamos para siempre. Nos da miedo que la imagen propia sea inmutable, perpetua, incapaz de adaptarse a un entorno cambiante. Así, en el mundo actual, donde las transformaciones a las que estamos constantemente expuestos son tan profundas, nuestro concepto de amor al cambio tiene que ser enseñado en las escuelas, debe formar parte de nuestra cultura y ser alentado por las mejores mentes, porque, de lo contrario, corremos el riesgo de paralizarnos ante el atropello que la velocidad de los cambios nos impone a todos.

Todos escuchaban con atención un sermón que habían oído numerosas veces, entendiendo que Sofía lo repetía para lucirse delante de la periodista, que parecía tremendamente interesada en sus palabras. El hombre desconocido por Sofía se levantó de sopetón e intervino:

—¿Qué es el agua?

Los allí presentes no parecieron muy sorprendidas por la repentina pregunta, estaban muy acostumbrados a los desvaríos. Se hizo un silencio solo interrumpido por el tintinear de los hielos de aquellos que levantaban su copa para beber. El señor era espigado, con un bigote puntiagudo y encerado, la mitad amarillenta por el efecto de soltar el humo del tabaco solo por el lado derecho de la boca. Clarisse se sorprendió al ver que allí se fumaba tabaco de verdad, del que

estaba prohibido desde hacía décadas. Los pómulos del hombre, rosáceos por el alcohol, contrastaban con unos ojos verdes penetrantes y grandes, a pesar de estar agazapados a la sombra de unas gigantescas e hirsutas cejas. El poco pelo que tenía, negro, lo repeinaba hacia atrás, tieso, como engominado. Llevaba una teba verde con un pañuelo en el bolsillo de un colorido anaranjado. Muy pomposo todo, muy castizo, muy vigesimonónico.

—¿Qué es el agua, Juan? —Edma se levantó de su silla tambaleándose para repetir la pregunta—. ¡Ilústranos, que yo no la bebo jamás!

Todos se desternillaron del comentario mientras el misterioso Juan permanecía de pie, muy estirado, con una media sonrisa bailándole en el rostro ladino y la barbilla alta y desafiante de un viejo aristócrata.

—Os voy a contar un pequeño cuento del escritor David Foster Wallace. —Se hizo de nuevo el silencio—: «Había una vez dos peces jóvenes que iban nadando por el mar, muy alegres y risueños, y se encontraron por casualidad con un pez más viejo que nadaba en dirección contraria; el pez viejo les hizo un gesto cortés con la cabeza y les dijo: “Buenos días, chicos. ¿Cómo está el agua esta mañana?”. Los jóvenes siguieron nadando sin responder, un poco extrañados incluso; por fin, pasado un trecho, uno de ellos miró al otro y le preguntó: “¿Qué demonios es el agua?”».

Al olor del tabaco de liar del señor del bigote se añadió el de un puro que Marco se dispuso a encender mientras el primero contaba la historia de los peces. Cuando terminó de narrar, Clarisse observó estupefacta —no parecía haber visto a nadie encenderse uno de esos nunca— cómo la llama del encendedor se expandía en cada calada que un Marco envuelto en una densa nube gris aspiraba, al tiempo que la brasa del habano se iba volviendo súbitamente incandescente. Aspiró hondo y, sin soltar el humo, preguntó:

—¿Qué intentaba transmitir Wallace a los estudiantes, Juan?

—Pues muy sencillo. En nuestro mundo, las realidades más obvias y ubicuas son a menudo las que más cuesta ver y las más difíciles de explicar.

—Estoy de acuerdo por completo —contestó Marco visiblemente inspirado sin perder su voz de pito a pesar de las hondas caladas del puro—. En nuestra época, el agua que nos da la vida no es el latir de nuestros corazones ni el aire de nuestros pulmones, sino el amor, la cultura y, en definitiva, todo aquello que nos hace sentirnos vivos. «Sentir», esta es la palabra clave. No tenemos conciencia de que la literatura o los saberes humanísticos, la cultura o la educación constituyen el líquido amniótico de nuestras vidas.

Las ondas de humo de los fumadores navegaban lentamente por el comedor dibujando formas curvas y sinuosas a su paso por la luz. Se hizo un silencio meditabundo, introspectivo. Edma levantó la copa en señal de querer brindar... otra vez.

—Brindo por los que no queremos saber nada del agua, jamás. —Todos alzaron su copa y resonaron los cristales colisionando alegres unos contra otros.

Clarisse levantó su copa y brindó como una más. Había quedado alucinada con todo lo que

había visto y vivido. No solo haría un gran documental, sino que había encontrado en Sofía una nueva amiga con la que compartía muchas cosas.

XIX

Las crines de Beto eran cortas y negras. Su capa tornaba del castaño invernal al negro zaino con el alza de las temperaturas primaverales, cuando pelechaba y perdía la superficie cobriza. La melena estaba recién entresacada, lo que le confería a su cuello un aspecto alargado y estiloso, en el que se marcaban sus venas vigorosas cuando rompía a sudar al entregarse a sus evoluciones plásticas y pausadas. Los cuartos delanteros del equino se deslizaban por el suelo, clásico de su raza angloárabe, y los traseros botaban cadenciosos haciendo de la grupa su motor. Las orejas, pequeñas y siempre en alerta, hacia delante, acechaban disciplinadamente la orden del jinete mientras se mantenían pendientes del entorno. Beto era un potro joven y asustadizo lleno de nobleza, era demasiado sensible a las ayudas de la boca y de las piernas, pero Paco consideraba que en aquello estribaba su máxima virtud.

Ese día Paco le había puesto por primera vez una montura vaquera porque Sofía le había pedido que la acompañara de paseo en aquella preciosa mañana templada y despejada de domingo. Mientras se acercaba a la cuadra después de calentar al caballo en la pista, vio subir a su amiga andando con las botas de cuero en la mano. Se había enfundado unos pantalones bombachos, que, aunque se desprendían anchos hasta la altura de las rodillas, seguían marcando unas caderas ligeramente curvadas que convertían su culo en un templo divinamente conservado para su edad.

Paco había elegido para ella a Ino, padre de Beto. Bueno, en realidad, técnicamente no era su padre, más bien Beto era un clon de Ino, aunque se utilizara el término «padre» de manera coloquial a pesar del mucho tiempo transcurrido desde que se practicaba la clonación en mascotas con normalidad. Hacía décadas, en los años noventa del siglo pasado, se clonó una oveja en el Reino Unido; Tully, o Dolly, o algo así —Sofía no conseguía recordar bien su nombre aunque fuera pegadizo—. Ese tipo de tecnología se había ido poco a poco sofisticando, pues aquella oveja necesitó 277 intentos para conseguir que la clonación reproductiva a la que se sometió fuera exitosa. A partir de los años veinte mejoró y algunos empresarios asiáticos comenzaron a ofrecerla para mascotas a un precio desorbitado, aunque tenían una clientela fiel, pues algunas señoras adineradas perdían a su perrito o a su gatito y en su locura querían uno igual, idéntico. No había problemas legales, pues al tratarse de animales, la mayoría de los gobiernos lo autorizaba. Usar la tecnología en personas seguía siendo todavía algo prohibido y, que se supiera, se respetaba bastante.

A diferencia de su clon, Ino tenía una madurez que le confería un carácter más asentado y una

doma completamente perfeccionada. Hacía tiempo que ella ya no quería pelearse con un potro, quería montar caballos fáciles que no le dieran sustos y la dejaran disfrutar, y también, por qué no decirlo, siendo ella una mujer coqueta, que la dejaran lucirse —sobre todo si Paco estaba cerca—.

—Recibí otra carta, Paco.

—¿De tu admirador secreto? A ver si va a ser el exnovio aquel que se volvió medio loco... —dijo en tono de burla, aunque a Sofía no le hizo ninguna gracia.

—Tómatelo en serio. —Su voz sonó áspera—. Estoy algo asustada.

Entonces él se volvió con una expresión de arrepentimiento.

—Perdón, solo quería quitarle hierro al asunto. ¿Qué pasó?

—Fue hace dos días. Había decidido ir a clase con tiempo, algo más que otras veces quizá, pues tenía que terminar de corregir las recreaciones de las aventuras de Ulises en un metaverso de literatura clásica. Al salir de casa, me dirigí hacia la clase atravesando el patio principal provista de un paraguas azul oscuro con el logo de GENE, imprescindible dado el intenso diluvio que caía. Al salir del portón y empezar a bordear la muralla que cierra el patio, distraída con las notas que mi AF me enseñaba, divisé de repente algo que llamó mi atención.

—¿Lo viste?

—En ese momento no caí. Una persona vestida de negro, con un abrigo de polietileno, encapuchada y que además llevaba una mascarilla para cubrir por entero su rostro, salía de la ermita a paso ligero, sin llegar a correr pero con zancadas largas y bruscas. Sin alarmarme, me quedé mirándola a una distancia de un par de centenas de metros.

Ya en sus monturas, Paco abrió galante la portera que les daba entrada al campo y se dirigieron al oeste acompañados por varios labradores que Sofía solía llevar en sus paseos y por Thor, el fiel mastín de Paco. La mañana había dejado los pastos, ya verdes y altos por las lluvias y la temperatura más templada, llenos de un rocío que daba un brillo cegador a la alfombra terráquea. Los caminos oreaban los charcos que las mil aguas de abril, como reza el refrán, dejan día sí, día no. Las flores aún se escondían tímidas en sus capullos, esperarían hasta el mes de mayo para eclosionar, aunque el tono del forraje en contraste con el resplandor del relente y la luz del intenso sol se bastaban solos para hacer de aquel verde monocolor una obra de arte.

—¿Pudiste identificarla?

—No. Si te soy sincera ni siquiera lo intenté, estaba extrañamente paralizada.

—Te entiendo perfectamente.

—Ya dentro de la clase —prosiguió Sofía—, encima de mi mesa divisé un sobre de papel estucado y en seguida, con un vuelco del corazón, intuí de qué se trataba.

—La carta —afirmó Paco rotundo.

—Me quedé parada a un par de metros de la mesa, sin moverme, con la mirada fija en aquel trozo de celulosa, como si contuviera una oscura amenaza. Le había dado muchas vueltas al que recibí hacía unos meses, aunque tú y yo no volviéramos a hablar del asunto.

—La verdad es que a mí casi se me había olvidado —confesó Paco.

—A mí, como te puedes imaginar, no. Sobre todo por ese mensaje tan enigmático y retorcido, a la vez que bello y cercano... No sabría cómo explicarlo. El caso es en la cara del sobre descubrí la misma inscripción de tinta del primero. Todo sin moverme un paso, como si me sintiera observada y aquello no fuera de mi propiedad, sino de otra persona a la que estuviera espiando. Pero, bueno, traté de tranquilizarme, relajé los brazos, moví la cabeza a un lado y a otro, como para estirar el cuello antes de una gran batalla, respiré profundamente y di dos pasos al frente.

—Sofía, me estoy poniendo de los nervios: cuéntame de una vez qué decía la carta.

—Voy, tranquilo. Al igual que en la anterior, la caligrafía es impoluta, inclinada milimétricamente a la derecha, la tinta, casi negra, con tonos caoba; y mi nombre reza espléndido rodeado de nuevo de palabras afectuosas: «Para mi querida Sofía».

—Y no hay ni rastro de quién la envía, ¿no?

—No. En esta ocasión tampoco hay ningún remite. Desencolé cuidadosamente la apertura triangular del sobre y saqué de su interior dos cuartillas escritas a mano. Tampoco hay firma alguna...

En ese momento, empezó a recitar un papel que había sacado del bolsillo, casi de memoria.

Mi querida Sofía:

Disculpa esta madrugadora carta y, sobre todo, de nuevo, el misterio que la rodea. Las mañanas de primavera en Navaluenga se seguirán vistiendo de luz y alegría, qué recuerdos. No hace tanto tiempo que tú jugabas con un correpasillos por el suelo de piedra a la entrada de la ermita, con esa mirada angelical y ese brío bisoño de quien todo lo admira, todo lo ignora. Los ecos de tu voz candorosa y aguda retumbaban en los enormes muros de la casa y, al escucharte, rebotaban tus carcajadas excitadas.

«La vida es la infancia de nuestra inmortalidad», decía Goethe, y la mía hace tiempo que debería haberme convertido en polvo imperecedero. Si sigo aquí es solo por ti y por lo que guardo para contarte, pues solo tú serás capaz de entenderlo y de transmitirlo con un altavoz sonoro y creíble ahora que estás preparada.

Conocí bien a tu madre. A tu madre, sí. Ese hoyo que te has pasado la existencia tratando de enterrar, tratando de explicarte. Era igual de guapa que tú... Compartíais la belleza y la bondad. Su nobleza fue doblegada por la oscuridad, pero la tuya se mantiene estoica. Quizá solo tu abuela fue capaz de tanto, enfrentándose a todo.

Ya nadie sabe quién o qué propósito persigue. Su anhelo por ser mejor es solo un camino al precipicio, una cortina de humo que prueba su falta de rumbo, su ausencia de humanidad, su fracaso para imponer su propia personalidad, esa que es única e irrepetible. Esta es la epidemia de nuestro mundo: la falta de respeto a uno mismo.

Quiero confesarte muchas cosas, espero que podamos reunirnos pronto. Te mando un

enorme abrazo con la esperanza de poder dártelo en persona algún día.

Pronto.

Paco se mantenía en silencio, con el semblante menos bromista que en anteriores menciones del enigma. No supo qué responder y notaba que Sofía empezaba a mostrarse inquieta, llevándose las manos al cabello y respirando con cierto nerviosismo; la mención explícita de su madre suponía un punto de inflexión en la correspondencia por el simple hecho de que quien escribía parecía conocerla bien, lo que le removía el estómago. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Paco percibió el ambiente y cambió de tema, forzado.

—Mira. Ahí. —Señaló al cielo apuntando a un gran rapaz—. Parece que ha vuelto el águila imperial, debe de acabar de poner sus huevos en el nido de la chopera.

—Preciosa —respondió Sofía, que agradeció el cambio de tema para aclarar el nudo que se le había formado en la garganta.

Se hizo un silencio más llevadero, como cuando una brisa disipa malos humores. Ambos miraban al cielo tapándose con la mano el reflejo del sol que les daba directamente en los ojos. Pasados un par de minutos, Paco rompió el silencio.

—¿Hay alguna pista de la persona que te dejó la carta? No pudo entrar libremente en la finca con todas las medidas de seguridad que tenemos. —Paco cambió la dirección de su mirada y la fijó en los ojos temblorosos de Sofía.

—Nada. He preguntado a los de seguridad, que han repasado todas las cámaras, tanto de los caminos como de los linderos. Un fantasma. —Sofía suspiró brevemente y su bello rostro volvió a reconcentrarse.

—¿Se te ha ocurrido quién puede ser?

—No paro de pensarlo. —Sacudió la cabeza, pensativa, y bajó los ojos, como si una mancha en la bota hubiera llamado su atención—. Las opciones son muy limitadas, ten en cuenta que es alguien que conoció a mi madre y ella no es que tuviera muchos amigos. Por lo que parece, también conoció a mi abuela. Si te soy sincera, no tengo ningún hilo del que tirar. Solo sé que últimamente no duermo por las noches. ¿Damos un galope?

Ino emprendió el tranco a toda velocidad sin esperar a que Paco contestara, y Beto lo siguió, como reclamado por la urgencia del otro animal. Recorrieron la cañada a buen ritmo y en unos minutos se metieron en el monte. Sofía apretaba a su jaco sorteando los chaparros como si escapara de alguien, y Paco la seguía con dificultad, pues su caballo era joven y todavía no cambiaba de mano con soltura. Llegaron a lo alto de la peña del Gato y por fin Sofía se detuvo a esperar a Paco, del que había tomado cierta distancia. Desde aquel pico se divisaba Navalunga en su gran extensión. Hacia el sur surgía imponente la sierra; al oeste, Ávila; al norte, la vastísima llanura castellana; y al este, el pueblo de Muñico.

—Casi me saco un ojo con una rama. —Paco llegó con su caballo jadeando—. ¿Estás bien? —añadió mientras miraba las mejillas de Sofía enrojecidas por las lágrimas y con el rímel que

siempre la acompañaba, aunque solo fuera a salir al campo, corrido.

—No. No estoy bien, Paco. —Se pasó una mano por las mejillas—. Mi madre es mi gran batalla. No la conocí, sé que existió, pero la realidad es que no sé quién era ni qué siento por ella. No sé si la quiero o la odio, o, lo que es peor, ninguna de las dos cosas: me es indiferente. ¿Entiendes?

XX

Paco y Sofía se habían apeado del caballo después del intenso galope. Comenzaron a caminar a pie llevando a Ino y a Beto de reata. El campo olía a romero, aunque su flor cárdena no había brotado todavía. En lo alto de aquel cerro la brisa se había transformado en un viento de cierta virulencia que en un momento hizo volar el sombrero de Sofía. Paco salió corriendo detrás y lo cazó de un pisotón a la tercera intentona. Los dos se rieron de aquella escena. Decidieron atar los caballos a la rama de una encina y sentarse al sol en el pasto, apoyando sus espaldas en el tronco. La luz reflejada en el verde primaveral del pastizal era cegadora. Sofía se acurrucó contra el costado de Paco y apoyó la cabeza en su hombro. El brazo de él quedó atrapado por su espalda y, sin dudar, la arrimó a él sujetándola por la cadera.

—¿Te acuerdas de ella?

—¿De tu madre? —contestó él, distraído—. La verdad es que no. Tengo una imagen en la cabeza, pero no sé si la he insertado ahí después de tantas conversaciones contigo.

—Me pasa lo mismo. He visto tantas fotos tuyas... Mi memoria trata de engañarme trayéndome imágenes que luego me doy cuenta de que no pueden ser recuerdos reales.

En sus años de juventud había hablado mucho con Paco de su madre, sobre todo durante su fugaz noviazgo adolescente. Aquella fue una época donde se abría con mayor naturalidad, se estaba conociendo e intentaba encajar esa pieza tan trascendental de su vida con alguien de confianza. Después de esos años, Sofía no había querido abordar el tema, e incluso se molestaba cuando Paco lo sacaba, convirtiendo su recelo en un muro infranqueable. Así que cerró los ojos, para que él se diera por aludido y no preguntara más, y se sumergió en sus recuerdos, fruto de la memoria que sus abuelos se encargaron de construir, pues nadie más le hablaba de ella, quizá porque no conocía a mucha gente debido a sus circunstancias.

Muy de vez en cuando, sus abuelos también le hablaban de la enfermedad de Clara, de su bipolaridad, sus ingresos en la clínica para vigilar que no se hiciera daño. Y siempre alababan su entereza y valentía cuando le tocaba enfrentarse a su padecimiento, casi como si estuviera prohibido decir nada que nublara su memoria. Luego cambiaban rápidamente de tema para volver a los recuerdos positivos: que si era una joven de una belleza extraordinaria (grimosamente parecida a ella), que si era una luchadora, noble...

Su abuela le había contado también, cuando tuvo edad para entenderlo, que, tras uno de aquellos terroríficos brotes depresivos, Clara decidió que quería quedarse embarazada, probablemente movida por el exuberante trance de la fase maníaca. Mercedes le decía a su hija:

«No será bueno para tu enfermedad, hija mía», o, «¿Cómo vas a tener un hijo con el riesgo de que herede tu condición?». Pero ella no cesó en su empeño.

Y no fue ningún novio, sino la ciencia la que se ocupó de cumplir sus deseos. Mercedes se puso a pensar cuáles eran las opciones que tenía para ayudarla a tener un hijo en las mejores condiciones, tanto para la madre como para el bebé. A pesar de que una de sus grandes preocupaciones era que no empeorara el trastorno de su hija, pues aquello podría resultar fatídico, su mayor inquietud, sin duda alguna, estribaba en cómo conseguir que la pequeña naciera sana, sin los padecimientos que una enfermedad como la de Clara podría transmitirle por la enorme carga genética asociada a ella.

La modificación genética estaba por aquel entonces avanzada, pero sus investigaciones no eran públicas. Mercedes sabía que algunos investigadores de Gattaca formaban parte del equipo internacional de científicos del Consorcio de Genómica Psiquiátrica, que se encargaba de dilucidar, entre otros muchos aspectos, la biología subyacente del trastorno bipolar. Aquel grupo, liderado por la directora de psiquiatría del hospital Mount Sinai y formado por más de ochocientos investigadores de cien instituciones punteras como Gattaca, escaneó siete millones de variaciones comunes en la secuencia del ADN de cuatrocientas mil personas, de las cuales identificaron a cuarenta mil con trastorno bipolar. Aquella muestra permitió detectar sesenta y cuatro regiones del genoma que contenían variaciones de ADN que aumentaban el riesgo de esa disfunción mental. Habían descubierto, pues, qué regiones intervenir, pero no conocían todavía las conexiones entre sí.

El científico principal, un tal Marc Mullins, le dijo a Mercedes que el estudio había encontrado variaciones del ADN involucradas en la comunicación de las células cerebrales y la señalización del calcio que aumentaban el riesgo de trastorno bipolar. Según él, eso era muy útil para entender que los bloqueadores de los canales de calcio (que ya se usaban para el tratamiento de la presión arterial alta y otras afecciones del sistema circulatorio) podrían ser investigados como posibles tratamientos del trastorno.

Sofía recordaba cómo su abuela contaba aquella historia, levantándose de la silla para dramatizar delante de su nieta la respuesta que le daba al científico... diciéndole, exigiéndole, que no le valía con atenuar el trastorno, que necesitaba eliminar la transmisión genética en un feto de alto riesgo. El escollo que tuvo que esquivar Mercedes fue utilizar a los investigadores para un asunto personal. Fue un momento complicado porque puso a su equipo a trabajar a destajo para un asunto que concernía a la salud de su propia hija, lo cual estaba muy mal visto en una empresa cotizada como Gattaca, aunque ella lo justificara por el potencial que tendría para otras personas de riesgo.

Mientras tanto, Clara seguía teniendo altibajos cada vez más acentuados, lo cual le generaba mayor ansiedad, y esta se traducía en mayor presión para Mercedes. De repente, un día, después de una bronca monumental, llegó el doctor Mullins y le dijo: «Jefa, tengo una solución..., aunque es experimental». Y le empezó a contar una fórmula larguísima mientras ella, según le contaba a

Sofía, asentía, nerviosa por obtener resultados pronto, y no prestaba demasiado interés a los detalles. Según él, gracias a CRISPR podría mutar varios genes al mismo tiempo y eliminar aquellos seleccionados en una muestra de neuronas. Esto había sido probado en ratones con bastante éxito y relativa facilidad. Además, con esa tecnología, podría replicar alelos —es decir, las formas alternativas de un mismo gen— que potencialmente resolvieran el riesgo de enfermedades mentales. El problema era que la tecnología era tremendamente inmadura para ser utilizada en humanos y se corría el riesgo de provocar que los genes modificados no fueran exactamente los que se quisieran mutar, con unos efectos neuronales impredecibles y totalmente desconocidos.

Sofía recordaba el nerviosismo con el que su abuela le contaba aquella historia, pues ella no era una mujer dada a teatralizar los relatos, más bien se caracterizaba por ahorrarse cada palabra que no fuera genuinamente útil para trasladar el mensaje exacto y necesario. Eso contrastaba enormemente con su pasión al narrar cómo «cocinó», de la mano de ese tal Marc —al que Sofía nunca puso cara—, la concepción de aquel bebé que Clara tanto deseaba y que acabaría convirtiéndose en su nieta del alma. Por eso Sofía tenía tanto cariño a aquellos recuerdos, no por ser ella la protagonista involuntaria, sino por la emoción que su abuela irradiaba al narrarlo, una emoción exacerbada y de alguna forma también forzada. Con los años, había pensado mucho en el porqué de aquel entusiasmo y concluido que Clara y ella eran lo más importante para Mercedes, por lo que su frenesí estaba debidamente justificado.

Clara, que, según Mercedes era una mujer testaruda, cumplió su vehemente deseo. Se quedó finalmente embarazada en un momento estable de su enfermedad, en una primavera lluviosa del año 2022 y, según le contó su abuela, cuando los psiquiatras supieron que se iba a someter a aquel tratamiento lo desaconsejaron firmemente. Primero por el desorden hormonal que implica quedarse embarazada, pero sobre todo porque durante el embarazo era absolutamente necesario interrumpir la medicación, cosa que haría peligrar enormemente el estado de salud de la madre, poniendo en riesgo también al bebé. A pesar de las advertencias estaba ya decidida y Mercedes, que entendía los riesgos, no consiguió persuadir ni mucho menos imponerse a su hija.

Al parecer, el doctor Mullins les había dicho que la inseminación era mejor practicarla en el laboratorio de Nueva York, adonde ambas viajaron. Aunque la manipulación de la tecnología en sí no era complicada, el proceso requería de los instrumentos más precisos y las técnicas más avanzadas. Todo se llevó con la máxima discreción, pues lo que estaban haciendo era ilegal en muchas partes del mundo, incluido Estados Unidos, si bien allí había alguna laguna legal a la que aferrarse, cosa que hicieron. Acabada la inseminación, el doctor Mullins les comunicó, visiblemente emocionado, que a su juicio el proceso había salido muy bien, que creía haber manipulado el genoma y eliminado la secuencia del gen que provocaba la enfermedad mental, pero que, aunque su nivel de confianza era muy alto, no podía estar del todo seguro hasta que la niña naciera y pasara una década en estudio.

Para sorpresa de todos, según su abuela, lo cierto era que durante el embarazo la locura de

Clara mejoró significativamente. Parecía como si estuviera en un oasis de paz, de equilibrio, de armonía... Su humor era pausado y siempre afloraba una sonrisa natural, sensata y dulce en su rostro, lejos de esos chispazos exultantes de felicidad y tristeza que su enfermedad provocaba. Era una felicidad corriente, sencilla, espontánea. Su abuela siempre le decía que parecía como si ella trabajara desde su vientre por su paz interior.

Mercedes le contó también que había sido un embarazo muy vigilado con cauteloso cariño. Un cariño algo postizo, quizá por la carga de nostalgia que implicaba. Ella creía que como su madre había sido tan pocas veces feliz, tan pocas veces había estado en equilibrio, tan escasas habían sido las muestras de afecto hacia su gente, tanto había sufrido..., que verla con el vientre hinchado, los pechos llenos, la cara redonda y una sonrisa incesante a la que acompañaba un brillo jubiloso en los ojos era para su abuela una realidad desconocida con la que convivía tratando de disfrutarla, pero sin confiarse del todo, pues sabía que aquello venía acompañado de una caída vertiginosa. Siempre había sido así.

En junio del 2023 Sofía llegó por fin al mundo sana y salva. Al parecer, aquel verano el calor fue sofocante. Clara dio a luz en el Hospital Internacional Princesa Leonor después de seis horas de parto y de forma natural. La bebé era bastante grande, pesó cuatro kilos, y les pareció que estaba tan morada y peluda que tardaron una década en enseñarle las fotos.

Antes siquiera de poner el bebé en manos de la madre —según recordaba Sofía que le contaron sus abuelos—, los científicos hicieron un examen a la criatura y quedaron satisfechos de los primeros resultados, quizá algo sorprendidos porque la niña daba la impresión de fijar la mirada casi recién salida del útero, como si estuviera preguntándose: «¿Dónde estoy? ¿Quién es este señor que me está midiendo el cráneo? ¿Para qué sirve esta cosa con tantos dedos que tengo al final de este largo apéndice?». Eran sin duda unos ojos curiosos y excesivamente despiertos para una recién nacida. Tomaron debida nota de todo ello, como resulta lógico en un proceso así. A los seis meses, Sofía comenzó a recitar colores, letras y números; demandaba un nivel de atención total porque inmediatamente se aburría y comenzaba a montar un escándalo. «Tu abuelo te cantaba *Baa baa black sheep* y te aprendías la letra a la primera, con esos ojos claros fijos en sus labios mientras pronunciabas cada palabra», le recordaba con emoción su abuela. A los ocho meses andaba sin problema y tenía una enorme destreza motriz; al año Sofía mantenía una conversación sin ninguna dificultad.

Su abuelo Carlos se había dedicado en cuerpo y alma a ella. Fue quien más se preocupaba por si algo raro pudiera ocurrirle. El pobre lo pasaba muy mal con algunas de sus reacciones, aunque su abuela intuía lo que le sucedía y pronto los investigadores percibieron que esas habilidades extraordinarias eran señales de una superdotación; lo que les faltaba era demostrar la causalidad: ¿qué habían hecho para que su edición, que pretendía anular genéticamente conexiones neuronales a fin de evitar una determinada enfermedad mental, supusiera que aquella bebé acabara siendo superdotada? La realidad era que el doctor Mullins y su equipo no tenían ni idea.

Toda aquella historia parecía fascinante cuando la contaba su abuela, si bien el abuelo Carlos

siempre mantenía una muda reserva cuando Mercedes narraba efusiva aquellos momentos ante su joven nieta. Se quedaba en silencio mirándola fijamente con una sonrisa franca, pero sus ojos parecían teñidos de un velo plomizo y melancólico.

Los corceles de Paco y Sofía descendían ya del monte por una ladera pedregosa que les hacía resbalar de las manos mientras se equilibraban con los cuartos traseros. Pronto llegarían a la arenosa llanura donde ya divisaban unas ovejas merinas pastando rodeadas de dos canes en apariencia cruzados, quizá de pastor alemán con mastín, pensó Sofía. La merina era una oveja de raza especial, mutante, cuyas características esenciales se conservaron largamente y que se dedicó, casi en exclusiva, a la producción lanera.

Un pastor las acompañaba con una vara de avellano en su mano derecha y una boina de Tolosa de ala corta, calada hasta las cejas. Las nubes livianas amenazaban con restar luz a la exuberante mañana, aunque pronto serían evaporadas por el altivo sol que avanzaba hacia la vertical para dominar esa parte del globo. El pastor emitía gritos con voz rotunda y honda, mientras los velludos animales balaban en réplica su correspondido apego. Aquel sonido resultaba musical y la brisa lo transportaba hacia el sur, de donde venían los jinetes, que volvían llenos de emociones rumbo a las caballerizas.

—Ese debe de ser Diego, que regresa a los cuarteles a esquila —dijo Sofía mientras miraba con los ojos entrecerrados tratando de apuntar en la dirección del rebaño.

—Sin duda ese es el gruñón de Diego —aseveró Paco sin darle mayor importancia.

Sofía siempre sintió cierto recelo hacia aquel pastor. No era su oficio, desde luego, ni su tenebroso rostro, ni siquiera la heladora distancia que marcaba respecto a ella. Diego era apenas un adolescente, recordó Sofía, las primeras veces que lo vio, mientras andaba con las ovejas solo por la sierra. Sería la primavera del año 2031. Salía como cada madrugada con su rebaño a que pastara en las eras de Pesebreros. Ella, que todavía era una niña de ocho, recordaba verlo muchas mañanas cuando salía a pasear con su abuelo. Lo que desconcertaba a Sofía era la imagen del pastor cuando bajaba por el pedregal de Silla Jineta en la nebulosa de la sierra, puesto que aquel chaval, todavía barbilampiño, aunque ya sombreando el bigote y las patillas, siempre se paraba a rezar al pie del despeñadero. Cuando ella preguntaba al abuelo Carlos por qué rezaba siempre en el mismo punto, él torcía el gesto y rehuía responder, y una nube de melancolía le oscurecía el rostro.

Sofía se quedó mirando a Diego mientras hacía memoria de aquel oscuro recuerdo. Las ovejas pastaban tranquilas. La casa de Navaluenga se asomaba imponente en el horizonte. Sofía volvió a hincar las espuelas en los ijares de su caballo y se dirigió al galope hacia la casa. Paco la miró sin entender qué le sucedía.

AÑO 2022

¡Ah, el horror! ¡El horror!

JOSEPH CONRAD, *El corazón de las tinieblas*

XXI

El Range Rover se detuvo en la barrera de seguridad y la ventanilla tintada se deslizó con un suave zumbido descubriendo una mano varonil que mostraba el permiso necesario para entrar. El conductor lo hizo saludando amistosamente al guardia con un gesto rutinario y una sonrisa cómplice. El coche avanzó silencioso por un camino asfaltado que se abría paso por el césped que se extendía hasta unos señoriales magnolios de cuyas ramas colgaban unas languidecientes flores blancas. Aquel edificio de grandes y sobrios ventanales podría parecer al visitante un moderno hotel de lujo si no fuera por el hedor penitenciario que emanaba de él.

La clínica psiquiátrica Guzmán Ibor era un complejo vanguardista, de líneas rectas y puras, entre cuyos macizos materiales de construcción destacaba una base de hormigón y donde contrastaban unas contraventanas metálicas por las que la luz trataba de colarse al interior. El motor híbrido del Range hacía que el silencio solo lo rompieran algunas chinás sueltas del asfalto, que saltaban disparadas hacia los bordillos. Llegaron a una minúscula rotonda de entrada y Gregorio bajó a toda prisa para abrir la puerta trasera de donde ya salía una acelerada Mercedes. Aquel gesto se repetía a menudo: el chófer corría a abrir su puerta, pero ella evitaba aquel folklore que consideraba innecesario y algo excesivo, si bien para su empleado era una gran satisfacción poder realizar correctamente su trabajo... cada vez que la señora se lo permitía. Mercedes subió los ocho escalones de granito que llegaban a una puerta automática que daba acceso al interior, donde ya la esperaba muy seria y con las manos entrelazadas la directora del centro.

—Hola, doña Mercedes, ¿cómo está? El doctor y su hija la esperan en la habitación.

Se trataba de una señora de semblante severo, con una marcada arruga en el entrecejo, como de alguien acostumbrado a la férrea autodisciplina, y que no conseguían disimular unas gafas rectangulares de pasta. Llevaba el pelo rubio teñido y su aspecto resultaba bastante descuidado. Mercedes deducía que aquella señora estaría en sus cincuenta y pocos, si bien parecía mucho mayor a causa del desaliño.

—Gracias por recibirme, Macarena. No hacía ninguna falta, ya lo sabe.

Recorrieron con amplias zancadas las galerías y extensos pasillos que se abrían a su paso. Antes de tener que frecuentarlas, Mercedes siempre se imaginó las clínicas psiquiátricas como un mundo paralelo, un agujero negro de nuestra sociedad, donde vociferan y claman desesperados los atípicos, henchidos de angustia y hastío. Pensaba que eran el refugio forzado donde se

concentra la congoja más profunda, incapaz de escapar de su espacio cerrado y opaco, como el aire que viaja marchito y consumido en un vagón de metro en hora punta.

El eco de los Louboutin de Mercedes era el único sonido en aquella clínica, a excepción del que producían los zapatos con suela de goma de la directora, que rechinaban en el suelo marmolado. Era como si no hubiera un alma allí, y eso que Mercedes sabía que la clínica estaba siempre con la ocupación al límite. No se percibían ni crujidos ni murmullos, ni un suspiro ni un lamento. No había, como Mercedes se imaginaba antes de tener que frecuentarla, gritos desesperados, paranoicos o excéntricos. Aquel edificio era un fantasma en la desolada estepa de otra galaxia. La luz aséptica y cruda parecía acompañar el silencio con un tono tenue que proyectaba sombras de muebles estilizados y solitarios dibujando siluetas futuristas. Todo estaba nuevo y reluciente y los pasillos desprendían un olor a moqueta recién estrenada y a Cristasol, pero allí no se respiraba humanidad —ni tampoco locura— por ninguna parte. Aquello quizá era lo que embargaba de una desolada desesperación el recinto.

—¿Cómo van las cosas, Macarena? ¿Muy liados?

—Uy, sí. El covid ha sido el detonante para que afloraran muchos problemas mentales. Tenemos el centro hasta arriba.

—Me imagino, qué horror.

Mientras Mercedes y Macarena avanzaban por aquel largo pasillo, una enfermera se detenía ante la puerta de una habitación con un carrito de servir comidas. Le llegó a la nariz un olor a crema de calabaza y medicamentos. Entonces Mercedes giró la cabeza y miró al interior sin poder evitarlo, en un acto reflejo, justo cuando la voz de la enfermera le decía a la paciente en tono maternal: «Brianda, no quiero encontrarme la comida por el suelo cuando venga, ¿eh? Sé buena y cómetelo todo». Dentro, una mujer de unos cuarenta años se sentaba en una butaca con la mirada perdida ante un enorme ventanal. Tenía el pelo encanecido, largo y suelto, de aspecto enredado y sucio, que le ocultaba la mitad del semblante, del que solo se entreveían unas acentuadas patas de gallo y una angulosa mandíbula que se marcaba al abrir y cerrar la boca sin llegar nunca a pegar los labios, como perdida en una oración infinita, con un hilo de baba que colgaba hasta sus rodillas. Parecía totalmente adormecida, hipnotizada. El cuerpo estaba tan consumido que traslucía el esqueleto. Cada gramo de su magra carne había sido devorado, y de los brazos apenas se apreciaba la diferencia entre el húmero y el cúbito y el radio, que parecían un solo hueso. A Mercedes no le dio tiempo a compadecerse de aquella imagen, estaba demasiado acostumbrada a verla cada vez que iba a la clínica, tantos años ya. Volvió la mirada al frente y la fijó en un señor de bata blanca que le sonreía al fondo del corredor, como si se alegrara de ver a un amigo largo tiempo desaparecido.

—¿Cómo está Clara hoy? —le preguntó ella impaciente antes de llegar a donde estaba el doctor Guzmán esperándola, con su gesto un tanto untuoso.

—Un poco más callada que ayer pero bastante estable en general, Mercedes. ¿Cómo estás tú? Nos extrañó no verte la semana pasada.

—Tenía algunos viajes urgentes —cortó ella tratando de ocultar la prisa que tenía por hablar con su hija.

Ya habían pasado unos años desde que el doctor Guzmán empezara a tratar a Clara y la relación de la familia con él se había vuelto de bastante confianza... «Donde hay confianza, da asco», solía decirle Carlos a su mujer, pero Mercedes lo negaba, pues entendía que aquel psiquiatra era clave en la recuperación de su hija y, además, tenía línea directa con ella, más directa a veces de la que tenían su marido o la propia Anne, que eran de los pocos a los que siempre cogía el teléfono. Además, el «doctor» —al que todos llamaban ya con tal apelativo, como si más bien fuese un apodo—, asistía con asiduidad a las comidas que se organizaban en Navalunga los fines de semana, fuera quien fuera, tanto invitados destacados como solo familiares y amigos cercanos. También hacía uso del palco que la familia tenía en el Teatro Real, pues él y su mujer eran unos entusiastas melómanos, al igual que Carlos, quien se veía muchas veces acompañado por ellos, aunque le diera una pereza tremenda ir a ver Puccini con el matrimonio, ya que él disfrutaba de la ópera solo o acompañado exclusivamente por sus más cercanos. Pero Mercedes, que era muy testaruda, había hecho de aquella relación su causa, y estaba dispuesta a ser todo lo generosa que hiciera falta por si un día necesitaba pedir algo extraordinario a aquel sanador de mentes que cuidaba de su hija.

Ambos entraron en la habitación. Clara esperaba a su madre de pie, con la espalda apoyada en el ventanal. Dejó lentamente el vaso de agua sobre el escritorio para acercarse a abrazarla. Mercedes la apretó con calidez contra su pecho y aspiró hondamente el aroma de su cabello como si fuera un animal identificando a su cría. La joven se regodeó en aquel abrazo, la había echado de menos la semana anterior, protestó débilmente. Luego soltó una ironía para disimular la emoción: «Has envejecido muy mal desde que no te veo». Se notaba que estaba de buen humor porque ese tipo de bromas eran impensables con los fármacos que llevaba encima. Madre e hija estaban muy unidas desde que Clara se intentara suicidar por segunda vez. Fue la propia Mercedes quien la encontró en el cuarto de baño atiborrada de narcóticos, con la mirada perdida, en realidad inconsciente y con el pulso exangüe, a punto de expirar.

Antes de aquel percance, Clara solía culparla de todos sus males con argumentos inverosímiles y a veces hasta contradictorios. Era malignamente obsesiva la manera en que mostraba su odio maternal, pues Mercedes le generaba alergia, un rechazo visceral, apenas consentía que la tocara, se ponía rígida cuando le dirigía la palabra. Ni siquiera era lo que contara... tan solo su tono de voz, su olor, sus gestos o su presencia activaban —injustamente, pensaba dolida Mercedes— la repulsión hacia su madre. En las relaciones entre padres e hijos a veces se odian cosas en los progenitores que uno identifica en sí mismo, le había explicado el doctor en alguna ocasión, y aunque sin duda eso podía ser una causa, pensaba Mercedes, lo cierto era que Clara había sido muy visceral con ella, al contrario que con Carlos. La relación entre ambas también estaba plagada de momentos de cariño, fugaces, eso sí, siempre en línea con las serpentinas mentales de Clara, cargadas de frágil y explosiva volatilidad. Pero entonces la

joven ya llevaba dos años de amor incondicional por su madre, de una devota admiración que nada tenía que ver con sus éxitos profesionales, sino con su entrega y su tesón por hacer las cosas bien con ella, con todos, aunque fuera a su manera, que no tenía por qué ser necesariamente ortodoxa, como creían los demás.

—¿Cómo te encuentras? Me ha dicho el doctor que estás durmiendo mejor. —Mercedes miró a Guzmán para que lo corroborara y él se apresuró a asentir, ansioso por participar.

—Sí, sí. Estoy dejando atrás las pesadillas de hace algunas semanas y esta noche he dormido de un tirón.

—Creo que la nueva medicación te va a ayudar a descansar —intervino Guzmán mirando su iPhone—. Os tengo que dejar, tenemos una urgencia en la tercera planta. Luego hablamos, Mercedes.

El doctor salió disparado de la habitación junto con Macarena, la directora. Una vez a solas, Mercedes se acercó al ventanal y abrió la puerta de cristal que daba a una pequeña terraza con vistas al relajante y primoroso jardín del centro, al que los delicados rosales, bien cuidados en apariencia, le daban un aspecto alegre, casi sedante. Las golondrinas trisaban mientras revoloteaban entre los magnolios. Un enorme cedro proyectaba una sombra refrescante en la terraza. La luz de la primavera era cálida y la temperatura templada. Desde un balcón cercano llegaba el murmullo de una conversación que seguro era de alguna paciente con una visita por el tono alegre y relajado. Se respiraba algo de paz allí fuera, en contraste con la sordidez y el helado silencio de los solitarios pasillos del interior.

—Hija, tenemos que hablar.

Mercedes se sentó en una silla de mimbre y la miró con intención de que ella también hiciera lo propio. Clara aspiró profundamente y soltó el aire despacio intuyendo que aquella sería una conversación seria, por lo que, antes de tomar asiento y enfrentarse a su madre, se encaminó a la pequeña cocina que tenía su apartamento, pues aquello era mucho más que una simple habitación de hospital. Mercedes aprovechó la espera para encender un Marlboro y dio una honda calada reteniendo el humo dentro de sus pulmones durante unos segundos. Casi había consumido su cigarro cuando Clara volvió a aparecer con una bandeja que llevaba una tetera china de acero verde y dos tazas. Llenó ambas y luego sirvió una gota de leche en la de Mercedes con una jarrita de porcelana a juego. Se sentó al lado de su madre sin mirarla. Mercedes apagó el pitillo en el cenicero y se volvió hacia su hija mirándola fijamente, tratando de capturar su esquiva atención.

—Clara: he conocido a Josiah. Creo que podemos conseguir que te ayude.

La joven observaba fascinada el revoloteo de los pájaros, atenta a sus rápidas evoluciones, como si la conversación no fuera con ella. El gran cedro que tenían delante las protegía del sol, que a esa hora y con esa orientación les hubiera dado directo en los ojos. Mercedes esperó paciente una respuesta, una reacción de su hija. Pasados unos segundos, Clara hizo una especie de mueca con los labios, como si se le escapara una sonrisa, mezcla de ilusión y temor.

—¿Cree que es capaz de curarme? —murmuró al fin.

—Sí —se apresuró a responder Mercedes, seca y convencida, sin aparentar la más mínima duda para no generar temor en su hija, al menos en aquellos primeros pasos de la conversación.

—¿Y qué quieres hacer? Ahora que ya sabes que alguien está dispuesto a probar un tratamiento que me puede curar... ¿vas a dejarme someterme a él? Siempre has estado en contra de este tipo de prácticas. —La pregunta de Clara era clarividente, sensata, carente de reproche, con un tono inusualmente pausado que no era consecuencia de su medicación, sino de la madurez con la que abordaba su propia cura, como quien vislumbra una luz en el horizonte.

Mercedes había sido durísima con las prácticas de los *biohackers* cuando un día Clara le preguntó por Josiah Zimmer. Su hija había visto un documental en Netflix que narraba la historia de varios *hackers* que estaban modificando su propio ADN para tratar de mostrar al mundo lo que se creían capaces de hacer: curar el sida, los coronavirus, desarrollar músculos más potentes, incluso tonteaban con la idea de vivir más tiempo o adquirir una inteligencia superior. Josiah aparecía en el documental como el líder del movimiento y declaraba ser capaz de curar enfermedades mentales, lo cual llamó la atención de Clara, que preguntó inmediatamente a su madre. Para entonces Mercedes ya había escuchado hablar de Josiah, pues Deniz lo había mencionado en San Francisco cuando estaban entregados a la investigación sobre la vacuna contra la COVID-19. De hecho, Anne ya llevaba tiempo, desde los bebés modificados por Shu, denunciando sus prácticas en múltiples congresos científicos por atentar contra la salud pública, y llegó incluso a publicar artículos muy duros en revistas especializadas y periódicos de gran difusión como *The Wall Street Journal*. En ese diario apareció una tribuna titulada «Aunque seamos capaces, no debemos jugar a ser Dios», que se hizo viral y que argüía, con una pasión inusitada en ella, a base de formularse numerosas preguntas sin respuesta, que era urgente un debate ético sosegado y profundo sobre las consecuencias que los avances biotecnológicos podían tener en el pirateo de la propia evolución de la especie humana: ¿hay alguna bondad inherente en la evolución natural? ¿Aquellos editados serán una nueva élite que convierta al resto en seres inferiores y sometidos? ¿Hasta dónde estamos dispuestos a llegar en el menú de elección genética que se pone a nuestro servicio? Desde aquel artículo, Anne se convirtió casi en una activista, y asistió a conferencias en innumerables ciudades del mundo, incluyendo una *keynote* en el World Economic Forum en presencia del ya expresidente Obama, quien mostraba mucha sensibilidad hacia el tema y se había hecho cercano a la recientemente laureada con el Nobel.

Las conversaciones entre Clara y su madre habían sido siempre muy tensas cada vez que tocaban aquel espinoso tema. La joven planteaba preguntas sencillas y directas, y su madre, aun teniendo todas las respuestas, no era capaz de enfrentarse a la cuestión capital sin esgrimir una actitud defensiva, cosa que seguía pasándoles factura.

Mercedes todavía albergaba dudas y eligió bien las palabras de su respuesta.

—No es tan fácil, Clara. Yo quiero hacer todo lo que este en mi mano por ayudarte y lo sabes muy bien —buscó sus manos para estrecharlas con fuerza—. Pero no hay pruebas empíricas de que este tratamiento pueda funcionar a día de hoy.

—En muchas ocasiones hemos hablado de que la ciencia está preparada para aplicar ciertas terapias que todavía tardarán años en llegar al mercado. Cuando ha hecho falta saltarse periodos de pruebas y normativas sanitarias, como en el caso de las vacunas del covid, lo hicisteis sin problema. ¿No crees que podríamos estar ante un caso similar?

—¡Pero lo que hace ese loco no es ciencia! —perdió su tono pausado pues a Mercedes la enervaban inmensamente las personas como Josiah, y él en concreto, con sus aires de estrella mediática y contestataria.

La joven no mostraba ningún atisbo de reproche ni de sobresalto mientras decía aquello, su tono era estructurado y argumentativo. Mercedes, por el contrario, contestaba con evasivas, refugiándose en convenciones internacionales y marcos legislativos para no abordar la pregunta clave: ¿Se lo saltaría todo por salvarla? Ya habían discutido durante varias semanas, solo las dos, sin hablar con nadie más. La primera conversación que tuvieron se repetiría una y otra vez, hasta ese momento, donde ya tocaba tomar la decisión. Clara parecía implacable y revestida de la autoridad que le daba el hecho de sufrir la enfermedad y defender su cura con entereza y sensatez, mientras Mercedes cada vez se mostraba más ofuscada y ya casi sin argumentos. ¿Cómo no querría ella explorar un posible tratamiento para Clara, fuera este ilegal, inmoral o malo para el conjunto de nuestra sociedad? Cuando se es madre, el fin justifica cualquier medio, se repetía, llena de remordimientos.

El languideciente sol de la primavera se abría paso por las grandes ramas del cedro del jardín de la Guzmán Ibor y madre e hija seguían conversando mientras la luz se desvanecía camino de su lecho en el oeste. Las golondrinas insistían con su gorjeo ansioso y agudo, sus vuelos rasantes y veloces. La temperatura había bajado levemente y, tras sentir la brisa fresca, decidieron entrar. Su madre se tendría que ir pronto, pues tocaba a su fin el horario de visitas. Clara cogió la bandeja con el juego de té usado y la depositó en la encimera de la pequeña cocina. Entonces Mercedes aprovechó para abrazar a su hija por sorpresa y con una fuerza inusitada, mezcla de entusiasmo y temor.

—Lo haremos, hija. Josiah te va a curar —se lanzó a anunciar con un tono resolutivo.

Mientras ambas se fundían en aquel intenso abrazo, la joven rompió a llorar.

—Sé que todo lo estás haciendo por mí —dijo esforzándose para que su voz no se quebrara—. Y te lo agradezco de corazón. Sé que no crees que este tratamiento sea correcto, además de que te implica de una forma tal que podría llevarse por delante todo por lo que has luchado. Sé que lo que más te preocupa es que me pueda ocurrir algo de consecuencias desconocidas, algo que pueda agravar mi enfermedad. Pero quiero que sepas que te agradezco lo mucho que estás respetando mi voluntad en todo el proceso, que confíes en mí de una manera tan incondicional, aun sabiendo lo que nos jugamos. Te quiero.

Mercedes se separó envuelta en lágrimas contenidas. Sus ojos brillantes habían dejado escapar parte del líquido salino, que rebosaba por sus párpados pintados. Con el rímel corrido, trató de

recomponerse y sonrió, confusa. Para ser una mujer tan dura, se emocionaba demasiado a menudo los últimos años, se reprochó mentalmente.

—Ahora tenemos que ir a ver a Josiah. Se instalará en Phoenix, donde le prepararé un laboratorio con todo lo necesario para el proceso.

—Gracias, gracias de corazón.

—Hija —advirtió Mercedes con cierta vehemencia—. Es importante que nadie sepa nada de lo que vamos a hacer. Tu padre va a preguntar mucho por nuestros viajes a partir de ahora y no puede sospechar que nuestro destino es otro que el que le contamos: vas a hacerte unas pruebas y a conocer una nueva clínica en Estados Unidos. Nada más. Ya sabes cómo se pondría si se llega a enterar de que lo que vamos a hacer no es..., digamos, legal, ni se ha probado jamás. Sabes que me he visto muchas veces obligada a hacer cosas que están en la frontera de lo legal y lo ético, y alguna de ellas ha estado a punto de llevarse nuestro matrimonio por delante. Además, no podría sobreponerse a este tema, es demasiado débil.

—No te preocupes por papá —sonrió Clara tranquilizadora—. Es demasiado inocente como para sospechar nada.

XXII

Dos Suburban negros con los cristales tintados avanzaban en caravana por la Ruta 66 desviándose justo antes de llegar a Black Canyon City desde Phoenix. La inmensidad del desierto de Arizona se antojaba inabarcable y casi amenazante. Como en las viejas películas del oeste, los rastrojos secos rodaban empujados por la brisa sobre el árido océano de asfalto, mientras los enormes todoterrenos los deshacían al pasarles por encima. Los cactus y la vegetación arizónica ofrecían una tonalidad verdosa a un paisaje, por lo demás, ocre y terroso, que parecía extenderse hasta el infinito bajo un calor asfixiante que hacía reverberar el aire allí fuera. Las rocas lo colmaban todo. Grandes paredes graníticas y areniscas evidenciaban millones de años de historia previos a la humanidad en sus innumerables capas de sedimentos fosilizados. El panorama tenía un parigual marciano, tanto por el color anaranjado de las arcillas como por la orografía díscola que los cañones dibujaban en aquel entorno duro y en extremo salvaje.

Clara contemplaba el paisaje con la mejilla apoyada en el cristal, agradecida del aire fresco y artificial de la cabina y disfrutando del entretenimiento que ese panorama anisómero le ofrecía para dejar su mente en blanco. Había preferido viajar sola en el coche escoba del convoy que acompañaba a su madre desde Phoenix, pues ella estaba siempre colgada al teléfono resolviendo cuestiones varias con un tono inquisitivo y elevado que la ponía de los nervios. Contemplaba aquel desierto tratando de no pensar en nada, ausentándose gracias a la medicación que la ayudaba a esquivar las discusiones que rumiaba para consigo. El nuevo destino al que se dirigía marcaba el principio y el final de algo, eso era inobjetable. Para bien o para mal, todo cambiaría en cuanto se pusiera en manos del tal Josiah, a quien no podía ni siquiera llamar doctor Zimmer, lo que le hubiera conferido algo de confianza. El estrés también se lo provocaba el hecho de saber que luchaba por su vida, y que, en aquella lucha, había arrastrado a su madre, quien después de agotar todas las opciones habidas y por haber, y movida por la más auténtica desesperación, había accedido a hacer algo que colisionaba frontalmente con los valores que siempre había defendido.

Momentos después, ambos coches se desviaron por un camino de tierra que apenas resultaba visible desde la carretera. Una nube de polvo ocre se levantó a su paso envolviendo los vehículos y haciéndolos invisibles, fusionados con el color del desierto, como torpes animales prehistóricos. Avanzaron todavía un buen rato así. El camino parecía abandonado, pues apenas se apreciaban las roderas desdibujadas y no se distinguía edificación alguna que diera una pista de qué dirección tomar. Pasadas unas millas de ruta, se atisbaron por fin unas construcciones

muy humildes de barro que apenas se distinguían de los colores pardos y cobrizos de la tierra. Llegados allí, como surgida de la nada, una rampa de gran envergadura se elevó del suelo soltando a sus costados grandes olas de tierra reseca. Ambos vehículos se adentraron en el talud que la rampa había dejado al descubierto y descendieron por una cuesta asfaltada e iluminada con una hilera de luces LED que se encendían anticipando el movimiento de los vehículos a medida que estos se sumergían en aquel búnker surgido de las entrañas de la tierra. Los Suburban se detuvieron mientras un gran portón de hierro se abría tras comprobar sus matrículas e identidades por medio de una cámara. Tras aquella barrera, los coches estacionaron y los conductores de ambos vehículos abrieron sendas puertas a Mercedes y Clara. La madre despidió la llamada en la que estaba enfrascada y se colgó del brazo de su hija para entrar juntas por un ascensor grande y funcional. Dos personas de seguridad las acompañaron, las saludaron con un impersonal movimiento de cabeza y apretaron el botón «L», que hizo al ascensor descender un par de plantas.

Las puertas se abrieron a un enorme laboratorio. No era el típico espacio blanco immaculado lleno de probetas y máquinas, sino que tenía acabados en madera natural de tonalidades claras y apenas se apreciaba maquinaria de ningún tipo. El espacio era vertiginosamente diáfano, inmenso y vacío. En la distancia se apreciaba la silueta de un hombre sin bata blanca, de espaldas a aquella comitiva, ajeno, al parecer, al inesperado trasiego. Mercedes seguía sujetando a su hija del brazo y hacía que sus botas repicaran armoniosas en el suelo de hormigón pulido. Notó cómo la mano de Clara apretaba la suya, con más fuerza a medida que se acercaban a aquel hombre, que todavía no se había dignado a mostrar más que su espalda, vestida por una camiseta negra y rota.

—Josiah, no seas mal educado y ven a recibir a tu paciente como se merece.

Zimber no se inmutó y Mercedes le tocó el hombro con un dedo. Se dio la vuelta sorprendido, llevaba unos cascos minúsculos intraóseos que, cuando se quitó, resonaron a todo volumen con un murmullo repicante que podría ser *heavy metal*, adivinó Mercedes, aunque en realidad no tenía ni idea. Zimber sonrió mientras se disculpaba, aunque con cierta altivez.

—Hola, Mercedes, no os había oído llegar. Estaba repasando las notas del *proceso* —miró a Clara con curiosidad y desdén, como si fuera el ratón de laboratorio.

—Josiah, esta es Clara —replicó Mercedes señalando con una mano a su hija sin mirar al *hacker*.

Mercedes tenía los ojos fijos en las pupilas de Clara, que le mostraban sus pensamientos a gritos. Sobrevolaba en el ambiente su pesadumbre. Josiah apenas había reparado en saludarla cuando comenzó a explicar lo que él denominaba algo pomposamente el «proceso», paseando alrededor de ambas mientras miraba al techo, con una mano en la barbilla y la otra chascando el percutor de un bolígrafo de promoción, con su tono chulesco y brusco. Mercedes no quitaba los ojos de su hija y de su incapacidad para retener lo que ese hombre le decía, mientras bailaban palabras en el aire que no tenían sentido conjugadas unas con otras: óvulos, rectificar, CRISPR-

Cas9, células madre, mudar, ADN, sangre, pinchazo... Clara comenzó a palidecer con las palabras agolpándose nebulosas en su mente. Genética, trastorno, anestesia, vida, ARN, código, Cas9, proteína... El tono de su piel tiraba al amarillo verdoso con matices morados. Su mirada se mantenía fija en un punto aleatorio y sus pupilas tendían a la opacidad mientras continuaba el baile de palabras. Morir, bipolaridad, modificar, *open source*, molécula, YouTube... Mercedes observó cómo la respiración de Clara se aceleraba repentinamente, como si no le llegara el aire a los pulmones. Se acercó a ella preocupada. La vio ponerse bizca y, casi al instante, cayó redonda en un desmayo que Mercedes amortiguó para evitar que se desplomara violentamente sobre el suelo hormigonado.

Se despertó cubierta por una sábana que apenas la dejaba moverse. Nunca habían tenido que ponerle una camisa de fuerza en el centro psiquiátrico, pero aquellas sábanas sin duda debían de ser lo más parecido. Mercedes se aproximó a su hija, que abría los ojos con candidez y confusión. Le pasó una mano delicada por la mejilla aún pálida, le acercó un vaso de agua, y la ayudó a incorporarse un poco para beber. Su aspecto era de estar muy perdida y su madre comenzó a hablarle con un tono suave.

—Te has desmayado, cariño. Estás bien, solo ha sido un susto.

—¿Dónde estamos? —replicó Clara balbuceando y mirando a su alrededor, con los ojos llenos de recelo y extrañeza.

Sacó los pies de la cama y los apoyó descalzos en el gélido mármol. Miró fijamente sus extremidades, con una sensación de resquemor en lo profundo de sí. Mercedes intuía que todo le estaba volviendo a la memoria... El vuelo desde España, el viaje en coche solas en los grandes todoterrenos, el paisaje erosionado, la llegada a aquel misterioso lugar, la entrada por la rampa, el laboratorio... Desvió su mirada fija en sus pies para mirar a su madre.

—Josiah Zimmer, Josiah Zimmer, Josiah Zimmer —dijo Clara con pavor, como poseída, pero con un tono de voz apenas perceptible.

—Sí, hija. Aquel hombre es Josiah —afirmó con una voz que aparentaba tranquilidad—. Nada hemos hecho todavía, estamos a tiempo de cancelar el tratamiento. No tienes por qué seguir adelante si no quieres, todo esto se destruye igual que se construyó. Yo te apoyaré siempre.

Clara se levantó de la cama y se acercó a su madre para abrazarla.

—Mamá: no tengo recuerdos en los que no haya estado tentada de quitarme de en medio —su voz se arrastraba todavía indisputada, pero su tono era convencido y firme, y su mente parecía despejada ya del todo—. En mi interior he coexistido con fantasmas siniestros que no solo me han atemorizado, sino que me han convertido en la aparición espectral, en el monstruo de quien yo debía huir al saberme atrapada dentro. Las esperanzas de mejora solo han sido una trampa que ese engendro interior me ha tendido cruelmente para que mi caída reincidente fuera cada vez más

dura. Estoy desesperada. Josiah Zimmer es mi pacto con el diablo, lo sé, pero por eso mismo es mi única esperanza.

Mercedes suspiró resignada. Nunca había perdido la esperanza de renunciar al proceso, aunque, afanosa, había enterrado sudor, lágrimas, millones de dólares y, potencialmente, su prestigio, por aquella locura a la que su hija había tenido que recurrir para buscarse una salida, una escapatoria. Nada, ¡nada!, le hubiera gustado más que enterrar aquel búnker no bajo la tierra donde ya se encontraba, sino en el olvido más profundo. Nada le hubiera gustado más a Mercedes que ambas cogieran el avión y se volvieran a Navaluenga a pasear por el campo, por la dehesa con los pastos altos, bajo el manto colorido de flores primaverales de aquella época del año, y dejar atrás aquel desierto hostil y lejano donde se encontraban y donde todo parecía amenazante. Nada le hubiera gustado más que volver junto a Carlos, a quien tenían ambas engañado, pues jamás las hubiera dejado llegar tan lejos, y a quien amaba por ponerle coto a sus impulsos, pero de quien había huido precisamente ante la decisión más importante de su vida. Se sentía completamente insegura, arrepentida de no haber seguido los principios en los que su marido tanto había insistido. Entonces, por primera vez desde que Clara estaba enferma, hubiera preferido convivir con lo que la naturaleza había predispuesto, en vez de estar en aquel inhóspito y clandestino laboratorio que ella misma había construido, como si fuera el laboratorio puesto en manos de un médico desquiciado de alguna película de serie B.

Respiró profundo para recobrar la valentía, mirar con firmeza a su hija y transmitirle la confianza necesaria: estaba con ella hasta el final... El proceso era su deseo y sería realidad... Si ella así lo quería, claro. La puerta sonó y casi sin transición entró Josiah Zimmer.

—¡Ah! Parece que nuestra paciente ya se ha recuperado. ¿Cómo te encuentras? —El tono de Josiah era mucho más cercano y jovial y la miraba sonriente a los ojos.

—Bien, doctor... —Tragó saliva y se percató de su lapsus—. Perdón..., señor Zimmer.

—Puedes llamarme Josiah si quieres, Clara. Y creo que es mejor que nos tuteemos. Vamos a hacer historia juntos... ¡Deberíamos ser amigos!

Josiah empezó a contarles a Mercedes y a Clara cuáles iban a ser los pasos a seguir durante los días que duraría su estancia en aquel laboratorio. Por un lado, haría una extracción de óvulos para congelarlos, afirmó. Por otro, ya tenía preparado el cóctel que debería inyectarse para el tratamiento de edición genética. No se lo iba a ocultar, meneó la cabeza gravemente: la inyección podía ser dolorosa y tendría que repetirla durante su tratamiento, pero no sería más que un pinchazo al fin y al cabo, y extendió los brazos en un gesto de «qué se le va a hacer». Una vez salieran de aquel búnker seguiría con su tratamiento durante un tiempo en el cual ya debería de empezar a notar cambios significativos.

—¿A qué nunca hubieras pensado que la cura de tu enfermedad y, sobre todo, cambiar el mundo fuera tan sencillo? —preguntó Josiah, risueño y confiado, mientras Clara asentía con la cabeza, sin contestar, con media sonrisa en la cara.

Mercedes trataba de mostrarse tranquila, aunque se la notaba agarrotada y áspera, demasiado

callada para su manera de ser. Carecía del absoluto control de las situaciones que solía mostrar, especialmente cuando eran de alta tensión. El murmullo mudo de su conciencia bloqueaba su identidad, su temperamento arrollador estaba impedido y aquel carácter inquebrantable e impetuoso se había encogido hasta convertirse en el de una niña vulnerable e inocente. Nunca quiso, y seguía sin querer, llevar a cabo aquello que por momentos se le antojaba una locura. Aun así, obró el milagro. Como la diosa Atenea, urdió lo imposible haciendo gala de su sabiduría y de su genio para transformar la realidad y torcer las leyes de la naturaleza con tal de curar a su hija y de complacerla en su anhelo. Su hija ya estaba a las puertas del paraíso, a punto de morder la manzana, y el estremecimiento se apoderaba de sus entrañas. Sentía un miedo callado, gélido, que la hacía tiritar. Todo en ella parecía sacudido por las contradicciones a que se enfrentaba.

Clara y Josiah parecían haber conectado por fin y bromeaban sobre lo siniestro de aquel laboratorio bajo tierra, en mitad de la nada, mientras bajaban por el ascensor hacia el primer pinchazo, aquel primer paso hacia su recuperación. Mercedes los observaba de reojo, cariacontecida y pálida, disimulando malamente su conflicto interior cada vez que se encontraba con sus miradas y se veía obligada a sonreír. El *hacker* entró en el laboratorio desierto y se acercó a una enorme encimera donde tenía tres inyecciones, dos de ellas de gran tamaño. Invitó a Mercedes y a Clara a sentarse en dos banquetas que había a un lado de la encimera mientras él se colocaba de pie en el otro lado. Parecía un prestigioso chef enseñando ufano sus creaciones a unos exigentes comensales que se disponían a degustarlas. Cogió la primera aguja y la levantó teatralmente con las dos manos por encima de su cabeza mientras miraba al techo.

—Señor, hoy dejas de hacernos falta —soltó en un tono chistoso mientras contenía una carcajada ronca y excesiva que a Mercedes le pareció no solo de pésimo gusto, sino como una nefasta premonición.

Clara lo miraba con complicidad. Era tal su angustia por lo que estaba a punto de ocurrir que la breve connivencia con Josiah durante ese paseo desde la habitación le había generado una dependencia desconocida. Mercedes tenía la vena hinchada en la frente como solía marcársele en los momentos de alta tensión. Quería detener de pronto toda aquella locura y estuvo a punto de levantarse, pero sus nervios motrices estaban inhabilitados para dominar su voluntad. Miraba a su hija con escepticismo por la sonrisa que ella mostraba mientras Josiah blasfemaba sobre la inutilidad de Dios al estar él en el mundo, lo que le hacía parecer no solo irreverente, sino un punto enajenado. Aparentaban ser los desvaríos de un loco, pensó y se estremeció. No había sido nunca religiosa, pero en ese momento Mercedes estaba tan lejos de tener fe en los hombres, en la ciencia o en el mundo que se presentaba ante ella, que Dios le resultaba un refugio placentero y estaría dispuesta a abrazarlo como la más fanática de las creyentes.

—¿Lista para cambiar a la especie humana? —aseveró Josiah en tono serio y decidido.

Clara asintió con la cabeza, dubitativa. Se desabrochó los botones de la camisa para descubrir su brazo derecho. Su madre saltó.

—Clara, podemos parar esto. No te hace falta... —Había perdido su forzada compostura y las

lágrimas le saltaban a borbotones.

Se hizo un silencio sepulcral, las caras de todos compungidas y pasmadas. Clara y Josiah no comprendían la salida de tono de Mercedes, que era quien había hecho que todo aquello fuera posible. Ambos miraron con cierta distancia aquel derrumbamiento en el último momento. Josiah intuyó que la madre podría tratar de que su hija se arrepintiera y se acercó a Clara, que ya tenía el brazo estirado y desnudo apoyado en la encimera.

—Es normal que te sientas nerviosa, Mercedes. Es muy importante lo que estáis haciendo, pero, como veis —Insertó sin avisar la inyección en el músculo descubierto de Clara—, en realidad es solo un pinchacito de nada.

Clara pegó un respingó mientras Josiah sacaba la jeringuilla con naturalidad. Mercedes le gritó perdiendo completamente los nervios. Clara detuvo con un gesto a su madre, que se abalanzaba sobre Josiah como una posesa para darle una paliza. Tras cierto forcejeo, Mercedes volvió a romper a llorar en brazos de su hija.

—Tranquila, mamá. Estoy bien. Lo ha hecho con mi consentimiento, nadie me obliga. Esto sigue siendo lo que quiero... Sé que es difícil para ti.

XXIII

Amaneció una mañana sofocante del mes de agosto. El calor hacía espejar el aire y apenas soplaba una brisa, todo parecía exhausto en la quietud de la canícula. Los pastos desprendían un fresco aroma a recién segados. Una liebre levantaba las orejas como si advirtiera el latente peligro cercano. Un búho perezoso se alzaba de un castaño emprendiendo su regreso al monte. Los conejos de la cañada respiraban aliviados.

Clara había salido con la primera luz a montar sus caballos y se encontraba en la pista con Celta. La tierra respiraba la humedad de la tormenta caída durante la víspera y que la noche había conservado en la fina arena del picadero. En breve la tendría que regar porque el calor secaría la tierra, envolviendo el trote de los animales en un denso y asfixiante polvo. Celta había amanecido vago, hasta el punto de soltar alguna coz cuando la amazona le exigía con la espuela que se desplazara lateralmente. Por lo general tenía buen carácter, pero sus malos días resultaban verdaderamente insoportables y Clara hacía ímprobos esfuerzos por someterlo. Los tonos del pasto bajo la tenue luz de primera hora eran anaranjados, casi del color intenso del azafrán. Las tórtolas emprendían sus vuelos quebradizos después de beber en la escasa charca junto a la pista. Un zorro se alejaba de los majanos decepcionado después de una noche sin presas.

Aquella mañana de agosto, Mercedes subió con Carlos al alba para ver a su hija montar bajo la supervisora y enamoradiza mirada de Manolo Cebrián. Mercedes había pasado las últimas dos semanas en Nueva York cerrando el lanzamiento de una nueva evolución de la vacuna contra el covid, que ahora se administraría por fin en pastillas, aunque a buenas horas habían llegado, pues aquel verano del 2022 el virus ya estaba casi olvidado, era una infección más. A pesar del *jetlag* se moría de ganas de ver a Clara y le intrigaba seguir su evolución después del tratamiento de Josiah. Estaba alucinada con la rapidez con la que parecía que sus brotes habían desaparecido del todo, casi como por arte de magia. Sus facciones se habían suavizado y dejado atrás las arrugas que la angustia de la locura parecía haber esculpido en su semblante, casi siempre crispado, como si una maligna fuerza la devorara por dentro sin que nada pudiera detenerla.

Sentado en una silla roja de plástico que promocionaba una conocida marca de bebidas gaseosas, Manolo Cebrián observaba silencioso a su pupila. El caballista estaba sorprendido con la evolución experimentada por Clara en los últimos tres meses. Había recuperado casi milagrosamente a la elegante y segura amazona que, no hacía mucho, era tan solo un despojo a punto de languidecer. Manolo la miraba con los ojos brillantes y cándidos. Ese fulgor no era solo debido al orgullo que un profesor siente por su alumna, ni el que un amigo experimenta ante el

restablecimiento de su amiga enferma; su mirada era diferente, colmada de admiración pero también seducida. Por primera vez, desde hacía pocos meses, Mercedes veía algo en él que iba más allá de la entrega, del anhelo o del deseo. Ahora eran los ojos satisfechos de quien se siente correspondido.

—Estos dos están liados, ya te lo digo yo, que soy su madre y estas cosas las huelo.

Clara llevaba semanas sin dormir en su cuarto de la casa de Navaluenga, pero cada mañana, a las siete, se la veía puntualmente montada en un caballo en la pista de doma junto a las cuadras. Mercedes había observado aquellas súbitas, casi furtivas desapariciones matutinas y enseguida su marido, que no sabía nada del tratamiento de su hija, se sintió inquieto al pensar que podría haber vuelto a caer en las drogas. Pero Mercedes, que tenía un sexto sentido para estas cosas, no dudó ni un segundo en descartarlo y en pedirle a Carlos que se enterara discretamente, porque ahí había un agitado cóctel de sentimientos.

—Eso parece... —le contestó Carlos con la mirada perdida en el suelo—. Según me he podido enterar, Manolo y nuestra hija llevan un tiempo juntos. Ella parece estar bastante enamorada, nunca la he visto así.

Clara manifestaba algún síntoma que quien no la conociera podría haber pensado que era parte de una nueva fase maníaca. Su madre lo descartó, pues, aunque veía cómo su conducta y, en general, sus formas parecían algo ansiosas, sabía, intuía más bien, que se debía a algo más mundano, más fresco. Para ella estar enamorada era parte de una añorada normalidad, de una anhelada forma de vida que nunca había sido posible por culpa de la dichosa bipolaridad que sufría. Pero aquellos sentimientos, cayó en la cuenta de repente Mercedes, también revelaban otra cosa, más sutil pero poderosa.

—A lo largo de los años, Manolo ha sido el único capaz de hacer reír a nuestra hija, podrían haber sido simplemente amigos, pero no es nada raro que esto esté pasando.

Mientras decía aquello, se quedó pensando. Desde antes de ir a Phoenix, Clara ya lo miraba de una forma diferente. De ahí vinieron sus ganas de recuperarse con tanta premura. No es que antes no hubieran sido numerosas las veces que Clara había estado comprometida con su recuperación, aunque luego descarrilara, pero desde que Mercedes percibió aquel brillo diferente en su mirada, aquel cambio en la forma de hablar y de comportarse cuando Manolo aparecía, Clara había insistido más que nunca en buscar una solución para su padecimiento, aunque esta fuera desesperada. De hecho, entendió Mercedes, fue entonces cuando le mencionó que seguía las prácticas poco convencionales de Josiah. Las buenas noticias habían llegado después del viaje que madre e hija hicieron a Phoenix, después del pinchazo, pues la mejoría que Clara había experimentado resultaba notable.

—A decir verdad, yo tampoco sé qué le ha pasado a nuestra hija desde que comenzó su nuevo tratamiento, pero claramente su recuperación es notable... No solo se ha enamorado, sino que ha desaparecido el tobogán de brotes y cambios emocionales. Ahora es capaz de dormir por las noches sin ayuda de ningún fármaco. El doctor Guzmán no da crédito, como sabes...

Sin duda, su médico de siempre se quedó muy sorprendido por el drástico cambio de su joven paciente. Cuando preguntó a Mercedes qué habían hecho allí para conseguir unos resultados tan visibles y en tan poco tiempo, la respuesta de ella, siempre fría, fue que habían probado un fármaco experimental, uno que Gattaca estaba usando en periodo de pruebas en Estados Unidos, pero que, dadas las estrictas políticas de confidencialidad, no podía darle más detalles todavía, aunque sería el primero en enterarse cuando tuviera la debida autorización.

A su marido le había contado el mismo camelo, aunque con él sí construyó una narrativa suficientemente científica como para que no la entendiera, pero que, al mismo tiempo, pareciera que estaba siguiendo las buenas prácticas de las que se supone jamás se alejaría por el hormigueo ético que había guiado su vida. Carlos no era un hombre de ciencia, pero sí una persona capaz de percibir las sutilezas que acompañan a la mejor armada de las mentiras, sobre todo aquellas que intentaba colarle su mujer. Pese a sus suspicacias, era tal la transformación sufrida por su hija, tal el dolor que parecía que se dejaba atrás, que no quiso preguntar demasiado. Se conformaba con su ignorancia pasajera, aunque tuviera que sofocar, a la fuerza, la voz interna de su intuición que le decía que algo no encajaba en aquel puzle, que algo no estaba del todo bien. Pero entonces espantaba esas dudas y se conformaba con verla mejor que nunca.

Al llegar, Carlos y ella cogieron otras dos sillas de plástico y se sentaron al lado de Manolo. Mercedes lo saludó cordialmente sin sacar ningún tema de conversación y, aunque el caballista era muy simpático y dicharachero, ella lo percibió tímido, retraído, quizá por su nuevo estatus sentimental, ese que le unía a su hija. «Le voy a hacer sufrir un poco», pensó ella, manteniendo el tenso silencio mientras Clara exigía a Celta una pirueta.

—Celta está un poco contraído de la boca, Clara, tócale con el pie derecho para que suelte...
—gritó el caballista.

—¿Cómo ves a Clara, Manolo? —preguntó Mercedes pensando en qué tipo de contestación le daría.

—Nunca la he visto tan bien —dijo sin dejar de observar las evoluciones de la joven.

La respuesta fue natural y directa. Mercedes percibió que había querido responder sobre la mujer a la que amaba y no sobre la amazona a la que aleccionaba y sonrió complacida. Sin duda le hacía una ilusión extraordinaria que Clara comenzara a ser feliz, sin que ello menoscabara su cautela y los muchos cuidados que le prodigaba. El tratamiento de Phoenix acababa de iniciarse, ni siquiera el propio Josiah podía imaginarse la metamorfosis repentina que había sufrido en ese corto periodo de tiempo. Aunque todo fueran buenas noticias o, más bien, precisamente porque todo eran buenas noticias, Mercedes no podía desprenderse de cierta incomodidad, como un molesto abejorro zumbando a su alrededor. Su hija y ella guardaban un enorme secreto. Carlos todavía no sabía que había sido editada genéticamente, lo cual hubiera provocado su oposición de manera frontal e inequívoca, demasiado bien lo conocía. Pero la incomodidad de Mercedes trascendía las mentiras que estaba contando a su marido, pues lo que más le preocupaba era que

el tratamiento estuviera yendo realmente bien, que no fuera un espejismo que se esfumase de pronto en el horizonte de sus esperanzas llevándose a estas por delante. No, no lo soportaría.

Clara parecía estar muy concentrada en su caballo, aunque de vez en cuando miraba de reojo a su madre y a su novio. La amazona puso su caballo al paso y se acercó a donde se encontraban los tres. Celta estaba empapado en sudor, en parte por el ejercicio que acababa de realizar, pero sobre todo por el intenso bochorno que ya se levantaba a esa hora de la mañana.

—Parecemos la familia de la Pantoja —dijo la joven, entre risas, viendo cómo sus padres y su novio la observaban y dando por hecho que sus padres conocían su relación sentimental con Manolo, aunque ella no se lo hubiera comunicado.

—¿Os parece que almorcemos todos juntos? Podemos ir a El Almacén, en Ávila, para celebrar la recuperación de Clara —soltó Carlos, quien quiso darle cierta normalidad a la situación.

La tarde había acrecentado el calor en Navaluenga en vez de disiparlo. Las piedras macizas de granito parecían disfrutar de la época estival, lejos de los gélidos fríos que soportaban el resto del año. El almuerzo había sido animado. Carlos y Manolo no pararon de hablar de caballos, dejando poco margen para otros temas. Mercedes se encontraba pesada de vuelta a casa, la comida había sido copiosa y cayeron más copas de vino de las que le hubiera gustado. Ahora, recostada en una *chaise longue* mientras Carlos releía un libro de Delibes, su cuerpo le exigía un merecido descanso. El Almacén era uno de sus restaurantes favoritos. Situado junto a un antiguo molino en la ribera del río Adaja, había sido reformado hacía diez años con un estilo más moderno del que cabría esperar sin llegar a resultar molesto, pues mantenía la esencia de una decoración castellana y acogedora. Además de unas magníficas vistas de la muralla de Ávila, el restaurante gozaba del sonido hipnótico del agua circulando por el molino, infatigable y sedante. Pero lo que realmente encandilaba a Mercedes era el olor a leña de encina que tanto sus brasas como sus hornos desprendían. Todos los sentidos se activaban: la vista, el olfato, el oído, el gusto...

Su mirada se quedó perdida en la pantalla del iPad. Aunque tenía su correo abierto, las letras le resultaban borrosas y los párpados le pesaban. Cuando estaba a punto de cerrarlos, Carlos, que además del vino se había tomado un *gin tonic* para no dejar a Manolo beber sin compañía y se encontraba bastante animado, decidió darle conversación a su mujer, muy a pesar de ella. Hacía un rato que parecía darle vueltas, intentando animarse a decir algo.

—Veo muy bien a Clara, Mercedes. Como te decía antes, creo que esta nueva medicación realmente la puede cambiar para siempre. Estoy muy ilusionado...

Mercedes asintió levemente, adormecida.

—¿Puedes volver a contarme en qué consiste? —insistió Carlos con fingida inocencia y mal disimulada intención—. Me tiene fascinado lo que está mejorando.

—Ahora estoy muy cansada, Carlos, luego lo hablamos... —susurró Mercedes, como si ya

estuviera a punto de caer, aunque en realidad solo pretendía evitar volver a hablar de aquel tema espinoso.

—Por cierto, llevo tiempo queriendo preguntarte por Anne —prosiguió él—. ¿Cómo está? Hace bastante que no se nada de ella.

Sin duda el *gin tonic* le mantenía locuaz, conversador, aunque Mercedes quería evitar ambas preguntas a toda costa. ¿Por qué le preguntaba por Anne ahora? ¿Justo ahora...? Era cierto, se dijo Mercedes, que añoraba a su amiga Anne, y era consciente de que llevaba tiempo evitándola, rechazando sus llamadas y dejando de contestar sus mensajes.

—Está muy bien, Carlos... —El tono era intencionadamente seco, no tenía ganas de hablar—. ¿Me dejas dormir un rato? Estoy agotada...

—Claro, no te preocupes. En cualquier caso, había pensado en llamarla luego. Así me pongo al día con ella, que últimamente está desaparecida, y de paso me explica el tratamiento de Clara, que es mucho más didáctica que tú... —dijo irónico—. Duerme tranquila.

A Mercedes se le aceleró el corazón. Sin abrir los ojos para disimular el sobresalto, su cuerpo y su mente despertaron de sopetón. Anne no debía de hablar con Carlos directamente de aquel asunto porque podría acabar precipitándose la sospecha de ambos. Obviamente Mercedes contaba con que Anne y Carlos se encontrarían antes o después, aunque desde que Deniz le abrió los ojos sobre la posibilidad de conocer a un *biohacker* que pudiera solucionar el problema de su hija, Mercedes, sin poder evitar sentirse culpable, había empezado a distanciarse disimuladamente de su mejor amiga. Siempre que esta la llamaba para comentar temas de trabajo, Mercedes se limitaba a resolver las cosas más urgentes, dándole a su voz un tono imperioso, como apremiado por otras responsabilidades, para que los asuntos de más calado se reservaran para los comités de dirección o los consejos de administración: así conseguía reducir la interacción directa. Por otro lado, cuando Anne le preguntaba por aspectos más personales, ella respondía con una sonrisa y decía «Todo genial, querida», «Clara mejorando a marchas forzadas», y luego ponía de excusa un compromiso para evitar que la conversación continuara por aquel cauce peligroso que desembocaría en enojosas explicaciones. Incluso alguna vez había fingido que la llamaban para una reunión. Su amiga no era tonta y sabía que algo sucedía entre ellas, pero probablemente no quería darle más importancia: Mercedes tenía muchos frentes abiertos y necesitaba su espacio. Ya llegaría el momento en que vomitara sus confidencias como era habitual. Demasiado bien la conocía.

Carlos, por su parte, llevaba meses extrañado de que Mercedes y Anne no se vieran con la frecuencia habitual. Era verdad, razonó, que la americana solía pasar la primavera y el verano entre San Francisco y Nueva York, con sus múltiples compromisos universitarios en Berkeley y los líos de Gattaca, y solía dejarse ver más por España en el otoño y el invierno. En cualquier caso, Mercedes tampoco hablaba tanto de su amiga, lo cual le hizo pensar, como siempre había sospechado, que la relación de ambas se estaba erosionando dada la intensidad de la convivencia. Carlos había incluso hablado de esto con Mercedes en el pasado... «Acabaréis a leches, no se

puede estar discutiendo por temas de curro y luego compartir confidencias como si tal cosa», la advertía, mientras ella, sin dignarse a contestarle, se quedaba pensando que era un soberbio por esos pronósticos tan poco halagüeños sobre la relación con su amiga. La intuición de Carlos y su pedantería intelectual confrontaban con su inocencia en ciertos aspectos de la vida una vez más.

—No llames a la pobre Anne, Carlos. Está muy liada... —intervino Mercedes desprendiéndose de parte de su letargo—. Además, me parece poco considerado que necesites una explicación suya cuando te lo he dejado claro ya varias veces. ¿Acaso dudas de mí?

El grosor de la piedra de los muros medievales de la casa de Navaluenga no frenaba el intenso calor y el salón no tenía la frescura a la que estaban acostumbrados fuera de las épocas estivales. A Mercedes, que todavía disimulaba su cansancio, le cayó un goterón de sudor, dado el cariz que estaba tomando la conversación. «Me he puesto demasiado a la defensiva», pensó. Efectivamente, Carlos quiso hurgar de inmediato en aquella respuesta, pues era muy sensible a los mecanismos de su mujer cuando esta se enredaba en una mentira. La miró como queriendo escrutar lo que cruzaba por su mente igual que una nube densa que le hacía fruncir el ceño como él bien conocía. Transcurrieron unos minutos en silencio, apenas rotos por el zumbir de los abejorros. Un eco mudo, colmado de tensión, cortó el aire. Carlos se incorporó, dio un sorbo al vaso de agua que tenía en la mano y se dirigió a su mujer cambiando su tono, levemente ebrio y festivo, por otro más serio y profundo, aunque no exento de cierta candidez.

—Mercedes, todo parece irle tan bien a Clara que no se si me atrevo a decirte... Bueno, llevo un tiempo pensando... Verás, creo que me estás ocultando algo. —Ella tragó saliva, sabía lo que su marido iba a decir a continuación—. Después del viaje a Estados Unidos, nada ha sido igual. Desde luego mi hija es una persona diferente, para bien, sin duda; está mejor que nunca, eso no lo pongo en duda... —Bebió nuevamente y miró a Mercedes directo a los ojos—, pero también la observo en exceso irreconocible. Por otro lado —atajó la eventual interrupción de Mercedes—, tú llevas poniendo distancia entre nosotros un tiempo, meses antes del viaje diría, aunque después tu tensión solo ha ido en aumento y, además, creo que no solo es conmigo... En cualquier caso, querida, soy el padre de Clara y tu marido, merezco saber cómo has obrado este milagro. Algo no me cuadra.

Dijo esto y se cruzó de brazos. Su postura resultaba algo amenazante, como la de un padre que espera las explicaciones de un hijo adolescente.

Mercedes enmudeció. Su mirada se perdió por la ventana en el vuelo de unos tordos que cantaban alegres en el patio, ajenos a aquella tormenta que empezaba a cernirse sobre la pareja. Se incorporó para coger la taza de poleo-menta que estaba sobre la mesa y le dio un sorbo. Luego miró a Carlos, que no apartaba la mirada de la suya. Sabía que ella era un libro abierto para él, demasiado se había alargado aquella agonía. La mentira era inasumible, pues solo tenía que interpretar cada minúscula reacción de su rostro y leer en este que algo no iba bien.

—El viaje ha salvado a nuestra hija, Carlos. ¿Acaso hay algo que importe más? —susurró Mercedes con la voz entrecortada y enfrentando sus humedecidos ojos con los de su marido. Se

sabía vencida y tenía que afrontar la realidad, pero sus intentos eran lastimosos. Bajó la mirada.

—¿Qué pasó allí? —El tono de él ahora era rotundo, cortante.

Levantó la vista hacia el paisaje, ensimismado, sabiendo que iba a escuchar algo que no le gustaría del todo.

Mercedes notó cómo se aceleraba su corazón. Se enfrentaba a su propio espejo, al estrecho corredor que solo podía desembocar en una precipitada confesión, cara a cara con la rendición de cuentas, para bien o para mal... Para bien y para mal. Se doblegó. Envuelta en un llanto contenido pero descorazonador le contó a Carlos todo lo que había hecho, desde sus maniobras para financiar a través de Gattaca al chino que modificó genéticamente a dos niñas, pasando por las donaciones desproporcionadas al doctor Anderson, su amistad con Deniz, y, finalmente, la diabólica relación con Josiah Zimmer que propició la bendita —o maldita, quién sabía ya— inyección de Phoenix. Todo. Confesó hasta el último detalle, como si vaciara su alma. Y no solo le contó lo que hizo, sino que le recordó por qué obró así: le explicó que sus valores se acabaron cuando el sufrimiento de Clara se hizo insoportable; le recordó que una madre vive por y para su hija, que se sentía impotente al verse capaz de mover los hilos del mundo, pero incapaz de salvar a quien más quería, a quien más la necesitaba.

Lejos de mostrarse comprensivo, Carlos, que acostumbraba a ser templado, fue enrojeciendo a medida que escuchaba aquella confesión de su mujer, pautada por hipos y sollozos. Nunca, ni Mercedes ni nadie, lo había visto en tal estado. Se incorporó con violencia y lanzó el vaso contra una pared. Luego, con los ojos inyectados en sangre y el rostro contraído en un gesto de amargura espetó a su mujer: «¿Qué le has hecho a mi hija? ¡Chalada!», estrelló un jarrón chino violentamente contra el suelo de mármol e incrustó su puño derecho en la pared de piedra granítica, con lo que le comenzaron a sangrar los nudillos. Prosiguieron sus improperios: «¡Eres la doctora Frankenstein!», bramaba, yendo de aquí para allá mientras Mercedes permanecía encogida, hecha un ovillo tembloroso. Así pasaron unos tensos minutos hasta que Carlos, todavía fuera de sí, salió por la puerta para que le diera el aire del campo, aquel aire agostado, abrasador.

Mercedes se quedó sola, paralizada y pálida. Se apoyó en una pared y se dejó caer. Lloró un rato largo, atragantada por un correoso nudo en el pecho.

XXIV

Aquella noche no logró conciliar el sueño. Subió a su habitación sin cenar y con un cartón de Marlboro debajo del brazo. Se sentó en su butaca a pensar. Algunos sollozos interrumpieron un silencio mudo. El cenicero se cubrió aceleradamente de colillas, y la ceniza rebosó el recipiente manchando el cobertor blanco que cubría la mesa camilla que tenía delante. Se quedó ensimismada mirando por la ventana la lóbrega noche de verano, sin fijar su mirada en nada, ni siquiera en la tenebrosa luna llena que lucía resplandeciente en el cielo estrellado, como un ojo acusador. A medida que fue avanzando la madrugada, las nubes cubrieron el cielo estrellado y se vislumbraron algunos rayos a lo lejos que no tardaron en convertirse en una atronadora tormenta eléctrica. La oscuridad, iluminada por las destellantes ráfagas de relámpagos y rayos, dibujaba siluetas fantasmagóricas en el paisaje que se divisaba desde el ventanal. Mecánicamente, uno detrás de otro, iba encendiendo cigarrillos a los que daba un par de caladas y luego apagaba, sin llegar a consumir ni la mitad. La embargaba una enorme sensación de amargura —de miedo casi— que la consumía, algo que iba más allá de la discusión con Carlos, pero que no conseguía descifrar.

A las seis y media despuntó el alba con su luz ansiada. Los pastos húmedos y amarillentos comenzaron a recuperar sus colores. Un corzo pastaba, magnífico y solitario, en la cañada de la Magdalena. La luna se despedía tenue por el oeste, mientras las briznas de la madrugada se proyectaban en la muralla de la entrada a la casa. Poco después, movida por un destello de sol que rebotaba en el agua de la fuente deslumbrándola, Mercedes se recompuso, se levantó y se metió directa en la ducha. Una hora más tarde salió de su habitación reluciente, perfectamente maquillada, especialmente el contorno de los ojos, para disimular las nebulosas ojeras que la noche en vela habían dejado en su rostro. Se vistió como si fuera a ir a la ciudad, traje de chaqueta y pantalón. Bajó a desayunar.

En el comedor, como se temía desde la noche anterior, Carlos la esperaba de espaldas a la entrada, sentado tomando un café. Pasó delante de él hasta llegar a su sitio, que habían preparado justo enfrente. No cruzaron palabra. Mercedes entendía que, aunque todas las explicaciones le correspondían a ella, el brote violento de Carlos requería que él diera el primer paso.

—Ayer perdí los nervios, lo siento —dijo mirando a su mujer mientras ella se sentaba en la silla de madera del siglo XIX tapizada con una hermosa tela de seda color salmón.

Luego volvió el silencio, el turno ahora era suyo, pensó Mercedes mientras se servía su té en una taza con unos estampados florales que nunca le habían gustado.

—Carlos, lo que he hecho no está bien, es ilegal, inmoral y lo he hecho a tus espaldas, lo siento profundamente. Aun así, ha sido solo por nuestra hija, fue iniciativa suya y tenía su completo conocimiento y beneplácito. A veces nos olvidamos de que está enferma, sí, pero no inhabilitada. No es tonta, aunque a veces lo parezca.

Aquella primera explicación no convenció para nada a Carlos, que meneó la cabeza desaprobador y empujó la taza de café como si le estorbara. ¿Acaso intentaba Mercedes decirle que todo lo había hecho porque Clara se lo había pedido? Con los antecedentes que tenía, simplemente no era creíble... Fundadora de Gattaca, su socia y mejor amiga inventora de CRISPR, impulsora en la sombra de las primeras niñas modificadas genéticamente por un chino, íntima amiga —por interés— del premio Nobel que descubrió la forma helicoidal del ADN —con un hijo esquizofrénico al que estaba obsesionado por curar, por cierto—, con una personalidad que siempre jugaba al límite de lo legal y lo moral, amiga de *biohackers*... «Su coartada es insostenible», se dijo fríamente. Ella lo sabía, pero no tenía más argumentos que los que estaba dando... ¿Por qué? Porque la verdadera razón por la que Mercedes había hecho aquello, y Carlos lo sabía, era inconfesable, sobre todo para una persona de valores tan inflexibles como él: aquel fin, la salud de su hija, justificaba cualquier medio. No, no todo valía para Carlos.

—Mercedes, lo hecho, hecho está. —Carlos había dejado definitivamente su café y se disponía a levantarse, aunque no había terminado de hablar—. Ojalá que a nuestra hija la hayas salvado; si fuera así, te estaré siempre agradecido. En cuanto a nosotros, me has traicionado de la forma más cruel con aquello que más me importa, lo que más nos importa a ambos. Nunca podré mirarte de la misma forma, nuestra relación está acabada.

Mercedes ya no tenía la mirada lacrimógena. Estaba simplemente agotada, seca. Sabía que no había nada que hacer, había asumido que, entre los riesgos que aceptaba, la pérdida de confianza de Carlos era el más probable. Su relación siempre había sido complicada.

El iPhone de su marido sonó antes de que ella pudiera intentar remediar con alguna palabra la grieta insalvable que se acababa de abrir entre ellos. Buscó unas gafas pequeñas que guardaba en el bolsillo interno de su americana y miró la pantalla para leer el nombre de Manolo Cebrián.

—Qué querrá Manolo ahora, luego lo llamo —dijo esperando la respuesta de ella a su declaración de intenciones.

—Carlos, entiendo tu enfado... —siguió Mercedes.

El teléfono que la interrumpió entonces fue el suyo, con el tono de la canción *Moon Shadow* de Cat Stevens que sonaba cada vez que la llamaban. Buscó en su bolso y tardó en encontrar el aparato. Cuando lo cogió y miró la pantalla en seguida clavó la mirada en su marido. Había cierta preocupación en su rostro.

—Es Manolo, ¿qué querrá? Lo voy a coger —afirmó contundente y temerosa.

Aquel día de agosto tenía el intenso aroma de la tierra húmeda que anticipa una tormenta por el este, frente a un atardecer que proyectaba un color en los pastos ambarinos y recién segados de las cañadas y los prados de Navaluenga. Las encinas de la dehesa movían levemente sus ramas recogiendo la brisa que más tarde se convertiría en viento. Un relámpago aislado y lejano se proyectaba en la charca de Frades, por donde avanzaban en formación diez personas —a una distancia de quince metros entre unos y otros— provistas de perros y dando voces. Alguien hubiera pensado que se trataba de cazadores al acecho de las escasísimas codornices que se dejaban ver en la época estival en Castilla, si bien ese año los pastos eran malos y aquella ave migratoria no se había sentido atraída por aquellas tierras, había preferido acudir más al norte, a Burgos, quizá, o a Soria. La formación avanzaba despacio, concentrada, las voces que daban parecían quebradas, afligidas, carentes de esperanza.

Era el tercer día de búsqueda. Acostumbrados a la suavidad de movimientos de Clara, los caballos llevaban días espoleados por jinetes que la buscaban desesperados en el denso monte de chaparro y encina de la finca. Clara había sido vista por última vez la tarde que había comido con sus padres en El Almacén. En el coche de vuelta había sufrido un repentino ataque de ansiedad, se retorció las manos y su respiración estaba en exceso agitada, les refirió Manolo a Mercedes y a Carlos, y no tenía ninguna medicación a mano. Intentó calmarla el resto del trayecto y ella, con los ojos cerrados, sudaba. Ya llegada a la casa de su novio, donde llevaba instalada semanas, se tomó apresurada un ansiolítico y otra medicación que Manolo no reconoció, y no hizo caso a la recomendación de este de llamar al doctor Guzmán y a su madre. «Estoy bien, descansaré un rato y me despertaré como nueva —respondió ella—, es parte del proceso». Él se quedó tranquilo, debía ir a recoger una yegua a una finca en Mérida, por lo que estaría esa noche fuera de casa. La dejó durmiendo profundamente la siesta, casi desvanecida, cuando se fue a las cuadras a buscar a Lucas, el mozo, con quien haría el viaje en su camión esa tarde para volver de madrugada la jornada venidera.

Eran las diez de la mañana del día siguiente cuando Manolo entró por la puerta de su casa. Se detuvo en seco. No dio crédito a lo que veía. La casa de Manolo era cómoda pero sin lujos. Situada en las afueras de Muñico, era como todas las de la zona: de piedra, de un par de plantas, con una amplia azotea que vestía unas vigas de madera vistas, donde él había colocado una gran pantalla y un cómodo sofá para ver series con Clara, ya que ambos eran aficionados a ellas. En la planta principal se abría un gran salón comedor con funcionales muebles de Ikea y las paredes estaban plagadas de fotos de caballos de los que Manolo tenía buenos recuerdos, y de concursos en los que había obtenido resultados relevantes, incluida la olimpiada de Pekín. También había numerosas fotos de Clara montando, algunas de ellas cuando era todavía muy joven, apenas una niña de aspecto saludable y feliz, con una sonrisa luminosa y hoyuelos en las mejillas. Al final de un corto pasillo se abrían dos cuartos, uno de invitados que utilizaba habitualmente de trastero, y otro principal, que ahora compartía con su novia. La decoración era modesta, fácilmente podías tropezarte con una montura que estaba arreglando o con un bocado a medio engrasar. También

tenía su botiquín para las urgencias de los equinos, donde guardaba desde tranquilizantes hasta inyecciones, pasando por todo tipo de pomadas, ungüentos y vendajes.

Nada más abrir la puerta de madera que daba acceso a la vivienda, Manolo notó el caos. La casa estaba patas arriba, todas las fotos enmarcadas de las paredes habían sido estrelladas contra el suelo, que ahora estaba alfombrado de cristales. En su cuarto la ropa yacía desperdigada encima de la cama y por el suelo. Al entrar a la cocina, que conectaba con el salón, vio la vajilla hecha pedazos en el suelo y la cubertería desparramada, como si un vendaval apocalíptico hubiese pasado por su casa. Le llamó la atención una mancha roja que parecía sangre sobre la encimera blanca, donde un cuchillo de cocina parecía haber cortado un trozo de carne.

No vio a Clara por ninguna parte. La llamó compulsivamente, primero de viva voz, recorriendo inútilmente las estancias; luego al móvil, pero parecía tenerlo desconectado y en sus mensajes no aparecía el doble tic de haberlos leído. Lo tenía apagado, sin duda, se dijo de pie en el salón, sin saber qué más hacer. Tras levantar unos libros que había desparramados por el suelo, se encontró su iPhone. Palideció y tuvo que sentarse.

Su primera intuición le decía que había habido un atraco. Pero ¿quién iba a robarle a él? Se estremeció pensando a toda velocidad en otras opciones. ¿Un secuestro? Clara sin duda era una persona por la que pagarían una buena recompensa, pero tampoco le encajaba aquello, vivían en una zona extremadamente segura. Se pasó una mano nerviosa por los cabellos, anonadado, como si hubiera recibido un mazazo. El timbrado de su móvil le hizo pegar un salto.

—Hola, ¿Clara? ¿Eres tú?

—No, soy María...

Era la mujer del veterinario de Muñopedro y vecina suya. Estaba preocupada por una visión que había tenido de madrugada. Era de noche en plena tormenta, los relámpagos destellaban y permitían entrever un fantasma con forma de mujer montada en un caballo claro, galopando descontrolada cerca del pueblo, semidesnuda, creía ella, añadió con voz angustiada.

—No pude apenas ver quién cabalgaba en aquel corcel, pero el caballo me pareció de los tuyos, Paco, conozco bien la yeguada, aunque no se distinguía nada.

Mientras hablaba con aquella mujer, Manolo observó que el cajón de la mesa de su despacho, ese donde guardaba el botiquín con medicamentos de los caballos, que había escondido bajo llave por indicación expresa de la propia Clara cuando empezó a convivir con él, había sido forzado. De un vistazo echó de menos la ketamina, el tranquilizante que alguna vez había utilizado para atemperar a los potros cuando subían al camión.

Mientras rastreaba sin esperanza por la casa aquellos anestésicos, escuchó el sonido de los cascos de un caballo galopando por el camino de asfalto. Temeroso al tiempo que esperanzado se asomó a la ventana pensando que podría ser Clara. Manolo se estremeció cuando vio que el caballo galopaba solo, con la montura volteada en las tripas, como si su amazona se hubiera caído y Celta, asustado, hubiera vuelto a casa solo. Entonces tomó la decisión que había estado aplazando hasta ese instante. Llamó a Carlos. «Coge el teléfono, cabrón», masculló mientras

escuchaba un tono detrás de otro sin respuesta. Nada... Sabía que Mercedes lo cogería y no dudó en llamarla acto seguido.

—Mercedes, ¿Clara está contigo?

—¿Cómo? —La voz de Mercedes era tenue después de la noche que había pasado y de la conversación que estaba teniendo con Carlos en ese momento—. No. ¿Qué pasa, Manolo?

—No te quiero asustar...

Ella puso el teléfono en altavoz y escucharon estremecidos lo que Manolo les contaba con una voz que se esforzaba por sonar serena. Ya estaban subidos al Land Rover aparcado en la puerta de la casa antes de colgar con él, y se dirigieron a toda velocidad a su casa. «Por el camino rural es más rápido que por el tramo de la general», indicó Mercedes y Carlos dio un volantazo. Aquel corto trayecto se les hizo interminable. Cuando llegaron, empujaron la puerta que estaba abierta y encontraron a Manolo sentado en una silla con la cabeza apoyada en la mesa del comedor de madera. Lloraba desconsolado, la respiración entrecortada. Mercedes observó que por allí parecía haber pasado un huracán. Él estaba sentado entre un revoltijo de papeles que había esparcidos por la mesa: dibujos, escritos que parecían poemas. Manolo se incorporó: en su mano derecha tenía un folio con unas líneas escritas. Las letras parecían temblorosas y los renglones estaban inclinados, menguantes.

—Es una carta de Clara. —Levantó el papel y se lo entregó a Mercedes, quien lo cogió con el pulso disparado, sin poder calmarlo. Se sentó apoyando el folio sobre sus rodillas y lo leyó en voz alta.

Querido Manolo:

Si estás leyendo esta carta es porque no aguanto más. Ahora que estoy en un momento estable he preferido redactar estas letras a modo de explicación para que te la encuentres entre mis papeles más íntimos cuando me pegue un picotazo mi enfermedad, con uno de esos brotes en los que soy incapaz de reconocermé. Sé muy bien que será para ti del todo insuficiente, pero quiero explicarme, despedirme. El diablo que llevo dentro solo se irá cuando yo lo mate. Aunque me vaya a llevar por delante a mí también, hoy le ha llegado la hora.

Todavía no ha hecho un año desde que descubrí que estaba enamorada de ti, con aquel primer beso que tuviste la osadía de robarme cuando todavía deambulaba enferma como un fantasma por las salas frías de la casa de Navaluenga. Entonces, como me ha pasado casi toda mi vida, había perdido la alegría de vivir. Convertiste el oscuro laberinto al que mi naturaleza me tenía condenada en un espacio abierto y luminoso, sin paredes y sin puertas, lleno de esperanza.

Para el motor de esa esperanza encontré en mi madre el combustible con el que avanzar hacia mi cura definitiva, esa cura que conseguiría que me entregara a ti sin ser una carga. Ella es una luchadora, un Atlas capaz de llevar el mundo sobre sus hombros, con la suerte de

que no ha dejado de vivir por y para mí. Era el momento de aprovechar toda mi suerte como hija y compensar el infortunio de tener una cabeza tan loca. Aunque había entregado su vida a buscar una cura para enfermedades como la mía, siempre se alzaba una barrera infranqueable que nunca hubiera sobrepasado si no se lo hubiera pedido personalmente, y, dado que ansiaba tanto curarme para ser feliz junto a ti, la empujé a romper su delgada pero firme escala de valores.

Impaciente porque me editaran, acudí hace unos meses a un laboratorio secreto que ella había financiado para Josiah Zimmer, el pirata genético que me curaría. Aunque ilusionada, aquel pinchazo, que tenía que cortar el trozo enajenado de mi ADN para cambiarlo por uno cuerdo, nunca funcionó, ni por un instante. Muy pronto me di cuenta, aunque nada le dije a mi madre ni al hacker ni a nadie... Me resigné. El anhelo por estar sana no seguiría los caminos inexpugnables de la ciencia, no atendería a la razón. Solo me quedaba rearmarme con la espada del amor y hacer de tripas corazón, nunca mejor dicho. Durante este tiempo he fingido estar sana, con todo el pesar que eso me supone y que agrava mi enfermedad. Todo lo hice por ti, por lo que me regalaste. Amor y esperanza.

Desafortunadamente, el amor no es arma suficiente cuando se trata de vencer a la naturaleza. Vuelven los brotes y estos no son controlables; por eso, resignada, me dejo llevar por lo que me ha tocado padecer y te abandono agradecida. Me has dado lo más importante, un corazón esperanzado y loco... por ti.

Te quiere,

CLARA

El ladrido del teckel de Diego, el hijo del pastor, dio la voz de alarma. Los caballos, nerviosos, como si entendieran el idioma del perro que aullaba, aceleraron y subieron monte arriba, rompiendo las jaras y trepando por las rocas que llevaban hasta el pico de Silla Jineta. La voz de los jinetes bramó potente y sin esperanza: «¡Está aquí...!». Mercedes interpretó el tono y se estremeció. Cuando llegó alcanzó a ver un cuerpo. Era su hija. El niño que la había encontrado estaba paralizado mirando el cadáver, lívido. Clara se había inyectado suficiente cantidad de ketamina como para acabar con tres mulas. Letal. A Mercedes le fallaron las piernas. Se echó en brazos de Carlos y se descompuso.

AÑO 2073

Siempre imaginé que el Paraíso sería algún tipo de biblioteca.

JORGE LUIS BORGES

XXV

El delta del Nilo se antojaba como un abismo. El gran astro despertaba por el este proyectando una luz tenue color aloque. Un largo dique de siete estadios unía la playa con la isla de Faro. A ambos lados del gigantesco espigón confrontaban dos puertos: el Gran Puerto en la parte oriental, el más importante y donde atracaban los temidos trirremes griegos con sus formas aerodinámicas y bélicas; y el Puerto del Buen Regreso en la parte occidental, donde se abarloadaban las dahabiyas y las falucas con sus bulliciosas cofradías de comerciantes a punto de zarpar para surcar el vasto Mediterráneo. Traían mercancías que se apilaban en los muelles: recios lingotes de bronce de la península ibérica, dúctiles barras de estaño de Bretaña, el apreciado algodón y las especias de las Indias o finísimas sedas de la remota China. Un gigantesco faro de más de cien metros de altura y treinta de anchura emergía majestuoso para atraer a los barcos con un gran espejo en su cúspide que reflejaba la luz solar durante el día y la de una hoguera durante la noche. Las piedras areniscas y calizas que lo conformaban hacían de aquel prodigio de la ingeniería un bloque macizo e imponente que se alcanzaba a ver a mucha distancia, más de cincuenta kilómetros, según decían. En su cara norte, la que daba al mar, había una gran inscripción en honor al dios Zeus.

El despertar en Alejandría en el siglo III a. C. era concurrido y animado. Las calles hervían de gentes bulliciosas y enérgicas; los comercios, rebosantes de comerciantes, compradores, esclavos y funcionarios en su quehacer cotidiano. Flotaba un olor intenso a pescado y dátiles y al sudor de bestias y hombres. El retumbar de las ruedas de los carros contra los adoquines desencajados y el constante trote de los cascos de los caballos proyectaba viveza y dinamismo en la ciudad. Era, además, una urbe opulenta y orgullosa, se notaba en sus gentes elegantemente vestidas.

Sofía levantó la mirada y observó un gran palacio de mármol con un inmenso jardín repleto de estatuas que mostraban la belleza de cuerpos masculinos desnudos, alternando con fuentes que regaban con caudalosos chorros las nobles piedras de sus estanques. Enfrente de aquel palacio, en el lado opuesto del jardín, se levantaba otro enorme edificio de mármol. «Ese debe de ser el museo», pensó. Avanzó hacia él boquiabierto, casi reverencial. Los Ptolomeos habían engrandecido aquella ciudad, qué duda cabía, pero el edificio hacia el que se dirigía tenía una enorme carga simbólica. En él se decidió concentrar todo el saber de la época. La palabra «museo» se empleó como homenaje a las musas, diosas de las artes y las ciencias, recordó. Aquel era el símbolo por excelencia del conocimiento universal y lo seguiría siendo hasta más

allá de su propia destrucción. Sofía se consideró afortunada por tener la oportunidad de entrar en aquel hermoso edificio.

Bajando por las recias escaleras de entrada, Sofía divisó a un señor mayor con barba blanca que se acercaba a ella. Su gesto era serio y reconcentrado. Tenía una cara redonda y circunspecta, con una gran calva donde brillaba el penetrante sol que caldeaba esa húmeda mañana alejandrina. Por encima de sus orejas y en la nuca lucía un pelo gris como si fuera una corona, que se unía por las patillas con una frondosa barba del mismo tono canoso. Aquel elegante hombre llevaba una larga túnica blanca con una banda gualda que se sostenía con un broche de bronce a la altura del delgado hombro. Descendía hacia ella con cierta dificultad, mal disimulando una acuciante artrosis que apenas le dejaba bajar un escalón sin torcer el gesto de dolor. Sus sandalias de esparto estaban vagamente atadas por unas correas de cuero que se habían deshecho y colgaban sueltas a la altura del tobillo. Cuando llegó a donde Sofía se encontraba, volvió a contraer el rostro, pero esta vez no de dolor, sino como si aquel encuentro no fuera más que una pérdida de su precioso tiempo.

—Sofía de Grijalba, a la que llaman Hipatia, ¿verdad? —La miró con el ceño fruncido y sin sonreír.

—Así es. ¿Y usted es...? Su cara me suena, pero no caigo —preguntó Sofía arqueando las cejas.

—Arquímedes de Siracusa. Me han encomendado la labor de hacerle de guía del museo..., como si no tuviera cosas más importantes —dijo airado, entre dientes.

Sofía rio sin disimulo, era una carcajada franca.

—Pues estoy en sus manos, señor Arquímedes. No creo que vuelva a tener como cicerone para conocer la Biblioteca de Alejandría a uno de los matemáticos más prominentes de todos los tiempos, veintitrés siglos después...

—¡Basta de cháchara, que no ando sobrado de tiempo, ni usted tampoco! —espetó el siciliano mientras se ponía en marcha y subía las escaleras pugnando en el empeño con dificultad.

Accedieron por una enorme puerta de bronce con nueve relieves donde se distinguían las figuras de Calíope, Clío, Erato, Euterpe, Melpómene, Polimnia, Talía, Terpsícore y Urania, las musas griegas, que ella conocía de memoria. Tras el portón llegaron a un largo y ancho corredor desde donde se abrían múltiples espacios diáfanos dedicados al saber en diferentes disciplinas: un jardín botánico con árboles y plantas de todos los países conocidos, un gran zoo con animales exóticos —muchos ajenos a aquellas latitudes—, un observatorio astronómico y una amplia sala de anatomía. En esta última, comentó Arquímedes como si fuera algo que debería sorprender a Sofía, se hacían disecciones de cadáveres que habían pertenecido a criminales de la zona. Diríase que Arquímedes campaba a sus anchas, a pesar de su visible cojera, y continuó la visita a buen ritmo por un edificio anexo que se conectaba con el que acababan de dejar a través de un maravilloso y bien cuidado jardín. En él, Sofía observó habitaciones austeras a modo de residencia. Allí habitaban multitud de intelectuales de diferentes disciplinas: gramáticos,

médicos, científicos, filósofos, historiadores y geógrafos, explicó el sabio. Todo financiado por Ptolomeo III —extendió los brazos como para abarcar cuanto se veía—. Los sabios, agregó didáctico, además de investigar y estudiar, dedicaban una importante parte de su tiempo a la docencia, e impartían conferencias a los jóvenes que se acercaban de todas partes atraídos por el noble afán de aprender.

Diciendo esto, Arquímedes se dirigió a una enorme sala al aire libre que Sofía enseguida identificó con un vuelco de corazón: estaba entrando en la Biblioteca. Una larga columnata de pilastras de mármol hacía de distribuidor del espacio. El edificio contaba con innumerables salas de lectura, salas de reuniones, jardines y aulas para la docencia... Varios lectores caminaban por los paseos portando rollos hacia las estanterías. Los depósitos de papiros parecían infinitos y Sofía se sintió tentada de tocarlos, aunque sabía que aquello le estaba vedado. Sobre cada estantería alcanzaba a ver una inscripción, en griego antiguo, que decía: $\psi\upsilon\chi\eta\varsigma\ \iota\alpha\tau\rho\epsilon\acute{\iota}\omicron\nu$, «el lugar de la curación del alma». Al fondo había una dependencia colectiva donde algunos sabios ataviados con sus blancas túnicas disfrutaban de su almuerzo. Se volvieron para mirarla y uno de ellos se acercó con una sonrisa, como si la reconociera.

—Hipatia, ¿cómo estás? Bienvenida a la Biblioteca. Estamos muy honrados de tenerte aquí, deseosos de escuchar tu ponencia. Tienes a miles de personas inscritas.

—Muchas gracias por invitarme. Usted debe de ser Galeno, ¿no es así? Encantada de conocerle, doctor. —Sofía había contestado con absoluta normalidad sin reparar en que, nuevamente, se habían referido a ella como Hipatia.

—Gracias por hacer el *tour*, Arquímedes —dijo el médico mirando al matemático mientras se giraba hacia Sofía con una sonrisa pícara—. Espero que este genio de los números no haya sido muy gruñón con usted. —Sofía rio mirando con cierto afecto a Arquímedes—. Acompañeme por aquí, tenemos el anfiteatro ya lleno de gente esperándola.

Salieron de la Biblioteca en dirección a un gran espacio habilitado con unas gradas altas en forma de semicírculo con un ángulo acentuado, casi superior a 180 grados, con un enorme aforo para conferencias como la que iba a tener lugar ese mismo día. Cuando entró se quedó impresionada por la cantidad de público que parecía esperarla impaciente. Habría concentradas unas mil personas que se levantaron al unísono para recibirla con un caluroso aplauso cuyo eco tardó en disolverse en un silencio respetuoso y expectante.

—Buenos días a todos —tomó la palabra el doctor dirigiéndose desde el estrado a los espectadores—. Hoy tenemos con nosotros a Sofía de Grijalba, Hipatia para nosotros, quien nos dará una clase magistral sobre el movimiento del que es fundadora, la educación líquida, y compartirá sus experiencias docentes en GENE, la red de centros para jóvenes con inteligencias mejoradas genéticamente. Hipatia es uno de los personajes que mejor nos puede guiar en este mundo en constante cambio que nos ha tocado en suerte. Creo que no necesita mayor presentación, por lo que no me entretengo y le cedo la palabra a nuestra invitada. Solo una cosa,

cualquier pregunta que tengáis, por favor, hacédsela a través del chat que estará activo durante toda la sesión.

Una ola nueva de aplausos rompió en las gradas cuando Galeno discretamente se retiró ofreciéndole una sonrisa de ánimo.

Sofía subió al estrado. Se quedó impresionada con el hiperrealismo de aquel metaverso, con ese público entregado devotamente a su ponencia. Todos los espectadores vestían elegantemente unas homogéneas túnicas blancas impolutas, algunos con bandas al hombro y otros con sencillos bordados. Se sentía minuciosamente observada. Se hizo un silencio reverencial mientras ella respiraba hondo mirando a los tendidos con una enorme sonrisa en la boca. Ese instante de silencio antes de hablar en público la ayudaba a soltar la presión, pues se permitía mirar cara a cara a algunas personas seleccionadas, lo cual humanizaba al público y lo hacía más cercano, menos intimidante.

—Muchas gracias por tu introducción, Galeno. Señoras y señores, queridos amigos...

Sofía comenzó su charla. Aunque lo tenía todo escrito, prefería casi siempre improvisar, pues lo que contaba lo tenía muy claro y le parecía que era más natural que leer un discurso. Se aclaró la voz y miró al frente.

—La filosofía de GENE se basa en el concepto de la liquidez —empezó con voz serena—. El propósito de esta filosofía es generar cambios que permitan que las ediciones genéticas en seres humanos no supongan un riesgo ni para el conjunto de la sociedad ni para los editados (entre los que, como saben, me incluyo). La palabra «cambio» es la clave de nuestro propósito. El filósofo griego presocrático Heráclito, que igual hoy está entre nosotros —Sofía esbozó una sonrisa—, es uno de los pensadores que mejor representan nuestra forma de entender el mundo en el siglo XXI. Obsesionado por comprender el significado del universo, Heráclito insistía en que la clave de todo era el cambio constante. Para él, todo cambia, nada queda, todo es fluido, nunca nadaremos dos veces en el mismo río. La mayoría de las personas viven relegadas a su propio mundo y no son capaces de apreciar la realidad del cambio continuo, del fluir constante de las cosas y de ellos mismos.

Se quedó mirando a las gradas. Algunas preguntas ya aparecían en su chat. «¿Cuál es el valor y el propósito del mejoramiento humano?», se lanzó a preguntar el avatar de un tal Pitágoras. «¿Cómo influyen los factores culturales, institucionales y sociales en los procesos y resultados educativos de este tipo de personas?», firmaba Teofrasto. «¿Cómo de efectivos eran los movimientos sociales y la acción comunitaria en la inclusión de personas editadas?», se lanzó Diógenes. «¿Cómo se podía abordar la desigualdad entre personas editadas y no editadas a través de la educación?», escribió uno de los múltiples Sócrates que allí había.

Sofía había pasado toda su vida dando respuesta a estas preguntas por medio de la investigación en áreas de conocimiento como la sociología, la historia, la ingeniería genética, el comportamiento humano, la filosofía o la antropología para ofrecerse una explicación a sí misma y a sus diferencias con el resto de las personas. Mientras hablaba delante de todos aquellos

eruditos, no podía dejar de sentir que aquella charla suponía el culmen de una carrera cargada de lucha y de éxitos. Era una persona afortunada o al menos así se sentía. Carraspeó brevemente y continuó:

—Estoy viendo muchas preguntas interesantes en el chat que quiero ir abordando a lo largo de la ponencia... Como nos decía Heráclito, vivimos en un mundo fluido y cambiante donde la educación también tiene que ser líquida. Esta teoría plasma mi visión, la visión de GENE, de lo que debería ser la educación para un mundo mejor. En tiempos de cambio, la educación es la única constante, es lo único que permanece. Juega un papel fundamental para ayudar a las personas a forjar vidas felices, responsables y comprometidas.

Tosió levemente. «Perdón», dijo mientras tomaba un sorbo de agua del vaso que tenía delante. Prosiguió.

—La educación impulsa la innovación y la creatividad, el progreso social, el desarrollo económico sostenible y un mayor compromiso cívico en el mundo en que vivimos. Ha sido y seguirá siendo una de las herramientas más importantes del desarrollo humano. También brinda la esperanza y el camino del que emanan los desafíos urgentes a los que nos enfrentamos como sociedad, como planeta, tanto en nuestras economías como en nuestras organizaciones y aún más: en nuestros propios hogares. A estas se suman otras incertidumbres, como el hecho de que hoy la ciencia es capaz de dotarnos de cocientes intelectuales que convierten el aprendizaje tradicional en obsoleto para los que tenemos habilidades innatas. Es tentador ver la educación como algo discrecional, algo que podríamos perseguir solo si factores accesorios se alinean para permitirnos hacerlo...

Se calló un momento para observar la reacción de la gente e imaginar qué se contaban en el intercambio de susurros que contenían sus opiniones y pareceres. El chat seguía tremendamente activo.

En aquella realidad simulada, entre todas esas personas vestidas con ropajes típicos (chitones, peplos, himationes o clámides), como lo habrían estado en la Alejandría de los Ptolomeos, Sofía de repente advirtió un insecto merodeando entre los invitados, mientras algunos hacían aspavientos para quitárselo de encima. «¿Qué era aquello?», pensó alarmada, perdiendo momentáneamente el hilo de su argumentación. El zumbido de una abeja se acercó al estrado donde ella se dirigía al público y la vio posarse en su nariz —en la nariz de su avatar—. Hizo un aspaviento, como un acto reflejo para quitársela de encima, como si no estuviera en una realidad simulada. Se extrañó al ver que no se movía y fijó su mirada en el bicho achinando levemente los ojos, tratando de definir mejor aquella desafortunada abeja que seguía posada en su nariz. Como no podía interrumpir su charla, se la quitó de un certero golpe y, antes de que llegara a tocarla, salió volando.

—En GENE pensamos que —alzó un tanto la voz y poco a poco se fue acallando el bullicio —, en tiempos de dificultades, de profundos cambios como los actuales, la educación es una realidad tangible que nos ayuda a navegar por el caudaloso río de la incertidumbre. Dado que el

agua fluye y siempre encuentra el camino más simple hacia su destino, yo creo que los senderos que emprendemos todos los individuos para pensar críticamente, y que nos llevan a tomar decisiones responsables, deben ser los mismos: fluidos, adaptables y dinámicos.

Hizo una disimulada parada para volver a captar la atención de su público; el silencio era una herramienta potentísima cuando uno estaba delante de tanta gente que podía romperlo. Al mirar ahora a los tendidos, se sorprendió cuando dos de los avatares que se encontraban entre el público se transformaron en dos nobles obreras del tamaño de un ser humano. No solo esos dos avatares se habían transformado en abejas, sino que su sitio en las gradas ya no eran butacas, sino dos hexágonos que parecían las celdas de una colmena. Volvió a beber agua para humedecer su garganta y tratar de despejarse. Por un momento pensó que los nervios le estaban causando alucinaciones. Con la voz mucho menos firme que antes, decidió continuar, obviando esa imagen tan poco usual.

—A medida que la biotecnología ha ido mejorando —continuó mirando a los bichos con la concentración muy endeble—, ya no regulamos algoritmos que aprenden de nuestros comportamientos, sino que, en los próximos años, vamos a poder usar herramientas que manipulan emociones o deseos biológicamente, lo cual supone exponer a los humanos a ser científicamente coaccionados. La regulación será inabordable salvo que empecemos ya a trabajar en una evolución cultural de nuestra sociedad, que, consecuentemente, se traduzca en una reglamentación que todos respetemos. De momento ya nos estamos planteando liberalizar la tecnología para que todos puedan tener acceso libre a diseñar bebés a la carta o a modificar características físicas o intelectuales a capricho —se levantó una ola de murmullos, pero ella continuó—: esto supone un cambio radical sin precedentes, pues hasta ahora, con mayor o menor éxito, solo se permitía la edición en caso de riesgo de enfermedades genéticas. En este nuevo paradigma que nos estamos planteando todavía no nos hemos hecho las preguntas importantes: ¿para qué queremos conceder tal libertad?, ¿hasta dónde vamos a llegar? Sin duda esta revolución ha empezado y es imparable. Por lo tanto, urge fomentar el debate ético, urge poner todo lo que está en nuestras manos para que las mejoras sean justas, urge poner coto a las situaciones discriminatorias que todo esto puede generar —su voz volvía a brotar con seguridad, mientras paseaba la mirada por las gradas—. No debemos crear élites que nos conviertan en ciudadanos de primera o de segunda. Y esto os lo dice alguien que está editada y que trabaja en la educación de personas editadas, precisamente porque soy consciente del enorme problema en el que podemos meter a la especie humana si no damos los pasos previos de forma correcta.

Ese era el fin de su ponencia. Sofía cerró los ojos y respiró hondo esperando la respuesta de los espectadores. El anfiteatro rompió en aplausos, la gente se levantó. Parecían emocionados, lanzaban emoticonos de felicitación desde las gradas. Ella recogió estos obsequios digitales —caras felices, flores, aplausos, corazones— en señal de agradecimiento. Cada una de esas personas del público representaba a un reputado investigador y conformaban el conjunto de mentes más brillantes del globo. Allí sentados había médicos, científicos, filósofos, psicólogos,

sociólogos, escritores, artistas, políticos, economistas, empresarios, periodistas... Todo un espectro de la élite intelectual que había acudido al metaverso que las Naciones Unidas ofrecía, para ocasiones tan significativas como aquella, con el fin de discutir temas de calado como lo era regular las terapias de edición genética humana. De las ponentes invitadas, era sin duda una de las que mayor interés había suscitado, y su intervención no había decepcionado en absoluto. Alejandría y su icónica biblioteca resultaban el escenario perfecto.

El gesto de Sofía durante el discurso había sido carismático y concentrado. Su boca había pronunciado cada palabra como si estas estuvieran cosidas por un hilo de seda. Pero seguía dándole vueltas a las abejas. ¿Cómo habrían aparecido esos bichos allí? ¿Un *hackeo* en un metaverso tan vigilado como aquel? Decidió consultar en su AF qué podría haber causado aquella aparición y en seguida entendió quién estaba detrás: Shui.

Como por arte de magia todos los invitados vieron cómo sus avatares, con sus elegantes túnicas perfectamente ambientadas, se convertían en bichos de color pardo, con un cuerpo de estructura tubular y alargada, con unas patas pegajosas y un rostro en el que los ojos gigantescos asumían el rol principal y unas antenas albergaban los sentidos del gusto, el tacto y el olfato. Se escuchó un murmullo en la sala que pronto se transformaría en gritos entre el gentío ante la sorpresa de la transformación masiva. Todos los integrantes de aquel foro se habían convertido en abejas. Los gritos asustados se fueron diluyendo absorbidos por el ruido del zumbido que el fuerte batir en masa de las alas de los allí presentes provocó. Algunos de los avatares de abejas representaban obreras mientras que otras eran zánganos. Las gradas se habían cubierto de celdas hexagonales y aquel precioso auditorio se había transformado, como por arte de magia, en una recreación terrorífica de una colmena. Cuando Sofía se miró a sí misma descubrió que ya no era el avatar de Hipatia, sino una enorme abeja reina.

XXVI

Algunos invitados a la ponencia —pocos para sorpresa de Sofía— murmuraban indignados por el cambio drástico en sus atuendos digitales, en sus avatares y en toda la escenografía. Aquella sala principal del metaverso de Naciones Unidas se había transformado en una auténtica colmena. Pasado el primer momento de sorpresa y confusión, y dada la sincronía con que se habían producido los cambios, gran parte del público no se alarmó demasiado y pensó que tenía que ver con lo que se quería proyectar. Después de todo, no era extraño que se utilizara la tecnología inmersiva para acentuar la carga simbólica de los mensajes de los ponentes. Muchos se preguntaban qué quería decirles Sofía con aquella puesta en escena: ¿acaso el mundo era una colmena donde ellos trabajaban a destajo sin una causa clara más que su propia supervivencia, que tendría un fin muy a su pesar?

Sofía estaba desesperada buscando a Shui entre todas aquellas abejas. A pesar del caos, no dejaba de pensar, coqueta como siempre, en lo mona que estaba de Hipatia. Con la ilusión con que había elegido aquel avatar pensando que sería muy singular, estaba decepcionada mientras miraba sus asquerosas alas del tacto de la seda y esas patas repulsivas que lucía.

Mientras se preguntaba dónde estaría la pequeña Shui —menuda bronca le caería, sin duda—, Sofía divisó a la abeja que más se parecía a aquella que decidió posarse en su nariz. Era inconfundible —se dijo cuando pudo observarla unos segundos más—: a pesar de que las diferencias eran mínimas entre todos los insectos allí presentes, la reconoció de inmediato: era Shui. Se la veía huidiza, tratando de escabullirse de aquella situación tan surrealista, o quizá intentando arreglar el estropicio que había formado. Sofía salió corriendo en su busca, moviendo las alas y volando detrás de aquel avatar de zángano que representaba a Shui. Como si la viera perseguirla, la niña aceleró el batir de sus alas para tratar de esconderse entre unos bastidores digitales, pero fue fácilmente sorprendida por su profesora, con la que, de repente, se dio de bruces.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí? —Sofía utilizó un tono serio, pero fue incapaz de darle la severidad que se merecía—. ¿¡Tú sabes la que acabas de liar!?

El zángano arqueó las cejas y agachó la cabeza, mientras sus antenas se descolgaban levemente hacía atrás, transmitiendo pesadumbre.

—Explícame por qué has hecho esto, por favor...

Por muy brillante que fuera, Shui no dejaba de ser una niña que sabía que había hecho algo grave. Sofía notó el encogimiento de la pequeña y trató de quitarle hierro al asunto.

—Por lo menos dime por qué has decidido *hackear* a Naciones Unidas y transformar este espacio y a todos estos señores prominentes en abejas en una colmena. ¿Qué demonios te pasa con estos bichos? ¡Mírame a mí, disfrazada de abeja reina, por Dios! —Sofía no pudo evitar reír con una carcajada cómplice y cercana.

—En la invitación no se indicaba ningún *dress code*... —dijo Shui levantando levemente las cejas; sus antenas se enderezaron, como si hubieran recuperado la confianza.

—¡Pero si te has colado!

La niña volvió a torcer el gesto.

—Perdón, miss Sofía..., solo intentaba colarme para escucharla; el problema es que luego me divirtió diseñar un avatar diferente para que me identificara..., pero, como ve, se me ha ido de las manos.

—Pero ¿sabes cómo deshacer el código para devolver a todo el mundo a sus avatares iniciales?

—Me ha costado, pero creo que he dado ya con la solución.

Se hizo un silencio largo y, sin más, todo el mundo volvió a la normalidad. Las personas se miraban unas a otras sorprendidas de verse de nuevo representadas por los griegos ilustres a quienes habían escogido con esmero. Otros miraron impresionados cómo el escenario volvía a convertirse en la Biblioteca de Alejandría. Algunos incluso aplaudieron, todavía convencidos de que lo que había pasado no era el *hackeo* de una niña, sino parte de un espectáculo perfectamente planeado.

—¡Lo conseguí, miss Sofía!

—Menos mal... Qué mal rato me has hecho pasar. Bueno, ya que estás aquí, cuéntame, ¿que te ha parecido la ponencia? —le preguntó sonriendo algo nerviosa, pues le importaba enormemente la opinión de su alumna, más que la de muchos de los intelectuales que la habían escuchado con atención durante la conferencia.

Shui se quedó pensando. Sofía sabía que sería cruelmente sincera.

—Miss Sofía, creo que están más impresionados por usted como persona editada que por lo que ha dicho. ¿No cree que, después de todo, estamos abocados precisamente a lo que queremos evitar? Por mucha normativa internacional que establezcamos no podemos ponerle puertas al campo. En cuanto se liberalice un poco más la tecnología, nadie va a respetar nada, pues, estando prohibida, ya nadie la respeta. ¿De verdad piensa que usted y yo somos excepciones? De forma oficial o encubierta, los editados nos contamos por millones. Usted lo sabe bien... Además, qué más da. Después de todo, ¿qué somos? Nada, nadie. Todo lo que conocemos es una gran mentira. Mire este foro: todos los aquí presentes conocen a alguien que ya está editado, si no lo están ellos mismos encubiertamente, y eso es porque son unos privilegiados. Pero falsean la realidad colectiva, hipócritas. Ojalá fueran como otros animales...

—Por eso has convertido todo esto en una colmena, ¿verdad? Para darles una lección. Por eso te impresionan tanto las abejas...

Sofía se quedó mirando a aquella niña que todavía estaba representada por un zángano. Shui no respondió. Sofía sabía que tenía razón y por eso no siguió defendiendo su postura. Era la misma batalla en la que llevaba toda la vida luchando, una lucha que buscaba que se empezara a hablar públicamente de cómo regular el uso de los tratamientos genéticos de esa índole, y del tipo de alertas con las que se habría de advertir al mundo, a la comunidad científica y a los reguladores, fundamentalmente. Estaban empezando a generar una cultura que, para bien o para mal, los llevaba a plantearse cómo había cambiado la especie humana y obligaba a preguntarse por las consecuencias de dicho cambio, para así decidir colectivamente cuál debía de ser el camino a seguir.

—Bueno, Shui, ya has tenido suficiente juerga por hoy y yo tengo que irme a atender a los invitados, que están muy desconcertados. Ya me inventaré algo para que no busquen culpables. Desconéctate y vete, por favor, a clase, que ya has perdido suficiente tiempo por hoy.

Después de asentir, el zángano desapareció. Sofía se dio la vuelta para acercarse de nuevo a los animados corrillos que se habían formado después de su charla.

Un señor de edad avanzada y de barba gris, que se presentó como Pericles, se acercó a ella para darle efusivamente la enhorabuena y mostrarle su preocupación por las consecuencias geoestratégicas que tendría el hecho de que algunos países ya estuvieran abusando del mejoramiento humano de forma encubierta.

—Sabemos que Rusia y Corea del Norte tienen a una parte de sus ejércitos sometidos a tratamientos de mejora genética, tanto física como intelectual. No sabemos con qué nos encontraremos en caso de un enfrentamiento bélico... Pero no quiero ni imaginarme lo que han podido hacer con esos pobres chicos, a los que habrán transformado en cibernéticos fundamentalistas, verdaderas y terroríficas máquinas de matar, incapaces de mostrar emociones o tener miedo.

Sofía lo escuchaba con el semblante consternado, preocupada por una realidad sobre la que ella había cavilado profundamente durante mucho tiempo. Mientras Pericles se explayaba sobre el asunto, Sofía divisó a una elegante señora vestida de blanco con un estiloso chal rojo al cuello. Irradiaba una belleza antigua y delicada, profundamente misteriosa, tanto en sus rasgos marcados como en sus andares confiados y cadenciosos. Alta, con el pelo recogido, su mirada penetrante partía de unos ojos verde esmeralda sobre unos pómulos afilados. La señora llegó a donde se hallaban conversando, hizo un leve gesto en el brazo de Pericles, y se unió espontáneamente a la conversación. Él se percató de la incorporación y enseguida hizo las presentaciones debidas.

—Hipatia, esta es mi esposa, Aspasia de Mileto. Como sabrás, en su época tuvo gran influencia en la cultura griega como maestra de retórica. —Sofía hizo una leve inclinación con la cabeza y le sonrió con un pálpito extraño.

—Encantada, Aspasia; tu marido estaba instruyéndome sobre las consecuencias geopolíticas a las que nos enfrentamos, es muy sabio.

Aspasia no respondió. Parecía como si tuviera problemas para expresarse, puesto que, aunque aparentaba querer decir algo, no le salían las palabras.

—Aspasia me ha pedido que os presente —continuó Pericles—, quería comentar contigo algunos temas que creo son de tu máximo interés. —Miró al fondo de la sala, y simuló haber distinguido entre la multitud a algún conocido—. Os dejo a solas, voy a acercarme a saludar a Arquímedes, que estará tan huraño y gruñón como siempre.

Las dos mujeres se quedaron frente a frente, mirándose algo incómodas. La delicadeza de Aspasia era comparable al tacto de la seda y Sofía se sentía intimidada. Trató de transmitir confianza y sonrió.

—Encantada de saludarte, Aspasia. ¿Cuál es tu nombre? Fuera de este universo virtual, quiero decir... —Aspasia sonrió, pero siguió sin hablar—. Dime, ¿qué puedo hacer por ti? —continuó Sofía manteniendo un tono confiado y cercano.

—Qué bien te representa el avatar de Hipatia, Sofía. —Por fin se manifestó, sus palabras sonaban dulces y cercanas. Pronto, sin embargo, volvió el silencio.

—Muchas gracias.

Sofía empezaba a encontrarse bastante desconcertada, un poco molesta incluso, pues quería ver a mucha gente en aquel metaverso y no entendía qué quería aquella señora medio paralizada que tenía enfrente.

—Verás, Sofía... —Aspasia la miró con el ceño fruncido y un nudo en la garganta, como si no quisiera estar allí—. Hace tiempo que tenía ganas de verte y, aunque este avatar no colma mis deseos de tenerte delante en carne y hueso después de tantos años esperando a estar en tu presencia, me siento bastante abrumada. Recibiste mis cartas, ¿verdad? Espero que no te hayan asustado...

A Sofía le dio un vuelco el corazón. ¿Sus cartas? ¿Quién era exactamente esa Aspasia de Mileto que se había acercado a saludarla como si fuera una completa desconocida y que, sin embargo, acababa de tocar un asunto muy íntimo? Nadie, salvo Paco, sabía de aquellas cartas. Si no las conocía por ella, quería decir que no bromeaba y era la dueña de aquella letra inclinada tatuada en cada papel que había recibido en los últimos meses y que la tenía abrumada por la intriga.

—¿Eres tú quien las ha escrito? —Aunque balbuceante, el tono de Sofía era serio, como si en el fondo de sus palabras latiera, inquietante, un reproche.

Aspasia hizo un gesto de impotencia, o quizá de súplica.

—Siento el daño que te hayan causado, si es que ha sido así; no fue nunca mi intención molestarte, de verdad, pero necesitaba captar tu atención, remover algo dentro de ti para que me tomaras en serio. Además, realmente me ha costado mucho dar el paso que hoy continúo dando.

Sofía se quedó mirándola. No quería decir nada más, no quería seguir ayudando a aquella señora a que se sintiera cómoda explicándose sobre un asunto tan íntimo y vital. Se merecía que siguiera contándole qué quería de ella, más bien. ¿Por qué había mandando esas cartas? ¿De qué conocía a su madre o a su abuela? ¿Qué quería de ella...? Como si le estuviera leyendo el pensamiento, Aspasia empezó a hablar.

—Verás, sé que tienes muchas preguntas... y quiero que sepas que yo tengo muchas respuestas para ti. No me queda mucho tiempo de vida: aunque hoy me represente este avatar de belleza y juventud, en realidad, soy anciana. Por fin he conseguido reunir el valor para contártelo todo, pero quiero que sea en persona, cara a cara, no en este espacio virtual. Aunque no lo creas, te conozco, pareces enfadada, pero sé que quieres verme. Por eso he mandado un dron a buscarte a Navaluenga, está en el aeródromo esperándote, es tan fácil como que desconectes las gafas y te subas, no estoy lejos. —Hizo un gesto de súplica—. Espero que accedas y me dejes abrazarte cuando te vea. Es lo que más anhelo, aunque entiendo que antes tendré que darte muchas explicaciones.

Sofía estaba en *shock*, paralizada mentalmente. Todo parecía darle vueltas y su corazón latía desbocado. Quiso recomponerse para contestar, pero se desconectó del metaverso alejandrino y se quitó las gafas para salir corriendo de su despacho.

XXVII

Abrió un ojo legañoso, todo parecía borroso, velado. Lo volvió a cerrar. Sentía una puntillosa jaqueca y la boca seca con regusto a tabaco y a alcohol. «¿Qué hice ayer?». Se llevó una mano a la cabeza, aturdida, no se acordaba de nada. La mente de Sofía estaba en blanco, no era capaz de distinguir sueño y realidad. Como si estuviera inmersa en una alucinación hipnagógica, percibió el roce de un pie varonil que se deslizaba con suavidad por su pierna desnuda. Pensó que era parte de un sueño placentero, le encantaban los desvaríos somnolientos, sobre todo si simulaban fantasías eróticas. Se regocijó. Cambió de postura en la cama apoyándose sobre su otra cadera y miró hacia el lecho. Trazó con su dedo índice la silueta de un hombro desnudo. Todavía durmiente, se excitó y dibujó la clavícula y el pectoral de esa figura varonil y fornida. Notó cómo una mano dominante, sutil pero impetuosa, subía con delicadeza por el interior de su muslo hasta acariciarle la entrepierna. Se humedeció.

Ahora tenía claro que estaba cachonda, pero todavía dudaba de si era sueño o realidad. Volvió a abrir un ojo. En su visión, todavía nebulosa, se topó de nuevo con un hombre desnudo. Notó sus pezones encrespase cuando aquella cabeza masculina, de la que solo veía la parte de arriba de su cabellera, comenzó a besar sus pechos desnudos. «¿Qué coño está pasando?», se preguntó, ya segura de que no soñaba, de que todo aquello era real. A la velocidad de un destello, se acordó. Su ropa interior estaba encima de la cama, sus pantalones sobre la lámpara de la cómoda. En la puerta, retozando como si la escena no fuera con él, vio a un gran mastín. Su mente recuperaba fragmentos de la noche anterior a la velocidad de la luz. Aquel mastín era Thor, y, por tanto, el hombre que estaba a punto de conseguir que tuviera un orgasmo sin todavía penetrarla... era Paco.

Ya plenamente consciente, la confusión la invadió con estremecimiento. «Ayer me tiré a Paco y estaba tan borracha que no me acuerdo», pensó. Cuando conjugó ese verbo en pasado, se percató de que técnicamente se lo estaba volviendo a tirar, allí, en ese instante. Era demasiado tarde para controlar sus instintos, se dejó llevar... Ambos llegaron al éxtasis al unísono. Se recostaron y se quedaron mirándose con una sonrisa llena de interrogantes, ninguno se atrevió a hablar. Tras unos eternos minutos en silencio, ella se fue directa a la ducha. Cerró la puerta del baño y pidió a su AF que encendiera el agua y la pusiera a cuarenta grados. Brotó un caudaloso chorro, ardiente, con mucha presión, vertida por una enorme alcachofa de titanio.

Allí reflexionó para intentar recomponer la situación. ¿Cómo había pasado aquello? Todavía no lo tenía claro. Sabía que llegó a casa de Paco por la noche, muy agitada. Necesitaba su

compañía. La suya, ninguna otra. También recordaba que no quería hablar de sus preocupaciones, más bien deseaba con intensidad olvidarlas. Paco estaba siempre encantado de recibirla y ahogar alegrías y penas en el mejor de los vinos, con lo que volvió a tirar de su reserva exclusiva de Sassicaia. Cada vez que Paco le decía «¿Estás bien, Sofía?, te noto muy acelerada», ella, sin contestar, estiraba el brazo para mostrar su copa vacía y que fuera rellenada. Sofía quería olvidar. Luego pasaron a los canutos. Sacó de su bolso unas cargas nuevas que quería probar. No eran de marihuana, como acostumbraba, sino de ácido, una variación nueva de LSD un poco peligrosa, le advirtió. En cualquier caso, allá que se lanzaron los dos. El éxtasis les subió los ánimos, pidieron a su AF que pusiera música, que eligiera algo adecuado para el momento. La inteligencia artificial optó por reguetón de la primera época, de principios de siglo. ¿Reguetón? ¿Qué había llevado a la inteligencia artificial a elegir esa música? A Sofía le gustaba, pero no lo escuchaba jamás... Igual fue Paco quien, a escondidas, se ponía temas y su AF los lanzó para animarlos.

*Es que yo sin ti,
y tú sin mí,
dime ¿quién puede ser feliz?*

La letra era lamentable, pensaba ella, aunque peor eran los berridos nasales del dúo de iluminados que cantaba. Ni Sofía ni Paco habían nacido cuando aquel tema se compuso, pero lo habían cantado de niños y les encantaba. Les recordaba a cuando, en su adolescencia, se escapaban al río a escuchar música y fumar sus primeros pitillos, ya entonces vapeados, aunque menos sanos.

El agua corría por sus cervicales dilatando sus músculos. Se activaron los chorros laterales para aclarar el gel que previamente habían extendido. «Stop», ordenó Sofía a su AF, y esta cortó el agua y encendió el sistema de secado que, en un instante, la dejó lista para vestirse. No tenía ropa limpia, por lo que se puso un albornoz que Paco tenía colgado en un toallero. Ahora le pediría que imprimiera alguna cosa de su armario digital. Salió del cuarto de baño: Paco ya no estaba allí.

—¿Paco? —Sofía se percató con esas primeras palabras que tenía la voz tomada y ronca.

—En la cocina, Sofía —lo escuchó lejano.

Recorrió el pasillo descalza haciendo que las piezas del parqué crujieran bajo sus pies. Llegó a la altura del salón y vio a Paco cocinando. La cocina era abierta y se integraba en el espacio. Sobre la larga mesa del comedor había dispuestos paneras y platos repletos de opciones apetitosas: cruasanes, tostadas, quesos, jamón ibérico, churros, un termo de café, otro de leche, y uno que no reconoció, pero que se imaginó que sería de chocolate caliente. Estaba hambrienta.

—Huevos Benedict, tus preferidos. —Paco se encaminó hacia la mesa, con dos platos en la mano, ataviado con una elegante bata de seda.

—Has pasado de no saber cocinar a convertirte en todo un chef —se admiró Sofía mientras

desmigaba con apetito un cruasán.

—Solo lo hago por ti.

Después de una respuesta así, se hubiera sentido agobiada —pensó— pero, extrañamente, no lo estaba. Y eso que no le faltaban razones: se había tirado a su mejor amigo, que fue novio en la adolescencia y que sabía que sentía algo por ella; además, estaba en un momento complicado... ¡Y todo había pasado cuando ambos estaban borrachos! Sin duda era un cóctel explosivo. Aun así, sentada frente a él mientras rompía la yema de uno de los huevos, se sentía a gusto, relajada.

Ninguno daba el primer paso, ninguno quería hablar sobre lo sucedido la noche anterior y, si por ella fuera, no lo hablaría nunca, se dejaría llevar disfrutando del momento, de esa sensación de cobijo que sentía en ese preciso instante. Pensaba que él acabaría metiendo la pata al provocar una conversación espesa. Varias veces en el pasado Sofía había tratado de evitar momentos de intensidad entre ambos, entre otras cosas porque Paco perdía el atractivo cuando esto ocurría.

—Tienes mejor cara de resaca de la que me esperaba. —Paco esbozó una enorme sonrisa irónica.

—¡Qué gilipollas! —aseveró Sofía siguiéndole la broma.

—Igual un *Bloody Mary* nos ayudaría, ¿no?

—Como pruebe una gota de alcohol más, es posible que me tengas que llevar al hospital.

—Entonces habrá que reponerse con un baño en el lago: ¿te apuntas?

Se sorprendió de la naturalidad con la que hablaba. No parecía estar en absoluto agobiado por la situación, más bien al contrario, se le veía cómodo, crecido. Eso le gustó y aceptó su invitación a darse un baño; después de todo era domingo y no tenía que atender reuniones ni pensar demasiado en el trabajo, que en ese momento le parecía algo remoto. Además, necesitaba relajarse.

—Paco, tengo que contarte algo.

Después del primer chapuzón, ambos se habían acomodado en la orilla, tumbados en una zona arenosa y mullida donde el lago todavía les cubría las piernas, lo que les permitía estar frescos al tiempo que tomaban el sol plácidamente. Aquella zona tenía lodos y a Sofía le gustaba restregárselos por el cuerpo con unos movimientos no exentos de cierta coquetería porque intuía que aquello excitaba a su acompañante.

El lago estaba en un enclave único que, muchos años atrás, había sido una cantera de piedra en la que se hizo una captación de agua que permitió que se convirtiera en un conjunto de charcas separadas por estrechas traviesas. Estas charcas estaban en una olla al fondo de la encrespada pared de granito de donde se extrajo el mineral para explotarlo en la cantera. Enfrente de aquel barranco había un claro con trigales que bebían de las aguas del remanso, con una altura suficiente para retener el agua. Aquel conjunto de charcas era conocido coloquialmente como «el lago».

—¿Es por lo que ha pasado entre nosotros?

Sofía sabía que Paco disimulaba sus ganas de hablar de la noche anterior, aunque aquello no era lo que le preocupaba a ella, más bien una consecuencia. Alzó los ojos al cielo, intensamente azul y despejado. El sol de septiembre a esa hora ya estaba alto y picaba con fuerza oscureciendo sus lentillas artificiales que eran fotosensibles. Cogió de la mano a Paco. La sintió tibia y un poco alerta.

—No, no es eso. Es algo que me pasó antes de ayer. Cuando salí del metaverso de Alejandría donde daba la conferencia para Naciones Unidas.

Ella apretó su mano con fuerza. Él la miró, la vio estremecerse, asustada.

—Dime, ¿qué pasa?

—Ayer conocí por fin a la misteriosa remitente de la correspondencia.

Paco se incorporó sobre un codo y la miró intrigado.

—No me digas... ¿Y quién es?

Sofía también se incorporó, flexionó las piernas para rodearlas con los brazos y se giró un poco para mirar a los ojos a Paco, de quien todavía no había soltado la mano, que tenía entrelazada entre sus dedos. Él le sostuvo la mirada. Sofía se quedó todavía un momento en silencio, como dándose tiempo para organizar lo que iba a decir. Paco esperó sin decir palabra. Entonces, ella empezó a contarle lo que había descubierto la noche anterior.

XXVIII

Había salido corriendo del estudio donde se conectó desde temprano a la conferencia. Pasó rápidamente por su casa, se duchó y se cambió. Se puso guapa; no sabía por qué, pero deseaba tener buen aspecto para conocer a esa misteriosa persona. Le intrigaba lo que podía saber de su madre y aquello le hacía sentirse intimidada... Quizá por lo que pudiera descubrirle de lo que aún desconocía de su familia. Desde la terraza de su habitación, dominaba la vastedad del paisaje de Navalugua. Se fijó en el aeródromo, donde, efectivamente, vio un dron desconocido que parecía esperar a alguien. Le pidió a su AF que incrementara los aumentos de su lentilla virtual para ver con detalle quién estaba dentro. La silueta de un hombre vestido de negro, que podría parecerse por su complexión al personaje que vio salir de la ermita cuando recibió la segunda carta, esperaba paciente en el asiento trasero. Pidió a su AF que identificara aquel dron y minutos más tarde la voz de su inteligencia artificial le confirmó que, sin duda, el señor la esperaba a ella y que no había querido confirmarle a dónde irían.

Emprendió el camino que separaba su casa del aeródromo, apenas quinientos metros, con paso tembloroso pero decidido. Cuando estuvo a la altura del dron, el hombre bajó para abrirle la puerta y el vehículo encendió los motores como si fueran a partir de inmediato. Sofía se sorprendió, quería hacer preguntas antes de subirse allí con aquel desconocido a un paradero indeterminado.

—Hola, soy Sofía. —Sonrió esforzándose por parecer despreocupada—. ¿Su nombre es?

—Mi nombre no es demasiado importante. Llámeme Andy.

—Encantada de conocerle. ¿Dónde vamos, Andy?

—Tranquila, no vamos muy lejos.

—¿A ver a quién...?

—Señora de Grijalba, no tenemos demasiado tiempo. —Se esforzaba por tener una sonrisa agradable, pero no era una persona muy cercana—. Ya deberíamos estar de camino, va a tener que confiar en mí.

Luego, el hombre se limitó a sonreír —fríamente incluso—. Tan solo le dijo, amablemente, que o subía al aparato o se iría sin ella. Sofía hizo de tripas corazón y se acomodó junto a él.

Al cabo de unos minutos la aeronave se elevó con suavidad emitiendo un leve zumbido. La voz mecánica del dron le comunicó que el vuelo duraría unas dos horas. Ella se percató de que tomaban rumbo al norte. Trató de relajarse, pronto descubriría el misterio, tenía la corazonada de que se dirigía hacia algo importante.

—¿Le puedo ofrecer algo de beber? —Andy había abierto una nevera donde asomaban algunas botellas de agua y otros refrescos.

—Agua, quizá —dijo Sofía señalando una de las botellas.

Poco después de salir de Navaluenga llegaron a Medina del Campo. El paisaje estaba cubierto de trigales y paneles solares. A Sofía le espantaba la contaminación visual de aquellas pantallas y, aunque entendía que habían tenido su función, ya hacía décadas que el hidrógeno verde las había convertido en una fuente de energía anticuada y nadie mostraba el menor interés por quitarlas de allí, pese a que afeaban enormemente el paisaje. Tras cruzar Valladolid, el dron tomó rumbo hacia las montañas palentinas.

Sofía miraba de reojo a su acompañante, que mantenía el mismo semblante hermético del primer momento, sin disimular su poca intención de intercambiar aunque fuera unas frases con ella. No tenía claro si aquello era timidez o simplemente severidad; en cualquier caso, no se sentía en absoluto intimidada por él. Siguió oteando el horizonte por la ventana. Ahora las colinas de la cordillera habían pasado de los tonos ocre y terrosos que la sequedad del verano deja en el pasto a un color verde chillón. Todo había sucedido por sorpresa. Los cielos claros se nublaron y las temperaturas cayeron diez grados súbitamente. Empezó a figurarse dónde estaba: un pequeño pueblo asomaba por su ventana y preguntó a su AF, que lo reconoció como Aguilar de Campoo.

—Debemos de estar dirigiéndonos al mar, Andy. —Respiró profundo, casi podía hasta olerlo —. Todo esto me suena mucho.

Él pareció esbozar una sonrisa.

No tardó en empezar a llover. Las gotas eran finas, como un manto que lo empapa poco a poco todo y, sin embargo, no se siente. El mar Cantábrico ya mostraba su inmensidad temperamental. Desde la altura del dron, la espuma de las olas encrespadas batallaba, una ola detrás de otra, como escuadrones beligerantes contra un enemigo en forma de playa inmutable. A espaldas de los arenales, infinitos prados verdes alimentaban con sus ricos pastos a vacas lecheras y tudancas que vivían ajenas a la lucha entre la playa y el mar. Un pequeño pueblo empezó a tomar forma a medida que se acercaban. Sofía lo reconoció con una inesperada emoción, allí había pasado algunos veranos con sus abuelos cuando todavía era muy niña, allí disfrutó de largas temporadas con la tía Anne, la mejor amiga de su madre. «¿Qué habría sido de ella?», se preguntó con un asomo de nostalgia al contemplar el paisaje familiar.

En aquella zona de Cantabria recordaba jugar con Anne y su abuelo a distinguir las numerosas rapaces que sobrevolaban su casa de veraneo. Tía Anne y ella se sentaban tratando de seguir las lecciones del abuelo: «¿Esa cuál es, Sofía?». «Un milano real, abuelo, por la cola en triángulo», contestaba la niña. «No, Sofía, es un águila calzada», explicaba Anne, y Carlos, desesperado, corregía a ambas, que eran pésimas alumnas. «Pero, no lo veis, ¡un buitre, hombre!». Desconocía por qué le venía ese recuerdo a la cabeza, Sofía no tendría más de diez años por entonces.

El nombre del pueblo era Comillas, no tenía duda. Se acercaron por el oeste y vieron un

conjunto de edificaciones imponentes aparecer sobre una colina que se enfrentaba a un mar encrespado y batiente. Las reconoció de inmediato: era la Universidad Pontificia que, en su día, además de una institución académica, había sido un seminario, pero que entonces albergaba un colegio internacional muy prestigioso. Sus materiales de construcción, piedra y ladrillo principalmente, combinaban con detalles decorativos de gran riqueza, que, dado su tamaño y localización, le conferían un aire majestuoso e imponente. Enfrente de la universidad se alzaba un ecléctico palacio de finales del siglo XIX, de marcado estilo neogótico. Sofía estaba maravillada, aunque nerviosa, porque llegaba a su destino y no sabía lo que se encontraría.

—Ya llegamos. —Andy señaló una gran mansión que se dibujaba debajo de la nave.

El dron perdió altura con la suavidad de una abeja que se posa en una flor. La casa en la que aterrizaron era tan misteriosa como las cartas que había recibido. De estilo historicista inglés, el conjunto de tejas de pizarra marcaba altos, triangulares y puntiagudos tejados, como si aquel edificio se alzara en medio de un impecable prado británico. Los espacios eran asimétricos, con multiplicidad de ejes, y los materiales principales eran la madera y el ladrillo. Un cementerio vecino remataba el cariz lúgubre de aquel hospedaje donde bien podría realizarse un aquelarre, pensó.

Ya posados sobre el jardín de la mansión, que tenía unas vistas conmovedoras de la playa de Comillas y del Cantábrico, Andy la invitó a bajarse y le pidió que le acompañara con un gesto de la mano. La niebla borraba la silueta de los barcos que llegaban de faena a un pequeño puerto que en siglos pasados había sido ballenero. Había un ligero chirimir y, aunque apenas se notaba la caída persistente del agua, sí notó la ropa mojada al entrar en la casa.

Una vez dentro, las contraventanas estaban cerradas y apenas dejaban paso a la luz, ya de por sí tenue en esa latitud gris del norte de España. En el gran vestíbulo distribuidor, lleno de espejos, se abrió una puerta y una enfermera la invitó a entrar a un salón que habría estado completamente a oscuras si no fuera por una chimenea que iluminaba con sus tonos rojizos una butaca. Aguzó la vista y no tardó en descubrir a alguien. Se trataba de una minúscula señora encorvada que parecía dormitar o quizá meditar. La enfermera la invitó a sentarse a su lado, en un taburete de madera, justo delante de la butaca. Sofía la saludó respetuosamente, sin tener ni idea de quién era aquella dama. Ella, sin embargo, la cogió de la mano con familiaridad.

—Por fin..., Sofía —susurró la anciana y sus ojos brillaron emocionados.

Algo en esos rasgos envejecidos le resultaba no obstante conocido, como si tuviera su nombre en la punta de la lengua.

Aunque la luz era vaporosa, se intuía que aquella señora estaba muy delicada de salud. Casi calva, algunos mechones blancos le caían aleatoriamente de la cabeza. Estaba conectada a varias máquinas disimuladas entre elegantes telas de seda. Un pitido marcaba su ritmo cardíaco. La cubría una elegante manta de cachemir. A Sofía le sorprendió su acento inglés y, aunque dudaba, de pronto se dio cuenta de que estaba delante de Anne, si bien le costaba creer que siguiera viva, con ciento y algo años, calculó sorprendida, más bien incrédula.

—Tía Anne, ¿eres tú? —Sofía miraba sus ojos grises y apagados, sin la certeza de que ella la estuviera viendo.

La anciana apretó débilmente su mano, como si aquello le costara un enorme esfuerzo.

—Sí, querida. —Una sonrisa franca e infantil apareció en su boca desdentada—. Soy yo.

Su voz era un susurro que el crepitar de la leña casi anulaba. La enfermera pidió a su AF que subiera el volumen y, como si llevara un micrófono en la solapa, el tono de voz de Anne se elevó por unos altavoces que debían de estar escondidos dentro de las paredes, pensó Sofía.

—Anne, tía Anne, hace tanto que no sé de ti... —Corrigió su forma de referirse a ella aunque dudaba de cómo llamarla—. Desde el entierro de mi abuelo Carlos, creo recordar. Aunque allí fue tan breve tu abrazo, tan fugaz tu aparición... Creí que te había pasado algo. ¿Por qué desapareciste tan de repente? Ni siquiera te dignaste a venir a darle un último adiós a tu amiga Mercedes... ¿Qué pasó? ¿Dónde has estado?

La anciana cerró los ojos y emitió un leve suspiro.

—Aquí, querida. Dejé mi adorada casa de Fuentebuena, dejé mi vida como investigadora. Vendí mis acciones de Gattaca. Dejé atrás todo lo que había conseguido...

—Pero ¿por qué?

Sofía no podía ocultar su desconcierto; tía Anne había sido un gran interrogante en su vida. Achacó su desaparición a desavenencias empresariales entre su abuela y ella —eso escucharía de la primera, desde luego—, aunque nunca supo con certeza a qué se debió realmente tal ruptura entre quienes fueran dos grandes amigas.

—Todo lo que hice solo trajo el mal. —La voz de la anciana pareció llenarse de amargura—. Tanto para las personas a quienes más quería como para la sociedad en su conjunto.

Efectivamente, Sofía había preguntado a sus abuelos por Anne cuando esta desapareció de sus vidas. Nunca le contaron demasiado, aunque varios artículos se hicieron eco de su ausencia, pues era un personaje tan relevante como para que de vez en cuando alguna cabecera de referencia la echara de menos. «La misteriosa desaparición de Anne Cate: de Nobel de Química y empresaria de éxito al olvido», rezaban los titulares. Sofía aprovechaba aquellas ocasiones para preguntar a su abuela, que contestaba con reticencia: «Me da mucha pena, pero Anne y yo tuvimos líos y nos distanciamos, decidió vender su participación y desapareció de nuestra vida». Pero Sofía siempre supo que allí había una herida profunda que nunca cerró del todo.

Ahora la tenía delante, a punto de desvelarle muchos misterios de aquella época, confiaba Sofía.

—Verás, querida... Ocurrieron muchas cosas en aquellos años. Tus abuelos pasaron por un momento muy duro después de la muerte de Clara, estaban muy distanciados y esa desgracia terminó por romper sus vínculos sentimentales. —Movió la cabeza con pesar—. Eso también afectó a la relación entre tu abuela y yo. Debido a temas personales, rompimos por completo nuestra relación de tanto tiempo, tan solo manteníamos un hilo de comunicación vivo por temas puramente empresariales. Tu abuelo Carlos fue el frágil nexo que nos mantuvo unidas durante

unos años, bueno, realmente fuiste tú quien nos mantuviste a los tres juntos, hasta que aquello se volvió inaguantable. Tu abuela era complicada, como bien sabes.

—Tía Anne, necesito que arrojes un poco de luz... Tengo tantas preguntas, tantas lagunas... A decir verdad, no sé casi nada, siempre se empeñaron en ocultarme lo que pasó entonces, seguro que pensaban que era por mi bien, pero lo cierto es que me genera interrogantes enormes que me han atormentado toda la vida.

Anne asintió, como si aquello no fuera nuevo o desconocido para ella.

—Te entiendo perfectamente. Me ha costado mucho traerte aquí, armarme de valor para confesarte lo que hoy vas a escuchar. Pero no quería morirme sin decírtelo y ya no me queda mucho tiempo. Solo te pido que seas valiente.

Sofía movió la cabeza y Anne comenzó a narrar la historia creyendo que ella algo sabría, aunque no todo.

—Había tenido conocimiento a través de tu abuelo Carlos del intento de edición genética que Mercedes había orquestado con Josiah Zimmer...

Sofía frunció el ceño, extrañada.

—¿Quién es Josiah Zimmer? —preguntó.

Anne agachó la cabeza con cierto pesar, aquello iba a ser más difícil de lo que pensaba.

—Un *biohacker*, querida. Él es alguien importante en tu historia, aunque por lo que veo tus abuelos no lo mencionaron jamás.

Sofía reaccionó extrañada. ¿Un *biohacker*? ¿Por qué iba a ser importante en su vida? La narración de Anne era calma, quería ser precisa, aunque tenía dificultades para respirar. Su tono era flemático y silente. No soltaba su mano y la apretaba con sus escasas fuerzas de vez en cuando, como para darle énfasis a sus palabras o simplemente para comprobar que seguía junto a ella.

—¿Sabes lo que le pasó a tu madre, a Clara? —preguntó Anne estrujándose las manos.

—Sé que murió poco después de nacer yo...

—Bueno, no exactamente. —Suspiró—. ¿Sabes de qué murió?

Sofía negó con la cabeza, muy despacio, como no queriendo escuchar lo que Anne estaba a punto de decirle, que con seguridad se alejaba de la versión que le habrían contado a ella.

—La noche que tu abuelo se enteró de que tu madre había sido editada me llamó con un tono acalorado y con la voz rota por el disgusto. Lo que me desveló era algo desconocido también para mí. Cuando me lo dijo, me quedé estupefacta. Tu abuela no me había comentado nada de todas aquellas gestiones, la contratación de Josiah, el laboratorio de Phoenix..., y eso que los fondos habían salido, en parte, de Gattaca.

A pesar de su edad y de sus escasas fuerzas, Sofía notaba cómo a Anne se le iban subiendo poco a poco los colores, un halo de cólera se proyectaba en sus facciones. Ese tipo de traición, de su socia, de su mejor amiga, había atentado gravemente contra su confianza en Mercedes.

—¿Entiendes lo que supuso para mí? —Sofía no contestó—. Pocos años atrás ya habíamos

tenido un episodio que casi nos costó la relación, cuando tu abuela financió a mis espaldas la universidad china donde investigaba el doctor Shu y donde editó, ilegalmente, a dos niñas para que fueran inmunes al VIH. Se había pasado de la raya...

—Pero entonces ¿la editó? —Sofía entendía el enfado de Anne, pero todavía no le había desvelado lo más urgente para ella.

—Así es. Editó genéticamente a tu madre haciendo uso de un pirata que no era ni siquiera científico.

—¿Josiah Zimmer? —Clara palideció.

—Josiah Zimmer, sí. —Anne parecía querer volver a llevar la conversación a su discusión con Mercedes, como si tuviera una daga todavía clavada en el corazón—. Además, me hizo cómplice al usar la empresa de la que ambas éramos socias. Por eso decidí que era el momento de romper los lazos con tu abuela, porque nuestra relación personal y profesional no aguantaría semejante crisis. Tuvimos una áspera conversación telefónica que acabó fatal, como te puedes imaginar.

—Perdona, tía Anne, necesito que me expliques qué le paso a mi madre tras su edición. ¿Desarrolló una enfermedad a consecuencia de la modificación genética?

—Tienes razón, discúlpame. —La mujer pareció recuperar el resuello—. Al día siguiente de aquella disputa con tu abuela, cuando yo ya estaba un poco más tranquila, me enteré de que Clara había desaparecido, de que estaban buscándola desesperados por los alrededores del pueblo. Olvidé la discusión que habíamos tenido, pues no era momento de reproches, y decidí viajar a España para sumarme a las labores de búsqueda como una más. Cuando me encontraba batiendo una zona de monte lejana a donde encontraron a tu madre, junto con algún vecino de la zona, sonó mi iPhone.

Se hizo un silencio lóbrego, aunque los ojos entreabiertos y grisáceos de la anciana parecían desvelarlo todo. Sofía le pidió que siguiera haciendo un gesto con su barbilla.

—Se trataba del administrador de Navaluenga de entonces, se llamaba Javier, quien, con la respiración jadeante y la voz entrecortada, me dio la trágica noticia. Me dijo: «Anne, la hemos encontrado. Está muerta, sobredosis de ketamina. El cuerpo ha sido hallado en una umbría de la sierra». Tu abuela se había desmayado y la tuvieron que reanimar. Tu abuelo estaba hundido.

—¿Entonces se suicidó? —se preguntó retóricamente Sofía sintiendo a su corazón galopar desbocado. —Anne asintió con la cabeza—. ¿Sabes que siempre me contaron que fue una parada cardíaca...? —prosiguió Sofía con una sonrisa triste en la cara, como quien tiene un desengaño para el que, sin embargo, ya estaba preparado—. Obviamente quise creerles..., pero a partir de cierta edad me di cuenta de que no era posible.

—Tu madre amaba la vida, Sofía. Pero tenía una enfermedad muy grave.

—Eso sí lo sé —asintió conteniendo las lágrimas—. Era bipolar.

Anne miró muy fijamente a los ojos a Sofía, como si todo lo que le había contado hasta ese momento solo fuera un preludio.

—Aunque tu madre no se quitó la vida tras nacer tú...

Sofía palideció.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres? —alcanzó a balbucear.

—Tu madre murió antes de que tu nacieras, Sofía.

Sofía no entendía a qué se refería Anne, aunque sin duda sabía por sus gestos que trataba de hacer hincapié en algo importante. Se inclinó hacia delante en el taburete en el que estaba sentada, como si una mayor cercanía la ayudara a entender mejor lo que Anne le decía.

—¿Antes de que naciera? No lo entiendo, eso es imposible. —Su pregunta era inocente, cándida, pero estaba ya contaminada por un oscuro temor.

—Es difícil de explicar...

Un intenso chubasco hizo que el sonido de la lluvia contra los cristales de las ventanas elevara la tensión entre ambas. La luz natural, ya de por sí tenue, se redujo por el tono gris marengo en que tornaron los cielos. Anne movió levemente la cabeza, como si quisiera elegir cuidadosamente las palabras y no las encontrara. Llevaba décadas esperando ese momento, le había dado tantas vueltas que se sentía desarmada. Entonces Anne respiró profundamente y le apretó la mano con más fuerza de la que Sofía esperaba que tuviera.

—Verás, Sofía... Clara eres tú.

Sofía la miró un segundo con incredulidad, luego soltó una carcajada franca, sonora. Por un momento pensó que la anciana le estaba gastando una broma o que desvariaba; quiso levantarse, irse de allí. Pero solo atinó a espetar:

—¿Qué dices, Anne!

Una sonrisa escéptica marcaba su rostro, como si aquella señora mayor realmente chocheara y hubiera sido víctima de un trágico equívoco. ¿Para eso había viajado hasta allí, para escuchar aquello? ¿Cómo podía ser ella Clara?

—Lo que te quiero decir es que tú eres un clon de Clara, no su hija —su voz sonó rotunda—. Cuando Clara falleció, hicieron un clon idéntico a ella editando aquellos genes que pudieran desarrollar la bipolaridad. En el camino mejoraron tu inteligencia de una forma inesperada. Fuiste un experimento clandestino... y revolucionario.

De nuevo se hizo un silencio incómodo. Sofía no podía hablar.

—Tu existencia es una bendición, Sofía, aunque tu llegada al mundo fuera resultado de la locura. Nadie sabe, ni ha sabido nunca, que tú eres la primera persona clonada. Solo tus abuelos y yo... Bueno, y el pobre Manolo, que era el novio de tu madre cuando ella decidió quitarse la vida. He estado muy en contacto con él desde que todo ocurrió, se fue a vivir a Huelva, está mayor, pero todavía sigue allí montando sus caballos, por si quieres que él también te cuente quién y cómo era tu madre.

Sofía estaba muda, temblando. Anne decidió cambiar de tema para que se recompusiera.

—Sofía, eres una persona respetada. Has conseguido que las personas más influyentes del planeta sean sensibles, por fin, a lo que nos jugamos como especie —le dijo—. Llevamos décadas cometiendo crímenes contra la humanidad, editando sin ton ni son a personas de

cualquier condición, prostituyendo las razones por las que esta biotecnología tiene sentido. Detrás de cada luz siempre hay sombras, quién sabe si hay otras personas clonadas como tú, resultado de procesos del todo antinaturales... Tienes la oportunidad de contar tu historia, de alertar de lo que viene si no ponemos coto de inmediato a esta locura. Yo no inventé esta tecnología para acabar con nuestra especie. Solo tú puedes parar esto.

Sofía se apoyó, a punto de caerse del taburete. Todavía no conseguía digerir que ella era un clon. ¿De veras era su madre? Un escalofrío le recorrió el cuerpo, luego palideció, su cara cogió tonalidades verdosas, lilas... Al instante fue como si alguien apagara las luces y ya no supo más. Se desvaneció.

—¿Me estás diciendo que esa loca te ha dicho que eres un clon de tu madre? —Paco se había levantado para seguir escuchando la historia y de vez en cuando su voz se alzaba, llena de una sorda indignación—. ¡No te creas ni una palabra de esa vieja enajenada!

El agua del lago estaba calma. Su tono era turquesa y transparente. La tarde se les había echado encima y el sol empezaba a perder su fulgor. Dos tórtolas revoloteaban haciendo serpentinas, sumergiéndose aleatoriamente en las aguas y creando ondas que rompían su imperturbable quietud. Sofía le había contado la historia de un tirón, sin apenas inmutarse, sin muecas ni aspavientos. Parecía como si ya lo hubiera asumido todo, o peor, como si no le afectara. En realidad, era una mezcla de ambos sentimientos pues, cuando Sofía se recompuso del desmayo sufrido en Comillas, no notó ningún tipo de crisis de identidad. Se sentía en paz con un pasado que se le había ocultado innecesariamente, más para tranquilidad de los que decidieron cómo debía ser concebida que para la suya propia.

—Dios es una pera. —Sofía rio sin disimulo.

—¿Cómo dices? —Paco la había escuchado, pero no daba crédito al sinsentido que acababa de soltar sin venir a cuento.

—Nada, nada, tonterías mías. —Rio entre dientes y retomó la compostura—. En cualquier caso, Paco, déjate de leches. Conociste a mi abuela y sabes que era perfectamente capaz de cualquier cosa. Me tuvo toda la vida engañada con aquella mentira del tal Marc Mullins, ese personaje ficticio que decía que fue su jefe científico en Gattaca, al que describía teatralmente como el descubridor de quién sabe qué cuentos de las conexiones neuronales. Con lo inteligente que dicen que soy, he sido una estúpida toda mi vida, ¡una inocente! —Paco notaba que estaba enervada, aunque su aspecto pareciera sosegado—. Ahora, por lo menos, he despejado muchas incógnitas. Si soy un clon, pues soy un clon... ¡Esta noche te has tirado a un clon de Clara!

Esbozó una enorme sonrisa y los dos se partieron de risa, luego se fundieron en un abrazo y se besaron. Al rodearla con sus brazos, él notó su tensión y su miedo, a pesar de esa actitud envalentonada que se empeñaba en mostrar.

Daba igual que hubiera descubierto algo tan transformador como que su sistema celular había

sido concebido de forma idéntica a la que hasta entonces había creído que era su madre. Daba igual que en realidad fuera una Clara editada, pensaba Sofía, aún entre los brazos de Paco. Ese día, más que nunca, se entregaba a su naturaleza: la naturaleza que le permitía sentir las aguas frescas en sus pies sumergidos en la orilla del lago, la que le proporcionaba el disfrute de la luz tenue del atardecer en Navaluenga, del tacto de la mano de su amado entrelazada con la suya. Hoy era más única que nunca, más agradecida a su ser, más fuerte... Su identidad, por fin, después de un largo tiempo de incertidumbre, cobraba un sentido singular.

Sus tormentos se evaporaron después de la conversación con Anne. Ese agobio que le escocía como una china en el zapato a lo largo de su vida, que le encogía el pecho cuando le tocaba pensar en su pasado, en su madre o en sus abuelos, se había disipado como una bruma matutina, desapareció de pronto como un mal sueño. El día anterior mismo, cuando llegó a casa de Paco, solo quería olvidarse de todo, escapar de las fronteras marcadas por su piel, levitar sintiendo lo única e irrepetible que era, mientras hacían el amor. La tranquilizó pensar que en realidad no era nadie, no sentía nada. Hoy ya no buscaba la huida, sino la paz. El hombre que tenía a su lado la conocía y la quería. Había pasado su vida anhelando estar a su lado, y ella también, ahora lo tenía claro. Ya no quería esconderse más, se dijo.

También cobró sentido todo por lo que hasta entonces había trabajado. «Claro que sí», se dijo. El destino, las casualidades cósmicas, Dios, una pera o quién fuera, la habían creado a ella y le habían insuflado un propósito, como un soplo de vida: el de acabar con las aventuras insensatas que tanto daño podían infligir a los seres humanos. Su altavoz era potente y ahora tenía la convicción de que el mundo entero tenía que saber que ella era resultado de una negligencia científica, sí, pero gracias a ello su credibilidad tendría mayor vigor para que su mensaje fuera todavía más nítido.

—Paco, estoy feliz por lo que pasó ayer. Estoy tan agradecida por tenerte a mi lado...

—Pero Sofía..., ¿si no te acuerdas de nada! —bromeó mientras ella reía relajada, feliz.

—Me lo vas a tener que recordar... —Ella lo miró excitada.

El crepúsculo dejó paso a la negrura de la noche. La luna, que había estado llena un par de días antes, nacía anaranjada por el reflejo del sol y proyectaba su luz sobre las aguas apaciguadas del lago. La pareja se tapó con las toallas a modo de manta, cobijándose desnudos en su improvisada guarida, ansiosos el uno del otro.

AÑO 2041

La vida era el peor tirano conocido.

MIGUEL DELIBES, *El camino*

XXIX

Las hojas de los robles del paseo principal que llegaba a la casa desde la carretera se habían otoñado en una paleta de tonos que iban desde el intenso naranja al burdeos más sutil. Algunos de los castaños que alternaban con estos perdían ya sus doradas frondas. A la vista, el campo mantenía los grises de la sequedad del verano, pero las primeras lluvias que acompañaban a aquel octubre hacían que el manto vegetal empezara a dejar ver algunos brotes verdes. Un jabalí despistado, que ya debería haberse ocultado en la espesura del monte a esa hora avanzada de la mañana, disfrutaba de las primeras bellotas que brotaban de una centenaria encina. Los cardos sumaban al paisaje una nítida tonalidad ocre. Soplaban un aire molesto, arisco, típico de la zona.

Aquella era la estación preferida de Mercedes en Navaluenga, aunque solía decir lo mismo de todas las demás en sus primeras manifestaciones. Había salido a coger setas con su nieta, una joven de dieciocho años, guapa y enamorada del campo y de la vida. Las aguas recientes, junto a la ausencia de heladas, pronosticaban que la mañana sería buena. Ambas andaban separadas apenas por un par de zancadas, cabizbajas, concentradas en distinguir las setas del resto de colores pardos del follaje y, una vez localizadas, descartar aquellas que no tuvieran un tono castaño asimilable al tipo que buscaban. La conocida como «seta de cardo» era una exquisitez, por su sabor y textura singulares, pero sobre todo por su escasez, y Navaluenga solía ofrecerla en abundancia todos los otoños e incluso, si el tiempo era propicio, algunas primaveras también. Esos hongos, con un sombrero cobrizo sin brillo, de formas imperfectas y con un pie color avellana, se aferraban a la base de los cardos silvestres. Sus láminas eran también de una suave tonalidad café con leche, lo que las distinguía de otras setas de especies parecidas pero que no se conectaban con la raíz de los cardos, aunque raramente eran estas venenosas.

Abuela y nieta parecían mantener una conversación animada. Cada una llevaba una cesta de mimbre que estaba unida a un bastón, que en el caso de Mercedes era imprescindible porque la ayudaba a agacharse, pues ya era una anciana y aquel ejercicio le resultaba fatigoso. De tanto en tanto la nieta la miraba como para comprobar que estuviera bien, que no se cansara en exceso, y ella le devolvía una sonrisa amistosa y también llena de orgullo.

Hacía ya mucho que Mercedes no salía del campo. Atrás quedaron sus años como incombustible empresaria, fundadora de un imperio farmacéutico que la había encumbrado como una de las mujeres más influyentes de su generación a nivel mundial. La dirección de Gattaca era ya totalmente independiente, en manos de gestores profesionales, y ella solo conservaba un título honorífico sencillo de «fundadora», que ni quería ni utilizaba, como solía repetir a quien la

escuchara, pues se mantenía aislada del mundo, del que ya solo le interesaban algunos aspectos. Más bien pocos.

—Niña, te dejas atrás un ramillete entero. Esos ojos tan grandes están perdidos en quién sabe qué cuentos... ¿Dónde tienes la cabeza? —La voz de la anciana era aguda y algo endeble, y, a pesar de que parecía recriminarle algo, ambas sabían que lo hacía como una burla cariñosa.

Sofía estaba ya lejos de ser una niña, aunque a su adorada nieta seguiría llamándola así mientras viviera. La joven se rio coqueta y se volvió para cogerlas, absteniéndose de contestar a la pregunta, pues era cierto: su cabeza estaba en demasiados sitios a la vez últimamente.

—Abuela, ya tenemos bastantes. Como sigamos cogiendo, no vamos a poder con ellas.

La joven era una estudiante universitaria que, pese a su prematura edad, ya se había graduado con honores en Ciencias Biológicas el verano pasado y se iba a la Brown University, en Providence, a estudiar Humanidades. Esta atípica y brillante trayectoria académica todavía le dejaba tiempo para disfrutar con su novio, aquel joven apuesto que era hijo de los guardeses de Navaluenga, aunque Mercedes sabía que aquello se rompería como una frágil cascarilla en cuanto ella partiera a Estados Unidos.

De súbito, el aire se detuvo y las nubes encapotadas vertieron la siempre bienvenida agua otoñal haciendo que abuela y nieta tomaran rumbo a la casa con los brazos entrelazados y las rebosantes cestas. El sonido del agua sobre los charcos del camino y sobre las encinas era una exultante sinfonía para ambas, que evitaron mojarse gracias a unas largas capas impermeables y a unos elegantes sombreros de agua que había comprado la anciana en Londres hacía muchos años. Cuando entraron por la puerta de atrás de la casa, Mercedes se quitó sus embarradas botas de goma esperando que su nieta hiciera lo mismo, aunque esta le dijo que tenía que irse.

—Niña, está diluviando —la recriminó maternal intentando mirar por dónde pisaba—. ¿A dónde vas?

—Me voy a ir con Paco a dar una vuelta a Ávila. Vamos a comer allí, así que no me esperéis.

Mercedes entrelazó ambas manos y la miró con una sonrisa dulce.

—Ay, ay, ay... Mi pequeña Sofía está enamorada, con lo mona que eras hace nada, apenas un tierno bebé... Y mírate ahora, toda una señorita, con su novio y tal.

Era joven, pensaba Mercedes con un asomo de melancolía, era lo normal a su edad. Ambos habían pasado mucho tiempo juntos en el campo desde que eran pequeños, y Paco era todo un hombre ya... y muy atractivo. Su nieta, pensaba con cierta pena, florecería lejos de él y eso le generaba cierta sensación de angustia, porque pensaba que Paco se quedaría destrozado y le tenía mucho cariño. En cualquier caso, ella no era nadie para juzgar lo que los jóvenes hicieran y, por supuesto, no pensaba meterse en sus vidas, aunque de vez en cuando hacía alguna broma a modo de advertencia.

—El pobre Paco tendrá que buscarse una novia nueva cuando te vayas a vivir a Estados Unidos para poder seguir haciendo estos planes —dijo sonriendo maliciosamente.

Su nieta se despidió con una risita cómplice. Mercedes se dispuso a ir a ver a su marido, que

estaba en su cuarto, en la segunda planta. Aunque hacía una década, cuando se rompió la condenada cadera, se instaló un ascensor para que se pudiera mover sin dificultad, ella siempre miraba aquel trasto con desprecio y subía por las escaleras. Últimamente la salud de Mercedes no era buena, habían ido apareciendo numerosos achaques. Las fuertes depresiones de los últimos años le habían dejado secuelas, depresiones de las que no se conseguía desprender del todo y volvían a picar, como una urticaria crónica... Y su cuerpo no ayudaba, pues tenía demasiados parches, empezando por aquella cadera que nunca llegó a curarse como debía. Meneó la cabeza disgustada.

Al llegar a la segunda planta se detuvo para recuperar el aliento. Frente a la escalera había un inmenso ventanal por donde se dibujaba, imponente, la sierra de Navaluenga, un panorama que ella conocía de memoria. Mercedes tomó aire cariacontecida ante aquella gran cumbre, pues ese pico pedregoso que había al este del sistema montañoso, y que nunca perdía de vista, era Silla Jineta, una daga clavada en su corazón. Su mirada se replegó hacia el suelo de mármol y ella continuó su camino hasta la habitación de Carlos. Llamó a la puerta.

—Carlos, ¿puedo pasar?

—Pasa.

La relación entre ambos era gélida, distante, aunque se lo hacían muy fácil el uno al otro para convivir. Habían pasado por mucho juntos, y, aunque Mercedes le estaba infinitamente agradecida por la generosidad que mostró en los momentos duros, desde la muerte de su añorada Clara y la llegada al mundo de Sofía habían sucedido demasiadas cosas, lo que hizo que la relación se rompiera como un fino cristal, y apenas se hablaban salvo que se tratase de algo puramente cotidiano, como decidir el menú semanal, o cuando estaba Sofía delante, porque entonces ambos se esforzaban por mostrarse como una pareja ejemplar.

—¿Querías verme? —dijo ella sentándose en una butaca del saloncito contiguo al dormitorio de él y soltando un suspiro de fatiga.

Carlos estaba esperándola de pie. Tenía una edad muy avanzada y llevaba décadas sufriendo una enfermedad degenerativa. Su aspecto seguía siendo cuidado y atractivo, aunque su figura ya no conseguía mantenerse erguida y se movía con una silla de ruedas a motor que manejaba desde un mando en el reposabrazos. Aun así, seguía conservando una cabellera frondosa y plateada que peinaba con raya. Vestía su clásica teja verde con una corbata beis de Purdey que compartía tonalidad con la camisa de franela. Él la miró con una sonrisa temblorosa a causa de su enfermedad.

—Mercedes, me ha llegado la hora. He estado en la revisión esta mañana. No me dan más de dos semanas.

El tono de Carlos era relajado, sin atisbo de drama. A Mercedes no se le movió una ceja. Ambos tenían clara su edad y sus enfermedades, y aceptaban que la muerte estaba esperando pacientemente a la vuelta de la esquina, mucho tardaba ya en visitarlo. A pesar de ello eran sabedores de la inmensa responsabilidad que habían contraído con Sofía, que todavía era muy

joven. Había venido al mundo en circunstancias muy excepcionales, lo cual les tenía a ambos enganchados a su bienestar.

—Te podría haber mantenido con vida diez años más, Carlos, si hubieras aceptado someterte al tratamiento genético a tiempo. De todas formas, todos vamos a morir, eso está claro. Pero ¿y Sofía? Podrías haber estado a su lado hasta que fuera un poco más mayor... Esa mentalidad carca y puritana te va a separar de ella antes de lo aconsejable.

—¿Nunca cambiarás, verdad, Mercedes? —gruñó él—. Después de una vida entera tropezando con la misma piedra, me resulta fascinante ver cómo sigues siendo incapaz de entender nada. ¿Acaso no estás dispuesta a respetar la naturaleza humana? ¿Ni la de tu hija, ni la de tu nieta, ni la mía? ¿No hay un atisbo de moral en tu ser? ¿De valores?

Su voz se fue alzando y su rostro adquirió una intensa rojez, por lo que Mercedes bajó intencionadamente el tono.

—Carlos, hemos discutido demasiado sobre esto, ya una vida entera. Dime, ¿acaso eres capaz tú de definir cuál es tu naturaleza? ¿Te parece natural, por ejemplo, tener a tu alcance los medios para mantenerte vivo, o para estar mejor, y despreciarlos? ¿Dónde pones, caprichosamente, los límites de la ciencia? Cuéntame, que me sigues teniendo confundida —sentenció con un tono en el que se adivinaba una hebra irascible e irónica.

Estas disputas habían perdido recurrencia, pero la tensión estaba a flor de piel aun con el paso de los años. La historia no había acabado cuando Clara decidió quitarse la vida, pues la muerte, en su caso, no era el final.

AÑO 2022

*Menos tu vientre,
todo es confuso.*

MIGUEL HERNÁNDEZ

XXX

Aquel septiembre de 2022, Mercedes se mantuvo en la más absoluta penumbra tras la pérdida de Clara. En todo momento estuvo rodeada de su gente, entre los que se encontraban fundamentalmente Carlos y Anne, a pesar de que con ellos había sostenido agrias discusiones antes de que ocurriera la tragedia. Tras el drama, el cielo se cubrió de nubes y Navaluenga bebió sedienta las aguas que llegaban de la bóveda celeste. Clara amaba las lluvias que anunciaban el otoño porque sabía de su importancia para el campo, y desde el cielo parecía como si las hubiera provocado, como un postrero agradecimiento a ese paraíso donde había vivido y pasado momentos felices. El polvo de la tierra seca permaneció en suspensión provocando un olor que parecía de tormenta, aunque aquello sería más bien un cambio de estación. Ni el agua cayendo, ni el aroma a humedad serían capaces de alegrar Navaluenga, de la que se había autoextirpado Clara. Su madre, como parte de aquel polvo, de aquella pequeña patria, navegaba desconsolada en el corazón de su propia tormenta.

Al tercer día de la muerte de Clara, cuando Mercedes se hallaba sentada en el comedor con Anne, Manolo y Carlos haciendo un esfuerzo por comer y casi hasta por hablar, recibió una llamada de lo menos oportuna. Miró alrededor con cierto temor antes de atenderla. Su rostro se contrajo en una mueca de dolor.

—Es Josiah —anunció con un hilo menguante de voz y una mirada entre la incredulidad y la indignación. De pronto enrojeció—. ¿Cómo tiene huevos este loco miserable de llamarme, después de semejante desgracia?

Todos se quedaron paralizados, sin atinar a decir una palabra.

Acababan de saber los resultados de la autopsia donde quedó demostrado que el *biohacker* no había conseguido modificar el ADN de Clara y que nunca llegó a curar su bipolaridad. Su enfermedad se mantuvo intacta a pesar de lo cual, haciendo un esfuerzo mayúsculo, ella había actuado como si no la padeciera, lo que evidentemente le provocó un pico que hizo ingestionables sus impulsos de acabar con su vida. Josiah había seguido a la paciente desde el pinchazo muy de cerca y le garantizó que todo estaba saliendo según el plan previsto. Ella, desesperada al tiempo que esperanzada por ver la mejoría, se fio inocentemente de él.

—Ni se te ocurra cogerlo. —La voz de Anne sonó llena de hielo.

Como era de esperar, Mercedes hizo caso omiso. Contestó al teléfono, lo puso en manos libres para que todos escucharan y, con las fuerzas del odio y un tono amenazador, le espetó:

—¿Cómo se te ocurre llamarme, miserable? ¡Después de lo que le has hecho a mi hija! Voy a

dedicar cada músculo que me queda, cada centavo que tengo a destruirte.

—No lo harás, Mercedes, por la cuenta que te trae. —Todos escucharon la voz fría y desafiante que contestaba imperturbable.

Entonces se miraron y, antes de que ninguno fuera capaz de la más mínima reacción a su inesperada respuesta, volvieron a escucharlo.

—Clara ha muerto, sí. Pero Clara ha resucitado, y mira qué curioso..., ¡al tercer día! ¿Te suena? —Josiah rio con una carcajada forzada, repelente y psicopática.

—¿Qué has hecho? —Carlos se levantó y volcó una copa de vino, temblando, lleno de una ira que nadie le había visto antes.

—Hombre... parece que tienes compañía, Mercedes. —La voz desdeñosa parecía solazarse en el desconsuelo de los otros—. ¿Con quién tengo el gusto de hablar? ¿Es ese tu marido? El pobre al que tenías engañado. Bueno, da igual. Quiero que me escuches bien, Mercedes. Esto es lo que va a pasar a partir de ahora.

Con estupefacción e incredulidad, todos escucharon la narración escrupulosa, detallista y helada de lo que acababa de hacer Zimmer.

—Os voy a contar lo que he hecho: cuando me enteré de la muerte de Clara, fui al banco de muestras celulares que había obtenido de ella durante su edición genética y extraje varios núcleos de células somáticas para trasplantarlas en óvulos cuyo material genético había sido eliminado previamente. Una vez hecha la transferencia, apliqué una leve corriente eléctrica para fusionar ambas células y crear una nueva que trataré de fecundar en el útero de una madre sustituta, una *biohacker* admiradora de mi causa.

—¿Has clonado a mi hija? —interrumpió Mercedes fuera de sus casillas mientras Anne la cogía fuerte de la mano con un semblante de estupefacción.

—Técnicamente todavía no la he clonado, digamos que contemplo un diez por ciento de posibilidades de terminar la clonación reproductiva con éxito, aunque tengo preparados un buen número de opciones en caso de que esta, digamos, no llegue a buen puerto.

Como un terror incontrolado que se abría paso por su mente, Mercedes se imaginó a aquel loco mientras manipulaba el alma desaparecida de Clara, en el laboratorio que ella había montado para él, haciendo uso de sus microscopios y de sus probetas, probando una y otra vez la fórmula que le diera el resultado idóneo para que la clonación tuviera éxito, y se imaginó, incluso, cómo los fetos que no consiguieran desarrollarse serían desechados como un residuo más.

—Tendrás que rendir cuentas ante la justicia... ¡Voy a hundirte! ¡A ti y a toda tu secta!

—No lo harás, Mercedes...

Josiah mantenía su tono neutro y pausado, aunque desafiante y altivo.

—De todo este proceso científico, al margen de ser los primeros en conseguir dar al mundo el primer ser humano clonado, pretendo sacar unos datos que servirán a la comunidad para poder desarrollar clones reproductivos como el que nacerá en nueve meses. Pretendo, para que lo

tengas claro, que financies tú estas investigaciones y experimentos o, si prefieres, podemos llamarlas aventuras. Me da igual tu opinión al respecto.

—De ninguna manera, no pienso alimentar más esta locura.

—Por supuesto que lo harás, ¿sabes por qué? Porque a cambio, si te portas bien, te permitiré dos cosas: la primera es que podrás criar al bebé que nazca, siempre y cuando me dejes recoger todos los datos que necesito; y la segunda es que mantendré la identidad del bebé oculta y podrá tener una vida tranquila y anónima.

Un chantaje en toda regla al que, a pesar de no tener ninguna garantía, no podría negarse, admitió resignada Mercedes, pues demasiado bien sabía que aceptaría aquella propuesta. Porque el bebé que nacería era sangre de su sangre; es más, sería físicamente su propia hija, como resultado de la clonación. Además, si el mundo supiera que ese bebé era el primer ser humano clonado, su vida sería un tormento. Los cuatro allí sentados escucharon horrorizados cada palabra que salía del altavoz del iPhone de Mercedes. Aquel *hacker* los estaba enfrentando a un dilema que, a pesar de su complejidad, tenía una sola decisión posible.

—No quiero que me contestes ahora, Mercedes —Zimber pareció adivinar el dilema que se vivía al otro lado de la línea—, aunque sé lo que me vas a decir. Espero tu llamada.

Luego colgó y se hizo el silencio. El aire que se respiraba en aquel comedor era cortante. Una nube negra atenuó la luz que entraba por la ventana y acentuó el ambiente de penumbra. Olía al café que se habían servido antes de la llamada, un café ya frío, vomitivo para esos estómagos cortados después de lo sucedido. El chantaje al que ese loco los estaba sometiendo era del todo inaceptable. Carlos miraba por la ventana, que ya tenía los cristales cubiertos de gotas. Anne jugueteaba nerviosa con una goma de pelo entre sus dedos, sumida en sus pensamientos con gesto circunspecto y grave. Manolo parecía el único que pretendía mostrar algo de empatía con su gesto, buscando la mirada de Mercedes para mostrar en sus ojos cierta comprensión. En sus cejas, ligeramente arqueadas, había nobleza y bondad.

—Sé que me odiáis —soltó Mercedes con la voz entrecortada y rompiendo a llorar—. No sé qué puedo hacer. —Se descompuso desconsolada encima de la mesa.

Todos contemplaron con tristeza sus hombros temblorosos y su rostro enterrado entre los brazos. Anne soltó la goma de pelo y cogió la mano de su amiga. No era momento de recriminar nada, había que afrontar una situación complicada y a quien mejor se le daban esas cosas era la que más tocada estaba.

—Tenemos que aceptar el chantaje, es nuestra familia.

La voz de Carlos sonó rotunda. Él solía ser reflexivo y no acostumbraba a tomar decisiones contundentes, siempre era ella la que emergía ante cualquier circunstancia. Pero aquella era una determinación que todos compartían y, tras escuchar a Carlos, no había duda de quién lideraría la situación. Su mujer, la dama de hierro, estaba rota, sobrepasada por las circunstancias. Nadie salvo él podría conseguir que el futuro bebé llegara a ellos sano y salvo. Muchos peligros

aguardaban todavía, teniendo en cuenta la precariedad de su situación y la catadura moral de Josiah Zimmer.

Mientras pasaban los meses de espera hasta tener noticias de Josiah y del bebé, Mercedes se convirtió en un fantasma que vegetaba por la casa. Desde que Clara murió, no fue capaz de salir de una profunda depresión, aunque la puntilla definitiva la había recibido días después con el chantaje de Josiah. Aquella noche se quedó sin energía. La mujer incansable se consumió hasta la extenuación, como un fósforo en una noche de viento. Su cabeza se detuvo en seco, su cuerpo dejó de alimentarse y se quedó chupada como una pasa. Deambulaba con un rostro pálido y unas oscuras ojeras por su habitación, de donde casi no salía. Enmudeció, apenas emitía sonidos. Solo por las noches se la escuchaba llorar amargamente, a veces gritaba de rabia, desgañitándose como una demente. Un equipo de enfermeros se instaló en Navaluenga para asegurarse de que tomaba la medicación prescrita por el doctor Guzmán y los calmantes que de vez en cuando era necesario pincharle para recomponer su paz interior cuando perdía los estribos y nada parecía consolarla.

Por otro lado, dejó en manos de Anne la presidencia de Gattaca sin dar explicaciones a nadie, lo cual generó cierta incertidumbre en los mercados que se reflejó negativamente en la cotización en bolsa de la empresa. Anne era el alma científica de Gattaca y, aunque fuera también cofundadora, los inversores no confiaban en ella al no tener el arrojo como empresaria que siempre había mostrado Mercedes. Daba igual, pensaba ella, aunque gran parte de su fortuna podía esfumarse de la noche a la mañana si no conseguían dar a los inversores una explicación convincente de lo que ocurría.

Las contraventanas de la casa de Navaluenga ya nunca estaban abiertas, aunque aquella primavera fue caudalosa los últimos dos meses, y en aquel final de junio las flores de tonos amarillos, rojos, morados y blancos coronaban un altísimo pasto verde, a pesar de estar ya bastante espigado. Manolo subía cada día a montar los caballos de Clara, pues sentía una dolorosa responsabilidad hacia ellos, y después se acercaba a ver cómo estaba Mercedes, que solo lo recibía a él, aunque no fuera capaz de hablar en absoluto y escuchaba las anécdotas del campo y los equinos sin expresión alguna en el rostro y con la mirada perdida. Por lo menos, razonaban los médicos, había un hilo de esperanza en aquel esfuerzo que hacía cada día con él.

En lo más profundo de sí, la cabeza de Mercedes no había dejado de dar vueltas y más vueltas a sus decisiones, a su vida. ¿Había ido demasiado lejos? ¿Quién era ella para editar la naturaleza humana? ¿Cuánto daño había hecho a su hija, a su gente cercana? ¿Acaso no hubiera sido mejor no haber existido? Se cuestionaba incesantemente en todo. Solo una vez en su vida había sentido tanto dolor, tanto odio volcado contra ella misma como una jauría: cuando su hermano falleció en aquel coche que ella conducía. Entonces, con mucho esfuerzo y decisión, consiguió salir adelante, pero aquello era mucho más grave, pensó. No, no se veía con fuerza de retomar las riendas de su vida.

Un helicóptero sobrevolaba el desierto de Arizona una mañana tórrida del mes de junio del año 2023. Había despegado del aeropuerto de Phoenix, donde el Gulfstream había aterrizado ese mismo día proveniente de Madrid. El calor era sofocante y el aire acondicionado del helicóptero estaba roto, por lo que volaban con las ventanas abiertas y los cascos puestos. El piloto era una persona muy habladora, a pesar de que ni Carlos ni Anne, que tenían el corazón en un puño, tenían interés por seguir ninguna conversación. El paisaje frente a ellos era inabarcable. Nada más despegar de la ciudad, pudieron observar el desierto plagado de saguaros, como si fueran monigotes de piel vegetal y pinchos. El resto de la vegetación lo componían matorrales y bosquetes secos y perennes, de tonalidades verdes, grisáceas y marrones, muchos cubiertos de espinas.

El helicóptero se desplazaba hacia un sistema montañoso al norte. Pronto el paisaje y la temperatura cambiaron. Mich, el piloto, se volvió hacia ellos con su sonrisa amable para anunciarles alegremente que estaban llegando a Sedona, y señaló con un dedo para que miraran abajo, hacia el parque natural donde verían los míticos cañones de color anaranjado que tan famosos se habían hecho gracias a las películas del Oeste. Con una rápida maniobra que escoró ligeramente el aparato hacia el norte, decidió sobrevolar aquellas tallas de la naturaleza para que sus pasajeros disfrutaran de las vistas, y atravesó algunos de ellos a una distancia de la hélice que asustó a los viajeros, que ya de por sí venían tensionados, pensativos e incómodos, por su proximidad. Carlos y Anne intercambiaron miradas nerviosas, no venían a hacer turismo, tenían prisa por llegar.

Tras Sedona, el paisaje volvió a cambiar, esta vez drásticamente. Parecía como si en aquellas distancias cupiera un continente entero, con toda la diversidad geográfica imaginable. Los cañones se habían transformado en una enorme explanada en lo alto de una meseta. La altura permitía observar la extensión de una alfombra repleta de gigantescos pinos que culminaba en una cordillera nevada. El manto blanco pronto se hizo presente en las copas de los árboles y en las cañadas que iban atravesando. Mich volvió a hacer señas para que sus pasajeros mirasen: indicaba excitado la presencia de una pareja de osos que huían del ruido del rotor, que volaba a baja altura para el supuesto entretenimiento de Anne y Carlos, que seguían horrorizados con el personaje que les había tocado como piloto.

Mich señaló entonces un pequeño aeródromo donde se podían observar avionetas turísticas.

—Estamos llegando al Gran Cañón —dijo con un acento americano sureño apenas entendible—. Me obligan a coger altura. —Luego hizo una espiral con la mano, indicando así que se elevaría.

Efectivamente, se habían impuesto unas normas para sobrevolar aquel destino tan turístico porque se abusaba de los vuelos a baja altura, que incomodaban a los visitantes que no tenían la suerte de ir en helicóptero. Ni Carlos ni Anne mostraban el menor interés por ver el Gran Cañón, pero, al estar de paso, su pesadísimo piloto tomó decisiones propias creyendo que complacía a su

distinguido pasaje. Entonces vieron cómo una gigantesca grieta se abría paso en la tierra árida. Parecía una cicatriz que hubiera sanado mal después de siglos como una herida abierta.

—Mich, tenemos prisa, déjate de enseñarnos la zona, queremos llegar cuanto antes a nuestro destino. —El tono de Carlos era enojado, incluso desagradable.

—Yes, sir —respondió el piloto llevándose dos dedos a la sien, como si el enfado no fuera con él.

No volvió a hablar en lo que quedaba del trayecto. Pronto notarían cómo el helicóptero iba perdiendo altura, de nuevo en un paisaje erosionado. Como por arte de magia, todo era arena de nuevo. Las hélices generaron una enorme nube de polvo, lo que hizo que no se viera dónde se posaba la nave. Los patines de aterrizaje tocaron con levedad el suelo y dos personas se acercaron para abrir la puerta, pidiendo cortésmente a Carlos y Anne que los acompañaran. Poco después se metieron en un ascensor que parecía emerger del subsuelo. Una vez dentro notaron cómo descendía, como si en realidad se dirigiera al centro mismo de la Tierra. Por fin, al cabo de unos interminables segundos, se abrió la puerta mecánica e ingresaron en un gigantesco espacio diáfano. Tenía pinta de laboratorio. Al fondo observaron a un hombre aún joven, delgado y de cabellos largos, con una camiseta negra de Pearl Jam y sus cadenas y pendientes suntuosos. Era Josiah, quien no se dignó ni a mirar, aunque sabía de sobra que allí estaban ellos dos.

A medida que se acercaban, vieron una cuna de hospital transparente, con unas patas de aluminio que terminaban en unas grandes ruedas negras. En el plástico que daba forma al moisés había un cartel donde pensaron que se leería el nombre que el *biohacker* habría puesto a la criatura. Al acercarse se quedaron de piedra. El cartelito simplemente decía «Sample #3», con una letra desprolija y apresurada. A ambos les corrió un escalofrío por el cuerpo pero no dijeron nada. Dentro, dormida plácidamente, angelical, había una bebé. Carlos se acercó emocionado. La criatura era idéntica a Clara al nacer.

Josiah, por fin, acusó su presencia.

—Tendrá que darme las gracias por devolverle a su hija, señor Vitruvio. —El tono era medio jocoso.

«Lo mato», pensó Carlos, pero se abstuvo de decir nada. Simplemente preguntó:

—¿Qué significa el cartel de la cuna?

—Es bastante autoexplicativo. —Zimber lo miró de arriba abajo con chulería—. Es la tercera muestra, las otras dos las perdimos durante la gestación —de nuevo, el tono del *biohacker* resultó de lo más desafiante.

Anne se echó las manos a la cabeza sintiéndose asqueada. No podía ni imaginarse las calamidades que habían acontecido allí dentro. Estaban frente al doctor Frankenstein, que esperaba sus comentarios con ambos pulgares colgados de los bolsillos de sus vaqueros negros. En lo único en que pensaban ambos era en sacar de allí a la niña lo antes posible, en llevarla a casa, lejos de aquel lugar de pesadilla. Apenas acaba de nacer y Josiah ya la había hecho sufrir demasiado.

—Ya hemos cumplido, Josiah. —Anne tomó la palabra con un tono suave pero firme.

—Sin duda. Habéis cumplido vuestra parte y yo la mía. Ahora solo queda que mantengáis la boca cerrada o haré público que este bebé es un clon.

Anne agachó la cabeza mientras Carlos se acercaba con una sonrisa emocionada a la pequeña. La cogió como si fuera su hija. ¿En realidad lo era?, se preguntaba. Daba igual, allí estaba para ser protegida y criada por Mercedes y por él. Una marea de emociones le subió al pecho al sentir su cuerpecillo pequeño y tibio junto al suyo, que le trajo de inmediato recuerdos lejanos. Pero era el momento de marcharse. No quería que aquel individuo fuera testigo de sus sentimientos más limpios.

Ni él ni Anne dijeron ni una palabra. Se dieron la vuelta con el bebé envuelto en una sábana, sin nada más en las manos que esa inocente criatura desnuda, cubierta de blanco, como un ángel redivivo, conscientes de que Josiah los miraba marcharse, quizá decepcionado de no haber recibido una sola palabra de gratitud o admiración. Ambos andaban de prisa, como queriendo escapar de aquel ambiente ponzoñoso cuanto antes por si algo salía mal o el *hacker* se arrepentía en el último minuto. Al salir a la superficie cubrieron la cabeza de la bebé con un chal que Anne llevaba sobre los hombros para evitar que le molestara el polvo que levantaban las hélices y se subieron al helicóptero. Mich se dio la vuelta, sin preguntar quién era aquel bebé, simplemente sonriendo, como si fuera lo más natural dejar a dos adultos en medio del desierto y que regresaran con un crío entre los brazos. Anne puso su mano sobre los hombros de Carlos cuando ya estaban sentados y el helicóptero iniciaba las maniobras de despegue. Carlos volvió a echar una mirada de ternura a la pequeña. Nunca más dejaría de mirarla.

Mientras Carlos y Anne volaban hacia Madrid, Mercedes esperaba impaciente en Navalunga; sabía que ese era un día importante, pues por fin vería a aquella bebé y todo cambiaría para ella. Confiaba en que su tristeza vital se difuminaría poco a poco en cuanto estableciera ese primer contacto. Como buena científica entendía que la química no se moldeaba caprichosamente, pero algo le decía que el corazón terminaría por doblegar su enfermedad. Hizo un esfuerzo sobrehumano por meterse en la ducha y arreglarse un poco.

Manolo llegó a media mañana, como cada día. Se sorprendió de ver a Mercedes arreglada, pues hacía meses que no se acicalaba y que vestía con un descuido que era el reflejo de su pesadoso estado de ánimo. Había elegido con esmero sus mejores galas. Incluso se había maquillado.

—Me ha llamado Carlos. Han aterrizado en Torrejón hace una hora, deben de estar a punto de llegar. La niña está muy bien —soltó Manolo después de su breve conversación con Carlos.

Mercedes observó desde la galería de la casa el brillo de la luna del Range Rover asomar por la entrada del paseo. Se dio prisa en bajar las escaleras para esperarlos en el aparcamiento. Manolo la acompañó cogiéndola del brazo para que no se tropezara, dadas sus escasas fuerzas,

mientras descendían los peldaños. Llegaron al patio al mismo tiempo que el coche. Gregorio, el chófer, se detuvo delante de ellos, pero los cristales tintados no permitían ver el interior del vehículo. Se abrió la puerta trasera y Anne salió con una enorme sonrisa en el rostro, mostrando todos sus dientes, emocionada. Se fundió en un gran abrazo con Mercedes. La puerta trasera opuesta se abrió y Carlos apareció con un bulto pequeño en los brazos y se acercó a Mercedes mirándola fijamente con las cejas arqueadas y la mirada limpia. Le entregó casi con devoción al bebé. Mercedes lo recibió acomodándolo en su pecho, acunándolo entre sus brazos. Ahogó una exclamación: la cara de aquel bebé era la viva imagen de Clara. Mercedes tenía guardado en su memoria ese rostro como si fuera ayer cuando nació su propia hija y se la pusieron entre los brazos para que pudiera aspirar su olor y sentir su respiración. Sonrió conmovida, exultante, al pensar que aquel retoño, víctima de la genética del tiempo, era una milagrosa bendición.

—Se llamará Sofía —anunció.

Carlos asintió lentamente con la cabeza, con una sonrisa aprobadora y emocionada, mientras pensaba para sí, que, después de todo, Sofía era la diosa de la sabiduría.

NOTA DEL AUTOR

Esta novela no habría sido posible sin la inspiración de numerosas lecturas e infinidad de consultas, tanto a expertos como a diversas fuentes.

En particular querría destacar la biografía de la premio Nobel Jennifer Doudna, *The Code Breaker: Jennifer Doudna, Gene Editing, and the Future of the Human Race*, del autor estadounidense Walter Isaacson. Doudna es la desarrolladora de CRISPR junto con Emmanuelle Charpentier, e inspiró el personaje de Anne Cate en esta novela. El descubrimiento que esta biografía supuso para mí, al abordar las implicaciones éticas del desarrollo de esta tecnología si no se usa para propósitos estrictamente médicos, fue el motor que me llevó a escribir *La genética del tiempo*. En este libro también encontré otros personajes que me sirvieron de inspiración, como el de Josiah Zimmer, el *biohacker*, y descubrí algunas reflexiones éticas que he tratado de plantear en el texto.

También fue de gran ayuda profundizar en las implicaciones filosóficas sobre qué es la naturaleza humana con libros como *¿Quiénes somos? Cuestiones en torno al ser humano*, de los autores Miguel Pérez de Laborda, Claudia E. Vanney y Francisco José Soler Gil (2018). Además, me resultó muy inspiradora la lectura de la novela *Sono Dio* (2016, *I am God* en su versión inglesa de 2019) de Giacomo Sartori, en donde el autor utiliza magistralmente la primera persona para dar voz a Dios, ironizando sobre lo irrelevante que es la especie humana y nuestro planeta cuando se ven desde la perspectiva del arquitecto de toda la creación. Otro libro que recomiendo a todos los lectores es *La utilidad de lo inútil* (2013) de Nuccio Ordine, pues sirve de guía para descubrir autores clásicos y en este texto aparece una cita suya de forma aislada.

También ha sido inspirador para reforzar parte de la trama, pero sobre todo algunos de los personajes, el documental de Netflix, *Unnatural selection* (2019). Otro contenido de la citada plataforma, *A Trip to Infinity* (2022), me ayudó a sintetizar conceptos ambiguos como el de la fuerza que el tiempo infinito puede tener sobre nuestra percepción de la realidad, utilizado en el capítulo VI por Shui. Recomendando ambos documentales a los lectores.

A lo largo de la novela hay numerosas referencias a datos y estudios que, aunque aparecen expuestos como una ficción, sí tienen una base científica, y que he obtenido de fuentes como la revista *Nature*, como W. D. Hill, R. E. Marioni, O. Maghzian, *et al.*: «A combined analysis of genetically correlated traits identifies 187 loci and a role for neurogenesis and myelination in intelligence», *Molecular Psychiatry* 24, 169–181, 2019 [<https://www.nature.com/articles/s41380-017-0001-5>], o de noticias encontradas en internet

como esta de *Biotech Magazine*: [<https://biotechmagazineandnews.com/identifican-64-regiones-del-genoma-que-aumentan-el-riesgo-de-trastorno-bipolar/amp/>].

Por lo demás, nada de lo que se narra en la novela ha sucedido ni en ella se describen personajes o situaciones reales. El único propósito del libro es el de entretener y el de servir de reflexión a los lectores.

AGRADECIMIENTOS

Tengo mucho que agradecer a muchas personas que me han apoyado a lo largo de este maravilloso viaje; colaboradores, amigos y familiares que han sido esenciales para que esta novela sea posible.

La realidad con la que uno siempre se da de bruces es que el ejercicio de escribir, como pasa con todo, solo es posible gracias a la constancia, a la pasión y a la voluntad de aprender. Al dedicarme profesionalmente al mundo de la educación me gustaría empezar por este último punto, pues han sido para mí de vital importancia aquellas personas con las que he descubierto algunos entresijos de este oficio, a pesar de ser, todavía, un mero principiante. Por ello quiero agradecer a mi profesor, el maestro Jorge Eduardo Benavides, a quien acudí cuando ya llevaba algunos capítulos del libro, y que me enseñó los trucos fundamentales con los que caminar con mayor aplomo por el arduo camino de descifrar el laberinto en que se convertiría mi novela. Le agradezco sus consejos sobre estructura, ritmo, descripción, diálogos..., pero sobre todo le agradezco ese estudiado desapego con el que generaba en mí la confianza que necesitaba para descubrirme como escritor, sin influenciarme en lo más mínimo, sin tocar apenas una coma, ni en la forma ni en el fondo. Creo que en eso consiste el arte de enseñar.

En línea con esto, también quiero agradecer a mi editora, Rosa Pérez, quien con un estilo pragmático pero distante, sin meterse apenas en el cómo, pero con las ideas muy claras sobre el qué, consiguió que me planteara una estructura más llevadera para el lector, que el texto tuviera más ritmo, o que algunos de los personajes ganaran peso. Todo ello con directrices concisas pero respetuosas, dejándome el rompecabezas de deshilvanar la novela y volverla a coser, y consiguiendo, de esta forma, que aprendiera enormemente por el camino.

La constancia y la pasión son ingredientes esenciales, muy vinculados entre sí. Una persona que sabe mucho de esto, de la perseverancia y del estado de ánimo en general, es mi amigo Mario Alonso Puig. Para los que lo conozcan solamente por sus libros o por sus conferencias, Mario es como amigo exactamente la misma persona que proyecta ser como personaje público. Desde que conoció (el primero) mi intención de escribir esta novela, antes siquiera de que hubiera escrito una sola página, fueron constantes sus palabras de ánimo y su apoyo. Además, Mario fue la primera persona que leyó el manuscrito, quien me dio consejos minuciosos sobre lo que funcionaba y lo que se podía mejorar, y quien me puso en contacto con la editorial que tiene la osadía de publicarme.

Mención especial requiere Espasa y concretamente su director, David Cebrián, a quienes,

como señalo en el párrafo anterior, considero osados por publicarme, dado que esta es mi primera novela y que por tanto la apuesta no es menor. Me siento un privilegiado de publicar en una editorial con tanta historia y sobre todo muy afortunado por el cuidado con que David me ha tratado desde que nos conocimos.

Hay un agradecimiento invisible para aquellos que, sin saberlo, sin su consentimiento expreso, han sufrido el tiempo que le he dedicado a esta novela. Entre ellos se encuentran mis compañeros de trabajo, magníficos profesionales que hacen de IE University el éxito que hoy es, y que han tenido que sufrir puntuales ausencias y lapsus de concentración, pues el que escribe estaba embobado pensando en lo suyo, en esa ficción que palpitaba en su imaginación y de la que no podía despegarse con facilidad. Además de mis compañeros, también tengo que agradecer a muchos amigos que, al saber que estaba embarrado en este proyecto personal, me han dado apoyo y ánimo (Irene, Salvador, Pilar, Santiago, Manuel, Javier...).

La sorpresa que yo mismo me he llevado mientras escribía *La genética del tiempo* sobre mis capacidades para escribir un libro de ficción (serán los lectores quienes juzguen si con mayor o menor pericia) solo ha sido superada por mi asombro al descubrir que escribir se ha convertido para mí en una obsesión tan importante como lo ha sido siempre leer. Por ello, quiero mostrar un agradecimiento vanidoso conmigo mismo, pues por un barrunto de casualidades, la lectura es un refugio de descanso y de disfrute que me permite abstraerme de casi todo. He mencionado el libro de Nuccio Ordine, *La utilidad de lo inútil* en la nota del autor, y quiero volver a hacer referencia a él en este apartado, aunque solo a su título, pues la lectura para mí, o más bien mis lecturas, nunca tienen una utilidad, ya que no leo con el objetivo de que me proporcionen una enseñanza o cubran un fin concreto, sino por el mero hecho de abstraerme. Estoy muy agradecido de ser lector.

Vanidades al margen, quiero terminar estos agradecimientos refiriéndome a mi familia. Cuando le dije a mi hermana Isabela, doctora en Biología Molecular, que estaba terminando una novela sobre CRISPR, me miró con asombro y con cierto desdén: «Pero si no sabes ni lo que es una molécula...», alcancé a leer en su mente. Y así era (y es posible que, después de escribirla, así siga siendo), pero tenía la seguridad de que todo iría bien gracias a que ella, eventualmente, la leería y me corregiría cualquier metedura de pata. Con mi padre, por otro lado, no solo comparto orgulloso nombre y apellido, sino que es alguien a quien siempre he tenido como modelo en muchas cosas y con quien he aprendido a hacer mi trabajo gracias a su infinita generosidad y valentía. Aunque por lo que más le estoy agradecido es por haber compartido conmigo su pasión por el campo y los caballos, que tanto placer me proporcionan y que tan presentes están en esta novela. Mi madre requeriría casi un libro entero donde reunir palabras de admiración y de agradecimiento por su entrega y su generosidad con sus hijos, pero lo que más voy a destacar de ella es su pasión en todo lo que hace, tanto con su trabajo como, sobre todo, con su familia.

Finalmente quiero agradecer a las personas más importantes de mi vida: mi mujer, Isabela, y mis hijas Tilda y Rocío. Es a ellas a quien les dedico esta novela en sus primeras páginas, no solo

porque son las personas que más quiero, sino porque sin ellas, la inspiración y la perseverancia necesarias para esta aventura no hubieran sido ni remotamente posibles. Las horas que me he pasado en mi despacho escribiendo o sumergido en mi móvil corrigiendo lo que acababa de escribir son tiempo que he perdido de estar con ellas, lo cual implica un sacrificio gigantesco por el que les estoy infinitamente agradecido y que nunca podré compensarles suficientemente.

Quiero terminar dando las gracias a quienes me lean por dedicarme una parte de su tiempo. Con este libro pretendo que se lo pasen bien, que reflexionen sobre el mundo en el que vivimos y sobre los maravillosos avances de la tecnología, pero también sobre sus consecuencias irreversibles cuando su uso es indebido, por muy buenas intenciones que se tengan.

Notas

1. CRISPR: acrónimo en inglés de Clustered Regularly Interspaced Short Palindromic Repeats [N. del A.].

La genética del tiempo
Diego del Alcázar

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *La genética del tiempo*

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, 2023

© de la ilustración de la portada, Apéritif Studio, 2023

© Diego del Alcázar Benjumea, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Espasa, sello editorial

de Editorial Planeta, S.A

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): fecha

ISBN: 978-84-670-7096-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



Novelas

¡Síguenos en redes sociales!

